
LA CASA EN EL MAR MÁS AZUL
Un lugar donde encontrar lo que de verdad importa.
TJ KLUNE
Lectulandia

Una novela que abrirá tu mente y tu corazón: el fenómeno que está fascinando al mundo entero. Trabajo, trabajo y más trabajo. Linus Baker podría ser una persona cualquiera, en un lugar cualquiera, viviendo una vida cualquiera. Él estaba convencido de esto, y si tú lo hubieras conocido, tampoco habrías dudado en asegurar que Linus pertenecía al montón, ni más, ni menos. Y así era, hasta el día en que este funcionario del Departamento de Jóvenes Mágicos es llamado por Altísima Dirección para supervisar un orfanato del que apenas hay registros. Con esta nueva tarea entre manos, Linus viajará a la isla de Marsyas, donde deberá supervisar a seis huérfanos catalogados como peligrosos (hablamos del futuro Anticristo, entre otros) y a su enigmático cuidador. Ahí, deberá dejar de lado sus miedos y prejuicios, que no son pocos, para darse cuenta de que lo que realmente tiene que hacer no es aquello a lo que le han enviado. Porque en Marsyas, Linus descubrirá que el camino a la felicidad es distinto para cada uno de nosotros, y, que si te atreves a recorrerlo, llegarás al lugar donde te encontrarás a ti mismo.

T. J. Klune

La casa en el mar más azul

ePub r1.0
Titivillus 05-07-2024

Título original: *The House in the Cerulean Sea*
T. J. Klune, 2022
Traducción: Carlos Abreu Fetter
Traductor: Carlos Abreu Fetter, 2022
Imagen de cubierta: Rednose Studio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Para quienes me han acompañado desde el principio: mirad lo que hemos conseguido. Gracias

Uno

—Ay, madre —dijo Linus Baker enjugándose el sudor de la frente—. Esto resulta de lo más irregular.

Decir eso era quedarse corto. Maravillado y embelesado, contemplaba cómo una niña de once años llamada Daisy hacía levitar unos bloques de madera varios metros por encima de su cabeza. Los cubos giraban lentamente en círculos inscritos unos dentro de otros. Daisy tenía el ceño fruncido por la concentración, y la punta de la lengua le asomaba entre los dientes. Continuó así durante un minuto largo, y entonces los bloques descendieron despacio hasta el suelo. El grado de control de la chiquilla era asombroso.

—Ya veo —dijo Linus garabateando frenéticamente en su bloc de notas. Se encontraban en el despacho de la directora, una habitación ordenada con una alfombra marrón suministrada por el gobierno y varios muebles viejos. Las paredes estaban cubiertas de unos cuadros espantosos de lémures en poses variadas. La directora se los había mostrado a Linus con orgullo, asegurándole que la pintura era su pasión y que, si no la hubieran nombrado directora de ese orfanato en particular, trabajaría en un circo ambulante como adiestradora de lémures o incluso montaría una galería de arte para compartir su obra con el mundo. Linus pensó que el mundo agradecería que los cuadros se quedaran en aquel despacho, pero se guardó su opinión. No estaba ahí en calidad de crítico de arte aficionado—. Y ¿con qué frecuencia…, en fin, ya sabes, haces flotar cosas?

La directora del orfanato, una mujer baja y regordeta de cabello encrespado, dio un paso al frente.

—Oh, con muy poca frecuencia —se apresuró a decir, retorciéndose las manos y lanzando miradas furtivas de un lado a otro—. A lo mejor una o dos veces… ¿al año?

Linus tosió.

—Al mes —rectificó la mujer—. Qué tonta soy. No sé por qué habré dicho al año. Ha sido un lapsus. Sí, una o dos veces al *mes*. Ya sabe usted cómo va esto. Cuanto más crecen los niños, más… cosas hacen.

—¿Es así? —le preguntó Linus a Daisy.

—Ya lo creo —respondió Daisy—. Una o dos veces al mes, no más. —Le dedicó una sonrisa beatífica a Linus, que se preguntó si, antes de su llegada, habían obligado a la niña a memorizar las respuestas. No sería la primera vez, y dudaba que fuera la última.

—Claro —dijo Linus. Las otras dos aguardaron mientras seguía arañando el papel con su pluma. Aunque notaba las miradas fijas en él, permanecía enfrascado en sus palabras. La precisión requería atención. Era un hombre concienzudo, y su visita a aquel orfanato en particular había resultado como mínimo esclarecedora. Tenía que anotar todos los detalles posibles para completar su informe final cuando regresara a la oficina.

La directora no paraba de agobiar a Daisy, alisándole el rebelde pelo negro hacia atrás y sujetándoselo con pinzas de plástico en forma de mariposa. La cría contemplaba desolada y con cejas temblorosas los bloques de madera en el suelo, como si deseara que volvieran a levitar.

—¿Tienes control sobre tu poder? —inquirió Linus.

—Claro que lo tiene —afirmó la directora antes de que Daisy pudiera abrir la boca—. Si no, no le permitiríamos…

Linus alzó la mano.

—Le agradecería que dejara que Daisy respondiera por sí misma, señora. Aunque no me cabe duda de que solo quiere lo mejor para ella, me da la impresión de que los niños como Daisy tienden a ser más… directos.

La directora hizo ademán de hablar otra vez, pero Linus arqueó una ceja. Entonces la mujer asintió, suspirando, y se apartó un paso de Daisy.

Tras garabatear una última nota, Linus le puso el capuchón a su pluma y la guardó junto con el bloc de notas en su maletín. Se levantó de la silla, y las rodillas le crujieron en señal de protesta cuando se acuclilló ante Daisy.

La chiquilla se mordisqueó el labio inferior, con los ojos como platos.

—Daisy, ¿puedes controlarlo?

Ella hizo un lento gesto afirmativo.

—Creo que sí… No le he hecho daño a nadie desde que me trajeron aquí. —La boca se le torció hacia abajo—. Hasta que pasó lo de Marcus. No me gusta hacer daño a la gente.

A Linus casi le pareció creíble la última frase.

—Nadie dice que te guste. Pero no siempre somos capaces de controlar los… dones que hemos recibido. Y la culpa no es necesariamente de quienes poseen dichos dones.

Esto no pareció consolarla.

—Entonces, ¿quién tiene la culpa?

Linus parpadeó.

—Bueno, supongo que hay un montón de factores. Estudios recientes indican que los estados emocionales extremos pueden provocar reacciones como las tuyas. La tristeza, la ira, incluso la alegría… ¿Es posible que estuvieras tan contenta que le lanzaste una silla a tu amigo Marcus sin querer? —Este era el motivo por el que lo habían enviado ahí. Habían ingresado a Marcus en el hospital para que le curaran la cola. Se le había quedado torcida en un ángulo extraño, cosa que el hospital había notificado de inmediato al Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos, como era su obligación. La notificación había dado lugar a una investigación, y por eso habían enviado a Linus a aquel orfanato en particular.

—Sí —respondió Daisy—. Es justo eso. Me puse tan contenta cuando Marcus me robó mis lápices de colores que le lancé una silla sin querer.

—Entiendo —dijo Linus—. ¿Le pediste perdón?

Ella bajó la vista de nuevo hacia sus bloques de madera, arrastrando los pies adelante y atrás.

—Sí. Y él dijo que no estaba enfadado. Incluso les sacó punta a mis lápices antes de devolvérmelos. Sabe hacerlo mejor que yo.

—Qué considerado por su parte —comentó Linus. Sintió el impulso de extender el brazo y darle unas palmaditas en el hombro, pero no habría sido apropiado—. Y sé que en el fondo no querías hacerle daño. A lo mejor, a partir de ahora, nos pararemos un momento a pensar antes de dejarnos llevar por las emociones. ¿Qué te parece?

La niña asintió enérgicamente con la cabeza.

—¡Y tanto! Prometo pararme un momento a pensar antes de lanzar sillas solo con el poder de la mente.

Linus suspiró.

—Me parece que no es exactamente eso lo que…

Desde las entrañas de la antigua casa llegó el tintineo de una campana.

—Galletitas —jadeó Daisy antes de arrancar a correr hacia la puerta.

—Solo una —le advirtió la directora, a su espalda—. ¡No te estropees el apetito antes de la cena!

—¡No lo haré! —gritó Daisy mirando hacia atrás antes de salir y cerrar de un portazo. Linus oyó el golpeteo de sus piececitos alejándose a toda prisa por el pasillo en dirección a la cocina.

—Sí lo hará —murmuró la directora, encorvándose en su silla, tras el escritorio—. Siempre lo hace.

—Yo diría que se lo ha ganado —señaló Linus.

Ella se frotó la cara con la mano y lo observó con recelo.

—Bueno, ya está. Ha interrogado a todos los niños. Ha inspeccionado la casa. Ha comprobado que Marcus se encuentra bien. Y, a pesar del… incidente con la silla, resulta evidente que Daisy no quiere mal a nadie.

Linus suponía que la mujer tenía razón. Marcus le había parecido más interesado en conseguir que él le firmara la escayola de la cola que en causarle problemas a Daisy. Él se había negado, alegando que eso habría estado fuera de lugar. Marcus se había llevado una decepción, pero se le había pasado casi de inmediato. A Linus le había maravillado, y no por primera vez, la capacidad de recuperación de todos ellos.

—En efecto.

—Supongo que no me dirá qué piensa escribir en su informe…

—Desde luego que no —contestó Linus, irritado—. Como bien sabe, se le hará llegar una copia una vez que yo lo haya presentado. Conocerá el contenido exacto en ese momento, y ni un minuto antes.

—Por supuesto —se apresuró a decir la directora—. No pretendía insinuar que usted…

—Me alegra que entienda mi punto de vista —dijo Linus—. Y sé que el DEJOMA se lo agradecerá también. —Se puso a hurgar en el maletín, reordenando los papeles que había dentro hasta que quedó satisfecho. Bajó la parte superior y echó los cierres—. Y ahora, si no tiene nada más que comentarme, me retiro y le deseo unas muy buenas…

—Usted cae bien a los niños.

—Y a mí me caen bien ellos —respondió él—. De lo contrario, no me dedicaría a esto.

—No todos sus colegas son como usted. —La directora se aclaró la garganta—. O, para ser más precisos, no todos los demás trabajadores sociales.

Linus dirigió una mirada ansiosa hacia la puerta. Había estado tan cerca de escapar… Se volvió, sujetando el maletín frente a sí como un escudo.

La directora se levantó de la silla y rodeó la mesa. Él retrocedió un paso, más por costumbre que por otra cosa. La mujer no se le acercó más, sino que se recostó contra su escritorio.

—Nos han visitado… otros —dijo.

—¿Ah, sí? Era de esperar, claro, pero…

—No tienen en cuenta a los niños —prosiguió ella—. No los tienen en cuenta como personas, solo les importa lo que son capaces de hacer.

—Hay que concederles una oportunidad, como a todos los niños. ¿Qué esperanza pueden tener de que alguien los adopte si los tratamos como a seres temibles?

—Que alguien los adopte, dice —replicó la directora con una risotada.

Linus entornó los ojos.

—¿He dicho algo gracioso?

Ella sacudió la cabeza.

—No, discúlpeme. Su punto de vista me parece refrescante, en cierto modo. Desprende un optimismo contagioso.

—Soy como un rayo de sol, qué duda cabe —comentó Linus en tono inexpresivo—. Bueno, si no hay nada más que añadir, sé dónde está la salida…

—¿Cómo puede usted dedicarse a esto? —le preguntó ella y acto seguido palideció, como escandalizada por lo que acababa de decir.

—No sé a qué se refiere.

—A trabajar para el DEJOMA.

Una gota de sudor le resbaló a Linus desde la nuca hasta el cuello de la camisa. Hacía mucho calor en el despacho. Por primera vez en mucho tiempo, deseó estar fuera, bajo la lluvia.

—¿Qué problema hay con el DEJOMA?

Ella titubeó.

—No pretendía ofenderle.

—Menos mal.

—Lo que quiero decir es… —Se apartó de su mesa, aún con los brazos cruzados—. ¿Nunca se hace preguntas?

—Nunca —respondió Linus de inmediato—. ¿Sobre qué?

—Sobre lo que ocurre con los lugares como este cuando usted presenta su informe final. La suerte que corren los niños.

—Salvo si me llaman para que vuelva, doy por sentado que siguen viviendo como niños geniales y felices hasta que se convierten en adultos geniales y felices.

—Que siguen vigilados por el gobierno a causa de lo que son.

Linus se sintió acorralado. No estaba preparado para esa conversación.

—Yo no trabajo para el Departamento Encargado de los Adultos Mágicos. Si tiene alguna queja al respecto, le recomiendo que se la comunique al DEAM. Yo me ocupo del bienestar de los niños, y de nada más.

La directora esbozó una sonrisa triste.

—No son niños durante toda su vida, señor Baker. Siempre acaban creciendo.

—Y mientras crecen, los profesionales como usted los dotan de las herramientas que necesitarán si se hacen mayores en el orfanato sin que nadie los adopte. —Reculó otro paso hacia la puerta—. Y ahora, si me disculpa, tengo que coger el autobús. Me espera un largo trayecto para volver a casa, y preferiría no perderlo. Le agradezco su hospitalidad. Y le reitero que, en cuanto presente el informe, se le enviará una copia para sus archivos. Por favor, no dude en consultarnos si le surge cualquier duda.

—Ahora que lo dice, tengo otra…

—Envíenosla por escrito —gritó Linus ya desde el pasillo—. Estoy deseando atenderla. —Cuando cerró la puerta tras de sí, el pestillo encajó en su sitio. Inspiró a fondo antes de exhalar despacio—. Ahora sí que la has hecho buena, chico. Te enviará cientos de dudas.

—Todavía le oigo —dijo la directora desde el otro lado de la puerta.

Sobresaltado, Linus se alejó a paso veloz por el pasillo.



Se disponía a salir por la puerta principal cuando se detuvo al oír un alegre estallido de carcajadas procedente de la cocina. Aunque en el fondo sabía que no era buena idea, se acercó hacia allí de puntillas. Pasó junto a varios carteles fijados en las paredes, con los mismos mensajes que había visto en los orfanatos acreditados por el DEJOMA en los que había estado. Mostraban imágenes de niños sonrientes bajo leyendas como SOMOS MÁS FELICES CUANDO OBEDECEMOS A LOS ENCARGADOS, UN NIÑO CALLADO ES UN NIÑO SANO y ¿QUIÉN NECESITA LA MAGIA TENIENDO IMAGINACIÓN?

Asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

Allí, en torno a una gran mesa de madera, había un grupo de niños.

Vio a un crío con los brazos cubiertos de plumas azules.

Vio a una chiquilla que reía con sonoros graznidos, como una bruja. No tenía nada de raro considerando que, según su expediente, eso es justo lo que era.

Vio a una muchacha mayor capaz de entonar cantos tan seductores que ocasionaban que los barcos embarrancaran en la costa. Linus se había quedado de una pieza cuando había leído esto en su historial.

Vio a un selkie, un niño al que una piel lanuda le cubría los hombros.

También vio a Daisy y Marcus, por supuesto, sentados uno al lado del otro. Con la boca llena de trozos de galleta, ella se deshacía en exclamaciones sobre la escayola de la cola del chico. Este, con el rostro salpicado de pecas rojizas y la cola apoyada sobre la mesa, le sonreía de oreja a oreja. Linus oyó que le pedía a Daisy que le hiciera otro dibujo en el yeso con uno de sus lápices de colores. Ella accedió de inmediato.

—Una flor —sugirió la chiquilla—. O un bicho con dientes afilados y un aguijón.

—Ooh —jadeó Marcus—. El bicho. Tienes que dibujarme el bicho.

Linus los dejó con sus cosas, satisfecho con lo que había visto.

Se encaminó de nuevo hacia la salida. Suspiró al percatarse de que se había vuelto a dejar el paraguas.

—Pues anda que…

Abrió la puerta y salió a la lluvia para emprender el largo camino de vuelta a casa.

Dos

—¡Señor Baker!

Linus gruñó entre dientes. Hasta ese momento, había sido un día redondo. Más o menos. Se había pringado la camisa blanca de vestir con el aliño color naranja de la ensalada rancia que había comprado en el economato, y al frotar la persistente mancha para intentar quitarla, solo había conseguido extenderla. La lluvia martilleaba el tejado y no daba señales de amainar pronto. Linus se había olvidado otra vez el paraguas en casa.

Pero, por lo demás, el día había ido bien.

En gran parte.

El tecleo de ordenadores que se oía a su alrededor cesó cuando la señorita Jenkins se acercó. Era una mujer adusta, con el cabello recogido hacia atrás, tan tirante que el unicejo se le elevaba hasta la mitad de la frente. Linus a veces se preguntaba si esa mujer había sonreído alguna vez en su vida. Suponía que no. La señorita Jenkins era una persona hosca, con el carácter de una víbora irritable.

También era su supervisora, por lo que Linus Baker no se atrevía a contrariarla.

Se tironeó del cuello de la camisa, nervioso, mientras la señorita Jenkins se aproximaba, serpenteando entre los escritorios, con los tacones repiqueteando sobre el frío suelo de piedra. Su ayudante, Gunther, un hombrecillo despreciable con pinta de sapo, la seguía de cerca con una tabla sujetapapeles y un lápiz escandalosamente largo que utilizaba para anotar los nombres de todos los empleados que parecían estar holgazaneando en el trabajo. Al término de la jornada, se sumaban los puntos negativos de la lista y se agregaban al recuento semanal. Al final de la semana, si alguien se había ganado cinco puntos negativos o más, estos quedaban reflejados en su expediente personal. Nadie quería que le pasara eso.

Los empleados junto a los que pasaban la señorita Jenkins y Gunther mantenían la cabeza gacha, fingiendo trabajar, pero Linus sabía que no era así; estaban aguzando el oído para intentar averiguar qué falta había cometido

y qué sanción le impondrían. Quizá lo obligarían a marcharse antes de tiempo y le descontarían las horas perdidas del sueldo. O tal vez le ordenarían que se quedara hasta más tarde de lo normal y aun así le descontarían dinero del sueldo. En el peor de los casos, lo despedirían, su carrera profesional se iría al garete, y él se quedaría para siempre sin un sueldo del que pudieran descontarle dinero.

No podía creer que solo fuera miércoles.

Se hundió aún más en la miseria cuando cayó en la cuenta de que en realidad era martes.

No se le ocurría una sola cosa que hubiera hecho mal, salvo que se hubiera pasado un minuto del cuarto de hora reglamentario para almorzar, o que su último informe no hubiera resultado del todo satisfactorio. El cerebro le iba a mil por hora. ¿Había perdido demasiado tiempo intentando quitarse la mancha de aliño? ¿Se le había escapado un error tipográfico en su informe? Lo dudaba. Le había quedado impecable, a diferencia de la camisa.

Sin embargo, la señorita Jenkins tenía una expresión perversa que no auguraba nada bueno. Aunque a Linus siempre le parecía que hacía un frío glacial en aquella oficina, en aquel momento notaba un calor bochornoso. Pese a que había corriente —aquella birria de tiempo no hacía más que empeorar las cosas—, las gotas de sudor le rodaban por la parte posterior del cuello. El brillo verdoso de la pantalla de su ordenador se le antojaba demasiado intenso, y le costaba mantener la respiración tranquila y regular. El médico le había advertido que le había salido la tensión demasiado alta en su último chequeo y que necesitaba reducir los factores estresantes en su vida.

La señorita Jenkins era uno de ellos.

Pero Linus se guardó su opinión.

Su pequeño escritorio de madera se encontraba casi en el centro de la oficina: era la mesa siete de la fila L en una sala que comprendía veintiséis filas con catorce mesas cada una. Apenas había espacio entre ellas. Una persona delgada podía pasar sin problemas, pero para alguien con unos pocos kilos de más en torno a la cintura (la palabra clave era «pocos», naturalmente), la cosa no resultaba tan sencilla. Si les hubieran permitido tener objetos de adorno personales sobre el escritorio, seguramente Linus habría ocasionado más de un estropicio. No obstante, puesto que eso iba contra las normas, solo topaba contra las mesas con las anchas caderas y se apresuraba a pedir disculpas ante las miradas hostiles que recibía. Esta era una de las razones por las que solía esperar a que la oficina estuviera casi vacía antes de marcharse a casa. La otra razón era que había cumplido los cuarenta

hacía poco, y lo único que había conseguido en la vida era una casa diminuta, un gato arisco que seguramente los enterraría a todos y unos michelines cada vez más acusados que su médico le había palpado y pellizcado con una jovialidad que no venía a cuento mientras pontificaba sobre las maravillas de las dietas.

De ahí la ensalada rancia del economato.

Colgados a gran altura estaban los carteles con repugnantes mensajes alentadores que proclamaban: ESTÁS HACIENDO UN BUEN TRABAJO y APROVECHA CADA MINUTO DEL DÍA, PORQUE UN MINUTO PERDIDO ES UN MINUTO DESPERDICIADO. Linus los detestaba con toda el alma.

Apoyó las manos abiertas en la mesa para no clavarse las uñas en las palmas. El señor Tremblay, que ocupaba la mesa seis de la fila L, le dedicó una sonrisa siniestra.

—Ahora sí que te la vas a cargar —le dijo a Linus por lo bajo.

La señorita Jenkins llegó frente a su mesa, con los labios reducidos a una línea fina. Como de costumbre, se había aplicado el maquillaje en abundancia, a oscuras y sin la ayuda de un espejo. La densa capa de colorete en las mejillas era de color magenta, y el carmín parecía sangre. Llevaba un traje pantalón negro abotonado hasta justo debajo del mentón. Era liviana como un sueño, con unos huesos puntiagudos que se le marcaban bajo una piel demasiado tensa.

Gunther, en cambio, tenía un aspecto tan lozano como el señor Tremblay. Corría el rumor de que era el hijo de un pez gordo, seguramente alguien de Altísima Dirección. Aunque Linus no hablaba mucho con sus compañeros de trabajo, los oía cotillear entre susurros. Había descubierto a una edad temprana que, si no hablaba, la gente a menudo se olvidaba de que estaba ahí o incluso de que existía. Cuando era niño, su madre le había dicho que se confundía con la pintura de las paredes y las personas solo se acordaban de su presencia cuando algo les refrescaba la memoria.

—Señor Baker —dijo otra vez la señorita Jenkins, casi con un gruñido.

Gunther se encontraba junto a ella, sonriéndole a Linus con condescendencia. Tenía los dientes perfectamente blancos y cuadrados, y hoyuelos en la barbilla. Su guapura resultaba escalofriante. Su sonrisa habría debido ser arrebatadora, pero no le llegaba a los ojos. Las únicas ocasiones en que Linus se creía las sonrisas de Gunther era cuando este realizaba inspecciones sorpresa y anotaba un punto negativo tras otro en la tabla sujetapapeles con el largo lápiz.

Tal vez se trataba precisamente de eso. Tal vez Linus iba a recibir su primera sanción, algo que, milagrosamente, había conseguido evitar desde la llegada de Gunther y su sistema de puntos. Sabía que los vigilaban en todo momento. Unas grandes cámaras instaladas en el techo lo grababan absolutamente todo. Si pillaban a alguien haciendo algo incorrecto, los enormes altavoces en forma de caja instalados en las paredes cobraban vida entre crepitaciones y se anunciaban a gritos las sanciones impuestas a la mesa dos de la fila K, o la mesa trece de la fila Z.

A Linus nunca lo habían sorprendido administrando mal su tiempo. Era demasiado astuto. Y miedoso.

Aunque tal vez no lo suficiente.

Iban a ponerle un punto negativo.

O a lo mejor le pondrían cinco puntos negativos que constarían en su expediente laboral, un borrón que empañaría sus diecisiete años de servicio en el departamento. A lo mejor habían visto la mancha de aliño. Las disposiciones respecto a la vestimenta personal eran muy estrictas. Estaban enumeradas de forma detallada en las páginas 242-246 de *Normas y reglamentos*, el manual para empleados del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. A lo mejor alguien se había fijado en la mancha y lo había denunciado. Esto no le habría sorprendido en absoluto. Además, ¿no habían despedido a gente por faltas más leves?

Linus sabía que sí.

—Señorita Jenkins —dijo en una voz que apenas era más alta que un susurro—. Qué agradable verla por aquí. —Era mentira. Nunca era agradable ver a la señorita Jenkins—. ¿En qué puedo servirle?

La sonrisa de Gunther se ensanchó. Tal vez serían *diez* puntos negativos. Al fin y al cabo, el aliño era de color naranja. A Linus no le haría falta una caja de cartón para llevarse sus cosas. Sus únicas pertenencias eran la ropa que llevaba puesta y la alfombrilla del ratón con una foto descolorida de una playa de arena blanca junto al mar más azul del mundo. Una leyenda en la parte superior decía: ¿NO DESEARÍAS ESTAR AQUÍ?

Sí. Todos los días.

La señorita Jenkins no se molestó en responder al saludo de Linus.

—¿Qué ha hecho? —quiso saber, con las cejas cerca del nacimiento del cabello, cosa que en teoría era físicamente imposible.

Linus tragó en seco.

—Disculpe, pero me temo que no sé a qué se refiere.

—Me cuesta creerlo.

—Ah. ¿Lo… siento?

Gunther garabateó algo en su tabla sujetapapeles. Seguramente había decidido ponerle otra sanción a Linus por las descaradas manchas de sudor de los sobacos. Eso ya no tenía remedio.

La señorita Jenkins no dio muestra alguna de aceptar sus disculpas.

—Algo tiene que haber hecho —dijo con tozudez.

Tal vez le convenía confesar lo de la mancha de aliño. Sería como arrancarse una venda: más valía hacerlo de golpe que alargar el sufrimiento.

—Sí. Bueno, verá, estoy intentando comer más sano. Sigo una especie de régimen.

La señorita Jenkins frunció el ceño.

—¿Régimen?

Linus asintió con brusquedad.

—Órdenes del médico.

—Así que le sobran unos kilitos, ¿eh? —comentó Gunther, sin disimular un ápice su satisfacción.

Linus se puso rojo como un tomate.

—Supongo.

Gunther emitió un gemido de comprensión.

—Me he dado cuenta. Pobrecillo mío. Pero nunca es tarde si la dicha es buena, dicen. —Se dio unos golpecitos en el vientre plano con el borde de la tabla.

Gunther era odioso. Pero Linus se guardó su opinión.

—Qué maravilla.

—Aún no ha respondido a mi pregunta —espetó la señorita Jenkins—. ¿Qué demonios ha hecho usted?

Más valía acabar con aquello de una vez.

—He cometido una torpeza, patoso de mí. Estaba intentando comerme la ensalada, pero por lo visto la col rizada tiene vida propia, así que se me ha caído del…

—No tengo idea de qué me está contando —lo interrumpió la señorita Jenkins, inclinándose hacia delante y apoyándose en la mesa de Linus. Tamborileó sobre la madera con las uñas pintadas de negro. Sonó como un chacoloteo de huesos—. Deje de hablar.

—Sí, señora.

Ella se quedó mirándolo.

El estómago de Linus dio un vuelco violento.

—Está convocado —dijo lentamente— a una reunión con Altísima Dirección mañana por la mañana.

Linus no se esperaba esto. Ni por asomo. De hecho, de todas las cosas que Bedelia Jenkins habría podido decirle en ese instante, esa era la opción que le habría parecido menos probable.

Pestañeó varias veces.

—Perdón, ¿cómo dice?

Ella se enderezó, cruzando los brazos por debajo de los pechos y agarrándose los codos.

—He leído sus informes. A duras penas llegan a la categoría de aceptables, en el mejor de los casos. Así que imagine mi sorpresa cuando he recibido una comunicación interna que convoca a Linus Baker a una reunión.

A Linus se le heló la sangre. En toda su carrera profesional, nunca le habían pedido que se reuniera con Altísima Dirección. La única vez que había visto a un alto cargo había sido durante un almuerzo navideño, cuando un ejecutivo de Altísima Dirección, que se encontraba en una hilera al frente de la sala, servía jamón duro y seco con un puré de patatas repleto de grumos de unas bandejas de aluminio y, con una sonrisa de oreja a oreja, les aseguraba a todos sus subordinados que se habían ganado esos deliciosos manjares con su esfuerzo. Habían tenido que comérselos sentados a sus escritorios, claro, porque se habían pasado los quince minutos que duraba la pausa para almorzar haciendo cola, pero menos daba una piedra.

Estaban en septiembre. Faltaban *meses* para las Navidades.

Y, sin embargo, según la señorita Jenkins, querían hablar con él en persona. Que él supiera, eso no le había pasado a nadie más. No podía significar nada bueno.

La señorita Jenkins parecía estar esperando una respuesta. Él no sabía qué decir.

—A lo mejor ha habido una equivocación —dijo entonces.

—Una equivocación —repitió la señorita Jenkins—. Una *equivocación*.

—¿N-no?

—Altísima Dirección no comete equivocaciones —replicó Gunther con una sonrisa forzada.

Sí, se le había olvidado ese detalle.

—Pues entonces no sé.

A la señorita Jenkins no le gustó su respuesta. De pronto, a Linus lo asaltó la sospecha de que ella no sabía más de lo que le había dicho, y, por motivos en los que prefería no ahondar, la mera idea le provocó un ligero

estremecimiento de emoción. Una emoción teñida de un terror inimaginable, sí, pero emoción, al fin y al cabo. No sabía en qué clase de persona lo convertía eso.

«Oh, Linus —le había dicho su madre en cierta ocasión—. No es de buena educación recrearse en el sufrimiento de los demás».

Él nunca se daba el capricho de recrearse.

—No lo sabe —dijo la señorita Jenkins, como preparándose para arrearle un guantazo—. ¿No habrá presentado usted algún tipo de queja? ¿No será que mis técnicas de supervisión no acaban de convencerle y se ha pensado que podía puentearme? ¿Es eso, señor Baker?

—No, señora.

—¿Le gustan mis técnicas de supervisión?

Ni pizca.

—Sí.

Se oyó el rascar del lápiz de Gunther sobre la tabla sujetapapeles.

—¿Qué le gusta exactamente de mis técnicas de supervisión? —inquirió la señorita Jenkins.

Lo estaba poniendo en un compromiso. A Linus no le gustaba mentir sobre nada. Incluso las mentirijillas piadosas le causaban dolor de cabeza. Por otro lado, en cuanto uno empezaba a mentir, le resultaba cada vez más fácil seguir haciéndolo, hasta que se veía obligado a tener presentes cientos de mentiras. Era más sencillo decir la verdad.

Pero había momentos como aquel en que no quedaba más remedio. Además, en realidad no tenía que mentir, al menos de forma flagrante. Era posible retorcer la verdad de modo que siguiera pareciendo verosímil.

—Impone mucho.

Ella volvió a arquear las cejas hasta el nacimiento del pelo.

—Sí, ¿verdad?

—Ya lo creo.

La mujer alzó la mano y chasqueó los dedos. Gunther hurgó entre los papeles de su tabla antes de entregarle una hoja color crema. Ella la sujetó entre dos dedos, como si temiera que tocarla con cualquier otra parte del cuerpo pudiera provocarle una infección virulenta.

—Mañana a las nueve en punto, señor Baker. Pobre de usted si llega tarde. Huelga decir que después recuperará el tiempo de trabajo perdido, el fin de semana si es necesario. No se requerirán sus servicios sobre el terreno durante al menos una semana.

—Entendido —se apresuró a asentir Linus.

Ella se inclinó hacia delante de nuevo y bajó la voz hasta un susurro.

—Y como me entere de que se ha quejado de mí, convertiré su vida en un infierno. ¿Ha quedado claro, señor Baker?

Le había quedado claro.

—Sí, señora.

Ella dejó caer sobre su mesa el papel, que descendió revoloteando hasta una esquina. Linus no se atrevió a extender el brazo para cogerlo mientras ella siguiera allí, cerniéndose sobre él.

De pronto, la señorita Jenkins giró sobre los talones y gritó que más les valía a todos ponerse a trabajar o sabrían lo que es bueno.

El tableteo de los teclados se reanudó de inmediato.

Gunther se quedó de pie junto al escritorio de Linus, contemplándolo con cara rara.

Linus se revolvió en su silla, nervioso.

—No me imagino por qué habrán preguntado por usted —dijo Gunther al fin, con esa escalofriante sonrisa aflorándole de nuevo en los labios—, habiendo sin duda personas más… capacitadas. Ah, sí, una cosa más, señor Baker.

—¿Sí?

—Tiene una mancha en la camisa. Eso es inaceptable. Tendré que ponerle un punto negativo. Procure que no vuelva a ocurrir. —Acto seguido, dio media vuelta y siguió a la señorita Jenkins entre las filas de mesas.

Linus contuvo el aliento hasta que dejaron atrás la fila B, y entonces exhaló de golpe. Tendría que lavarse la camisa en cuanto llegara a casa si quería tener la más mínima posibilidad de quitar las manchas de sudor. Se restregó el rostro con la mano, sin saber muy bien cómo se sentía. Desconcertado, desde luego. Y seguramente asustado.

En la mesa de al lado, el señor Tremblay estiraba el cuello sin el menor disimulo para intentar ver qué era lo que decía el papel que había dejado la señorita Jenkins. Linus lo apartó de su vista con brusquedad, procurando no arrugar ninguno de los bordes.

—Te lo estabas buscando, ¿no? —preguntó el señor Tremblay, demasiado entusiasmado ante dicha posibilidad—. Me pregunto quién será mi próximo vecino de escritorio.

Linus no le hizo caso.

El brillo verdoso de su pantalla de ordenador iluminaba la hoja por detrás, lo que le confería al texto un aspecto mucho más amenazador.

Decía:

DEPARTAMENTO ENCARGADO DE LOS JÓVENES MÁGICOS
COMUNICACIÓN DE ALTÍSIMA DIRECCIÓN

CC: BEDELIA JENKINS

EL SEÑOR LINUS BAKER DEBERÁ PRESENTARSE EN LOS DESPACHOS DE ALTÍSIMA DIRECCIÓN EL MIÉRCOLES 6 DE SEPTIEMBRE A LAS NUEVE DE LA MAÑANA.

SOLO.

Y eso era todo.

—Ay, madre —musitó Linus.

* * *

Esa tarde, cuando el reloj dio las cinco, los empleados que rodeaban a Linus comenzaron a apagar sus ordenadores y a ponerse la chaqueta. Salieron en fila de la oficina, charlando entre ellos. Ni uno solo se despidió de Linus. En vez de ello, la mayoría lo miraba con fijeza antes de cruzar la puerta. Aquellos que se encontraban demasiado lejos para oír lo que había dicho la señorita Jenkins seguramente se habían enterado a través de los cuchicheos especulativos en torno al dispensador de agua fría. Aunque sin duda los rumores eran absurdos y sin el menor fundamento en la realidad, Linus no sabía por qué lo habían citado, así que no estaba en condiciones de desmentir lo que fuera que estuvieran diciendo.

Esperó hasta las cinco y media antes de empezar a prepararse para marcharse también. Para entonces, la oficina estaba casi vacía, aunque aún se vislumbraba la luz encendida en el despacho de la señorita Jenkins, al fondo. Linus se alegró de no tener que pasar por delante del camino de la salida. No se veía capaz de afrontar un segundo encuentro con ella ese día.

En cuanto la pantalla de su ordenador se oscureció, se puso de pie y cogió su americana, que estaba colgada en el respaldo de la silla. Se la puso y se le escapó un quejido cuando se acordó de que se había olvidado el paraguas en casa. A juzgar por el sonido de la lluvia, no había amainado. Si se daba prisa, tal vez aún estaba a tiempo de coger el bus.

Mientras se dirigía hacia la salida, chocó con solo seis mesas de cuatro filas distintas, pero tuvo buen cuidado de colocarlas todas en su sitio.

No le quedaría más remedio que volver a tomar ensalada esa noche. Sin aliño.

* * *

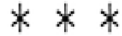
Perdió el bus.

Alcanzó a ver las luces traseras del vehículo que se alejaba por la calle con un rugido, y también el anuncio en la parte posterior con la imagen de una mujer sonriente y las palabras ¡SI VES ALGO, AVISA! ¡EL REGISTRO OBLIGATORIO NOS AYUDA A TODOS!, con toda claridad a pesar de la lluvia.

—Por supuesto —farfulló para sí.

Faltaban quince minutos para que pasara el siguiente.

Sosteniendo el maletín por encima de la cabeza, esperó.



Se apeó del autobús (que, como no podía ser de otra manera, había llegado diez minutos tarde) en la parada situada a unas manzanas de su casa.

—Menuda está cayendo ahí fuera —le comentó el autobusero.

—Sagaz observación —contestó Linus al bajar a la acera—. De verdad. Gracias por…

Las puertas se cerraron de golpe tras él, y el autobús arrancó. La rueda trasera, al pasar por un charco bastante grande, lo salpicó y le empapó los pantalones hasta las rodillas.

Con un suspiro, Linus se encaminó lentamente hacia su casa.

El barrio estaba tranquilo, y las farolas brillaban con una luz atrayente, incluso bajo la fría lluvia. Las casas eran pequeñas, pero la calle estaba bordeada de árboles cuyas hojas empezaban a cambiar de color; el verde apagado estaba cediendo el paso a un rojo y un dorado aún más apagados. En el número 167 de Lakewood había unos rosales que florecían discretamente. En el 193 de Lakewood había un perro que lanzaba pequeños ladridos de emoción siempre que lo veía. En el 207 de Lakewood había un columpio de neumático colgado de un árbol, pero al parecer los niños que vivían ahí se consideraban demasiado mayores para seguir usándolo. Linus nunca había tenido un columpio de neumático. Siempre había querido uno, pero, según su madre, era demasiado peligroso.

Dobló a la derecha por una calle más angosta y ahí, en la acera de la izquierda, estaba el 86 de Hermes Way.

Su casa.

No era nada del otro jueves. Era pequeñita, y había que cambiar la valla trasera. Pero tenía un porche estupendo en el que uno podía pasarse el día sentado, mirando las horas pasar, si uno tenía ese tipo de inclinaciones. En el arriate de la parte delantera había plantados unos altos girasoles que se

mecían en la fresca brisa, aunque en aquel momento estaban cerrados debido al inminente anochecer y como protección frente a la monótona lluvia. No había parado de caer agua del cielo durante semanas interminables, por lo general una llovizna incómoda intercalada con algún que otro aguacero fastidioso.

No era nada del otro jueves. Pero pertenecía a Linus y a nadie más.

Se detuvo junto al buzón, en el patio delantero, y sacó el correo del día. Al parecer se trataba solo de publicidad dirigida a un impersonal APRECIADO/A VECINO/A. Linus ya no se acordaba de cuándo había recibido una carta por última vez.

Subió los escalones del porche y estaba sacudiéndose en vano el agua de la americana cuando alguien lo llamó por su nombre desde la casa de al lado. Suspiró, preguntándose si colaría fingir que no lo había oído.

—Ni se le ocurra, señor Baker —dijo ella.

—No sé a qué se refiere, señora Klapper.

Edith Klapper, mujer de edad indeterminada (aunque Linus creía que ya había dejado atrás la fase de «vieja» para pasar a la legendaria categoría de «vetusta»), estaba en albornoz, sentada en su porche, con la pipa encendida en la mano, como de costumbre, y el humo arremolinándose en torno a su cabello cardado. Presa de una tos húmeda, se llevó a la boca un pañuelo desechable que seguramente ya habría debido desechar hacía una hora.

—Su gata ha vuelto a colarse en mi jardín, persiguiendo ardillas. Ya sabe lo que opino al respecto.

—*Calíope* hace lo que quiere —le recordó él—. No tengo control alguno sobre ella.

—Debería intentarlo, por lo menos —le espetó la señora Klapper.

—De acuerdo. Me pondré a ello de inmediato.

—¿Me está vacilando, señor Baker?

—Ni se me pasaría por la cabeza. —Se le pasaba por la cabeza con frecuencia.

—Eso suponía. ¿Se va a dormir ya?

—Sí, señora Klapper.

—Otra noche sin salir con nadie, ¿no?

Linus apretó con fuerza el asa del maletín.

—Otra noche sin salir con nadie.

—¿No hay ninguna amiguita afortunada? —La anciana le dio una calada a su pipa y exhaló el humo por la nariz—. Ay, discúlpeme. Vaya memoria la mía. No es usted un mujeriego precisamente, ¿verdad?

No le había fallado la memoria.

—No, señora Klapper.

—Mi nieto es contable. Un chico muy equilibrado, en general. Tiene cierta tendencia al alcoholismo desenfrenado, pero ¿quién soy yo para juzgar sus vicios? La contabilidad es un trabajo muy tedioso. Todos esos números… Le diré que le llame.

—Preferiría que no.

Ella se rio como una bruja.

—¿Se cree demasiado bueno para él?

—No… no estoy… no tengo tiempo para esas cosas —balbució Linus.

—Tal vez debería ir pensando en buscarse un hueco, señor Baker —se mofó la señora Klapper—. No es sano seguir soltero a su edad. No quiero ni imaginar lo que pasaría si se volara la tapa de los sesos. Se desvalorizaría el metro cuadrado en el barrio.

—¡No estoy deprimido!

Ella lo miró de arriba abajo.

—¿De veras? ¿Cómo es posible?

—¿Se le ofrece algo más, señora Klapper? —preguntó Linus con los dientes apretados.

Ella sacudió la mano en un gesto desdeñoso.

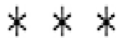
—No, ya está. Puede retirarse. Póngase el pijama, encienda esa antigualla de tocadiscos que tiene y bailotee por el salón, como de costumbre.

—¡Le tengo dicho que no me espíe por la ventana!

—Claro que sí —dijo ella retrepándose en su silla y metiéndose la pipa entre los labios—. Claro que sí.

—Buenas noches, señora Klapper —gritó él introduciendo la llave en la cerradura.

Sin esperar respuesta, cerró la puerta tras de sí y se aseguró de echar el pestillo.



Calíope, un dechado de maldad, estaba sentada al borde de su cama, con la negra cola ondeando y los brillantes ojos verdes fijos en él. Se puso a ronronear. Lo que en la mayoría de los gatos era un sonido relajante, en *Calíope* indicaba que estaba maquinando nefandas jugarretas.

—No deberías entrar en el jardín de la vecina —la reprendió mientras se quitaba la americana.

Ella siguió ronroneando.

Linus se la había encontrado un día, casi diez años atrás: una gatita diminuta en su porche, chillando como si alguien le hubiera prendido fuego a la cola. Por fortuna, no era así, pero en cuanto él había salido con sigilo al porche, la minina le había pegado un bufido, con el lomo arqueado y el negro pelaje erizado. En vez de esperar a que el animal le provocara una infección llenándole la cara de arañazos, él había reculado con rapidez y había entrado de nuevo en la casa, suponiendo que, si la ignoraba durante suficiente tiempo, acabaría por marcharse.

Ella no se había marchado.

Por el contrario, se había pasado casi toda la noche maullando. Linus había intentado dormir. Los maullidos eran demasiado fuertes. Se tapó la cabeza con la almohada. No sirvió de nada. Al final, cogió una linterna y una escoba, resuelto a darle golpecitos a la gata hasta que se largara. Ella estaba esperándole en el porche, sentada frente a la puerta. Linus se quedó tan sorprendido que se le cayó la escoba de las manos.

La minina entró en la casa como si hubiera vivido ahí toda la vida.

Y ya nunca se marchó, por más que Linus la amenazaba.

Seis meses después, él se había dado por vencido finalmente. Para entonces, en la casa había juguetes desperdigados por doquier, un cajón de arena y unos pequeños cuencos para la comida y el agua con el nombre CALÍOPE impreso en el costado. Linus no estaba muy seguro de cómo había llegado a eso, pero ahí estaba.

—La señora Klapper te pillará algún día —le advirtió mientras se despojaba de la ropa mojada—, y yo no estaré aquí para salvarte. Cuando estés merendándote una ardilla, ella aparecerá y te… Bueno, no sé qué pasará. Pero algo te hará. Y a mí no me dará ninguna pena.

La gata parpadeó despacio.

—De acuerdo —suspiró él—. Un poco de pena, sí.

Se puso el pijama y se abrochó los botones de la parte de arriba, que llevaba las iniciales «LB» bordadas en un lado del pecho. Se lo había regalado el departamento en reconocimiento a quince años de servicio. Él lo había escogido de un catálogo que le habían dado el día del aniversario. El catálogo constaba de dos páginas. En la primera, aparecía una foto del pijama. En la segunda, la de un candelero.

Él había elegido el pijama. Siempre había querido tener algo con sus iniciales bordadas.

Tras recoger las prendas mojadas, salió de la habitación. Un golpetazo sordo que sonó a su espalda le indicó que alguien lo seguía.

Metió su empapada ropa de trabajo en la lavadora, la puso en ciclo de remojo y fue a preparar la cena.

—No necesito un contable —le dijo a *Calíope*, que estaba serpenteando entre sus piernas—. Tengo otras cosas en que pensar. Como lo de mañana. ¿Por qué me pasaré la vida preocupándome por los mañanas?

De forma instintiva, se acercó a la vieja Victrola. Hurgó entre los discos del cajón inferior hasta que encontró el que buscaba. Lo extrajo de la funda y lo colocó en el plato del tocadiscos antes de bajar la aguja.

Al cabo de unos instantes, los Everly Brothers se pusieron a cantar que les bastaba con soñar.

Linus regresó a la cocina, contoneándose despacio al ritmo de la música.

Bolitas de pienso para *Calíope*.

Ensalada de bolsa para Linus.

Se saltó la dieta, pero solo un poco.

Un chorrito de aliño no hacía daño a nadie.

—«Cada vez que te quiero entre mis brazos —canturreó en voz baja—, me basta con soñar».

* * *

Si alguien le hubiera preguntado a Linus Baker si se sentía solo, habría torcido el gesto, sorprendido. La pregunta se le habría antojado extraña, casi ofensiva. Y aunque la mentirijilla más inocente le provocaba dolor de cabeza y le revolvía el estómago, tal vez habría respondido que no, aunque, en realidad, la soledad lo abrumaba, casi hasta el punto de la desesperación.

Y tal vez una parte de él creía que no se sentía solo. Había aceptado hacía mucho tiempo que había personas con un gran corazón y con mucho cariño que dar, pero que siempre estarían solas. Era el destino que les había tocado en suerte, y a los veintisiete años, Linus había descubierto que él era una de esas personas.

No, no había llegado a esa conclusión porque le hubiera pasado algo en concreto. Era solo que se sentía… más gris que los demás. Como si, en un mundo nítido y cristalino, él estuviera desdibujado. Había nacido para pasar desapercibido.

En aquel entonces había aceptado su sino, y ahora tenía cuarenta años, la tensión alta y un michelín en torno a la cintura. Por supuesto, había ocasiones en que se miraba en el espejo, preguntándose si era capaz de ver algo que resultaba invisible para los demás. Estaba pálido. Llevaba el cabello negro corto y bien peinado, si bien empezaba a perder pelo en la coronilla. Tenía

arrugas en las comisuras de los ojos y los labios, y mofletes carnosos. Aunque el michelín parecía del tamaño de una rueda de escúter, si no se cuidaba acabaría convirtiéndose en un neumático de camión. Su aspecto era… en fin.

Su aspecto era el de un típico cuarentón.

Mientras se comía la ensalada con un par de gotas de aliño en la minúscula cocina de su minúscula casa escuchando cómo los Everly Brothers le pedían a la pequeña Susie que se despertara, preocupado por lo que sucedería al día siguiente en la reunión con Altísima Dirección, a Linus Baker ni se le pasó por la cabeza preguntarse si se sentía solo.

Al fin y al cabo, había personas bastante más desfavorecidas. Él tenía un techo sobre su cabeza, comida para conejos en el estómago y un pijama con sus iniciales bordadas.

Además, nada de eso venía al caso.

No tenía tiempo para quedarse sentado en silencio y pensar sobre esas frivolidades.

En vez de dejar vagar su mente, cogió el ejemplar de *Normas y reglamentos* que guardaba en casa (un volumen de 947 páginas que le había costado casi doscientos dólares; aunque tenía uno en la oficina, le había parecido importante comprar uno para casa también) y se puso a leer la letra pequeña. Fuera lo que fuese lo que le deparaba el día de mañana, más valía que estuviera preparado.

Tres

A la mañana siguiente, Linus llegó a la oficina casi dos horas antes de lo habitual. No había nadie más ahí, pues los demás empleados seguramente seguían acostados tan ricamente en la cama, calentitos y libres de preocupaciones.

Se acercó a su mesa, se sentó y encendió el ordenador. El brillo verdoso que le era tan familiar no le ayudó en absoluto a relajarse.

Intentó avanzar todo lo posible en el trabajo, pendiente en todo momento del tictac del reloj que tenía encima, de cada segundo que pasaba.

La oficina empezó a llenarse a las ocho menos cuarto. La señorita Jenkins llegó a las ocho en punto, taconeando. Aunque Linus se encogió en su asiento, notó los ojos de la mujer clavados en él.

Intentó trabajar. Hizo un gran esfuerzo. Veía borrosas las palabras verdes de la pantalla. Ni siquiera consultar su ejemplar de *Normas y reglamentos* le sirvió para tranquilizarse.

Exactamente a las ocho cuarenta y cinco, se levantó de su silla.

Los compañeros de las mesas vecinas se volvieron y fijaron la mirada en él.

Sin hacerles caso, Linus tragó en seco, cogió su maletín y avanzó entre las filas.

—Perdón —murmuraba cada vez que chocaba con un escritorio—. Mis disculpas. Lo siento mucho. ¿Soy yo o estas mesas están cada vez más juntas? Perdón. Mil perdones.

Cuando salió de la oficina, la señorita Jenkins estaba de pie en la puerta de su despacho, con Gunther a su lado garabateando algo en su tabla sujetapapeles con su largo lápiz.

* * *

Las oficinas de Altísima Dirección estaban en la cuarta planta del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. Había oído rumores sobre

la cuarta planta, casi todos de lo más alarmantes. Aunque nunca había estado ahí, suponía que al menos algunos de esos rumores debían de ser ciertos.

Estaba solo en el ascensor cuando apretó un botón que nunca creyó que pulsaría.

El relumbrante cuatro dorado.

La cabina comenzó a subir. A Linus le pareció que la boca del estómago se le quedaba en el sótano. Fue el trayecto en ascensor más largo de su vida, pues duró por lo menos dos minutos. Esto se debió en parte a que se detuvo en la planta baja, abrió sus puertas y empezó a llenarse de personas. Estas se dirigían al primero, segundo o tercer piso, pero nadie iba al cuarto.

Un puñado de personas bajó en la primera planta, y un grupo más numeroso en la segunda. Y en la tercera salieron todos los que quedaban. Le lanzaron miradas de curiosidad a Linus por encima del hombro. Él intentó dedicarles una sonrisa, pero supuso que más bien le salió una mueca.

Volvía a estar solo en el momento en que el ascensor se puso en marcha de nuevo.

Cuando las puertas se abrieron en la cuarta planta, estaba sudando.

No lo serenó en absoluto salir a un pasillo largo y frío, con suelo de baldosas de piedra y unos apliques dorados que emitían una luz tenue. En un extremo del pasillo estaba la batería de ascensores donde él se encontraba. En el otro extremo había una ventanilla de vidrio con una persiana cerrada, junto a un par de grandes puertas de madera, sobre las que un letrero de metal rezaba:

ALTÍSIMA DIRECCIÓN

ACCESO SOLO CON CITA PREVIA

—Bueno, muchacho —susurró Linus—. Ánimo, que tú puedes.

Al parecer, sus pies no captaron el mensaje, pues se quedaron firmemente plantados en el suelo.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. Él no hizo nada por impedirlo. La cabina no se movió.

En ese momento, Linus se planteó muy en serio regresar a la planta baja, salir del edificio del DEJOMA y tal vez echar a andar hasta que ya no pudiera más, solo para ver dónde acababa.

Parecía un buen plan.

En vez de ello, pulsó de nuevo el botón del cuatro.

Las puertas se abrieron.

Tosió. El sonido resonó por todo el pasillo.

—No es momento para acobardarse —se reprendió a sí mismo por lo bajo—. Échale narices. Quién sabe, a lo mejor van a ascenderte a un cargo estupendo, con un buen sueldo que te permitirá irte por fin de vacaciones, como siempre has soñado. La arena de la playa. El azul del mar. ¿No desearías estar ahí?

Lo deseaba. Con todas sus fuerzas.

Linus empezó a avanzar por el pasillo a paso lento. La lluvia azotaba las ventanas que tenía a su izquierda. La luz de los apliques de su derecha parpadeaba ligeramente. Sus mocasines chirriaban contra el suelo. Se ajustó la corbata.

Cuando al fin llegó al final del pasillo habían pasado cuatro minutos. Según su reloj, eran las nueve menos cinco.

Intentó abrir las puertas.

Estaban cerradas con llave.

La ventanilla contigua a las puertas tenía una persiana metálica bajada por la parte interior. Junto a ella había una placa, también de metal, con un botón al lado.

Linus se debatió en la duda unos instantes antes de apretar el botón. Un fuerte zumbido sonó al otro lado de la persiana de metal. Esperó.

Contempló su reflejo en el cristal, que le devolvía la mirada con ojos desorbitados, como estupefacto. Se apresuró a alisarse los mechones de pelo que se le habían puesto de punta a los lados de la cabeza, como siempre. Se enderezó la corbata, echó los hombros hacia atrás y metió barriga.

La persiana metálica se elevó.

Al otro lado había una mujer de aspecto aburrido masticando chicle tras unos labios de un rojo brillante. Hizo una pompa rosa que estalló antes de que la succionara de nuevo al interior de su boca. Ladeó la cabeza, de modo que los rizos rubios le rebotaron sobre los hombros.

—¿Quería algo? —preguntó.

Él trató de contestar, pero no salió sonido alguno de su garganta. Carraspeó y volvió a intentarlo.

—Sí. Tengo una cita a las nueve.

—¿Con quién?

Era una pregunta interesante para la que no tenía respuesta.

—Pues… no estoy seguro.

Doña Goma de Mascar se quedó mirándolo.

—¿Tiene una cita, pero no sabe con quién?

Era un buen resumen de la situación.

—Sí, ¿no?

—¿Su nombre?

—Linus Baker.

—Qué rico —comentó ella mientras sus uñas perfectamente arregladas repiqueteaban sobre el teclado—. Linus Baker. Linus Baker. Linus… —De pronto abrió los ojos como platos—. Ah. Ya veo. Espere un momento, por favor.

Bajó la persiana de golpe. Linus parpadeó, sin saber muy bien qué hacer. Así que esperó.

Transcurrió un minuto.

Y luego otro.

Y otro más.

Y entonces…

La persiana metálica volvió a deslizarse hacia arriba. Doña Goma de Mascar parecía mucho más interesada en él que antes. Se inclinó hacia delante casi hasta apretar la cara contra el cristal que los separaba. Empañó un poco la ventanilla con el aliento.

—Le están esperando.

Linus retrocedió un paso.

—¿Quiénes?

—Todos —dijo ella mirándolo de hito en hito—. Todos los miembros de Altísima Dirección.

—Ah —dijo Linus con voz débil—. Deliciosa noticia. ¿Y seguro que es conmigo con quien quieren hablar?

—Es usted Linus Baker, ¿no?

Eso esperaba, pues no sabía ser ninguna otra persona.

—Sí.

Sonó otro timbre, y Linus oyó un chasquido procedente de las puertas cercanas. Se abrieron girando sobre bisagras silenciosas.

—En ese caso, sí, señor Baker —respondió ella, con la mejilla algo abultada por el chicle—. Es usted con quien quieren hablar. Y yo en su lugar me daría prisa. A los ejecutivos de Altísima Dirección no les gusta que los hagan esperar.

—Ya —dijo él—. ¿Qué pinta tengo? —Metió un poco más la barriga.

—La de alguien que no tiene idea de lo que hace —contestó ella antes de cerrar la persiana con brusquedad.

Linus se volvió para mirar con añoranza los ascensores del otro extremo del pasillo.

«¿No desearías estar aquí?», le preguntaban.

Sí que lo deseaba. Con toda el alma.

Se apartó de la ventanilla y cruzó las puertas abiertas.

Entró en una sala circular con una rotonda acristalada en lo alto. En el centro de la estancia había una fuente, una estatua de piedra de un hombre con capa, de cuyas manos extendidas brotaba un chorro continuo de agua. Miraba al techo con fríos ojos grises. Estaba rodeado de niños de piedra que, aferrados a sus piernas, recibían el chorro en la cabeza.

Una puerta se abrió a la derecha de Linus. Doña Goma de Mascar salió de su cabina. Se alisó el vestido, masticando ruidosamente su chicle.

—Es más bajito de lo que parecía a través del vidrio —le comentó.

Linus no sabía qué responder a eso, así que se quedó callado.

—Sígame, si es tan amable —dijo ella con un suspiro. Andaba como un pájaro, con pasos rápidos y muy cortos. Cuando iba por la mitad de la sala, se volvió hacia él—. No era una sugerencia.

—Ah —dijo Linus, y estuvo a punto de tropezar con sus propios pies cuando se apresuró a alcanzarla—. Mis disculpas. Nunca… nunca había estado aquí.

—Salta a la vista.

Le pareció que ella lo estaba insultando, aunque no tenía muy claro por qué.

—¿Están… todos?

—Qué raro, ¿verdad? —La mujer hizo otra pompa, que estalló con delicadeza—. Y para hablar con usted, ni más ni menos. Yo ni siquiera sabía que existía hasta hace un momento.

—Me pasa a menudo.

—No acierto a explicarme por qué.

Sí, eso era un insulto sin lugar a dudas.

—¿Cómo son? Solo los he visto cuando estaban sirviendo un puré de patatas con grumos.

Doña Goma de Mascar se paró en seco y lo miró por encima del hombro. A Linus le dio la impresión de que seguramente podía girar la cabeza trescientos sesenta grados si se lo proponía.

—Puré de patatas con grumos.

—Sí, durante el almuerzo de Navidades.

—Yo preparé ese puré de patatas. Desde cero.

Linus palideció.

—Bueno… Yo… Es cuestión de gustos. Seguro que a usted…

Con un carraspeo, doña Goma de Mascar reanudó la marcha.

Linus no había empezado con buen pie.

Llegaron a otra puerta en el otro extremo de la rotonda. Era negra, con una placa dorada cerca de la parte superior, en la que no había grabado nombre alguno. Doña Goma de Mascar alzó la mano y dio tres golpecitos con una uña.

Pasó un segundo, luego otro y, entonces…

La puerta se abrió despacio.

Al otro lado reinaba la oscuridad.

Una oscuridad absoluta.

Doña Goma de Mascar se hizo a un lado y se volvió de cara a él.

—Usted primero.

Linus escudriñó la negrura.

—Mmm, bueno… Tal vez podríamos dejar la reunión para otro día. Como ya sabrá, estoy muy ocupado. Tengo muchos informes que terminar…

—Pase, señor Baker —retumbó una voz desde dentro.

Doña Goma de Mascar sonrió.

Linus se enjugó el sudor de la frente con la manga. Por poco se le cae el maletín.

—Bueno, casi que mejor entro.

—Casi que sí —dijo doña Goma de Mascar.

Y eso fue justo lo que hizo.

Habría debido de estar preparado para cuando la puerta se cerrara de golpe a su espalda, pero como seguía atemorizado, se llevó un susto de muerte. Sujetó el maletín contra el pecho, como para protegerse. La oscuridad lo desorientaba, y estaba convencido de que se trataba de una trampa para que se pasara el resto de sus días vagando a ciegas. Era casi un destino tan terrible como el despido.

Pero entonces aparecieron en el suelo unas luces que iluminaban un camino ante él. Eran amarillas y suaves, como un camino de baldosas. Dio un paso tímido, apartándose de la puerta. Como no tropezó con nada, dio otro.

Avanzó una distancia mucho mayor de la que esperaba guiado por las luces antes de que estas formaran un círculo a sus pies. Se detuvo, pues no sabía por dónde se suponía que debía continuar. Esperaba no tener que huir de alguna cosa horrible.

Un resplandor mucho más intenso empezó a brillar en lo alto. Le pareció que era un foco que lo apuntaba directamente desde el techo.

—Puede dejar el maletín en el suelo —dijo una voz profunda procedente de más arriba.

—No, estoy bien así —replicó Linus apretándolo con más fuerza contra sí.

De pronto, como si alguien pulsara un interruptor, más luces se encendieron sobre su cabeza y alumbraron los rostros de cuatro personas que Linus identificó como los ejecutivos de Altísima Dirección. Estaban sentados muy por encima de Linus, en lo alto de un enorme muro de piedra, contemplándolo desde su atalaya con distintos grados de interés.

Eran tres hombres y una mujer, y aunque Linus se había aprendido sus nombres durante sus primeros años en DEJOMA, en aquel momento era absolutamente incapaz de recordarlos. Su mente, que había tomado la decisión de que estaba experimentando graves problemas técnicos, solo emitía interferencias.

Los miró uno a uno, de izquierda a derecha, asintiendo con la cabeza mientras intentaba mantener una expresión neutra.

La mujer, que lucía una melenita corta, llevaba un broche grande en forma de escarabajo con caparazón iridiscente.

Uno de los hombres estaba quedándose calvo y tenía los carrillos caídos. Se sorbió los mocos apretándose la nariz con un pañuelo y se aclaró la garganta para desalojar lo que, a juzgar por el ruido, debía de ser una flema de tamaño considerable.

El segundo hombre era tan esquelético que Linus pensó que, si se ponía de costado, desaparecería. Llevaba unas gafas demasiado grandes para su cara, con lentes en forma de medialuna.

El último hombre era más joven que los demás, más o menos de la misma edad que Linus, aunque costaba determinarlo con certeza. Tenía el pelo ondulado y era tan guapo que intimidaba. Linus lo reconoció casi de inmediato como el tipo que siempre servía el jamón duro con una sonrisa.

Fue el primero en hablar.

—Gracias por asistir a esta reunión, señor Baker.

Linus notaba la boca seca. Se humedeció los labios con la lengua.

—¿De… nada?

La mujer se inclinó hacia delante.

—Según su ficha de empleado, lleva diecisiete años trabajando para el departamento.

—Sí, señora.

—Y, durante todo ese tiempo, ha mantenido el mismo cargo.

—Sí, señora.

—¿Y eso?

Porque no tenía perspectivas de acceder a un puesto mejor ni el menor deseo de dedicarse a la supervisión.

—Me gusta el trabajo que hago.

—¿De veras? —inquirió ella ladeando la cabeza.

—Sí.

—¿Por qué?

—Soy un trabajador social —dijo, y el maletín le resbaló un poco entre los dedos—. Que yo sepa, no existe un cargo más importante. —De repente, abrió mucho los ojos—. Aparte del suyo, por supuesto. Jamás me atrevería a comparar…

El hombre de las gafas revolvió unos papeles que tenía delante.

—He examinado sus últimos seis informes, señor Baker. ¿Quiere saber qué veo en ellos?

No, Linus no quería.

—Sí, por favor.

—Veo a una persona concienzuda y práctica. Aséptica hasta un extremo sorprendente.

Linus no supo si tomárselo como un cumplido. Muy halagüeño no sonaba.

—Un trabajador social debe mantener cierta distancia —recitó diligentemente.

Carrillos se sorbió de nuevo la nariz.

—¿Ah, sí? ¿De dónde sale eso? Me resulta familiar.

—Es de *Normas y reglamentos* —respondió Guapo—, y cabría esperar que lo reconocieras. Tú lo escribiste casi todo.

Carrillos se sonó con el pañuelo.

—En efecto. Ya lo sabía.

—¿Por qué es importante mantener cierta distancia? —preguntó la mujer sin despegar los ojos de Linus.

—Porque no conviene que me encariñe con los niños con los que trabajo —dijo Linus—. Mi trabajo consiste única y exclusivamente en asegurarme de que los orfanatos que inspecciono estén en condiciones óptimas. El bienestar de los niños es importante, pero en conjunto. Las interacciones individuales no están bien vistas. Nublarían mi capacidad para juzgar de manera imparcial.

—Pero sí que se entrevista con los niños —señaló Guapo.

—Sí —convino Linus—. Así es. Pero es posible tratar con jóvenes mágicos sin perder la profesionalidad.

—¿Alguna vez ha recomendado el cierre de un orfanato durante sus diecisiete años de servicio, señor Baker? —inquirió el de las gafas.

Seguro que ya conocían la respuesta.

—Sí. En cinco ocasiones.

—¿Por qué?

—No eran entornos seguros.

—O sea que, en el fondo, le importa.

Linus empezaba a aturullarse.

—En ningún momento he dicho que no me importe. Simplemente me limito a hacer lo que se espera de mí. Hay una diferencia entre encariñarse y ser empático. Esos niños… no tienen a nadie más. Precisamente por eso están en orfanatos. No tendrían que irse a dormir por la noche con el estómago vacío, ni preocuparse de que los obliguen a trabajar hasta el agotamiento. El hecho de que sea necesario mantener a estos huérfanos separados de los niños normales no significa que debamos tratarlos de manera diferente. Hay que proteger a todos los niños, con independencia de su… carácter o sus capacidades, cueste lo que cueste.

Carrillos sufrió un breve acceso de tos húmeda.

—¿De verdad lo cree?

—Sí.

—¿Y qué fue de los niños ingresados en los orfanatos que usted cerró?

Linus pestañeó.

—Eso es cosa de Supervisión. Yo expongo mi recomendación, y el supervisor se encarga de las gestiones siguientes. Lo más seguro es que los hayan matriculado en los colegios regentados por el DEJOMA.

Guapo se retrepó en la silla y miró a sus colegas.

—Es perfecto.

—Estoy de acuerdo —dijo Carrillos—. En realidad, no hay nadie más que pueda ocuparse de un asunto tan… delicado.

El de las gafas miró con fijeza a Linus desde arriba.

—¿Es usted un hombre discreto, señor Baker?

Linus se sintió insultado.

—Trabajo con jóvenes ocultos al público día tras día —contestó en un tono más cortante del que pretendía—. Soy como una cámara acorazada de la que no sale nada.

—Y, al parecer, tampoco entra nada —dijo la mujer—. Nos servirá.

—Perdonen, pero ¿puedo preguntarles exactamente de qué hablan? ¿Les serviré para qué?

Guapo se frotó la cara con la mano.

—Lo que vamos a decirle a continuación no debe salir de aquí, señor Baker. ¿Entiende? Se trata de información confidencial de nivel cuatro.

Linus inspiró de forma entrecortada. El nivel cuatro de confidencialidad era el más alto. Sabía que existía en teoría, pero ignoraba que se utilizara en la vida real. Solo se había encargado de un caso de nivel tres una vez, y la experiencia había resultado de lo más perturbadora. Una chiquilla internada en un orfanato había resultado ser una banshee, heraldo de la muerte. Habían alertado al DEJOMA en cuanto ella había comenzado a decirles a los otros niños que iban a morir. El problema había resultado ser, por supuesto, que tenía razón. El director del orfanato había decidido utilizar a los huérfanos en un sacrificio pagano. Linus había logrado escapar por los pelos con los niños y el pellejo intacto. Después de eso le habían concedido dos días libres, las vacaciones más largas que había tenido en años.

—¿Por qué yo? —preguntó con la voz reducida casi a un susurro.

—Porque en realidad no podemos confiar en nadie más —fue la sencilla respuesta de la mujer.

Aunque esto habría debido llenar de orgullo a Linus, él solo sintió un pánico que le oprimía el estómago.

—Tómeselo más bien como una inspección —dijo el de las gafas—. Aunque no hemos recibido noticias de actos condenables, el orfanato que va a visitar es… es especial, señor Baker. Es una institución poco convencional, y los seis niños que viven ahí son distintos de todos los que ha visto hasta ahora, algunos más que otros. Son… problemáticos.

—¿Problemáticos? ¿Y eso qué se supone que…?

—Su misión será cerciorarse de que todo marcha viento en popa —dijo Guapo esbozando una sonrisa—. Es importante, ¿sabe? El director de ese orfanato en particular, un tal Arthur Parnassus, está cualificado de sobra, pero tenemos ciertas… reservas. Se trata de seis niños con características extremas, y debemos asegurarnos de que el señor Parnassus siga siendo capaz de controlarlos. Uno solo ya supondría un desafío, pero… ¿seis?

Linus se devanó los sesos. Estaba convencido de que conocía el nombre de todos los directores de orfanatos de la región, pero…

—No me suena el señor Parnassus.

—No, ya lo suponía —dijo la mujer—, pero por eso es información confidencial de nivel cuatro. Si le sonara, significaría que ha habido una

filtración. No nos gustan las filtraciones, señor Baker. Lo comprende, ¿verdad? Las filtraciones hay que taparlas. Cuanto antes.

—Sí, sí —se apresuró a responder—. Desde luego. Yo no sería capaz…

—Por supuesto que no —dijo Carrillos—. Es una de las razones por las que le hemos elegido. Un mes, señor Baker. Pasará usted un mes en la isla en la que se encuentra el orfanato. Contamos con que nos envíe un informe cada semana. Si detecta cualquier cosa que le parezca alarmante, deberá avisarnos de inmediato.

Linus notó que se le desorbitaban los ojos.

—¡¿Un mes?! ¡No puedo ausentarme durante un mes, tengo obligaciones!

—Reasignarán los casos en los que está trabajando —explicó el de las gafas—. De hecho, lo están haciendo en estos momentos. —Pasó otra página—. Además, aquí dice que está usted bastante solo. No tiene cónyuge ni hijos. Nadie lo echaría de menos si tuviera que marcharse una temporada larga.

Esto le escoció más de lo que habría debido. Era consciente de todas esas cosas, por supuesto, pero oírlas expuestas con tanta crudeza le provocó taquicardia. Aun así…

—¡Tengo una gata!

Guapo soltó un resoplido.

—Los gatos son seres solitarios, señor Baker. Estoy seguro de que ni siquiera se enterará de que se ha ido.

—Sus informes serán remitidos a Altísima Dirección —dijo la mujer—. Los supervisará el señor Werner, aunque todos los examinaremos. —Señaló a Guapo con una inclinación de la cabeza—. Confiamos en que será tan minucioso al elaborar los informes como en el pasado. Es más: se lo pedimos encarecidamente. E incluso que sea aún más minucioso, en caso necesario.

—La señorita Jenkins…

—Será informada sobre su misión especial —le aseguró Guapo (el señor Werner)—, aunque con detalles mínimos. Considere esto un ascenso, señor Baker. Creo que merece uno desde hace tiempo.

—¿No tengo voz en el asunto?

—Considere esto un ascenso *obligatorio* —puntualizó el señor Werner—. Esperamos grandes cosas de usted. Piense en el impulso que esto imprimirá a su carrera profesional si todo sale bien. Por favor, no nos decepcione. Y ahora, puede tomarse el resto del día libre para poner en orden sus asuntos. Su tren sale mañana, a primera hora de la mañana. ¿Alguna pregunta?

Decenas. Tenía decenas de preguntas.

—¡Sí! ¿Qué hay de…?

—Excelente —dijo el señor Werner dando una palmada—. Sabía que podíamos contar con usted, señor Baker. Estamos deseando recibir sus noticias sobre la situación en la isla. Sin duda serán interesantes, como mínimo. Vaya, con toda esta cháchara se me ha secado el gaznate. Diría que es la hora de tomar el té. Nuestra secretaria lo acompañará a la salida. Ha sido un placer hablar con usted.

Los ejecutivos de Altísima Dirección se pusieron de pie a la vez, se despidieron de él con una reverencia, y de repente la sala quedó a oscuras.

A Linus se le escapó un chillido. Cuando se disponía a abrirse camino a tientas, una luz volvió a encenderse en lo alto del muro. Alzó la vista hacia ella, parpadeando. El señor Werner lo contemplaba desde arriba con expresión curiosa. Los demás ya no estaban.

—¿Algo más? —preguntó Linus, nervioso.

—Vaya con cuidado, señor Baker —le advirtió el señor Werner.

Sus palabras no parecían augurar nada bueno.

—¿Con cuidado?

El señor Werner asintió.

—Debe estar preparado. No puedo enfatizar lo suficiente la importancia de esta misión. No omita un solo detalle, por pequeño o insignificante que le parezca.

Linus se ofendió. Una cosa era poner en duda que estuviera preparado, y otra muy distinta cuestionar la minuciosidad de sus informes.

—Yo siempre…

—Digamos que tengo un interés personal en lo que pueda encontrar —aseveró el señor Werner, sin hacer caso de los balbuceos de indignación de Linus—. Es algo que va más allá de la curiosidad. —Le dedicó una sonrisa que sin embargo no se reflejó en sus ojos—. No me gusta que me defrauden, señor Baker. Por favor, no me defraude.

—¿Por qué ese lugar? —preguntó Linus con un gesto de impotencia—. ¿Qué les ha llamado la atención de ese orfanato que requiera la supervisión de un trabajador social? ¿Acaso el director ha hecho algo que…?

—Se trata más bien de lo que *no* ha hecho —repuso el señor Werner—. Sus informes mensuales… dejan bastante que desear, sobre todo teniendo en cuenta quiénes están a su cargo. Necesitamos saber más, señor Baker. El orden solo triunfa en un marco de transparencia total. Si no contamos con eso, corremos el riesgo de caer en el caos. ¿Alguna pregunta más?

—¿Qué? Sí. He…

—Bien —dijo el señor Werner—. Le deseo suerte. Creo que la necesitará.

Dicho esto, la sala volvió a sumirse en tinieblas.

—Ay, madre —murmuró Linus.

El camino de luces doradas volvió a iluminarse en el suelo.

—¿Ya está? —inquirió una voz muy cerca de su oreja.

Linus no pegó un chillido ni mucho menos, pese a todas las pruebas que indicaban lo contrario.

Doña Goma de Mascar estaba detrás de él, masticando el chicle ruidosamente.

—Venga conmigo, señor Baker. —Giró sobre los talones de forma que el vestido se le arremolinó a la altura de las rodillas, y se encaminó hacia la salida.

Linus la siguió a paso veloz, y solo miró atrás hacia la oscuridad una vez.



Ella lo aguardaba fuera de la cámara, dando golpecitos con el pie en el suelo, impaciente. A Linus le faltaba el aliento cuando cruzó la puerta abierta. No estaba seguro de que lo que acababa de pasar no fuera más que el fruto de un sueño febril. Desde luego se sentía como si tuviera fiebre. Cabía la posibilidad de que doña Goma de Mascar fuera una alucinación provocada por una enfermedad no diagnosticada.

Una alucinación bastante avasalladora, eso sí, que le puso entre las manos una gruesa carpeta con tanta brusquedad que él la cogió con torpeza y por poco se le cae el maletín.

—El billete de tren está dentro —le informó ella—. También encontrará un sobre cerrado con los expedientes que necesitará. No sé de qué va eso y me da igual. Me pagan para que no fisgonee, ¿se lo puede creer? No debe abrir el sobre hasta que llegue a su destino y baje del tren.

—Creo que necesito sentarme —dijo Linus con un hilillo de voz.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Claro que puede sentarse. Pero procure que sea lejos de aquí. Su tren sale mañana a las siete. No llegue tarde. A Altísima Dirección le disgustaría mucho que lo perdiera.

—Tengo que regresar a mi mesa y…

—De eso, nada, señor Baker. Tengo instrucciones de apremiarlo para que se marche sin demora. No hable con nadie. Dudo que eso represente un problema para usted, pero era mi deber decírselo.

—No tengo idea de qué está pasando —declaró él—. Ni siquiera sé si estoy aquí de verdad.

—Ya —dijo doña Goma de Mascar con gesto comprensivo—. La típica crisis existencial. Tal vez debería plantearse sufrirla en otra parte.

Se encontraban frente a los ascensores. Linus ni siquiera era consciente de que habían estado caminando. Las puertas se abrieron ante él. Doña Goma de Mascar lo hizo entrar de un empujón y se inclinó hacia delante para pulsar el botón de la planta baja. Acto seguido, salió del ascensor.

—Gracias por visitar los despachos de Altísima Dirección —dijo en tono jovial—. Que pase un día estupendo.

Las puertas se cerraron antes de que él pudiera decir una sola palabra.

* * *

Seguía lloviendo. Linus apenas se dio cuenta.

En un momento estaba de pie, frente al Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos, y al momento siguiente, en el sendero empedrado que conducía a su porche.

No sabía cómo había llegado allí, pero esa era la menor de sus preocupaciones.

—Hoy ha vuelto temprano a casa, señor Baker. —El grito de la señora Klapper lo sobresaltó, arrancándolo de su estupor—. ¿Es que le han dado la patada? ¿O su médico le ha dado una noticia terrible y necesita un tiempo para asumir el futuro sombrío que le espera? —El humo que emanaba de su pipa se elevaba en espiral en torno a su cabello cardado—. Es una pena. Se le echará mucho de menos.

—No me muero —consiguió replicar.

—Ah. Peor todavía, supongo. Eso significa que le han echado a la calle. Pobrecito mío. ¿Cómo se las apañará para salir adelante? Con lo mal que está la economía… Me imagino que tendrá que vender su casa y mudarse a un apartamento deprimente en alguna barriada de la ciudad. —Sacudió la cabeza—. Seguramente acabará asesinado. La criminalidad va en aumento, ¿sabe?

—¡Que no me han echado!

Ella soltó un resoplido.

—No me lo creo.

Linus intentó farfullar una respuesta.

Ella se inclinó hacia delante en su mecedora.

—¿Sabe una cosa? Mi nieto busca un secretario personal para su firma contable. Esta podría ser su gran oportunidad, señor Baker. Creo que he leído relatos que comenzaban exactamente así. Piénselo. Su vida ha tocado fondo en este momento y necesita empezar de cero, lo que le llevará a encontrar a su verdadero amor. ¡La historia prácticamente se escribe sola!

—¡Buenos días, señora Klapper! —exclamó Linus subiendo a trompicones los escalones de su casa.

—¡Piénselo bien! —le gritó ella—. Si todo sale bien, seríamos familia…

Él entró y dio un portazo.

Calíope, que estaba sentada en su lugar de siempre, haciendo ondular la cola, no mostró sorpresa alguna por su regreso antes de tiempo.

Linus se recostó contra la puerta. Sus piernas cedieron, de modo que resbaló hasta quedar sentado sobre la moqueta.

—¿Sabes qué? —le dijo a la gata—. No sé si he tenido un día muy bueno. No, creo que no ha sido un buen día en absoluto.

Como de costumbre, *Calíope* se limitó a ronronear.

Permanecieron así durante largo rato.

Cuatro

El vagón de tren se vació cuando se adentraron en la campiña. Los pasajeros que se apeaban miraban con curiosidad mal disimulada al señor con pinta de pobre diablo sentado en la plaza 6A, junto a un enorme transportín de plástico que ocupaba el asiento de al lado. Dentro, un gato de grandes dimensiones clavaba una mirada siniestra en todo aquel que se agachaba para hacerle mimitos. Un niño estuvo a punto de perder un dedo cuando intentó meterlo entre los barrotes de la caja.

El señor, un tal Linus Baker, con domicilio en el 86 de Hermes Way, apenas se dio cuenta.

No había dormido bien, pues se había pasado la noche dando vueltas y vueltas en la cama antes de darse por vencido y decidir que aprovecharía mejor el tiempo caminando de un lado a otro por el salón. Su equipaje, una maleta vieja y desgastada con una rueda rota que había dejado cerca de la puerta, parecía mofarse de él. La había hecho antes de intentar conciliar el sueño, convencido de que por la mañana no tendría tiempo.

Había resultado tener todo el tiempo del mundo, pues apenas había conseguido pegar ojo.

Cuando embarcó en el tren a las seis y media, bastante atontado, tenía grandes ojeras y la boca curvada hacia abajo. Mantenía la vista fija al frente y la mano apoyada en el transportín en el que *Calíope* no paraba de pegar bufidos. Nunca le habían sentado bien los viajes, pero Linus no había tenido elección. Se había planteado la posibilidad de pedirle a la señora Klapper que cuidara de ella durante su ausencia, pero el lamentable incidente de las ardillas había reducido mucho las posibilidades de que *Calíope* llegara sana y salva a final de mes.

Esperaba que ninguno de los niños fuera alérgico.

Las gotas de lluvia resbalaban por las ventanas mientras el tren traqueteaba entre campos desiertos y bosques de árboles antiguos y gigantescos. Linus llevaba casi ocho horas a bordo cuando se percató de que todo estaba silencioso.

Demasiado silencioso.

Alzó la vista del ejemplar de *Normas y reglamentos* que se había llevado de casa.

No quedaba nadie más en el vagón.

No se había dado cuenta de cuándo había bajado el último viajero.

—Vaya —se dijo—. Ya solo me faltaría pasarme de estación. Me pregunto hasta dónde llega el tren. A lo mejor sigue adelante para siempre, sin alcanzar nunca un destino.

Calíope se abstuvo de opinar en un sentido u otro.

Linus empezaba a temer que tal vez sí que se había pasado de estación (era un agonías consumado) cuando un revisor con un uniforme elegante abrió la puerta al fondo del vagón. Iba canturreando por lo bajo, pero calló al reparar en Linus.

—Hola —saludó con afabilidad—. ¡No esperaba encontrarme a nadie aquí! Por lo visto ha emprendido usted un largo viaje este bonito sábado.

—Tengo el billete —dijo Linus—. Por si quiere que se lo enseñe.

—Si es tan amable. ¿Adónde se dirige?

Por un momento, Linus fue incapaz de pensar. Cuando se llevó la mano al bolsillo de la americana para sacar el billete, el grueso volumen que tenía sobre las rodillas estuvo a punto de caer al suelo. El papel estaba un poco arrugado, así que intentó alisarlo antes de tendérselo al revisor. Este sonrió antes de echar un vistazo al billete. Entonces dio un fuerte silbido. —Marsyas. La última estación. —Picó el billete con su maquinita—. Pues tengo una buena noticia para usted: solo faltan dos paradas para llegar. De hecho, si… Ah, ahí está, mire. —Hizo un gesto en dirección a la ventana.

Linus volvió la cabeza y se le cortó la respiración.

Era como si las nubes hubieran alcanzado su límite. La penumbra gris cedió el paso al azul más brillante y maravilloso que Linus había visto jamás. La lluvia cesó cuando pasaron de la zona tormentosa a la despejada. Linus cerró los ojos unos instantes y notó en el rostro el calor que atravesaba el cristal. No recordaba cuándo le había dado el sol por última vez. Al abrir los párpados de nuevo, lo divisó a lo lejos.

Había verde. Tonos intensos y hermosos de verde en la ondulante hierba, así como los rosas, morados y dorados de lo que parecían ser flores. Se fundían con una franja de arena blanca. Y, más allá del blanco, una superficie cerúlea.

Apenas se dio cuenta cuando el ejemplar de *Normas y reglamentos* fue a parar al suelo del vagón con un golpazo sordo.

«¿No desearías estar aquí?»

—¿Eso es el mar? —susurró Linus.

—Pues sí —respondió el revisor—. Impresiona, ¿a que sí? Aunque, por su reacción, se diría que… Oiga, ¿nunca había visto el mar antes?

Linus negó con un gesto apenas perceptible.

—Solo en fotos. Es mucho más grande de lo que imaginaba.

El revisor se rio.

—Y eso no es más que una pequeña parte. Supongo que, después de bajar del tren, lo verá más de cerca. Hay una isla próxima al pueblo. Puede ir en transbordador, si quiere. A la mayoría de la gente no le seduce la idea.

—A mí sí —dijo Linus sin apartar la mirada del lejano mar.

—¿Y a quién tenemos aquí? —preguntó el revisor inclinándose sobre Linus hacia el transportín.

Calíope soltó un bufido.

El hombre se enderezó enseguida.

—Me parece que la dejaré tranquila.

—Seguramente será lo mejor.

—Dos paradas más, señor —le recordó el revisor antes de encaminarse hacia la puerta situada en el otro extremo del vagón—. ¡Disfrute de su visita!

Linus apenas lo oyó marcharse.

—Está ahí de verdad —murmuró—. No estoy soñando. Nunca creí que… —Suspiró—. A lo mejor la cosa no será tan terrible como pensaba.



No fue tan terrible.

Fue peor.

Pero Linus no se percató de ello de inmediato. En cuanto se apeó del tren, con el transportín en una mano y la maleta en la otra, percibió el olor a sal en el aire y oyó los chillidos de las aves marinas en el cielo. La brisa le alborotó el cabello, y alzó el rostro hacia el sol. Se paró un momento a respirar y saborear el calor. No fue sino hasta que sonó la campana y el tren arrancó entre resoplidos que miró en torno a sí.

Se encontraba en un andén elevado. Delante de él había unos bancos de metal bajo un saledizo pintado con rayas blancas y azules. El andén, hasta donde alcanzaba la vista, estaba flanqueado por unas dunas sobre las que crecían barrones y otras hierbas. A lo lejos se oía un rumor como de olas al romper. Linus nunca había estado en un lugar tan soleado. Daba la impresión de que ahí jamás habían visto una nube de lluvia.

Cuando el tren desapareció tras una curva, Linus Baker cayó en la cuenta de que estaba totalmente solo. Un pequeño camino de adoquines se perdía entre las dunas, pero él no alcanzaba a ver adónde conducía. Esperaba no tener que recorrerlo, y menos aún cargado con su equipaje y una gata enfadada.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —inquirió en voz alta.

Nadie respondió, lo que sin duda fue una suerte. Si alguien hubiera respondido, seguramente él habría…

Un fuerte timbrazo lo sacó de su ensimismamiento. Volvió la cabeza, asustado.

Allí, a un lado del andén, colgaba un teléfono color naranja vivo.

—¿Lo cojo? —le preguntó a *Calíope* inclinando la cabeza hacia la parte delantera del transportín.

Calíope dio media vuelta para mostrarle el trasero.

Linus supuso que esa era la mejor respuesta que iba a obtener.

Dejando el equipaje donde estaba, echó a andar hacia el teléfono. Depositó el transportín en un lugar sombreado. Contempló por un momento el aparato, que seguía sonando, antes de armarse de valor y descolgarlo.

—¿Diga?

—Ah, por fin —le respondió una voz—. Llega usted tarde.

—¿Ah, sí?

—Sí. He llamado cuatro veces en la última hora. Como no estaba segura de que fuera usted a venir, no quería desplazarme desde la isla sin antes cerciorarme de que estuviera ahí.

—Quería usted hablar con Linus Baker, ¿verdad?

Ella soltó una risotada.

—¿Con quién iba a querer hablar, si no?

Esto lo llenó de alivio.

—Soy Linus Baker.

—Olé por usted.

Linus frunció el entrecejo.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Llego dentro de una hora, señor Baker. —Se oyeron unos susurros al fondo—. Me han dicho que lleva usted un sobre que debe abrir ahora que ha llegado. Le recomiendo que lo haga. Todo cobrará más sentido.

—¿Cómo sabe usted lo de…?

—Chao, señor Baker. Hasta dentro de un rato.

Se cortó la comunicación, y Linus oyó el tono de línea.

Se quedó mirando el auricular antes de colocarlo donde estaba. Lo miró unos momentos más y sacudió la cabeza.

—Bueno —le dijo a *Calíope* tras sentarse en un banco con un bufido. Atrajo la maleta hacia sí—. A ver si averiguamos a qué viene tanto secretismo, ¿te parece?

Calíope lo ignoró.

Abrió el cierre lo suficiente para introducir la mano y coger el sobre que había colocado encima de todo. Estaba tan abultado que parecía a punto de reventar. El sello del dorso era de una cera rojo sangre, con las siglas DEJOMA estampadas en él. Cuando lo rompió, la cera desmenuzada le rebotó en las piernas y cayó al suelo.

Extrajo un fajo de papeles sujetos por una tira de cuero.

El de más arriba era una carta dirigida a él y escrita a máquina con notable pulcritud.

DEPARTAMENTO ENCARGADO DE LOS JÓVENES MÁGICOS
OFICINA DE ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Señor Baker:

Le hemos elegido para una misión de máxima importancia. Le recordamos que se trata de un caso con un NIVEL CUATRO DE CONFIDENCIALIDAD. La divulgación de información a personas que carezcan del grado de autorización necesario acarrea una sanción que puede ir desde el cese inmediato hasta una pena de diez años de cárcel.

Encontrará adjuntas siete carpetas.

Seis de ellas corresponden a los niños ingresados en el orfanato de la isla de Marsyas.

La séptima corresponde al director Arthur Parnassus.

Bajo ningún concepto debe usted compartir, ya sea de forma parcial o total, el contenido de dichas carpetas con los residentes del orfanato de la isla de Marsyas. Se trata de información que le concierne a usted y a nadie más.

Este orfanato es distinto de todos los que ha visitado hasta ahora, señor Baker. Es esencial que extreme las precauciones. Se alojará en una casa para invitados, y le recomendamos que cierre con llave y pestillo todas las puertas y ventanas por las noches a fin de evitar… molestias.

—Ay, madre —jadeó Linus.

Su trabajo en Marsyas será de gran trascendencia. Sus informes nos proporcionarán los datos necesarios para determinar si el orfanato debe permanecer abierto o si conviene clausurarlo de forma definitiva. Se le ha confiado una enorme responsabilidad a Arthur Parnassus, pero queda por demostrar si esa confianza está justificada. Mantenga los ojos y los oídos bien atentos, señor Baker. En todo momento. Esperamos que actúe con la rectitud que le caracteriza. Si detecta cualquier cosa que esté fuera de lugar, debe hacérnoslo saber. No hay nada más importante que asegurarse de que todo esté en orden.

Aparte de asegurarse de que los niños estén a salvo, claro. De los demás y de sí mismos. Sobre todo uno de ellos. Su expediente es el primero que encontrará.

Estamos ansiosos por recibir sus concienzudos informes.

Atentamente,

CHARLES WERNER
ALTÍSIMA DIRECCIÓN

—¿En qué demonios me he metido? —musitó Linus mientras otro soplo de brisa le arrugaba la carta que sujetaba.

La repasó de cabo a rabo, intentando leer entre líneas, pero esto lo dejó con más preguntas que respuestas.

Plegó la carta y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de echar un vistazo a las carpetas que sostenía en la mano.

—Supongo que no hay por qué dejarlo para más tarde —le dijo a *Calíope*—. Veamos cómo de importante es el secreto en realidad. Seguro que lo han exagerado todo mucho. Cuanto más altas son tus expectativas, mayor es el chasco que te llevas.

Abrió la primera carpeta.

Sujeta a la parte superior estaba la fotografía de un niño de unos seis o siete años con una sonrisa algo diabólica. Le faltaban los dos dientes delanteros, tenía el pelo enmarañado y apuntando en todas direcciones, y los ojos…

Bueno, los tenía rojos, como ocurre en algunas fotos cuando el *flash* se dispara sin dar tiempo a las pupilas a reaccionar. El rojo estaba rodeado por un círculo azul. Aunque era innegable que esto producía un efecto escalofriante, Linus lo había visto muchas veces. No era más que una ilusión óptica. Simple y sencillamente.

Debajo de la foto había un nombre, escrito con letras gruesas y cuadradas.

Lucy.

—Un muchacho llamado Lucy —dijo Linus—. Siempre hay una primera vez para todo, desde luego. Me pregunto por qué habrán elegido… el nombre… Lucy…

La última palabra se le atragantó.

Allí, escrita con toda claridad, estaba la explicación.

La carpeta decía:

NOMBRE: LUCIFER (DIMINUTIVO: LUCY)

EDAD: SEIS AÑOS, SEIS MESES Y SEIS DÍAS (EN EL MOMENTO DE LA REDACCIÓN DEL PRESENTE INFORME)

CABELLO: NEGRO

MADRE: DESCONOCIDA (PRESUNTAMENTE FALLECIDA)
PADRE: EL DEMONIO
ESPECIE DE SER MÁGICO: ANTICRISTO

Linus cayó redondo, desmayado.

* * *

—*Jamenpaz* —farfulló cuando notó unos golpecitos en la mejilla—. *No's* la hora del desayuno, *Calíope*.

—Me alegra oír eso —contestó una voz que obviamente no pertenecía a *Calíope*—, teniendo en cuenta que ya es por la tarde. A menos que en la ciudad se desayune a horas raras. No tengo ni idea. Prefiero evitar esos sitios. Son demasiado ruidosos para mi gusto.

Linus abrió los ojos y parpadeó despacio.

Una mujer lo miraba desde arriba, recortada contra el sol.

Linus se incorporó rápidamente.

—¡¿Dónde estoy?!

La mujer retrocedió un paso, con expresión tranquila pero socarrona.

—En la estación de tren de Marsyas, claro. Un lugar curioso para echar la siesta, aunque supongo que es tan bueno como cualquier otro.

Linus se levantó del suelo del andén. Se sentía sucio y algo pachucho. Le dolía la cabeza, y al parecer había reunido una colección considerable de granos de arena en el trasero. Se los sacudió mientras miraba alrededor con ojos desorbitados. Sentada en su transportín, *Calíope* lo observaba con recelo, haciendo ondular la cola. Al lado estaba la maleta.

Y allí, sobre el banco en el que él se había sentado antes, se alzaba una pila de carpetas.

—¿Eso es todo lo que ha traído? —preguntó la mujer, y Linus le devolvió su atención. Le inquietó no ser capaz de determinar su edad. El cabello descansaba sobre su cabeza como una nube blanca y algodonosa. Llevaba flores de colores vivos entrelazadas en él. Tenía una preciosa tez oscura, pero lo que más confundía a Linus eran sus ojos. Correspondían a una persona mucho mayor de lo que parecía indicar el resto de su aspecto. Debía de ser por un efecto del sol radiante, pero parecían casi de color violeta. Le resultaba familiar a Linus, pero no conseguía recordar de dónde.

Llevaba una blusa fina y vaporosa que le venía muy holgada, así como un pantalón color canela que le llegaba hasta media pantorrilla. Iba descalza.

—¿Quién es usted? —quiso saber Linus.

—La señorita Chapelwhite, ¿quién si no? —contestó ella, como si él tuviera la obligación de saberlo—. La cuidadora de la isla de Marsyas.

—La cuidadora —repitió él.

—¿Eso es todo su equipaje? —volvió a preguntar ella.

—Sí, pero…

—Hay gente para todo —dijo la mujer. Linus se quedó anonadado cuando ella lo apartó de su camino de un empujón y levantó la maleta como si dentro no hubiera más que plumas. Había sudado la gota gorda al subirla al tren, y en cambio a ella no parecía pesarle en absoluto—. Coja sus papeles y su gato gigante, señor Baker. No me gusta perder el tiempo, y ya ha llegado usted más tarde de lo que esperaba. Tengo responsabilidades, ¿sabe?

—Espere un momento —comenzó a protestar él, pero ella lo ignoró y se dirigió hacia la escalera situada al final del andén. Descendió los escalones con elegancia, como si flotara en el aire. Fue entonces cuando Linus advirtió que había un coche pequeño parado en la calle, con el motor en marcha. Era como si alguien hubiera arrancado el techo, dejando los asientos al descubierto. Un descapotable, aunque nunca había visto uno en la vida real.

Se planteó muy en serio coger a *Calíope* y huir corriendo por las vías.

En vez de ello, recogió las carpetas, levantó el transportín y echó a andar detrás de la extraña mujer.

Cuando llegó al coche, ella ya había colocado el equipaje en el maletero. La cuidadora posó la mirada en él y luego en el transportín.

—Supongo que no querrá meter eso detrás, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondió él medianamente ofendido—. Sería una crueldad.

—Ya —murmuró ella—. Pues nada. Tendrá que aguantarlo sobre las piernas. O podemos sujetarlo al capó, si cree que así irá mejor.

Esto lo escandalizó.

—Se pondría hecha una furia.

La señorita Chapelwhite se encogió de hombros.

—Seguro que se le acabaría pasando.

—¡Me niego a atarla al capó del coche!

—Usted mismo. Suba, señor Baker. Tenemos que darnos prisa. Le he dicho a Merle que no tardaríamos.

A Linus le daba vueltas la cabeza.

—¿Merle?

—El barquero —aclaró ella mientras abría la puerta y ocupaba el asiento del conductor—. Él nos llevará a la isla.

—Aún no he decidido si *quiero* ir a la isla.

Ella alzó la vista hacia él con los ojos entornados.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—Es que… —balbució él—. Me dijeron que… Esto no es…

La cuidadora alargó el brazo para coger unas descomunales gafas de sol blancas que estaban sobre el salpicadero.

—¿Se sube o se queda, señor Baker? Para serle sincera, preferiría que se quedara. El Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos es una farsa, y me parece que usted no es más que un lacayo que no se entera de nada. No tendría el menor reparo en dejarlo aquí. No me cabe duda de que el tren volverá en algún momento. Siempre vuelve.

Estas palabras lo hirieron más de lo que esperaba.

—¡Le aseguro que lo que yo hago no es una farsa!

El motor rugió y petardeó antes de estabilizarse. Una voluta de humo negro salió del tubo de escape.

—Eso está por ver —repuso la señorita Chapelwhite—. ¿Se sube o se queda, señor Baker?

Linus se subió.

* * *

La señorita Chapelwhite parecía disfrutar más de la cuenta con los alaridos que pegaba Linus cuando tomaba una curva a toda velocidad. Aunque conducía con destreza, él estaba convencido de que había subido al vehículo de una demente.

El viento les azotaba el cabello, y Linus temió que la cuidadora perdería las flores de adorno, pero, aunque restallaban y oscilaban en el aire, permanecían en su sitio. Él mantenía las carpetas apretadas contra la parte superior del transportín, pues no quería que salieran volando por encima del maletero.

Avanzaron por una carretera estrecha entre dunas cuya altura iba variando. Cuando los montículos de arena eran más bajos, Linus alcanzaba a vislumbrar el mar, mucho más de cerca que desde el tren. Intentó no dejarse distraer por la vista, pero fracasó estrepitosamente. Aunque estaba convencido de que pronto iba a morir, seguía siendo un espectáculo magnífico.

No recuperó el habla hasta que se vio arrojado contra la puerta después de otra curva.

—¿Podría ir más despacio?

Y, oh, maravilla de las maravillas, ella le hizo caso.

—Solo me divertía un poco.

—¡A mi costa!

La cuidadora se volvió hacia él, con el pelo rebotándole en torno a la cabeza.

—Le noto muy tenso.

Eso lo irritó.

—Querer seguir con vida no es estar tenso.

—Lleva la corbata torcida.

—¿Ah, sí? Gracias. Detesto ir desaliñado… No tiene gracia.

Ella dejó entrever los dientes en una sonrisa fugaz.

—A lo mejor no es usted un caso perdido, al fin y al cabo. Casi, pero no del todo. —Lo miró de nuevo, durante un rato tan largo que Linus se sintió inseguro—. No es usted como me lo imaginaba.

Él no supo cómo tomárselo. Nunca se habían fijado en él de aquella manera.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que tiene un aspecto inesperado.

—¿Siempre habla sin decir nada?

—A menudo. Pero esta vez no, señor Baker. —Enfiló otra curva, a una velocidad mucho más moderada—. Me lo imaginaba más joven. Por lo general los tipos como usted lo son.

—¿Los tipos como yo?

—Los trabajadores sociales. ¿Lleva mucho ejerciendo?

Él frunció el ceño.

—Lo suficiente.

—¿Y le gusta su trabajo, señor Baker?

—Se me da bien.

—No le he preguntado eso.

—Es lo mismo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué hacía durmiendo en el andén? ¿No habría sido mejor echar una cabezada en el tren?

—No estaba durmiendo, sino… —De pronto le volvió a la memoria lo que había olvidado desde su brusco despertar—. Ay, madre.

—¿Qué pasa?

—Ay, *madre* —repitió sofocado.

La señorita Chapelwhite parecía alarmada.

—¿Le está dando un infarto?

Él no sabía qué pensar. Nunca había sufrido uno, y no estaba seguro de cuáles eran los síntomas. Pero como tenía cuarenta años, varios kilos de más y la tensión alta, desde luego no podía descartar la posibilidad.

—Maldita sea —refunfuñó la mujer mientras daba un volantazo hacia el arcén y frenaba de golpe.

Linus pugnaba por respirar, con la frente apoyada en el transportín. Su campo de visión se había reducido a un pequeño círculo, y notaba un intenso zumbido en los oídos. Estaba seguro de que iba a desmayarse otra vez (o quizá a morir a causa de un infarto) cuando notó el contacto fresco de una mano en la nuca. Consiguió inspirar profundamente mientras se le normalizaba el pulso.

—Eso es —oyó que decía la señorita Chapelwhite—. Así está mucho mejor. Respire hondo de nuevo, señor Baker. Eso es.

—El expediente —consiguió mascullar él—. Lo he leído.

Ella le dio un apretón en la parte posterior del cuello antes de soltarlo.

—¿El expediente de Lucy?

—Sí. No me lo esperaba.

—Ya. Normal.

—¿Es…?

—¿Cierto?

Él asintió sin despegar el rostro de la caja.

Ella no respondió.

Linus alzó la cabeza y la miró.

La cuidadora tenía la vista fija al frente y las manos sobre el regazo.

—Sí —dijo al fin—. Es cierto.

—Pero ¿cómo es remotamente posible?

Ella negó con un gesto.

—Él… no es lo que usted cree. Ninguno de ellos lo es.

Esto lo sorprendió.

—Ni siquiera he echado un vistazo a los otros dosieres. —Lo asaltó un pensamiento terrible—. ¿Es que lo de los otros es aún peor?

Ella se quitó las gafas de sol con brusquedad y clavó en él una mirada severa.

—No puede ser peor porque ninguno de ellos tiene nada de malo. Son niños.

—Sí, pero…

—No hay pero que valga —espetó—. Sé que tiene usted un trabajo que hacer, señor Baker. Y sé que seguramente es competente. Demasiado, en mi

opinión. De lo contrario, el DEJOMA no le habría enviado aquí. No somos lo que se dice una institución ortodoxa.

—Lo que yo le diga. ¡Tienen nada menos que al Anticristo entre sus internos!

—Lucy no es… —Ella sacudió la cabeza, visiblemente frustrada—. ¿Por qué ha venido?

—Para garantizar la seguridad de los niños —respondió él casi de forma maquinal—. Para asegurarme de que no les falte de nada. Que estén bien cuidados. Y que no supongan un peligro, ni para los demás ni para sí mismos.

—Y eso se aplica a *todos* los niños, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Déjese de peros. Da igual de dónde venga el muchacho, o cuál sea su naturaleza. Es un niño, y usted, al igual que Arthur o yo, tiene el deber de protegerlo. A él y a los demás.

Linus se quedó mirándola boquiabierto.

La mujer volvió a ponerse las gafas.

—Cierre la boca, señor Baker. No vaya a tragarse un bicho.

Ella revolucionó el motor y enfiló de nuevo la carretera.



—Siete carpetas —dijo Linus unos minutos después, cuando salió de su estupor.

—¿Qué?

—Siete carpetas. Me entregaron siete expedientes. Los de seis niños, más el del director del orfanato. Siete en total.

—Saber hacer cuentas elementales son una prioridad en DEJOMA, por lo que veo.

Él hizo caso omiso de la pulla.

—No hay un dosier sobre usted. —Divisó un letrero en la lejanía, a la derecha, en lo alto de la siguiente colina.

—Claro que no. No trabajo para el DEJOMA. Ya se lo he dicho. Soy la cuidadora.

—¿De la casa?

—Sí. Y también de la isla. Es el oficio familiar. Desde hace generaciones.

Linus Baker llevaba mucho tiempo ejerciendo su profesión. Y sí, se le daba bien. Sabía aplicar el pensamiento analítico y detectar los indicios sutiles que otros pasaban por alto. Suponía que por eso lo habían elegido para esa misión.

Dicho esto, habría debido darse cuenta en el instante en que había abierto los ojos en el andén. El hecho de que se hubiera desmayado después de llevarse la impresión de su vida no debería haber sido una excusa.

El violeta de sus ojos habría debido delatarla. No había sido un efecto de la luz.

—Es un espíritu de la naturaleza —señaló—. Un espíritu isleño.

La había pillado por sorpresa. Ella había intentado disimularlo, y si Linus no hubiera sabido en qué pistas fijarse, no la habría descubierto.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó la señorita Chapelwhite con voz impasible.

—Es una cuidadora.

—Eso no significa nada.

—Sus ojos…

—Son poco corrientes, desde luego, pero nada del otro mundo.

—Ha levantado mi maleta…

—Ah, lo siento mucho. Si hubiera sabido que estaba socavando su masculinidad tóxica, no habría…

—Va descalza.

Esto la dejó sin palabras por un momento.

—Vivo cerca del mar —respondió con lentitud—. A lo mejor voy descalza siempre.

Él sacudió la cabeza.

—El sol está alto en el cielo. La carretera debe de estar ardiendo. Y, a pesar de todo, has caminado por ella como si nada. A los espíritus de la naturaleza no les gustan los zapatos. Sienten que les quitan libertad de movimiento. Y nada les hace daño en los pies. Ni siquiera el asfalto recalentado.

Ella suspiró.

—Es usted más listo de lo que parece. Eso no puede ser bueno.

—¿Está usted inscrita en el registro? —quiso saber él—. ¿Sabe el DEJOMA que eres…?

Ella le mostró los dientes.

—Nunca he figurado en el sistema, señor Baker. Procedo de un linaje más antiguo que las leyes de los hombres. Que ustedes hayan decidido que deben poner etiquetas a todos los seres mágicos en estado salvaje para seguirles el rastro no le da derecho a interrogarme sobre mi identidad o mi situación legal.

Linus palideció.

—Eso es… Tiene razón. No he debido decir eso.

—¿Se está disculpando?

—Eso creo.

—Bien. No vuelva a hacerme preguntas sobre mi estatus.

—Es que… Nunca había conocido a un espíritu isleño. A un espíritu acuático, sí. E incluso, en una ocasión, a un espíritu cavernario. Por eso la he reconocido. No sabía que existían seres como usted.

A la cuidadora se le escapó una risotada.

—Me parece que hay muchas cosas que usted no sabe sobre la existencia, señor Baker. Mire, ahí está. Casi hemos llegado al transbordador.

Él miró en la dirección en que señalaba. Más adelante, el letrero que había vislumbrado a lo lejos se aproximaba a medida que remontaban la cuesta. Sobre el dibujo de una palmera y las olas del mar podía leerse: VILLA DE MARSYAS.

—Nunca había oído hablar de este lugar —reconoció mientras pasaban de largo la señal—. ¿Es bonito el pueblo?

—Depende de su definición de «bonito». Para usted, seguramente. Para mí, no.

Llegaron a la cima de la colina. A sus pies, en la costa, había un cúmulo de edificios coloridos enclavado entre grandes árboles encorvados por la acción del viento a lo largo de años. Linus alcanzaba a ver casas desperdigadas bosque adentro, de colores pastel y tejado de paja. El lugar era como siempre había soñado que sería una aldea costera. Una punzada de anhelo le atravesó el corazón.

—No vamos a parar, así que no me lo pida —le advirtió ella—. No les gusta que paremos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No todos son tan progresistas como usted, señor Baker —dijo, y él supo de inmediato que se estaba burlando de él—. Los seres como nosotros no somos bienvenidos entre los vecinos de Marsyas.

Esto lo descolocó.

—¿Los espíritus de la naturaleza?

Ella se rio de nuevo, pero con una amargura evidente.

—Todos los seres mágicos, señor Baker.

Linus no tardó mucho en comprender a qué se refería. Mientras recorrían la calle principal, que atravesaba la aldea, la gente en la calle y en las tiendas se volvía al oír el sonido del motor. Linus había recibido muchas miradas de desaprobación en su vida, pero nunca tan cargadas de hostilidad. Personas con bañador de surfista o bikini y chancletas de goma se volvían a su paso con

cara de pocos amigos. Él hizo la prueba de saludarlos con la mano, pero esto no mejoró las cosas. Incluso vio que un hombre que estaba dentro de lo que parecía una marisquería echaba el cerrojo a la puerta cuando pasaban por delante.

—Vaya por Dios —dijo Linus sorbiéndose la nariz.

—Uno acaba por acostumbrarse —aseguró la señorita Chapelwhite—. Aunque parezca mentira.

—¿Por qué se portan así?

—No pretendo conocer la mente de los hombres —aseveró ella, apretando el volante con las manos cuando una mujer apartó a sus hijos regordetes y rezongones como para protegerlos del coche—. Tienen miedo de aquello que no entienden. Y ese miedo se convierte en odio por razones que estoy segura de que ni ellos mismos aciertan a comprender. Y, como no entienden a los niños porque los temen, los odian. No puedo creer que esto sea una novedad para usted. Sucede en todas partes.

—Yo no odio nada —dijo Linus.

—Está mintiendo.

Él negó con la cabeza.

—No. El odio es una pérdida de tiempo. Estoy demasiado ocupado para odiar. Lo prefiero así.

Ella lo miró con una expresión oculta tras las gafas de sol. Abrió la boca —Linus no tenía idea de qué iba a decirle—, pero al parecer cambió de idea.

—Hemos llegado —dijo en cambio—. Quédese en el coche.

Aparcó al lado de un muelle y se apeó antes de que Linus pudiera decir una palabra. Un hombre aguardaba de pie junto a un transbordador pequeño, dando golpecitos con el pie en el suelo en señal de impaciencia. A Linus le pareció divisar tras él la silueta borrosa de una isla.

—Se hace tarde —alcanzó a oír Linus que el hombre le espetaba a la señorita Chapelwhite mientras esta se acercaba—. Ya sabes que no puedo estar en la isla después del anochecer.

—Tranquilo, Merle. No permitiré que te pase nada.

—Eso no me tranquiliza tanto como tú crees. —Escupió al agua por encima del borde del embarcadero antes de mirar a Linus por encima del hombro—. ¿Así que es ese?

La cuidadora volvió la vista hacia él.

—Ese es.

—Me lo imaginaba más joven.

—Eso mismo le he dicho.

—Muy bien. Acabemos con esto. Y dile a Parnassus que duplico mis tarifas.

Ella exhaló un suspiro.

—Se lo comunicaré.

Merle asintió y, tras lanzarle una última mirada fulminante a Linus, dio media vuelta y subió al transbordador de un ágil salto. La señorita Chapelwhite se encaminó de vuelta hacia el coche.

—Me parece que nos hemos metido en algo más gordo de lo que nos han hecho creer —le susurró Linus a *Calíope*.

Por toda respuesta, la gata ronroneó.

—¿Todo bien? —le preguntó al espíritu isleño cuando subió de nuevo al coche. No las tenía todas consigo; el tal Merle parecía un tipo difícil.

—Todo bien —murmuró ella. Puso el motor en marcha y arrancó mientras Merle bajaba la rampa del transbordador. A Linus le dio un vuelco el estómago por los chirridos y crujidos que emitía la rampa bajo el peso del vehículo, pero todo había terminado antes de que pudiera reaccionar.

La cuidadora puso el freno de mano y pulsó un botón. Linus se sobresaltó al oír ruidos de engranajes procedentes de la parte de atrás del coche. Miró hacia atrás a tiempo para ver una capota de vinilo que se elevaba por encima de sus cabezas. El borde encajó en su sitio con un chasquido rotundo y espeluznante. Chapelwhite apagó el motor antes de volverse hacia él.

—Oiga, señor Baker, creo que hemos empezado con mal pie.

—¿Me está diciendo que no siempre es la alegría de la huerta? Atónito me quedo.

Ella le lanzó una mirada feroz.

—Soy un espíritu de la naturaleza, y por eso siento el fuerte impulso de proteger lo que es mío.

—La isla —aventuró Linus.

Ella asintió.

—Y todos sus habitantes.

Él titubeó por un momento.

—¿El tal señor Parnassus y usted…?

La cuidadora arqueó la ceja.

Sonrojado, Linus tosió y desvió la vista.

—Olvídelo.

Ella se rio de él, pero no con crueldad.

—No. Créame si le digo que eso no pasaría nunca.

—Ah. Bueno. Está bien saberlo.

—Sé que tiene una misión que cumplir —prosiguió ella—. Y está descubriendo que no se parece a nada a lo que se haya enfrentado antes, pero yo lo único que le pido es que les dé una oportunidad. Son mucho más de lo que pone en sus expedientes.

—¿Me está diciendo cómo hacer mi trabajo? —preguntó él con tirantez.

—Le estoy pidiendo un poco de compasión.

—Sé lo que es la compasión, señorita Chapelwhite. Por eso me dedico a esto.

—Realmente se lo cree, ¿verdad?

Linus clavó en ella la vista con dureza.

—¿Qué está insinuando?

La cuidadora sacudió la cabeza.

—No tiene un dosier sobre mí porque se supone que no existo. Arthur…, el señor Parnassus, me ha enviado como gesto de buena voluntad, para demostrarle que va muy en serio. Sabe la clase de persona que puede ser usted y espera que se comporte como esa persona aquí.

Linus sintió un hormigueo de pavor en la base de la columna vertebral.

—¿Cómo puede tener la más remota idea de quién soy? Era imposible que supiera a quién habían asignado. Ni yo mismo lo sabía hasta ayer.

Ella se encogió de hombros.

—Tiene sus métodos. Le recomiendo que aproveche el tiempo que falta para que lleguemos a la isla y eche un vistazo a las otras carpetas. Convendría que supiera en qué se está metiendo antes de encontrarse con ello. Sería lo menos peligroso.

—¿Para quién?

No obtuvo respuesta.

Cuando se volvió, no había nadie sentado al volante, como si ella nunca hubiera estado allí.

—Hay que jorobarse —farfulló.



Consideró la posibilidad de seguir su consejo. Hombre prevenido vale por dos y todo eso, pero no se atrevía a leer los dosieres después de lo que había descubierto en el de Lucy, pues temía que fueran empeorando de forma exponencial. Altísima Dirección, desde luego, no le había puesto las cosas más fáciles con sus siniestras advertencias sobre lo diferentes que eran los isleños de todos los seres que había conocido hasta entonces. La señorita Chapelwhite no había hecho más que reforzar sus temores. Linus se preguntó

por un momento si le había contado más de lo que debía, o si ella se las había arreglado para echar una ojeada a los expedientes mientras él yacía en el andén. Ambas cosas le parecían probables, así que se fijó el propósito de no volver a bajar la guardia en adelante.

Como no confiaba en su capacidad para permanecer consciente, se quedó sentado con las carpetas sobre las rodillas, retorciendo los dedos mientras el ansia por saber lo que lo esperaba se debilitaba frente al deseo de conservar la cordura a toda costa. Pensó en toda clase de cosas, desde monstruos terribles con aterradores y afilados dientes hasta el fuego eterno. Eran niños, se recordaba a sí mismo, pero incluso los niños podían morder si se les provocaba. Y si resultaban ser aún peores de lo que se imaginaba, prefería no saberlo de antemano, pues de lo contario quizá no sería capaz de desembarcar del transbordador.

Por otro lado…

Hurgó entre los dosieres, en busca de uno en particular. Inspiró con brusquedad al ver el de Lucy y se lo saltó lo más rápidamente posible hasta que encontró el que quería.

El director del orfanato.

Arthur Parnassus.

La delgada carpeta solo contenía una fotografía borrosa de un hombre larguirucho contra un fondo azul y una sola página. Tenía un aspecto… normal, desde luego, pero las apariencias engañaban.

El expediente (si algo tan exiguo era digno de ese nombre) no le reveló gran cosa, pues algunas partes estaban tachadas y el resto eran frases sueltas sin pies ni cabeza. Aparte de su edad (cuarenta y cinco años) y el hecho de que, al parecer, había ejercido su puesto en Marsyas sin mayores incidentes, Linus no sacó mucho en claro sobre él. No supo si sentirse decepcionado o aliviado por ello.

El sol se estaba poniendo cuando sonó una campana que indicaba que estaban arribando a la isla. Linus se encontraba embebido en sus pensamientos en el momento en que el transbordador se estremeció bajo sus pies. Al mirar por la luna trasera, vio que la compuerta descendía sobre un pequeño muelle.

Una sombra se extendió sobre el parabrisas cuando se dio la vuelta.

—¡Tiene que bajar aquí! —le gritó alguien.

Alzó la vista.

Merle se encontraba de pie ante él, con los brazos en jarras.

—Fuera —le insistió.

—Pero…

—¡Qué te largues de mi puñetero barco!

—Menudo asno —murmuró Linus. Supuso que por lo menos debía sentirse agradecido de que la llave siguiera en el contacto. Cuando abrió la puerta del acompañante, estuvo a punto de caer fuera. Logró salvar a *Calíope* y a sí mismo en el último segundo, aunque la gata no supo apreciar sus acrobacias. Después de depositarla en el asiento, Linus le cerró la puerta en las narices mientras profería un bufido tras otro. Le dedicó un saludo desenfadado a Merle mientras rodeaba el coche por detrás.

Merle no le devolvió el gesto.

—Qué principio tan prometedor —dijo Linus entre dientes. Subió al descapotable, y la puerta del conductor chirrió cuando la cerró. Hacía bastante que no conducía. Nunca había tenido coche propio. Era demasiado follón en la ciudad. Había alquilado uno años atrás, con la intención de pasarse el fin de semana recorriendo las carreteras de la campiña, pero en el último momento lo habían llamado del trabajo y al final había tenido que devolver el vehículo solo una hora después de habérselo llevado de la agencia.

Echó el asiento hacia atrás antes de girar la llave en el contacto.

El coche cobró vida con un ruido sordo.

—Muy bien —le dijo Linus a *Calíope* con las manos sudadas en el volante—. Vamos a ver qué encontramos, ¿te parece?

Cinco

No había señales que indicaran dirección alguna, pero, como solo había una carretera, Linus supuso que iba por buen camino. Dejó atrás el embarcadero del transbordador y, después de solo unos minutos, llegó a un viejo bosque de árboles gigantescos cuyas copas casi tapaban las franjas color rosa y naranja del cielo. Enredaderas frondosas colgaban de las ramas, y se oían sonoros cantos de pájaros ocultos en lo alto.

—Podría ser una especie de trampa, ¿no? —le dijo Linus a *Calíope*, mientras oscurecía cada vez más conforme se adentraban en la espesura—. A lo mejor envían aquí a los empleados a los que quieren despedir. Se creen que les han encomendado una misión del más alto nivel, pero en vez de eso los sacrifican en medio de la nada.

No era un pensamiento agradable, así que lo desterró de su mente.

Como no encontraba el interruptor de los faros, iba inclinado lo más cerca posible del parabrisas. Anochecía. Le rugían las tripas, pero nunca en la vida había tenido menos ganas de comer. Sabía que *Calíope* pronto echaría en falta un cajón de arena, pero no quería parar hasta que tuviera alguna idea de dónde se encontraba. Con la suerte que tenía, *Calíope* acabaría escapándose por el bosque y obligándolo a perseguirla.

—Cosa que seguramente no haría —le advirtió—. Te dejaría ahí a tu suerte, para que te las apañaras sola.

No era cierto, pero ella no tenía por qué saberlo.

El cuentakilómetros marcaba tres kilómetros más, y él empezaba a entrar en pánico —al fin y al cabo, la isla no podía ser *tan* grande, ¿o sí?— cuando la vegetación que lo rodeaba clareó, y entonces la divisó.

Ahí, más adelante, recortada contra el sol poniente, había una casa.

Linus nunca había visto algo parecido.

Se alzaba en lo alto de una colina, al borde de un acantilado que dominaba el mar. Por su aspecto, parecía tener por lo menos cien años. Era de ladrillo y contaba nada menos que con una alta torrecilla que se erguía justo en medio del tejado. La fachada orientada hacia Linus estaba cubierta de una hiedra

verde que crecía en torno a los múltiples marcos blancos de las ventanas. Como le pareció vislumbrar la silueta de un cenador no muy lejos de la casa, se preguntó si habría un jardín. Eso le haría ilusión. Podría pasear por él, saboreando el aire salobre y…

Sacudió la cabeza. No estaba ahí para eso. No le sobraría tiempo para frivolidades. Tenía un trabajo que hacer, y estaba decidido a hacerlo bien.

Enfiló con el coche lo que parecía ser un largo camino de acceso que conducía a la casa. Cuanto más cerca se encontraba, más grande le parecía, y más le costaba entender que nunca hubiera oído hablar de aquel lugar. Bueno, si Altísima Dirección quería mantener el orfanato en secreto, era lógico que ignorara su existencia, pero algo habría debido saber sobre aquella isla, incluso sobre aquella casa. Por más que se devanó los sesos, no consiguió recordar nada al respecto.

El camino se ensanchaba cerca de la cima de la colina. Había otro vehículo aparcado junto a una fuente seca sobre la que habían crecido las mismas enredaderas que trepaban por las paredes del orfanato. Se trataba de una furgoneta roja, en la que sin duda cabían seis niños y el director de la institución. Linus se preguntó si realizaban muchas salidas. Al pueblo no, claro, si sus habitantes no eran muy hospitalarios.

Sin embargo, al aproximarse, percibió indicios de que la furgoneta no se movía de allí desde hacía un tiempo. Unos hierbajos asomaban por debajo de los pasos de las ruedas.

Al parecer no realizaban muchas salidas, si es que realizaban alguna.

Por un momento, Linus sintió una punzada de algo semejante a la aflicción. Se frotó el pecho con la mano, intentando librarse de ella.

Sin embargo, al menos no se había equivocado respecto al jardín. Los últimos rayos del sol iluminaban las flores plantadas a un lado de la casa, y Linus parpadeó porque le dio la impresión de que había visto que algo se movía; un destello rápido y fugaz.

Bajó la ventanilla un pelín, lo justo para que pudieran oírlo desde fuera.

—¿Hola? —gritó.

Nadie respondió.

Ligeramente envalentonado, bajó el cristal hasta la mitad. El denso aroma del océano le invadió las fosas nasales. Las hojas de los árboles emitían un suave susurro.

—Ya —dijo—. Bueno. Tal vez podríamos quedarnos aquí hasta mañana.

De pronto, oyó la inconfundible risita de un niño.

—O a lo mejor deberíamos irnos —añadió con un hilillo de voz.

Calíope rascó la parte delantera del transportín.

—Lo sé, lo sé. Pero al parecer hay algo ahí fuera, y no sé si tú o yo queremos que nos devoren.

La gata rascó de nuevo.

Linus suspiró. Ella se había portado bien casi en todo momento. Había sido un viaje largo, y no era justo dejarla encerrada.

—Tú ganas. Pero tienes que estarte calladita mientras yo me quedo aquí sentado intentando que no me afecten esas carcajadas infantiles que provienen de aquella casa tan rara y tan alejada de todo lo que conozco.

Calíope no se resistió cuando él abrió el transportín y se la puso encima de las rodillas. Se sentó con aire majestuoso, mirando por la ventanilla con los ojos abiertos de par en par. No hizo sonido alguno cuando su dueño le acarició el lomo.

—Muy bien —dijo Linus—. Vamos a estudiar los expedientes, ¿te parece? O me pongo manos a la obra para cumplir con mi cometido, o me cruzo de brazos a esperar que se me ocurra una idea mejor, de preferencia una que me permita conservar intactos todos mis órganos.

La minina le clavó las uñas en los muslos.

Él crispó el rostro en un gesto de dolor.

—Vale, vale. Supongo que tienes razón. Sí que es un acto de cobardía, pero también una manera de que conservemos el pellejo.

La gata se lamió una pata despacio antes de pasársela por la cara.

—No hay por qué ponernos groseros —murmuró él—. En fin. Si no queda otro remedio… —Alargó el brazo hacia la manilla de la puerta—. Puedo hacerlo. Quédate aquí, mientras yo…

No tuvo tiempo de reaccionar. Cuando abrió la puerta, *Calíope* saltó desde sus rodillas y arrancó a correr en cuanto tocó el suelo.

—Pero ¿será…? ¡Gata tonta! ¡Te dejaré aquí!

No lo decía en serio, por supuesto, pero más valía una amenaza vacía que ninguna amenaza.

Calíope desapareció tras una hilera de arbustos muy bien cuidados. A su dueño le pareció entrever su cola por un instante, pero la perdió de vista enseguida.

Linus Baker no era un necio. Estaba orgulloso de ello. Era plenamente consciente de sus limitaciones como ser humano. Al anochecer, prefería encerrarse en la seguridad de su hogar, enfundarse el pijama con las iniciales bordadas, poner un disco en la Victrola y escucharlo con una taza de algo caliente entre las manos.

Dicho esto, *Calíope* era en esencia su única amiga en el mundo.

Así que, si se apeó del coche y echó a andar sobre la crujiente grava del camino de acceso, fue porque comprendía que, en ocasiones, tenemos que hacer cosas desagradables por nuestros seres queridos.

Se encaminó en la dirección en la que ella se había alejado, con la esperanza de que no hubiera llegado muy lejos. El sol se había puesto casi por completo, y aunque la casa en sí resultaba bastante siniestra, pese a que parecía haber luces encendidas en el interior, el cielo se había iluminado con colores que él no estaba seguro de haber visto antes, al menos no combinados de esa forma. Oía el romper de las olas muchos metros más abajo, al pie del acantilado, y los chillidos de las gaviotas en lo alto.

Llegó frente a la hilera de arbustos tras los que se había esfumado *Calíope*. Un pequeño sendero empedrado conducía a lo que él suponía que era el jardín. Titubeó solo unos instantes antes de entrar.

Era mucho más grande de lo que había imaginado. Más adelante estaba el cenador que había vislumbrado desde la carretera, adornado con farolillos de papel de color rojo y naranja que se mecían en la brisa. Emitían una luz que parpadeaba con suavidad, y se percibía el sonido lejano de unas campanillas.

El jardín estaba pletórico de flores. Linus no vio girasoles, pero sí calas, lirios dorados, dalias, celidonias, crisantemos, gerberas color naranja y campanillas chinas. Incluso había ejemplares de *Callicarpa americana*, unos arbustos con flores color rosa lavanda que no había visto desde que era niño. Aquel aire espeso y fragante lo mareaba un poco.

—*Calíope* —llamó con voz suave—. Sé buena. No me pongas las cosas difíciles.

Ella no reapareció.

—Como quieras —dijo él, irritado—. Ya me buscaré un amigo nuevo. Al fin y al cabo, hay muchos gatos que necesitan que los adopten. Un minino nuevo solucionaría este problema con facilidad. Voy a dejarte aquí, sin más. Será lo mejor.

No lo decía en serio, por supuesto. Siguió adelante.

Un manzano crecía cerca de la casa, y Linus pestañeó al ver manzanas rojas, verdes y rosadas, todas de variedades distintas, colgando de las mismas ramas. Bajó la mirada a lo largo del tronco y, al llegar al suelo, sus ojos se posaron en…

Una estatuilla.

Un enano de jardín.

—Qué pintoresco —murmuró mientras se acercaba hacia el árbol.

La figura era más grande que las otras del mismo tipo que había visto antes; la punta del gorro rojo le llegaba más o menos a la cintura. Tenía una barba blanca y las manos entrelazadas por delante del cuerpo. Quien fuera que había pintado la estatuilla había realizado una labor increíblemente detallada, pues en la penumbra el enano casi parecía de carne y hueso. Tenía los ojos de un azul intenso y las mejillas sonrosadas.

—Menuda estatua rara estás hecha, ¿no? —dijo Linus agachándose frente a ella.

Si hubiera estado en pleno uso de sus facultades, se habría fijado mejor en los ojos. Pero estaba cansado, algo pocho y preocupado por su gata.

Por eso, no fue de extrañar el sonido que escapó de su garganta cuando la figura del enano parpadeó y le dirigió unas palabras altaneras:

—¿Le parece bonito ir por ahí diciéndole esas cosas a la gente? Es de muy mala educación. ¿Acaso no le enseñaron modales?

Linus profirió un grito ahogado mientras caía de espaldas y hundía la mano en la hierba.

El enano se sorbió la nariz.

—Es usted muy ruidoso. No me gusta que vengan personas ruidosas a mi jardín. El ruido no deja oír lo que dicen las flores. —Y entonces ella (porque era mujer, a pesar de la barba) alzó los brazos y se enderezó el gorro—. Los jardines son espacios tranquilos.

Linus se esforzó por recuperar el habla.

—Eres… tú…

Ella frunció el ceño.

—Claro que soy yo. ¿Quién iba a ser, si no?

Él sacudió la cabeza y consiguió sacudirse las telarañas antes de que le viniera una palabra a la mente.

—Eres una gnoma.

Ella lo miró con ojos como de búho, parpadeando.

—Sí, lo soy. Me llamo Talia. —Se inclinó para recoger una pala pequeña que descansaba sobre el césped, a sus pies—. ¿Es usted el señor Baker? En caso afirmativo, hemos estado esperándolo. De lo contrario, ha entrado sin permiso en una propiedad privada y debe marcharse antes de que lo entierre en mi jardín. Nadie se enteraría porque las raíces devorarían sus entrañas y sus huesos. —Volvió a arrugar el entrecejo—. Creo. Nunca he enterrado a nadie. Sería una experiencia educativa para ambos.

—¡Soy el señor Baker!

Talia suspiró, presa de una evidente desilusión.

—Pues claro. No hay por qué gritar. Pero ¿es demasiado pedir para un intruso? Siempre he querido saber si los humanos serían un buen fertilizante. Me da la impresión de que sí. —Le dio un repaso de arriba abajo con expresión hambrienta—. Con toda esa carne…

—Ay, madre —consiguió decir Linus.

La gnoma exhaló con un bufido.

—No entran muchos intrusos aquí. Aunque… he visto un gato. ¿Lo ha traído como regalo para el orfanato? A Lucy le hará mucha ilusión. Y, a lo mejor, cuando termine con él, me deja los restos. No es lo mismo que un humano, pero seguro que valdrá.

—No es una ofrenda —repuso Linus, horrorizado—. Es una mascota.

—Ah. Maldición.

—¡Se llama *Calíope*!

—Pues será mejor que la encontremos antes que los demás. No sé qué opinarán de ella. —Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja que dejaba al descubierto unos dientes grandes y cuadrados—. Aparte de que tiene una pinta apetitosa, claro.

Linus soltó un chillido.

Ella se le aproximó, bamboleándose y moviendo con rapidez las rechonchas piernas.

—¿Piensa quedarse ahí tirado toda la noche? Arriba. ¡Arriba!

Y él, de alguna manera, se las arregló para levantarse.

Sudando a mares, la siguió a través del jardín, oyéndola refunfuñar entre dientes. Le pareció que empleaba la lengua gnómica, con gruñidos graves y guturales, pero como nunca había oído a alguien hablar ese idioma en voz alta, no estaba del todo seguro.

Llegaron al cenador, cuyo suelo crujió cuando lo pisaron. Los farolillos de papel, que brillaban con más fuerza que antes, oscilaban, pendientes de sus cordeles. Había sillas con cojines gruesos y mullidos. Bajo sus pies, se extendía una alfombra muy ornamentada y con los bordes curvados hacia arriba.

Talia se acercó a un cofrecillo que estaba a un lado. Abrió la tapa y colgó la pala de un gancho que había dentro, junto a otras herramientas de jardinería. Tras asegurarse de que todo estuviera en su sitio, asintió y cerró la tapa.

Se volvió hacia él.

—Bueno, si fuera una gata, ¿dónde me metería?

—Pues… no lo sé.

La gnoma puso cara de exasperación.

—Claro que no. Los gatos son astutos y misteriosos. Me parece que usted es ajeno a esas cualidades.

—Oye, un respeto…

Ella se acarició la barba.

—Necesitamos ayuda. Por fortuna, sé perfectamente a quién pedírsela. —Alzó la vista al techo del cenador—. ¡Theodore!

Linus, desesperado, recordó los expedientes que no había revisado. Pero qué tonto había sido.

—Theodore. ¿Quién es…?

Un chillido procedente de las alturas le provocó escalofríos.

A Talia le centelleaban los ojos.

—Ya viene. Él sabrá lo que hay que hacer. Él puede rastrear cualquier cosa.

Linus retrocedió un paso, preparado para agarrar a Talia y salir corriendo en caso necesario.

Una figura oscura bajó en picado y se posó con torpeza en la tarima del cenador. Pegó un graznido de rabia al tropezar con sus descomunales alas y rodar por el suelo hasta chocar con las piernas de Linus. Este se esforzó al máximo por no gritar, pero, por desgracia, sus esfuerzos no fueron suficientes.

Una cola cubierta de escamas se retorció cuando su propietario alzó hacia él sus ojos color naranja brillante.

En realidad, Linus nunca había visto un guiverno en persona. No abundaban, y se creía que descendían de reptiles que vagaban por la tierra en tiempos remotos, aunque apenas eran más grandes que un gato doméstico. Mucha gente los consideraba un incordio y, durante siglos, les daban caza, exhibían sus cabezas como trofeo y elaboraban zapatos elegantes con su piel. Los actos de barbarie no cesaron hasta que se promulgaron leyes que protegían a todos los seres mágicos, pero, para entonces, casi era demasiado tarde, sobre todo teniendo en cuenta las pruebas empíricas de que los guivernos poseían una capacidad de realizar razonamientos de gran complejidad emocional que rivalizaba con la de los humanos. Su número había menguado de forma alarmante.

Por eso Linus sintió cierta fascinación (no desprovista de espanto) al contemplar al guiverno que yacía a sus pies y empezaba a enrollarle la cola en torno al tobillo.

Aquella bestia —aquel ser vivo, se recordó Linus a sí mismo— era más pequeño que *Calíope*, pero por poco. La luz de los farolillos se reflejaba en

sus escamas iridiscentes formando un calidoscopio de colores. Estaba dotado de unas patas traseras muy musculosas, con garras negras y afiladas como cuchillas. A falta de patas delanteras, poseía unas alas largas y correosas, similares a las de un murciélago. Tenía la cabeza curvada hacia abajo, y un hocico terminado en dos rendijas simétricas. Sacó la lengua con un movimiento rápido, como de serpiente, y le rozó los mocasines a Linus.

Los ojos color naranja parpadearon despacio. El guiverno irguió la cabeza hacia el hombre y… gorjeó.

A Linus el corazón le martilleaba el pecho con fuerza.

—Tú debes de ser Theodore.

El guiverno gorjeó de nuevo. No era muy distinto de un pájaro. Un pájaro muy grande y escamoso.

—¿Y bien? —preguntó Talia.

—¿Y bien qué? —croó Linus, preguntándose si sería de mala educación apartar al guiverno de una patada. La cola le apretaba cada vez más el tobillo, y Theodore tenía unos colmillos enormes.

—Le está pidiendo una moneda —explicó Talia, como diciendo una obviedad.

—¿Una… moneda?

—Para su tesoro oculto —aclaró Talia, como si él fuera un memo—. Le ayudará, pero primero tiene que pagarle.

—Eso no es… no llevo…

—Aaaah —dijo Talia—. ¿No lleva una moneda? Mala cosa.

Linus alzó la vista hacia ella, alarmado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—A lo mejor sí que podré elaborar fertilizante humano al final.

Linus se apresuró a hurgarse en los bolsillos. Seguro que llevaba… Algo tenía que haber ahí dentro.

¡Ajá!

Sacó la mano con un gesto triunfal.

—¡Aquí está! —cacareó—. Tengo… ¿un botón?

Sí, un botón. Era pequeño, de latón y, por más que Linus se estrujaba las meninges, no lograba recordar de dónde había salido. No era su estilo en absoluto. A Linus le iban los colores apagados, y el botón era reluciente, vistoso y…

Theodore emitió una serie de chasquidos desde el fondo de la garganta. Casi sonó como si ronroneara.

Cuando Linus miró hacia debajo de nuevo, advirtió que Theodore se estaba levantando con cierta dificultad; sus alas eran demasiado grandes para un ser de su tamaño. Se le enredaban con las patas y lo hacían tropezar. Theodore trinaba de rabia, hasta que utilizó la cola que había enrollado en torno a la pantorrilla de Linus para apoyarse. Consiguió enderezarse antes de soltarlo, sin apartar la vista del botón en ningún momento. En cuanto se puso de pie, comenzó a dar saltitos alrededor de Linus, abriendo y cerrando las mandíbulas.

—¿A qué espera para dárselo? —le indicó Talia—. No puedes ofrecerle un regalo a un guiverno y luego dejarlo con un palmo de narices. La última vez que alguien le hizo eso, él le prendió fuego.

Linus clavó en ella una mirada severa.

—Los guivernos no escupen llamas.

Ella le dirigió otra sonrisa.

—No es usted tan crédulo como parece. Y mira que lo parece. Procuraré no olvidarlo.

Theodore brincaba cada vez más alto, batiendo las alas para captar su atención. Soltaba gorjeos estridentes y le relampagueaban los ojos.

—Está bien, está bien —dijo Linus—. Te lo daré, pero nada de escenitas. La paciencia es una virtud.

En cuanto Theodore posó las patas en el suelo, giró en redondo y estiró el cuello hacia Linus. Abrió las fauces y se quedó esperando.

Tenía los colmillos muy grandes. Y muy afilados.

—Tiene que metérselo en la boca —susurró Talia—. Seguramente con toda la mano.

Linus no le hizo caso. Tragando en seco, bajó el brazo e introdujo la punta del botón entre los labios de Theodore. El guiverno cerró las mandíbulas despacio hasta sujetar el botón con los dientes. Linus apartó la mano mientras Theodore caía de espaldas, con las alas extendidas sobre el suelo. Tenía la tripa pálida y de aspecto suave. Se llevó las patas traseras hacia la boca para agarrar el botón. Sosteniéndolo entre sus garras, lo alzó hacia su cabeza y lo estudió con detenimiento, dándole vueltas para verlo por los dos lados. Con un sonoro gorjeo, se volvió boca abajo. Tras lanzar una última mirada a Linus, desplegó las alas y ejecutó un despegue bastante patoso. Estuvo a punto de dar un traspié, pero en el último momento consiguió remontar el vuelo y alejarse en dirección a la casa.

—¿Adónde va? —preguntó Linus con voz débil.

—A guardarlo con el resto de su tesoro —respondió Talia—. Usted nunca lo encontrará, así que no le dé más vueltas. Los guivernos custodian celosamente sus tesoros y masacran a todo aquel que intenta arrebatárselos. —Se quedó callada un momento, meditabunda—. Está debajo del sofá del salón. Debería ir usted a echarle un vistazo.

—Pero acabas de decir que… Ah, ya entiendo.

Ella lo miró con expresión inocente.

—Se suponía que iba a ayudarnos a encontrar a *Calíope* —le recordó Linus.

—¿De veras? Yo no le he prometido eso. Solo quería ver qué le daría. ¿Por qué lleva botones en el bolsillo? No es su sitio habitual. —Lo observó entornando los ojos—. ¿No lo sabía?

—Sé cuál es el… —Sacudió la cabeza—. No. No pienso seguir con esto. Encontraré a mi gata con tu ayuda o sin ella. Y si para ello tengo que pisotear todo tu jardín, lo haré.

—No se atrevería…

—¿Ah, no?

La gnoma se sorbió la nariz.

—Phee.

—Salud —dijo Linus.

—¿Qué? No he estornudado. Estaba… ¡Phee!

—Ya voy, ya voy —dijo otra voz—. Te había oído la primera vez.

Linus giró sobre los talones.

Una niña mugrienta de unos diez años estaba de pie detrás de ellos. Tenía churretes en la cara que casi tapaban las encendidas pecas que le salpicaban la pálida piel. Cuando resopló, un mechón rojo intenso le revoloteó en la frente y se apartó a un lado. La chiquilla llevaba un pantalón corto y una camiseta sin mangas. Iba descalza, y tenía roña bajo las uñas de los pies.

Pero lo que más le llamó la atención a Linus fueron las finas alas que le sobresalían de la espalda. Traslúcidas y surcadas de venas, se le curvaban en torno a unos hombros mucho más grandes de los que cabría esperar de alguien de su tamaño.

Era un espíritu de la naturaleza, como la señorita Chapelwhite, aunque se apreciaban diferencias notables. Despedía un olor terroso que a Linus le recordó el trayecto en coche hasta el orfanato entre los árboles, frondosos y densos. De pronto se le antojó posible que fueran obra de ella.

Un espíritu del bosque.

Hasta entonces, Linus solo había conocido a un puñado de espíritus. Por lo general eran seres solitarios, y, cuanto más jóvenes, más peligrosos. No controlaban del todo su magia. En cierta ocasión, Linus había visto las consecuencias de lo ocurrido cuando un espíritu de un lago se había sentido amenazado por un grupo de personas en una barca. El nivel del agua había subido casi dos metros, y los restos de la barca destrozada flotaban en la agitada superficie.

No sabía qué había sido de ese espíritu después de que él presentara su informe. Esa información estaba totalmente fuera del alcance de un empleado de su categoría salarial.

Sin embargo, este espíritu —Phee— le recordaba al espíritu lacustre de años atrás. Lo miraba con desconfianza, retorciendo las alas.

—¿Es este? —preguntó—. No parece gran cosa.

—No es crédulo —dijo Talia—. Tiene esa ventaja al menos. Ha traído un gato que se le ha escapado.

—Más vale que no lo encuentre Lucy, o ya sabes lo que le hará.

Linus tenía que retomar las riendas de la situación. Al fin y al cabo, no eran más que criaturas.

—Me llamo Linus Baker. Y mi *gata* se llama *Calíope*. Soy…

Sin hacerle caso, Phee pasó por su lado, tan cerca que la punta de su ala izquierda lo golpeó en la cara.

—No está en el bosque —le informó a Talia.

La gnoma suspiró.

—Ya me lo imaginaba, pero he preferido preguntártelo por si acaso.

—Necesito ir a lavarme —le dijo Phee—. Si cuando acabe sigues sin haberla encontrado, volveré para echar una mano. —Se volvió para echarle una mirada rápida a Linus antes de abandonar el cenador y encaminarse hacia la casa.

—No le ha caído usted bien —dijo Talia—. Pero no se sienta mal por ello. La mayoría de la gente le cae mal. Creo que no es nada personal. Solo preferiría que no estuviera usted aquí. Ni en este mundo.

—No me cabe duda —contestó Linus con frialdad—. Y ahora, si tuvieras la bondad de indicarme dónde…

Talia dio una palmada frente a su barba.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya sé dónde hay que buscar! Se suponía que estaban preparándolo todo para ti, y seguro que Sal la ha cogido. Se le dan bien los animales callejeros.

Se dirigió bamboleándose hacia el otro extremo del cenador antes de echarle un vistazo por encima del hombro.

—¡Venga! ¿Es que no quiere recuperar a su gata?

Linus sí quería.

Así que la siguió.

* * *

Talia lo guio a través del jardín hasta el costado de la casa que él no había llegado a ver desde el camino. Estaba cada vez más oscuro, y empezaban a aparecer estrellas en el cielo. Hacía fresco, y un escalofrío recorrió a Linus.

Talia, por su parte, le señalaba cada una de las flores junto a las que pasaban y le decía sus nombres y cuándo las había plantado. Le advirtió que no las tocara o ella tendría que pegarle un palazo en la cabeza.

Linus no osó ponerla a prueba. Saltaba a la vista que era propensa a la violencia, un detalle que convenía que recordara al elaborar sus informes. La investigación no había tenido un comienzo muy prometedor. Le preocupaban muchas cosas, sobre todo el hecho de que todos esos niños parecían andar desperdigados por ahí.

—¿Dónde está el director del orfanato? —preguntó mientras dejaban atrás el jardín—. ¿Por qué no te está vigilando?

—¿Arthur? —inquirió Talia—. ¿Por qué demonios iba a vigilarme?

—El señor Parnassus —insistió Linus—. Es de mala educación llamarlo por su nombre de pila. Y debes ser educada porque eres una niña.

—¡Tengo 263 años!

—Y los gnomos no llegan a la edad adulta hasta que cumplen los 500 —repuso Linus—. Puedes tomarme por tonto, pero sería un error.

Ella refunfuñó en lo que Linus estaba convencido de que era el idioma gnómico.

—De cinco a siete de la tarde nos dan libertad para ocuparnos de actividades personales. Arthur…, huy, perdón, el señor Parnassus cree que debemos cultivar nuestros intereses.

—Eso es de lo más irregular —murmuró Linus.

Talia posó la vista en él.

—¿Ah, sí? ¿Usted no hace cosas después del trabajo?

Bueno…, sí. Sí que hacía cosas. Pero no se podía comparar; él era un adulto.

—¿Y si alguno de vosotros se hace daño mientras cultiva sus intereses? Él no debería quedarse haraganeando mientras…

—¡No está haraganeando! —exclamó Talia—. ¡Trabaja con Lucy para asegurarse de que no desencadene el fin del mundo tal como lo conocemos!

Ya iba siendo hora de que a Linus se le nublara la vista una vez más al pensar en… en ese *niño*. El tal «Lucy». No podía creer que existiera un ser así sin que él lo supiera. Bueno, entendía que quisieran guardarlo en secreto, e incluso que fuera necesario, pero el hecho de que hubiera un arma de destrucción masiva en el cuerpo de una criatura de seis años y el mundo no estuviera preparado le parecía un escándalo.

—Se ha puesto pálido como un papel —observó Talia cuando alzó los ojos entornados hacia él—. Y se está tambaleando. ¿Se encuentra mal? En ese caso, creo que deberíamos volver al jardín para que se muera ahí. No quiero tener que llevarlo a rastras. Tiene pinta de pesar un quintal. —Levantó el brazo y le picó la barriga con el dedo—. Está blandito.

Por algún motivo extraño, este simple gesto bastó para despejarle la vista.

—No me encuentro mal —espetó—. Solo estoy… procesando información.

—Ah. Lástima. Si empieza a dolerle la parte de arriba del brazo izquierdo, ¿me avisará?

—¿Por qué iba a…? Eso es un síntoma de infarto, ¿no?

La gnoma asintió.

—¡Te exijo que me lleves con el señor Parnassus ahora mismo!

Ella lo miró, ladeando la cabeza.

—Pero ¿qué pasa con su gata? ¿No quiere encontrarla antes de que se la zampen y no quede de ella más que la cola porque es demasiado suave y esponjosa para tragársela?

—Esto resulta de lo más perturbador e inadmisible. Si este es el funcionamiento habitual del orfanato, tendré que dar parte…

Con los ojos desorbitados, Talia lo agarró de la mano y comenzó a darle tirones.

—¡Estamos bien! ¿Lo ve? Todo está en orden. ¡Yo no me he muerto, usted tampoco, y nadie ha salido herido! Después de todo, estamos en una isla de la que solo se puede salir en el transbordador. ¡Y la casa tiene electricidad y retretes que funcionan, algo de lo que estamos muy orgullosos! ¿Qué podría pasarnos aquí? Además, Zoe nos cuida cuando el señor Parnassus está ocupado en otras cosas.

—¿Zoe? —preguntó Linus—. ¿Quién es…?

—¡Ah! Quería decir la señorita Chapelwhite —se apresuró a rectificar Talia—. Es estupenda. Tan cariñosa… Todo el mundo lo dice. Por otro lado,

es pariente lejana de un rey de las hadas llamado Dimitri, ¿se lo puede creer? Eso sí, no es de por aquí.

La mente de Linus iba a mil por hora.

—¿Cómo que un rey de las hadas? Nunca había…

—Así que ya ve: no hay absolutamente nada de qué preocuparse. Vigilan todo lo que hacemos, de modo que no hay por qué dar parte de nada a nadie. ¡Y, vaya, fíjese en eso! Sabía que tu gata estaría con Sal. Los animales lo adoran. Es el mejor. ¿Lo ve? *Calíope* parece muy contenta, ¿a que sí?

Lo cierto es que lo parecía. Estaba restregándose contra las piernas de un corpulento chico negro sentado en el porche de una casita separada del edificio principal, agitando la cola de un lado a otro y arqueando el lomo mientras él le deslizaba el dedo por el espinazo. El muchacho le sonrió a *Calíope* y ella, maravilla de maravillas, abrió la boca y *maulló*, algo que Linus no recordaba haberla oído hacer nunca. Era un sonido áspero y profundo que casi lo hizo parar en seco. La minina solía ronronear, claro —por lo general en señal de disgusto—, pero nunca hablaba.

—Sí —dijo el muchacho en voz baja—. Eres muy buena chica, ¿verdad? Sí, sí lo eres. La chica más bonita.

—Atento —murmuró Talia—. Nada de movimientos bruscos, ¿vale? No vaya a…

—¡Es mi gata! —exclamó Linus—. Eh, tú, ¿cómo has conseguido que haga eso?

—… asustarlo —concluyó Talia con un suspiro—. Ya está. Demasiado tarde.

El chico alzó la vista, atemorizado, al oír la voz de Linus. Encorvó los voluminosos hombros y dio la impresión de que se encogía, pero de verdad. En un momento, allí había un joven guapo de ojos negros, y al momento siguiente, la ropa que llevaba cayó al suelo del porche como si el cuerpo que cubría hubiera desaparecido de la faz de la Tierra.

Linus se detuvo, boquiabierto.

Sin embargo, ante sus ojos, el montón de prendas empezó a moverse. Vislumbró una imagen fugaz de algo cubierto de pelo blanco, y la ropa se desparramó.

Sal, el muchachote que debía de pesar por lo menos setenta kilos, se había esfumado.

Pero no del todo.

Se había convertido en un pomerania de dos kilos.

Un pomerania de dos kilos esponjoso y suave. El pelaje en torno a la cabeza era blanco, con zonas de color ladrillo que se extendían por el dorso y las patas. Tenía la cola enroscada tras el lomo y, antes de que Linus asimilara el hecho de que había visto a un cambiaformas de verdad transformarse frente a sus narices, Sal soltó un ladrido agudo, giró en redondo y entró corriendo en la casa para invitados.

—Caray —jadeó Linus—. Eso ha sido… —No supo cómo terminar la frase.

—Le he advertido que lo asustaría —lo reprendió Talia enfadada—. Es un chico muy nervioso, ¿sabe? No le gustan los extraños ni las personas ruidosas, y aquí usted es las dos cosas.

Calíope parecía estar de acuerdo, pues fulminó a Linus con la mirada antes de subir los escalones y desaparecer también en el interior de la casa.

La casa en sí era diminuta, más incluso que el hogar de Linus. Aunque en el porche no cabía ni una mecedora, ofrecía un aspecto encantador, con las flores que crecían a lo largo de la fachada bajo las ventanas de las que salía una luz cálida y acogedora. Al igual que el edificio principal, era de ladrillo, pero no le provocaba a Linus la misma sensación terrorífica que había experimentado al llegar.

Oyó unos ladridos procedentes del interior, seguidos de una respuesta aguda y confusa, como si alguien arrojara una esponja mojada contra el suelo una y otra vez.

—Chauncey también está aquí —dijo Talia, animada—. Seguramente ha traído tu equipaje mientras estábamos en el jardín. Es muy hospitalario, ¿sabes? Quiere ser botones de mayor. Con el uniforme, el gorrito y toda la pesca. —Alzó hacia Linus unos ojos grandes e inocentes que despertaron de inmediato sus sospechas—. ¿Cree usted que se le dará bien, señor Baker?

—No veo por qué no —respondió Linus, que creía en el poder del pensamiento positivo, aunque se preguntaba qué clase de criatura debía de ser Chauncey.

Talia sonrió con dulzura, como si no se hubiera creído una palabra.



El interior de la casa era tan entrañable como el exterior. Había una sala de estar con un sillón de aspecto confortable frente a una chimenea de ladrillo, y una mesa en un rincón, delante de una de las ventanas. Los ladridos procedían del final del pasillo y, por un momento, Linus se quedó un poco desorientado, porque al parecer no había…

—¿Dónde está la cocina? —inquirió.

Talia se encogió de hombros.

—No hay. No sé quién era el dueño anterior de la casa, pero por lo visto pensaba que todos debían tomar las comidas juntos en el edificio principal. Comerá con todos nosotros. Seguramente será mejor así, pues podrá comprobar que solo nos sirven alimentos de lo más saludables y que somos civilizados y demás.

—Pero hay…

—¡Señor! —exclamó una voz húmeda y atropellada a su espalda—. ¿Me permite su chaqueta?

Al volverse, Linus vio…

—¡Chauncey! —dijo Talia, encantada.

Ahí, de pie (¿o sentada?) en el pasillo, frente a un perrito que asomaba por detrás, había una masa amorfa verde con labios de un rojo intenso. Y dientes negros. Y unos ojos que se erguían sobre unos pedúnculos, muy por encima de la cabeza y que parecían gozar de movimiento independiente. A falta de brazos, tenía unos tentáculos cubiertos de pequeñas ventosas. Aunque no era del todo traslúcido, Linus alcanzaba a distinguir la desdibujada figura de Sal oculta detrás de él.

—No llevo chaqueta —se oyó decir Linus, aunque en realidad no le había ordenado a su cerebro que hablara.

Chauncey arrugó el entrecejo.

—Ah. Es… una pena. —Acto seguido, pareció animarse, pues los ojos empezaron a bailarle y su cuerpo se tornó de un tono de verde más claro—. ¡No pasa nada! ¡Ya me he ocupado de su equipaje, señor! Está en su habitación, junto con la inhumana jaula que me imagino que es para su gata, quien en este momento está dormida sobre su almohada. —Tendió uno de sus tentáculos.

Linus se quedó mirándolo.

—Ejem —carraspeó Chauncey, agitando dos veces la punta del tentáculo hacia él.

—Tiene que pagarle —susurró Talia, que estaba detrás de Linus.

Linus se percató de que se llevaba la mano al bolsillo para sacar la cartera, otra vez sin mediar pensamiento alguno. La abrió, encontró un billete de un dólar y se lo entregó a Chauncey. Quedó empapado de inmediato cuando el tentáculo se cerró sobre él.

—Hala —musitó el ser mientras se acercaba el dinero a los ojos, que se curvaron hacia abajo sobre sus pedúnculos para examinarlo—. Lo he

conseguido. Soy botones.

Antes de que Linus pudiera responder a esto, sonó una voz espeluznante que parecía proceder de todas partes: del aire, del suelo, de las mismísimas paredes que los rodeaban.

—Soy el mal encarnado —aseguró la siniestra voz—. Soy el forúnculo en la piel de este mundo. Y voy a subyugarlo sin piedad. ¡Preparaos para el final de los tiempos! ¡Ha llegado vuestra hora, y correrán ríos de sangre inocente!

Talia suspiró.

—Es un dramas.

Seis

En justicia, hay que aclarar que a Linus Baker le importaban los niños cuyos casos tenía que estudiar. No creía que alguien con un trabajo como el suyo pudiera carecer de empatía, aunque no era capaz de entender que alguien como la señorita Jenkins hubiera sido trabajadora social antes de que la ascendieran a supervisora.

Así pues, ante algo que percibía como una amenaza, y aunque le daba la impresión de que el mundo estaba patas arriba, Linus hizo lo único que podía: intentar proteger a los niños.

Talia soltó un graznido de indignación cuando él la empujó tras de sí hacia donde estaban Sal y Chauncey.

—Pero ¿qué hace?

Él no le prestó atención, pues el zumbido en los oídos que notaba desde que había llegado a la isla se había convertido en un fuerte rugido. Dio un paso hacia la puerta abierta y habría jurado por todo lo que tenía que la oscuridad del exterior se había vuelto, de algún modo, aún más oscura. Temía que, si salía al porche, las estrellas del firmamento se borrarían y no quedaría más que una noche eterna.

—¿Qué pasa? —susurró Chauncey tras él.

—No tengo idea —respondió Talia, irritada.

Sal soltó un ladrido nervioso, un gañido agudo.

—Seguramente —convino Talia.

Linus avanzó otro paso hacia la puerta. Habría debido imaginar que aceptar esa misión sería lo último que haría en su vida. Se preguntó si Lucy ya había liquidado al señor Parnassus y a la persona (o monstruo) que se encontraba en el edificio principal con ellos. No tenía manera de saber si Altísima Dirección había omitido informarle de otras cosas. Si el camino estaba despejado, tal vez podría conseguir llevar a los niños hasta el coche. Tendría que meter a *Calíope* en el transportín, pero prefería enfrentarse a una gata furiosa que a un demonio. No sabía cómo los sacaría de la isla, pero…

Salió al porche.

En efecto, estaba más oscuro, tal vez más de lo que había estado nunca. Apenas distinguía las flores que bordeaban la tarima. Todo lo demás se perdía en la negrura. Era como si la noche hubiera cobrado vida y engullido el mundo. Linus sentía un hormigueo eléctrico en la piel.

—Hola —dijo una voz dulce a su lado.

Con un grito ahogado, Linus volvió la cabeza.

Ahí, de pie en el borde del porche, había una criatura.

Lucy estaba exactamente igual que en la fotografía. El viento le revolvía el negro cabello, y tenía los ojos rojos con el contorno azul. Parecía muy pequeño, pero la sonrisa en sus labios estaba torcida en una mueca desdeñosa, y los dedos se retorcían pegados a sus costados, como si estuviera conteniendo a duras penas el impulso de abalanzarse sobre Linus y arrancarle las extremidades una a una.

—Me alegro de verle —canturreó Lucy antes de soltar una risita—. Sabía que vendría, señor Baker. Aunque, cuando acabe con usted, deseará no haber venido. —La sonrisa se ensanchó hasta que parecía que el rostro se le iba a partir en dos. Unas llamas surgieron tras él, aunque por alguna razón no incendiaban la casa, y Linus no sintió que irradiaran calor—. Voy a disfrutar esto mucho más de lo que se…

—Basta, Lucy.

Y, de repente, fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor de apagado.

Lucy rezongó, y el brillo rojo desapareció de sus ojos. El fuego se extinguió. La negrura reculó, y los últimos rayos del ocaso aparecieron en el horizonte. Las estrellas resplandecían, y Linus alcanzaba a ver el edificio principal, al otro lado del camino.

—Solo me divertía un poco —murmuró Lucy restregando la suela del zapato contra el suelo del porche—. Soy el fuego eterno. Soy las tinieblas más profundas de…

—Eso no te libra del baño después de la cena —dijo la voz, y a Linus el corazón le dio un vuelco—. ¿Qué te parece si dejamos el fuego eterno y las tinieblas profundas para mañana?

Lucy se encogió de hombros.

—Vale. —Pasó corriendo junto a Linus en dirección a la casa, llamando a voces a Talia y a Chauncey—. ¿Habéis visto lo que he hecho? ¡El tío estaba muerto de miedo!

Linus desvió la vista del porche.

Ahí, de pie sobre el césped, había un hombre.

Linus nunca había visto a nadie parecido. Era alto y delgado. Tenía el cabello claro hecho un desastre con los mechones apuntando en direcciones extrañas. Se le estaban encaneciendo las sienes. Sus negros ojos relucían y centelleaban en la penumbra. Su nariz aguileña tenía un bulto en el centro, como si se la hubiera roto mucho tiempo atrás y no se hubiera soldado bien. Sonreía, con las manos entrelazadas por delante. Tenía los dedos largos y estilizados, y jugueteaba con los pulgares. Llevaba un chaquetón de marinero verde con el cuello levantado para protegerse de la brisa marina. Sus pantalones parecían demasiado cortos para sus largas piernas; el dobladillo, que le quedaba por encima de los tobillos, le dejaba al descubierto unos calcetines rojos. Iba calzado con unos zapatos de puntera Vega blancos y negros.

—Hola, señor Baker —saludó Arthur Parnassus en tono socarrón—. Bienvenido a la isla de Marsyas. —Hablaba con voz más alegre de lo que Linus imaginaba, casi como si entonara cada palabra como una serie de notas musicales—. Espero que su viaje haya sido placentero. El mar a veces se pica un poco durante la travesía. Merle es… Merle. Al fin y al cabo, se crio en la aldea.

Linus estaba estupefacto. Recordaba la fotografía borrosa del dosier. En ella, el señor Parnassus aparecía recortado contra un fondo azul, y no sonreía. Sin embargo, allí, ante él, tenía la ceja arqueada en un gesto jovial, y Linus se quedó mirándola, seguramente durante más rato del que habría sido apropiado.

Parecía más joven en persona; aparentaba mucho menos de los cuarenta y cinco años que tenía. Conservaba el rostro tan lozano como los jóvenes que se presentaban en el DEJOMA con sus flamantes títulos e ideas sobre cómo *debían* ser las cosas y no sobre cómo eran en realidad. No tardaban en poner los pies en la tierra. No había lugar para el idealismo en la Administración Pública.

Linus sacudió la cabeza, intentando despejar la mente. No era propio de alguien de su posición quedarse ahí, contemplando boquiabierto al director de un orfanato. Otra cosa no, pero Linus Baker era un profesional como la copa de un pino, y tenía una misión que cumplir.

—¿Suele recibir a sus invitados con amenazas de muerte y destrucción, señor Parnassus? —preguntó con severidad, intentando recuperar el control de la situación.

Al señor Parnassus se le escapó una risita.

—No es lo más habitual, aunque he de reconocer que no recibimos a muchos invitados. Por favor, llámame Arthur.

Linus escuchaba el guirigay de voces a su espalda, en tensión. Le incomodaba que alguien como Lucy estuviera detrás de él, fuera de su vista.

—Creo que seguiré tratándole de señor Parnassus. Y deberán dirigirse a mí como señor Baker mientras dure esta visita. Los niños y usted.

El señor Parnassus asintió con una satisfacción mal disimulada. Linus no sabía muy bien qué aspecto de la situación podía dar pie a esa reacción. Se preguntó si el hombre se estaría mofando de él, y una oleada de indignación se apoderó de él. Consiguió contenerla antes de que le crispara las facciones.

—Pues lo dejaremos en señor Baker. Le pido disculpas por no haberlo recibido en persona tras su desembarco. —Echó un vistazo a la casa por encima del hombro de Linus antes de posar de nuevo la vista en él—. Lucy me tenía entretenido en otros menesteres, aunque sospecho que intentaba impedir que me enterara de su presencia.

Esto dejó patidifuso a Linus.

—¿Es capaz… de hacer eso?

El señor Parnassus se encogió de hombros.

—Es capaz de muchas cosas, señor Baker, aunque me imagino que tendrá ocasión de comprobarlo usted mismo. Ese es el motivo de su visita, ¿verdad? Phee nos ha informado de su llegada, y Lucy ha decidido brindarle una bienvenida especial, muy a su estilo.

—Especial —repitió Linus con voz débil—. Curiosa forma de describirlo. —Dio un paso hacia el porche.

—Este es un lugar poco corriente, lleno de cosas que creo que usted no había presenciado antes. Lo mejor sería que rompa con sus ideas preconcebidas, señor Baker. De ese modo, su visita le resultará mucho más agradable.

Esto irritó a Linus.

—No he venido a pasar una estancia agradable, señor Parnassus. No estoy de vacaciones. El Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos me ha enviado para que determine si el orfanato de Marsyas debe seguir funcionando como hasta ahora, o si hay que tomar otras medidas. Debería usted tener eso bien presente. Encontrarme a los niños corriendo desbocados por ahí sin supervisión alguna no ha sido el mejor comienzo.

Sus palabras no parecieron afectar mucho al señor Parnassus.

—¿Corriendo desbocados, dice? Fascinante. Y sé muy bien cuál es el objetivo de su visita. Lo que no tengo muy claro es si lo sabe usted.

—¿Y eso a qué viene?

Cuando Linus creía saber por dónde iba el director, este le salió por otro lado.

—Le ha regalado un botón a Theodore.

Linus pestañeó.

—¿Cómo dice?

El señor Parnassus se encontraba al pie de los escalones. Linus apenas lo había visto moverse.

—Un botón —repitió el director despacio—. De latón. Se lo ha regalado usted a Theodore.

—Ya, bueno, es lo primero que me he sacado del bolsillo.

—¿De dónde salió?

—¿A qué se refiere?

—El botón, señor Baker —dijo—. ¿De dónde salió el botón?

Linus retrocedió un paso.

—No… no acabo de entender de qué me habla.

El señor Parnassus asintió.

—De las cosas insignificantes, de esos pequeños tesoros que descubrimos sin saber de dónde provienen. Y aparecen cuando menos nos lo esperamos. Bien pensado, es hermoso. Le ha gustado mucho. Ha sido todo un detalle por su parte.

—¡Pero si prácticamente me han ordenado que se lo diera!

—¿De veras? Hay que ver. —Estaba en el porche, frente a Linus. Era alto, mucho más alto de lo que parecía cuando se encontraba en la hierba, delante de la casa. Linus tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Tenía una peca de una forma muy parecida a un corazón debajo del ojo izquierdo, y un mechón de pelo le había caído sobre la frente.

Linus dio un leve respingo cuando el señor Parnassus le tendió la mano. Se quedó contemplándola un momento hasta que salió de su embobamiento y se la estrechó. La piel era fría y seca, y cuando los dedos se enroscaron en torno a los suyos, Linus sintió un ligero toque de calidez en un rincón de su mente.

—Encantado de conocerle —dijo el señor Parnassus—. Sea cual sea el motivo de su visita.

Linus apartó la mano, notando un hormigueo en la palma.

—Lo único que pido es que me permita cumplir con mis obligaciones sin interferir.

—Por los niños.

—Sí —dijo Linus—. Por los niños. Después de todo, son lo más importante.

El señor Parnassus le escudriñó el rostro, aunque Linus no sabía en busca de qué.

—Bien —dijo al cabo de un rato—. Me alegra que hayamos empezado con tan buen pie. Este mes promete ser de lo más clarificador.

—Tan buen pie no diría yo…

—¡Niños! —gritó el señor Parnassus. Se agachó con agilidad para recoger con una mano la ropa que Sal había dejado tirada—. Acercaos, haced el favor.

Linus oyó una avalancha de pasos detrás de él, algunos pesados, otros que sonaban como chapoteos. Se llevó varios empujones cuando pasaron corriendo junto a él.

Sal, convertido en un pequeño pomerania, iba el primero. Soltando ladriditos nerviosos, esquivó a Linus antes de ponerse a dar saltos frente al señor Parnassus, meneando el rabo.

—Hola, Sal —dijo el director bajando la vista. Luego, para sorpresa de Linus, emitió un ladrido agudo y breve. Sal respondió ladrando varias veces antes de arrancar a correr hacia la casa—. ¿Ha traído usted un gato?

Linus lo miró con la boca abierta de par en par.

—¿Usted sabe hablar…?

—¿Con Sal? —preguntó el señor Parnassus—. Claro, es uno de los míos. Es fundamental… Talia, gracias por acompañar al invitado en un recorrido por el jardín. Ha sido muy amable por tu parte. Chauncey, dudo que haya un botones mejor en el mundo.

—¿En serio? —farfulló Chauncey, con los ojos balanceándose sobre los pedúnculos—. ¿En el mundo entero? —Hinchó el pecho. O, más bien, pareció que lo hinchaba, porque, hasta donde alcanzaba a ver Linus, no tenía pecho—. ¿Has oído eso, Talia? El mundo entero.

Talia soltó un resoplido.

—Lo he oído. Dentro de nada tendrás tu propio hotel. —Alzó la mirada hacia Linus, acariciándose la barba—. De nada por no romperle la crisma con la pala cuando tenía la oportunidad. —Pareció avergonzarse cuando el señor Parnassus emitió una serie de sonidos graves y guturales, casi como si se estuviera atragantando.

Linus tardó un momento en percatarse de que estaba hablando en gnómico.

Talia exhaló un suspiro profundo y melodramático.

—Lo siento, señor Baker. Le prometo que no le romperé la crisma con la pala. Hoy.

Dicho esto, bajó los escalones con Chauncey y se encaminó hacia el edificio principal.

Un escalofrío le bajó a Linus por la espalda cuando oyó que el suelo crujía tras él. Lucy apareció junto a ellos y le dedicó a Linus una sonrisa de maníaco. Daba la impresión de que no parpadeaba.

—¿Sí? —preguntó Linus con voz ronca y débil—. Em…, ¿te puedo ayudar en algo?

—No —respondió Lucy ampliando la sonrisa—. No puede. Nadie puede. Soy el padre de las serpientes. El vacío en el…

—Ya está bien —lo interrumpió el señor Parnassus en tono desenfadado—. Lucy, te toca a ti ayudar a la señorita Chapelwhite en la cocina. Se te hace tarde. Manos a la obra.

Lucy suspiró, como si se desinflara.

—Oooh, ¿de verdad?

—De verdad —dijo el señor Parnassus agachándose para darle unas palmaditas en el hombro—. Anda, vete. Sabes que no le gusta que te escaquees de tus responsabilidades.

Refunfuñando entre dientes, Lucy bajó los escalones a saltos. Cuando llegó al césped, miró por encima del hombro a Linus, que notó que le temblaban las rodillas.

—Es puro teatro —aseguró el señor Parnassus—. En realidad, le encanta trabajar en la cocina. Creo que está montando el numerito por usted. Es cuentista como él solo.

—Creo que necesito sentarme —dijo Linus, entumecido.

—Por supuesto —contestó el señor Parnassus con desenvoltura—, ha sido un día largo para usted. —Se recogió la manga de la americana para dejar al descubierto un reloj grande—. La cena es a las siete y media, así que aún le queda un rato para instalarse y ponerse cómodo. La señorita Chapelwhite ha preparado un banquete en su honor para darle la bienvenida a Marsyas. Me dicen que habrá pastel de postre. Me encanta el pastel. —Le estrechó la mano a Linus de nuevo y le dio un ligero apretón. El otro levantó la mirada hacia él—. Sé por qué ha venido —agregó por lo bajo—. Y sé que ejerce usted un cargo de alta responsabilidad. Lo único que le pido es que mantenga la mente abierta. ¿Podrá hacerme ese favor?

Linus retiró la mano, sintiéndose descentrado.

—Haré lo que tenga que hacer.

El señor Parnassus asintió. Parecía que iba a añadir algo más, pero, en vez de ello, sacudió la cabeza. Giró sobre los talones, bajó del porche, y se adentró en la oscuridad, en pos de las criaturas que tenía a su cargo.

No volvió la vista atrás.

* * *

Linus apenas recordaba haber recorrido el pasillo en dirección a su alcoba. Se sentía como si estuviera atrapado en un sueño extraño del que no sabía cómo escapar. Esta sensación persistía cuando pasó frente a la puerta del diminuto baño y advirtió que habían colocado sus artículos de aseo personal en un estante, bajo el espejo.

—¿Qué? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular.

La habitación al final del pasillo era poco espaciosa pero funcional. Frente a la ventana con vistas al acantilado que se precipitaba hacia el mar había una mesa con una silla pegada a ella. Junto a lo que parecía la puerta de un armario había una cómoda. Una cama con un edredón demasiado grande estaba arrimada a la pared opuesta. *Calíope* yacía sobre la almohada, con la cola enroscada en torno a ella. Cuando él entró, abrió un solo ojo para seguir sus movimientos.

Linus abrió la boca con la intención de decirle algo, pero las palabras se le atragantaron.

Su maleta se encontraba sobre la cama, abierta y vacía.

Se abalanzó hacia ella.

—¿Dónde están mis cosas?

Calíope bostezó y acomodó la cara entre las patitas, respirando hondo.

Los dosieres de los niños y el señor Parnassus seguían bien guardados en un lateral, con la cremallera cerrada. No parecía que nadie hubiera hurgado en ellos. Sin embargo, su ropa había desaparecido, y también…

Miró alrededor, desesperado.

Allí, en el suelo, cerca de la mesa, se hallaban los cuencos de *Calíope*. Uno estaba lleno de agua, y el otro del pienso seco que Linus le daba, cuya bolsa estaba al lado de la mesa. Encima de esta descansaba su ejemplar de *Normas y reglamentos*.

Se acercó al armario y abrió las puertas de golpe.

Sus camisas, corbatas y pantalones estaban cuidadosamente colgados en las perchas. Junto a ellos se encontraba la única chaqueta que había llevado consigo, aunque no estaba muy seguro de que fuera a necesitarla.

Sus mocasines de recambio estaban en el suelo.

Dejando las puertas abiertas, se dirigió hacia la cómoda. Dentro, dispuestos ordenadamente, estaban sus calcetines y ropa interior.

El siguiente cajón contenía su pijama y las únicas prendas informales que había metido en la maleta, un pantalón y un polo.

Se apartó despacio de la cómoda hasta que sus piernas toparon contra el borde de la cama. Se dejó caer y se quedó sentado sobre el colchón, contemplando los cajones y el armario abierto.

—Me parece que la situación me supera —le comentó a *Calíope*.

Ella no expresó opinión alguna al respecto.

Sacudiendo la cabeza, él extendió los brazos hacia su maleta, sacó las carpetas y las apoyó sobre sus piernas.

—Insensato —refunfuñó—. La próxima vez, entérate de dónde te estás metiendo.

Respiró hondo antes de abrir la carpeta que estaba encima de todo.

—Ah —dijo, casi sin aliento, al leer algo sobre un guiverno llamado Theodore—. ¿Qué? —jadeó cuando abrió el expediente de un muchacho de catorce años llamado Sal.

No consiguió emitir sonido alguno cuando llegó al dosier de Talia, aunque una gota de sudor le resbaló por la frente.

Estaba en lo cierto respecto a Phee. Era un espíritu del bosque, y muy poderoso.

Se estremeció al leer la información sobre un chico llamado Chauncey. Contaba diez años y, en la línea correspondiente al nombre de la madre, aparecía la palabra «desconocido». Lo mismo ocurría con el nombre del padre. Y con la especie. Al parecer, nadie sabía muy bien qué era Chauncey en realidad. Y ahora que Linus lo había visto en persona, tampoco estaba muy seguro.

Altísima Dirección tenía razón.

Los niños eran muy distintos de todos los que había conocido.



Se planteó muy en serio rehusar la invitación a cenar y taparse hasta la coronilla con el grueso edredón para aislarse del extraño mundo en el que se encontraba. A lo mejor si dormía, las cosas tendrían más sentido cuando despertara.

Pero entonces empezaron a gruñirle las tripas, y cayó en la cuenta de que tenía hambre.

Un hambre voraz, de hecho.

Se dio unos golpecitos en la nada despreciable barriga.

—¿Por qué no te comportas?

Su estómago gorgoteó de nuevo.

Linus suspiró.

Y por eso acabó de pie frente a la puerta del edificio principal, armándose de valor.

—Es como cualquier otra misión —murmuró para sí—. Ya te has visto en lides parecidas. Ánimo, muchacho. Tú puedes.

Alzó la mano y golpeó tres veces la puerta con el aldabón de metal.

Se quedó esperando.

Al cabo de un minuto, volvió a llamar.

Seguía sin obtener respuesta.

Enjugándose el sudor de la frente, dio un paso hacia atrás para echar un vistazo a un costado de la casa. A través de las ventanas se veían luces encendidas, pero no parecía haber nadie dirigiéndose hacia la puerta.

Sacudiendo la cabeza, se acercó de nuevo a la entrada. Tras unos momentos de indecisión, alargó la mano hacia el pomo. Lo hizo girar con facilidad y empujó.

La puerta se abrió.

Daba a un vestíbulo que conducía hasta una amplia escalinata que ascendía hacia la primera planta. Los pasamanos eran de madera bien pulida. Una gran araña de cristales relumbrantes pendía sobre el vestíbulo. Linus asomó la cabeza por la puerta y aguzó el oído.

Oyó… ¿música? Sonaba muy baja, pero sonaba. Aunque Linus no acertaba a identificar la melodía, le resultaba familiar.

—¿Hola? —dijo en voz muy alta.

Nadie respondió.

Entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

A su derecha había un salón con un sofá grande y acolchado frente a una chimenea oscura. Sobre esta había colgado un cuadro, una composición caprichosa formada por remolinos turbulentos. A Linus le pareció que las faldas onduladas del sofá se movían, pero no estaba seguro de que no hubiera sido un efecto de la iluminación deficiente.

Frente a él se encontraba la escalinata.

A su izquierda había un comedor formal, pero parecía estar desierto en aquel momento. La pequeña araña de luces del techo estaba apagada, y la mesa cubierta de libros que, por su aspecto, debían de ser antiguos.

—¿Hola? —Volvió a intentarlo.

Nadie contestó.

Así que hizo lo único que se le ocurrió.

Caminó en dirección a la música.

Cuanto más cerca estaba, más notas percibía; el sonido grave y nítido de unas trompetas, una melodiosa voz masculina que cantaba que, en algún lugar, al otro lado del mar, ella estaría allí, pendiente de su llegada.

Linus tenía ese disco. Le encantaba.

Mientras Bobby Darin entonaba una estrofa sobre la contemplación de barcos desde playas doradas, Linus se abría paso a través del sueño, deslizando los dedos por los libros que había sobre la mesa. Apenas se fijaba en los títulos, embelesado por el revelador chirrido de un disco que giraba.

Llegó ante dos puertas batientes con ojos de buey en el centro.

Se puso de puntillas para mirar a través de ellos.

La amplia cocina estaba inundada de luz. Era la cocina más grande que había visto jamás. Estaba convencido de que la casita para invitados habría cabido entera ahí, y aún habría sobrado espacio. Las bombillas colgaban del techo rodeadas de esferas de vidrio que parecían peceras. Linus vio un frigorífico gigantesco al lado de un horno de tamaño industrial. Las encimeras de granito estaban limpias como patenas, y…

Se quedó boquiabierto.

La señorita Chapelwhite se desplazaba por la cocina sin apenas tocar el suelo con los pies. Sus alas relumbraban tras su espalda, mucho más brillantes que las de Phee. Las batía rápidamente con cada paso.

Pero quien más llamó la atención de Linus fue la otra persona que se encontraba en la cocina.

Lucy estaba de pie sobre un taburete, frente a la encimera. Empuñaba un cuchillo de plástico con el que picaba un tomate, cuyos trozos dejaba caer en un gran cuenco rosa que tenía a su izquierda.

Y estaba dando botes al ritmo del tema de Bobby Darin. Cuando la orquesta inició un *crescendo* en medio de la canción, entre redobles de batería y bramidos de metales, sacudió el cuerpo entero al son de la música. La voz de Bobby entró de nuevo, cantando que sabía sin asomo de duda que su corazón lo conduciría hasta allí.

Lucy meneaba la cabeza adelante y atrás, coreando la letra a gritos mientras bailaba.

La señorita Chapelwhite cantaba al unísono, entrando y saliendo del campo de visión de Linus mientras hacía piruetas por la cocina.

Una sensación de irrealidad se adueñó de Linus, una ola discordante que lo arrastraba hacia el fondo. No conseguía recuperar la respiración.

—¿Qué hace? —susurró alguien.

Con un chillido ahogado, Linus se volvió para descubrir a Phee y Talia tras él. Phee se había lavado, y su rojiza melena parecía hecha de fuego, y sus pecas más marcadas. Llevaba las alas plegadas a la espalda.

Talia se había cambiado de ropa, aunque la que se había puesto se parecía mucho a su atuendo anterior, salvo por la ausencia del gorro. Su larga cabellera le caía sobre los hombros, de un blanco tan exuberante como el de su barba.

Las dos lo observaban con recelo.

Linus no sabía qué responder.

—Estoy…

—¿Espiando? —aventuró Phee.

Se puso rígido.

—Por supuesto que no…

—Aquí no nos gustan los espías —aseveró Talia en tono siniestro—. El último espía que intentó infiltrarse en nuestra casa desapareció sin dejar rastro. —Se inclinó hacia delante, achicando los ojos—. Porque lo cocinamos y nos lo zampamos para cenar.

—De eso, ni hablar —replicó el señor Parnassus, que acababa de aparecer de la nada. Linus empezaba a sospechar que era una costumbre suya. En algún momento, se había quitado la chaqueta. Ahora llevaba un jersey grueso cuyas mangas le colgaban sobre el dorso de las manos—. Nunca hemos tenido la suerte de contar con la presencia de un espía. En principio, un espía es alguien capaz de infiltrarse sin revelar sus propósitos. Todos los que han venido han dejado sus intenciones perfectamente claras. ¿No es verdad, señor Baker?

—Sí —respondió él—. Sin duda.

El señor Parnassus sonrió.

—Además, no hacemos daño a nuestros invitados. Por lo menos no hasta el extremo de asesinarlos. Sería una grosería.

Esto no tranquilizó a Linus.

La canción *Beyond the Sea* dio paso a otra en que Bobby aseguraba que quería enamorar a una chica para no tener que soñar a solas.

—¿Vamos allá? —preguntó el señor Parnassus.

Linus asintió.

Todos se quedaron mirándolo.

Tardó unos segundos en percatarse de que estaba obstruyendo la puerta. Se hizo a un lado. Phee y Talia irrumpieron en la cocina.

—¡Theodore! —gritó el señor Parnassus por encima del hombro—. ¡A cenar!

Linus oyó un correteo procedente del salón. Dirigió la mirada más allá del señor Parnassus a tiempo para ver a Theodore salir de golpe de debajo del sofá y tropezar con sus alas. Rodó por el sueño gruñendo y golpeteando la tarima con la cola. Se quedó tumbado boca arriba un rato, con la respiración agitada.

—Despacio y buena letra, Theodore —dijo el señor Parnassus con afabilidad—. No seríamos capaces de empezar sin ti.

Theodore suspiró (o al menos eso le pareció a Linus, pero no estaba seguro) y se enderezó. Gorjeando, se irguió con cautela sobre sus patas delanteras y plegó las alas tras su espalda con extremo cuidado, primero la derecha, luego la izquierda. Dio un paso tímido al frente, y sus garras patinaron sobre la madera hasta que consiguió afianzarse.

—Prefiere ir volando a todas partes —le susurró el señor Parnassus a Linus—, pero a las horas de las comidas, le pido que camine.

—¿Por qué?

—Para que se acostumbre a tener los pies en el suelo. No puede pasarse todo el rato volando. Se cansará, sobre todo siendo tan joven. Por si alguna vez se encuentra en peligro, debe aprender a usar las patas además de las alas.

Linus se quedó extrañado.

—¿En peligro? ¿Por qué iba a encontrarse en…?

—¿Cuántos guivernos quedan en el mundo, señor Baker?

Esto le cerró la boca en el acto. La respuesta, aunque no sabía la cifra exacta, era: no muchos.

El señor Parnassus movió la cabeza afirmativamente.

—Exacto.

Theodore se les acercó con zancadas exageradas y la cabeza ladeada. Cuando se detuvo a sus pies, alzó la vista hacia el señor Parnassus, gorjeó y desplegó las alas.

—Sí, sí —dijo el director, agachándose para acariciarle el morro con el dedo—. Muy impresionante. Estoy orgulloso de ti, Theodore.

Tras doblar las alas de nuevo y levantar la vista hacia Linus, el guiverno se inclinó y le mordisqueó con suavidad la punta de un mocasín.

El señor Parnassus lo observó con expectación.

Linus no estaba muy seguro de qué esperaba.

—Le está dando las gracias por el botón.

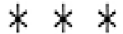
Él habría preferido que no le royeran el zapato en señal de gratitud, pero ya era demasiado tarde.

—Ah, bueno. ¿De… nada?

Theodore gorjeó de nuevo antes de pasar por la puerta que el señor Parnassus le había abierto.

—¿Vamos? —le preguntó el director a Linus.

Asintiendo con la cabeza, este entró en la cocina.



Al fondo de la cocina había una mesa puesta. Daba la impresión de que la utilizaban más que la del comedor formal. La cubría un mantel ligeramente raído que se mantenía en su sitio por el peso del menaje que tenía encima. Había tres platos con sus respectivos juegos de cubiertos a un lado y cuatro al otro, aunque uno de ellos carecía de cuchara y tenedor. Dos servicios de mesa más ocupaban las cabeceras de la mesa. Unas velas encendidas despedían un resplandor parpadeante.

En el centro, se alzaba un gran montón de comida. Linus vio patatas al gratén, pan y algún tipo de carne que no supo identificar. Había verduras de hoja; los tomates que había picado Lucy parecían escarabajos rojos a la luz de las velas.

Un banquete en su honor, le habían anunciado.

Se preguntó si estaría envenenado.

La mayoría de los niños se había sentado ya a la mesa. Chauncey se encontraba en el medio, flanqueado por Phee y Talia. Frente a ellos estaban Theodore (que se encaramaba a la silla situada frente al plato sin cubiertos) y la señorita Chapelwhite. Una silla vacía se interponía entre ella y Sal, que volvió la vista atrás y, al percatarse de que Linus lo observaba, apartó la mirada con rapidez y, con la cabeza gacha, se puso a juguetear con el mantel.

El señor Parnassus estaba sentado a un extremo de la mesa.

Por tanto, el único sitio disponible para Linus era el del otro extremo, puesto que casi descartaba sentarse junto a Sal. El pobre chico seguramente no probaría bocado si lo tuviera al lado.

Todos guardaron silencio mientras él se acercaba. Cuando retiró la silla, las patas chirriaron contra el suelo. Torciendo el gesto, se aclaró la garganta y se sentó. Lamentó que Bobby ya no estuviera cantando para desviar la atención de ese momento tan incómodo, pero no había ningún tocadiscos a la vista.

Desdobló la servilleta de tela que había junto a su plato y se la extendió sobre las piernas.

Todos lo miraban fijamente.

Se removió en su asiento, inquieto.

De pronto, Lucy estaba ahí, junto a Linus, que pegó un brinco sobre la silla.

—Ay, madre —murmuró.

—Señor Baker —dijo Lucy con voz tierna—. ¿Quiere que le traiga algo de beber? ¿Un zumo, tal vez? ¿Un té? —Se inclinó hacia delante y, bajando la voz, agregó—: ¿La sangre de un bebé nacido en un cementerio bajo la luna llena?

—Lucy —lo reconvino el señor Parnassus.

Lucy clavó la vista en Linus.

—Puedo darle cualquier cosa que quiera —susurró.

Linus soltó una tosecita.

—Agua. Agua está bien.

—¡Marchando un agua! —La criatura alzó el brazo para coger un vaso vacío colocado junto al plato de Linus. Lo llevó hasta el fregadero y trepó a su taburete. Abrió el grifo, sacando la lengua en señal de concentración (por el hueco que había quedado donde antes tenía los dientes delanteros). Después de llenar el vaso, lo sostuvo con ambas manos mientras bajaba del taburete. No había derramado ni una gota cuando se lo entregó a Linus—. Aquí tiene —dijo—. ¡De nada! ¡Y ni siquiera estoy pensando en condenar su alma al fuego eterno ni nada por el estilo!

—Gracias —consiguió articular Linus—. Eres muy amable.

Lucy soltó una carcajada, un sonido que Linus estaba seguro de que lo atormentaría el resto de su vida, antes de dirigirse hacia la silla vacía que quedaba. Sal se la retiró para que se sentara. Había un cojín elevador. En cuanto Lucy se acomodó en él, Sal empujó la silla de nuevo hacia la mesa, sin levantar la vista.

El señor Parnassus sonrió a los niños.

—Estupendo. Como ya todos sabéis, a pesar de que *alguien* decidió ocultarme su llegada, contamos con un invitado.

Lucy se hundió un poquito en su cojín.

—El señor Baker ha venido para comprobar que estéis todos sanos y contentos —continuó el señor Parnassus—. Os pido que lo tratéis como a la señorita Chapelwhite o a mí. Es decir, con respeto. Como me entere de que

alguno de vosotros ha hecho algo… indebido, ese alguien perderá sus privilegios. ¿Queda claro?

Todos los niños, incluido Theodore, asintieron.

—Bien —dijo el director con una sonrisa discreta—. Y ahora, antes de cenar, nos contaréis algo que habéis aprendido hoy. ¿Phee?

—He aprendido cómo darle más frondosidad al follaje —respondió Phee—. He tenido que concentrarme mucho, pero lo he conseguido.

—Magnífico. Sabía que lo lograrías. ¿Chauncey?

Los globos oculares del aludido chocaron entre sí.

—¡Sé deshacer maletas yo solito! ¡Y, además, he recibido una propina!

—Admirable. Dudo que nadie haya deshecho una maleta tan bien como tú. Talia, si eres tan amable.

Talia se acarició la barba.

—Si me quedo muy quieta, los extraños se creen que soy una estatua.

Linus se atragantó con la lengua.

—Muy instructivo —comentó el señor Parnassus, con un centelleo en los ojos—. ¿Theodore?

El susodicho trinó y gruñó, con la cabeza apoyada en la mesa.

Todos se rieron.

Todos salvo Linus, claro, que no sabía muy bien qué había pasado.

—Ha aprendido que los botones son lo mejor del mundo —le explicó la señorita Chapelwhite a Linus, mirando a Theodore con cariño—. Y yo he aprendido que sigo juzgando a la gente por su aspecto, aunque sé que no debería.

Linus sí que entendió a quién se refería. Supuso que era lo más parecido a una disculpa que recibiría de ella.

—En ocasiones —dijo el señor Parnassus—, nuestros prejuicios influyen en nuestra forma de pensar cuando menos nos lo esperamos. Si somos capaces de detectar eso y de aprender de ello, podemos convertirnos en mejores personas. ¿Lucy?

Linus sentía la boca reseca. Cogió su vaso de agua.

Lucy alzó la mirada hacia el techo.

—He aprendido que soy el heraldo de la muerte y el destructor de mundos —recitó con un sonsonete.

Linus escupió un chorro de agua sobre la mesa.

Todos se volvieron para fijar la vista en él.

—Perdón —se apresuró a decir, secando su plato con la servilleta de tela—. Se me ha ido por el otro lado.

—En efecto —dijo el señor Parnassus—. Casi como si alguien lo hubiera planeado así. Lucy, ¿qué tal si volvemos a intentarlo?

El muchacho suspiró.

—He aprendido otra vez que no soy solo la suma de mis partes.

—Por supuesto que no. Eres más que eso. ¿Sal?

Tras echar una ojeada a Linus, Sal dirigió la vista hacia abajo. Movió los labios, pero Linus no alcanzó a distinguir lo que decía.

Tampoco el señor Parnassus, o al menos eso parecía.

—Más alto, por favor, para que podamos oírte.

Sal encorvó los hombros.

—He aprendido que aún me asustan las personas que no conozco.

El señor Parnassus alargó la mano y le dio un apretón en el brazo.

—No pasa nada. Hasta los más valientes tienen miedo a veces, pero no permiten que ese miedo se convierta en lo único que conocen.

Sal hizo un gesto de asentimiento, pero no despegó los ojos de la mesa.

El señor Parnassus se reclinó de nuevo en su silla y tendió la mirada hacia Linus, al otro lado de la mesa.

—Por lo que a mí respecta, he aprendido que hay regalos de todas clases y tamaños y que llegan en el momento menos pensado. ¿Y usted, señor Baker? ¿Qué ha aprendido hoy?

Linus se reacomodó en su asiento.

—Bueno, no sé si me corresponde… He venido a observar… No sería apropiado que…

—Porfa, señor Baker —le pidió Chauncey, deslizando un tentáculo por encima de la mesa de manera que las ventosas se pegaban al mantel y lo arrugaban—. Tiene que contárnoslo.

—Sí, señor Baker —dijo Lucy en el mismo tono inexpresivo—. Es importantísimo que nos lo cuente. Detesto pensar lo que sucedería si no nos lo contara. Vamos, que a lo mejor provocaría una plaga de langostas. No quiere que pase eso, ¿verdad?

Linus notó que la sangre le abandonaba el rostro.

—Chicos —dijo el señor Parnassus mientras la señorita Chapelwhite disimulaba una sonrisa—, dejadle hablar. Y Lucy, ya hemos hablado de las plagas de langostas. Solo están permitidas bajo supervisión directa. ¿Señor Baker?

Lo miró con expectación.

Por lo visto no iba a librarse, así que dijo lo primero que le vino a la mente.

—He… he aprendido que en este mundo hay cosas que desafían la imaginación.

—¿Cosas? —preguntó Talia entornando los ojos—. ¿De qué cosas estaríamos hablando, exactamente?

—Del mar —dijo Linus enseguida—. Sí, del mar. Nunca lo había visto, aunque siempre había querido. Es… es mucho más grande de lo que imaginaba.

—Ah —dijo Talia—. Qué… rollo. ¿Podemos cenar ya? Me muero de hambre.

—Sí —contestó el señor Parnassus sin apartar la vista de Linus—. Por supuesto. Os lo habéis ganado.



Pese a lo extraña que le parecía la situación a Linus, la cena transcurrió con relativa placidez durante los primeros diez minutos. No fue sino cuando estaba picoteando la ensalada en su plato (resistiéndose a la escandalosa llamada de las patatas) que todo se torció.

Todo empezó, claro está, con Talia.

—Señor Baker, ¿no le apetece algo aparte de la ensalada? —preguntó con aire inocente.

—No —dijo él—. Gracias. Con esto me basta.

Ella canturreó entre dientes.

—¿Seguro? Un hombre de su volumen no puede sobrevivir a base de comida para conejos.

—Talia —terció el señor Parnassus—. Deja al señor Baker en…

—Precisamente por mi volumen —alegó Linus, que no quería que nadie volviera a hablar en su nombre. A fin de cuentas, allí mandaba él. Y cuanto antes se dieran cuenta de eso, mejor.

—¿Qué problema hay con su volumen? —inquirió Talia.

El hombre se sonrojó.

—Es demasiado grande.

La gnoma frunció el ceño.

—No tiene nada de malo estar rellenito.

Linus apuñaló un tomate.

—No estoy…

—Yo misma estoy rellenita.

—Sí, bueno, pero tú eres una gnoma. Se supone que debes estar rellenita.

Ella achicó los ojos.

—Entonces, ¿por qué usted no?

—No se trata de… Es una cuestión de salud. No puedo…

—Quiero estar rellenito —anunció Lucy. Y, de pronto, lo estaba. En un instante, la flacucha criatura sentada en su cojín elevador comenzó a hincharse como un globo mientras se le expandía el pecho y sus huesos crujían de manera obscena. Los ojos se le salieron de las órbitas, hasta tal punto que Linus estaba convencido de que acabarían rebotando sobre la mesa como canicas.

—¡Mirad! —dijo con los labios fruncidos—. ¡Soy un gnomo o el señor Baker!

—¿Cómo es que nunca había visto el mar? —preguntó Phee mientras Linus contemplaba horrorizado a Lucy—. Siempre está ahí. No se va a ningún sitio. Es demasiado grande.

Lucy se deshinchó y los huesos se le recolocaron en su sitio hasta que volvía a ser el niño de seis años de antes.

—Lo es —convino, como si no acabara de inflarse hasta el triple de su tamaño—. Yo lo he intentado.

—Fue un día de lo más raro —rememoró Chauncey, llevándose una patata a la boca con un tentáculo. Linus observó cómo el alimento descendía por su interior, con toda claridad, aunque teñido de verde. Comenzó a descomponerse en partículas diminutas—. Murieron muchos peces, y entonces tú los resucitaste. A casi todos.

—Solo he… Nunca había tenido tiempo —se justificó Linus, algo mareado—. Tengo… demasiadas responsabilidades. Realizo un trabajo importante y…

Con un gruñido ronco y gutural, Theodore atacó la carne que la señorita Chapel sirvió en su plato.

—Arthur dice que siempre debemos encontrar tiempo para las cosas que nos gustan —dijo Talia—. Si no, podríamos olvidar cómo ser felices. ¿Es usted feliz, señor Baker?

—Soy plenamente feliz.

—No le hace feliz estar rellenito —señaló Phee—, así que de «plenamente», nada.

—No estoy relle…

—¿En qué consiste su trabajo, señor Baker? —preguntó Chauncey, con los ojos botando sobre los pedúnculos—. ¿Su oficina está en la ciudad?

Linus había perdido el apetito.

—Pues… sí. Está en la ciudad.

Chauncey exhaló un suspiro soñador.

—Me encanta la ciudad, llena de hoteles y de botones. Debe de ser el paraíso.

—Nunca has estado en la ciudad —le recordó Lucy.

—¿Y qué? Me puede encantar algo aunque solo lo haya visto en fotos. ¡Al señor Baker le gusta mucho el mar, y lo ha visto por primera vez hoy!

—Si tanto le gusta, ¿por qué no se casa con él? —inquirió Phee.

Theodore gorjeó, con la boca llena de carne. Los niños se rieron. Hasta Sal esbozó una sonrisa.

Linus se disponía a preguntar qué había dicho cuando la señorita Chapelwhite habló.

—Theodore espera que el mar y usted sean muy felices juntos.

—No pienso casarme con el mar…

—Aaah —dijo Talia abriendo mucho los ojos y meneando el bigote—. Porque ya está casado, ¿verdad?

—¿¡Está casado!? —exclamó Phee—. ¿Quién es su esposa? ¿Sigue metida en su maleta? ¿Por qué la metió ahí? ¿Es contorsionista?

—¿Su gata es su esposa? —quiso saber Lucy—. Me gustan los gatos, pero yo no les gusto a ellos. —Sus ojos empezaron a emitir un brillo rojizo—. Les preocupa que quiera comérmelos. En honor a la verdad, nunca los he probado, así que no sé si están sabrosos o no. ¿Está sabrosa su esposa, señor Baker?

—No nos comemos a las mascotas, Lucy —le explicó el señor Parnassus, limpiándose los labios con delicadeza.

El resplandor rojizo desapareció de inmediato de los ojos de Lucy.

—Claro, porque las mascotas son nuestras amigas. Y como la gata del señor Baker es su esposa, ella es su mejor amiga.

—Exacto —dijo el señor Parnassus, visiblemente divertido.

—No —replicó Linus—. No exactamente. Vamos a ver, yo nunca…

—Me gusta estar rellenita —declaró Talia—. Así hay más de mí para quien me quiera.

—Yo te quiero, Talia —dijo Chauncey posando un ojo sobre su hombro, antes de volverlo despacio para mirar a Linus—. ¿Puede contarme más cosas sobre la ciudad? ¿Brilla mucho por la noche, con todas esas luces?

Linus a duras penas seguía el hilo de la conversación.

—Pues… supongo que sí, pero no me gusta salir de noche.

—¿Por las cosas que acechan en la oscuridad y que podrían arrancarle la carne de los huesos? —preguntó Lucy masticando un bocado de pan.

—No —dijo Linus, con el estómago algo revuelto—. Porque prefiero estar en casa que en ningún otro sitio. —Esto era más cierto en ese momento que nunca antes.

—Tu casa es ese lugar donde puedes ser tú mismo —afirmó la señorita Chapelwhite, y Linus no podía estar más de acuerdo—. En nuestro caso también, ¿verdad, chicos? Nuestra casa está allí donde nos dejan ser quienes somos.

—Mi jardín está aquí —dijo Talia.

—El mejor jardín —aseguró el señor Parnassus.

—Y mis árboles —añadió Phee.

—Los árboles más maravillosos —opinó el señor Parnassus.

Theodore gorjeó, y la señorita Chapelwhite le acarició un ala.

—Tu botón, sí. También está aquí.

—Qué regalo tan hermoso —dijo el señor Parnassus sonriéndole al guiverno.

—¿Y dónde podría practicar mis habilidades de botones, sino en casa? —preguntó Chauncey—. Para llegar a ser bueno en algo, hay que practicar.

—La práctica hace al maestro —sentenció el señor Parnassus.

—Y este es el único lugar en el mundo donde no tengo que preocuparme de que un cura me ponga un crucifijo delante de los morros para precipitar mi alma en el abismo del infierno —declaró Lucy. Se rio mientras se metía otro trozo de pan en la boca.

—Un auténtico incordio, esos curas —dijo el señor Parnassus.

—¿Va usted a quitarnos nuestra casa?

El silencio se impuso en torno a la mesa.

Linus pestañeó. Paseó la mirada alrededor en busca del origen de la voz, y le sorprendió comprobar que procedía de Sal, que mantenía la mirada fija en la mesa y los puños apretados. Su boca se había reducido a una línea fina, y le temblaban los hombros.

El señor Parnassus extendió el brazo y posó la mano sobre uno de los puños de Sal. Le dio unos golpecitos en la parte interior de la muñeca con un largo dedo.

—Esa no es la intención del señor Baker —dijo—. No creo que haya deseado nunca que pase algo así. Ni a nosotros ni a nadie.

Linus pensó en mostrar su disconformidad, pero dudaba que sirviera para algo, y menos aún delante de un niño claramente traumatizado. Y aunque el señor Parnassus no se equivocaba del todo, a Linus no le gustaba que nadie hablara en su nombre.

—Su trabajo —prosiguió— consiste en asegurarse de que yo esté cumpliendo bien con el mío. ¿Y en qué consiste mi trabajo?

—En mantenernos a salvo —respondieron a coro los niños, Sal incluido.

—Exacto —dijo el señor Parnassus—. Y quiero pensar que es algo que se me da bien.

—¿Porque ha practicado?

El señor Parnassus le sonrió.

—Sí, porque he practicado. Y, mientras yo tenga algo que decir al respecto, nunca os separaréis.

Era un desafío evidente, y a Linus no le hizo ni pizca de gracia.

—No me parece apropiado que…

—¿Quién está listo para el postre? —preguntó la señorita Chapelwhite.

Los niños prorrumpieron en gritos de alegría.

Siete

El señor Parnassus guio a Linus por un largo pasillo de la planta superior.

—Los dormitorios de los niños —dijo, señalando con un movimiento de la cabeza las puertas que había a ambos lados del pasillo. En cada una de ellas había un letrero con el nombre de su ocupante: Chauncey y Sal a la derecha, Phee y Talia a la izquierda. Apuntó con el dedo a una trampilla en el techo. En ella, alguien había dibujado un guiverno con trazo grueso—. El nido de Theodore está en la torreta. Guarda un pequeño tesoro allí, pero donde más le gusta estar es bajo el sofá.

—Quisiera inspeccionarlos en algún momento —dijo Linus mientras intentaba memorizar la distribución de la planta.

—Lo suponía. Como ahora mismo los niños se están preparando para acostarse, será mejor que lo dejemos para mañana. La señorita Chapelwhite puede mostrarle las habitaciones cuando los niños estén en clase, o bien se las muestro yo antes, y luego puede reunirse con nosotros en el aula.

—¿Y la señorita Chapelwhite? —inquirió Linus, contemplando los árboles grabados en la puerta de madera de Phee mientras pasaban por su lado.

—Estaba aquí mucho antes de que llegáramos los demás —dijo el señor Parnassus—. La isla es suya. Nosotros solo la hemos tomado prestada. Vive en el corazón del bosque, en la otra punta de la isla.

Linus tenía la cabeza llena de preguntas, sobre aquella isla, sobre aquella casa, sobre aquel hombre. Sin embargo, lo corroía una duda más acuciante, producto del número de puertas que había contado. Hacia el fondo del pasillo había otras cuatro. Una estaba indicada como la del baño de las chicas, la otra como la del baño de los chicos. Una tercera puerta tenía una placa con las palabras DESPACHO DE ARTHUR.

—¿Y Lucy? ¿Dónde se aloja?

El señor Parnassus se detuvo frente al despacho e inclinó la cabeza hacia la última puerta.

—En mi habitación.

Linus entornó los párpados.

—Comparte habitación con un niño pequeño…

—No es nada inapropiado, se lo aseguro. —No parecía ofendido por la insinuación—. Cuando Lucy vino a vivir con nosotros, acondicioné un vestidor como cuarto para él. Es… más conveniente para él tenerme cerca. Tenía pesadillas terroríficas. Todavía las tiene, a veces, aunque ya no son tan atroces como antes. Quiero pensar que el tiempo que lleva aquí lo ha ayudado. No le gusta estar separado de mí cuando puede evitarlo, aunque intento enseñarle a ser independiente. Es… un proyecto en desarrollo.

El señor Parnassus abrió la puerta del despacho. Era más pequeño de lo que Linus esperaba y estaba atiborrado de cosas, lo que casi producía una sensación incómoda. En el centro había un escritorio rodeado de montones de libros, muchos de ellos inclinados de forma precaria. La única ventana daba al mar, que parecía extenderse hasta el infinito en la oscuridad de la noche. A lo lejos, Linus divisó la luz parpadeante de un faro solitario.

Después de cerrar la puerta, el señor Parnassus le indicó con un gesto a Linus que tomara asiento. Este así lo hizo y sacó una libreta pequeña que llevaba siempre en el bolsillo, repleta de las notas que tomaba sobre todos los casos en que trabajaba. Había descuidado bastante sus obligaciones, pues la mera existencia de ese lugar lo tenía descolocado, pero tenía que ponerse las pilas. Siempre había estado muy orgulloso de la profusión de notas que tomaba, y si quería presentar informes semanales, tal como le había pedido Altísima Dirección, se aseguraría de que fueran los mejores que hubiera escrito nunca.

—¿Le importa? —preguntó, señalando un lápiz muy gastado que había sobre el escritorio.

—Por supuesto —dijo el señor Parnassus—. Todo lo mío es suyo.

Linus sintió mariposas en el estómago. Supuso que era por algo que había comido. Abrió su bloc de notas y mojó la punta del lápiz con la lengua, una vieja costumbre que no había conseguido dejar.

—Bien, si está de acuerdo, me gustaría tratar el tema de…

—Sal es nuestra incorporación más reciente —comentó el señor Parnassus, como si Linus no estuviera hablando. Se sentó frente a Linus, al otro lado de la mesa, juntó las manos y apoyó la barbilla sobre ellas—. Llegó hace tres meses.

—¿Ah, sí? Supongo que lo leí en su expediente. Parece nervioso, aunque supongo que los adolescentes suelen ponerse así en presencia de una persona con autoridad.

Al señor Parnassus se le escapó una risotada.

—Nervioso. Es una forma de expresarlo. ¿Leyó también en su expediente que nunca había vivido más de tres meses en un mismo lugar desde los siete años?

—Pues… no. Supongo que no llegué hasta ahí. Me distrajo…, en fin…, la enormidad de esta misión.

El señor Parnassus le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Altísima Dirección no le avisó de lo que le esperaba, ¿verdad? No se enteró hasta que llegó aquí.

Linus se revolvió inquieto en su asiento.

—No. Solo me dijeron que se trataba de información clasificada. —También que era un orfanato de niños difíciles, pero Linus no sabía si le convenía decirlo.

—Sin duda ahora comprende el porqué.

—Desde luego —convino Linus—. Uno no conoce al Anticristo todos los días.

El señor Parnassus clavó en él una mirada severa.

—Aquí no usamos esa palabra. Sé que tiene un cometido, señor Baker, pero el director del centro soy yo, y debe acatar mis normas. ¿Queda claro?

Linus asintió despacio. No esperaba una reprimenda tan áspera, y menos aún por parte de una persona que destilaba serenidad como el hombre que tenía sentado delante. Había subestimado al señor Parnassus. No podía volver a cometer ese error.

—No pretendía faltar al respeto a nadie.

El director se relajó.

—No, ya me imagino que no. Además, ¿cómo podía saberlo? No lo conoce. Tampoco nos conoce a nosotros. Tiene los dosieres, pero seguramente solo contienen la información básica. Señor Baker, lo que hay escrito en esos expedientes no es más que el esqueleto de cada uno, pero somos algo más que esqueletos, ¿verdad? —Hizo una pausa, pensativo—. Excepto Chauncey, que en realidad no tiene un solo hueso. Pero el argumento sigue siendo igual de válido.

—¿Qué tipo de ser es? —quiso saber Linus. Enseguida añadió—: Ay, madre, eso no ha sonado nada bien. No quería ofender. Es que nunca… nunca había visto nada… a nadie como él.

—No me extraña —dijo el señor Parnassus. Volvió la cabeza hacia una pila de libros que tenía a su derecha y deslizó la vista por los títulos. Al parecer, encontró el que buscaba hacia la mitad de la pila. Dio unos golpecitos

en el lomo hasta que los bordes empezaron a sobresalir. El montón se bamboleó. Agarró la cubierta con dos dedos y tiró de ella con rapidez. El libro salió, y la parte superior de la pila cayó limpiamente en su sitio. El director no pareció reparar en que Linus lo miraba boquiabierto mientras colocaba el libro sobre el escritorio, lo abría y comenzaba a pasar las páginas—. No sabemos con certeza qué ser es Chauncey, ni tampoco de dónde viene exactamente. Es un misterio, pero creo… ¡Ajá! Aquí está. —Giró el libro de cara a Linus y señaló una página con el dedo.

Linus se inclinó hacia delante.

—¿*Medusozoa*? Eso es… una medusa.

—¡Exacto! —exclamó el señor Parnassus con entusiasmo—. Y creo que, en parte, eso es lo que es. No pica, ni posee veneno de ninguna clase. También tiene algo de cohombro de mar, aunque eso no explica la presencia de apéndices.

—Eso no explica *nada* —repuso Linus con cierta sensación de impotencia—. ¿De dónde vino?

El señor Parnassus cerró el libro y lo atrajo de nuevo hacia sí.

—Nadie lo sabe, señor Baker. Hay misterios que quizá nunca consigamos resolver, por mucho que nos esforcemos. Y si nos pasamos demasiado tiempo intentando resolverlos, tal vez nos pase inadvertido lo que tenemos delante de las narices.

—En el mundo real las cosas no funcionan así, señor Parnassus —dijo Linus—. Todo tiene una explicación. Hay un motivo para las cosas que ocurren. Así reza la primera línea de *Normas y reglamentos* del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos.

El director arqueó una ceja.

—El mundo es un lugar extraño y maravilloso. ¿Por qué empeñarnos en encontrar una explicación para todo? ¿Por satisfacción personal?

—Porque el conocimiento es poder.

El señor Parnassus soltó un resoplido.

—Ah, el poder. Se expresa como un auténtico representante del DEJOMA. ¿Por qué no me sorprende que se sepa de memoria el libro de reglas? Ha de saber que existe la posibilidad de que encuentre a Chauncey bajo su cama en algún momento.

Esto sobresaltó a Linus.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque, durante mucho tiempo, antes de que viniera aquí, muchas personas, entre ellas algunas que pasan por sensatas, lo consideraban un

monstruo. Le contaron historias de monstruos que acechaban bajo las camas y cuya vocación en la vida era asustar a los demás. Creía que eso era lo que se esperaba de él, que era su *deber* espantar a la gente, porque le habían metido en la… cabeza que no era capaz de hacer otra cosa.

—Así que decidió ser botones —dijo Linus, aturdido.

—Así es. Salía uno en una película que vimos hace unos meses y, por alguna razón, se quedó fascinado con la idea.

—Pero nunca llegará… —Linus se interrumpió a media frase.

Sin embargo, el señor Parnassus sabía perfectamente lo que iba a decir.

—¿Nunca llegará a ser botones porque ningún hotel querría contratar a alguien como él?

—Eso no es… —¿No era qué, exactamente? ¿Justo? ¿Ético? ¿Razonable? ¿Ninguna de las tres cosas? Linus no estaba seguro. Esas leyes existían por una razón, y aunque, en el fondo, él nunca las había entendido, no podía hacer nada al respecto. Sabía que la gente solía temer (aunque tenía la sensación de que esta palabra se había concebido para describir algo totalmente distinto) aquello que no entendía. El Departamento Encargado del Registro nació de la necesidad de proteger a los seres extraordinarios. Al principio, arrancaban a los niños de su hogar y los metían en internados, por llamarlos de alguna manera. De hecho, eran prácticamente cárceles y, aunque no había barrotes en las ventanas, el DEJOMA se creó como una manera de apaciguar las protestas contra el trato que recibían esos niños. Y cuando resultó evidente que había muchos huérfanos, los trabajadores sociales se dividieron en dos grupos: los que se ocupaban de las familias registradas junto con el Departamento Encargado del Registro, y los que se ocupaban de los huérfanos en los orfanatos.

No, no era lo que se dice justo.

—No lo es —dijo el señor Parnassus, suscribiendo las palabras que Linus no había pronunciado—, pero dejo que sueñe con esas cosas porque es un chiquillo y no sabemos qué le depara el futuro. Los grandes cambios a menudo empiezan con el más débil de los susurros, elevado a un clamor ensordecedor por todas las personas que comparten esa idea. Lo que nos lleva de nuevo a Sal. ¿Me permite que le hable con franqueza, señor Baker?

Linus se sentía como si hubiera sufrido un latigazo cervical.

—No esperaría menos de usted.

—Bien —dijo el señor Parnassus—. Usted le da miedo.

Linus parpadeó.

—¿Yo? Que yo sepa, nunca le he dado miedo a nadie.

—Dudo mucho que eso sea cierto. Al fin y al cabo, trabaja para el DEJOMA.

—¿Y eso qué tiene que ver con…?

—El objeto de su temor no es necesariamente usted como persona, sino lo que representa. Es un trabajador social, señor Baker. Si bien la mayoría de los internos comprende de manera vaga lo que eso implica, Sal ha tenido experiencia directa con personas como usted. Este es el duodécimo orfanato en el que ha ingresado.

A Linus le dio un vuelco el estómago.

—¿¡El duodécimo!? ¡Eso es imposible! Ya lo habrían…

—¿Lo habrían qué? —inquirió el señor Parnassus—. ¿Lo habrían trasladado a uno de los internados dirigidos por el DEJOMA a los que el departamento parece haberse vuelto muy aficionado últimamente? Es allí adonde van a parar los niños cuando usted termina con ellos, ¿verdad?

Linus rompió a sudar.

—No sé… Creo que no tengo manera de saberlo con seguridad. Hago… lo que me exige mi cargo, nada más.

—¿Nada más? —repitió el señor Parnassus—. Qué lástima. ¿Ha visitado alguna vez uno de esos colegios, señor Baker? ¿Ha realizado el seguimiento de alguno de los niños de cuyos casos se ha ocupado?

—Eso… compete a los cargos de mayor nivel. A los supervisores. Yo soy simplemente un trabajador social.

—Dudo que sea usted «simplemente» nada. ¿Por qué es trabajador social? ¿Por qué nunca ha ido más allá de las exigencias de su trabajo?

—Porque es lo que conozco —contestó Linus, con una gota de sudor resbalándole por el cuello. No entendía cómo se habían vuelto las tornas de un modo tan sutil que ni siquiera se había dado cuenta. Tenía que recuperar las riendas.

—¿No siente curiosidad?

Linus sacudió la cabeza.

—No puedo permitirme ese lujo.

Esto pareció sorprender al señor Parnassus.

—¿Y eso por qué?

—La curiosidad no me sirve de nada. Me importan los hechos, señor Parnassus. La curiosidad lleva a construir castillos en el aire, y no tengo tiempo para distracciones.

—No me imagino una existencia así —comentó el señor Parnassus en voz baja—. Me da la impresión de que eso no es vivir.

—Pues me alegro de no necesitar su opinión sobre el asunto —espetó Linus.

—No pretendía ofenderle…

—He venido para comprobar que este centro funciona de acuerdo con las normas. Para asegurarme de que sus procedimientos se ciñan a las directrices establecidas por el DEJOMA y de que se esté haciendo un uso adecuado de los fondos asignados…

El señor Parnassus soltó un bufido.

—¿Los fondos asignados? No creía que tuviera usted sentido del humor. Qué agradable sorpresa.

Linus se esforzó por seguir llevando la voz cantante en la conversación.

—El hecho de que su orfanato acoja a niños de características más… inusuales no significa que vaya a olvidar el motivo de mi presencia aquí. Es el bienestar de los niños, señor Parnassus. Ni más ni menos.

El director asintió.

—Respeto su punto de vista. Puede que seamos poco convencionales, pero creo que comprobará que estoy dispuesto a todo por mantenerlos a salvo. Como he dicho antes, el mundo es un lugar raro y maravilloso, pero eso no significa que no tenga dientes. Y muerde cuando uno menos se lo espera.

Linus no supo cómo interpretar esto.

—Nunca salen ustedes de la isla. Al menos los niños.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La furgoneta aparcada delante. Crecen hierbajos y flores en los neumáticos.

El señor Parnassus se retrepó de nuevo en su silla, con aquella sonrisa extraña en la cara.

—Es usted muy observador. Podría ser obra de Phee o Talia, claro. Les encanta cultivar cosas. Pero sospecho que usted no se lo creería.

—Tiene razón, no me lo creería. ¿Por qué parece que el vehículo lleva tiempo sin moverse?

—Sin duda pasó usted por el pueblo de camino hacia aquí.

—Pues… sí. Con la señorita Chapelwhite. —Titubeó. ¿Cómo había sido el diálogo que había mantenido con ella mientras atravesaban Marsyas en el coche?

«—*Los seres como nosotros no somos bienvenidos entre los vecinos de Marsyas*.

»—¿*Los espíritus de la naturaleza*?

»—*Todos los seres mágicos, señor Baker*».

El señor Parnassus hizo un gesto afirmativo, como si le hubiera leído el pensamiento a Linus.

—No puedo afirmar que nos consideren personas no gratas, pero dan a entender que es mejor para todos que nos quedemos aquí. Los rumores corren como la pólvora, y tratar de atajarlos es como intentar hacer retroceder una cortina de fuego sobre un campo cubierto de hierba seca. Por otro lado, supongo que el hecho de que el gobierno pague a los habitantes de la aldea por su silencio respecto a la existencia de este lugar propicia esta situación. Que esta retribución venga acompañada de la amenaza apenas velada de acciones legales también contribuye. Es más fácil para todos que permanezcamos donde estamos. Por fortuna, la isla es más grande de lo que parece y cuenta con lo que los niños necesitan. La señorita Chapelwhite va al pueblo una vez por semana en busca de provisiones. La conocen, tan bien como se puede llegar a conocerla.

A Linus le daba vueltas la cabeza. No sabía que los lugareños recibían dinero a cambio de mantener la boca cerrada, aunque le parecía que, de un modo retorcido, tenía sentido.

—¿Usted no sale?

El señor Parnassus se encogió de hombros.

—Estoy contento aquí porque ellos lo están. Supongo que podríamos plantearnos viajar más allá de Marsyas y el pueblo, pero no se ha presentado la ocasión, al menos por el momento. Me imagino que algún día tendremos que ocuparnos de ello.

Sacudiendo la cabeza, Linus cogió bloc y lápiz.

—Sal. Se transforma en un perro.

—Un pomerania, para ser más exactos.

—¿Y dice que nunca había estado tanto tiempo en un lugar?

—Así es.

—Hay niños no muy distintos de él cuya existencia no es secreta. Por ejemplo, conocí a uno que se convertía en ciervo. ¿Por qué está Sal aquí?

El señor Parnassus le dirigió una mirada recelosa.

—Porque puede contagiar a otros si los muerde.

Linus notó que el aire se le escapaba a chorro de los pulmones.

—¿En serio?

El director asintió.

—Sí. Hubo un… incidente. En uno de los orfanatos donde estuvo antes. Una mujer que trabajaba en la cocina lo golpeó por intentar coger una

manzana. Él contratacó de la única manera que sabía. Ella sufrió la transformación a la semana siguiente.

A Linus le parecía que la habitación giraba alrededor de él.

—Nunca había… No tenía idea de que eso era posible. Pensaba que se trataba de algo genético.

—Sospecho que descubrirá que lo imposible es más accesible aquí de lo que le han hecho creer.

—¿Y Talia?

—Fue una de las primeras criaturas que acogí. Su familia murió de forma trágica a causa de un incendio en su jardín. Algunos creían que había sido intencionado, aunque a nadie pareció importarle mucho.

Linus crispó el rostro. Le vinieron a la memoria los anuncios de los autobuses que rezaban: SI VES ALGO, AVISA.

—Usted habla gnómico.

—Hablo muchos idiomas, señor Baker. Me gusta aprender cosas nuevas. Me ayuda a estrechar lazos con los niños a mi cargo.

—¿Y por qué se oculta su identidad?

—¿Había conocido alguna vez un gnomo hembra, señor Baker?

No. Nunca. Le extrañó no haber pensado sobre ello siquiera. Garabateó algo a toda prisa en su libreta.

—Y luego está Phee.

El señor Parnassus se rio entre dientes.

—Es independiente como ella sola, qué duda cabe. Está aquí porque ningún espíritu de la naturaleza tan joven había desarrollado nunca un poder tan grande. Cuando intentaron rescatarla de una situación… apurada, ella transformó a tres hombres en árboles. Otro espíritu, de mucha más edad, consiguió devolverlos a su forma original. Al cabo de un tiempo. Por fortuna para mí, la señorita Chapelwhite la ayuda en cuestiones en las que yo no puedo. La ha acogido bajo su paraguas, en más de un sentido. La chica ha desarrollado su potencial de un modo hermoso gracias a esta tutela. Tenemos mucha suerte de que la señorita Chapelwhite se ofreciera a ayudarnos.

—¿Y por qué se ofreció? —quiso saber Linus—. La isla es suya. Los espíritus de la naturaleza son seres con un sentido extremo de la territorialidad. ¿Cómo permitió siquiera que se instalaran ustedes aquí?

El señor Parnassus volvió a encogerse de hombros.

—En aras del bien común, supongo.

Hablaba como un espíritu, con pequeños razonamientos vagos y circulares. A Linus no le hizo ninguna gracia.

—¿Y en qué consiste ese bien común?

—En facilitar que niños no deseados prosperen en la vida. Sabe tan bien como yo que el término «orfanato» se presta a error, señor Baker. Nadie viene aquí buscando a un niño al que adoptar.

No, Linus ya se imaginaba que no, teniendo en cuenta que el orfanato de Marsyas era un secreto para casi todo el mundo. Pero ¿qué importancia tenía eso, en realidad? ¿Acaso había sabido de alguna criatura residente en un centro como aquel que hubiera sido adoptada? No recordaba un solo caso. ¿Cómo es que no había reparado en eso antes?

—¿Y Theodore?

—¿No consta toda esta información en sus dosieres, señor Baker?

No, no constaba. De hecho, a Linus le pareció que el señor Parnassus estaba en lo cierto al señalar que no eran más que esqueletos.

—Prefiero acudir directamente a las fuentes. Cuando se trata de meras palabras sobre el papel, se pierden matices.

—No es solo un animal —afirmó el señor Parnassus.

—No he dicho que lo fuera.

El director suspiró.

—No, supongo que no. Perdóneme. He tratado con personas como usted antes. Se me olvida que no son todos iguales, aunque todavía no sé muy bien qué pensar de usted.

Linus se sintió extrañamente expuesto.

—En mi caso, las apariencias no engañan. Soy la persona que tiene ante usted.

—Oh, eso lo dudo muchísimo —replicó el señor Parnassus—. Theodore es… especial. Sé que tiene usted claro lo poco corrientes que son los seres como él.

—Sí.

—Sigue siendo un menor, aunque desconocemos su edad exacta. Él… tiene una forma de pensar distinta a la de todos los demás. Yo me entiendo con él, pero más en lo relativo a ideas abstractas que a cosas concretas. ¿Tiene sentido lo que le digo?

—Ni un ápice —reconoció Linus.

—Ya lo entenderá —aseguró el señor Parnassus—. Al fin y al cabo, pasará un mes entero aquí. Y creo que solo queda un niño del que no hemos hablado, aunque sospecho que lo ha dejado usted para el final a propósito. La señorita Chapelwhite me ha contado que lo encontró desmayado solo por haber leído unas líneas de su dosier.

Sonrojado, Linus carraspeó.

—Fue algo… inesperado.

—Es una buena palabra para describir a Lucy, sin duda.

—¿Es…? —Linus titubeó—. ¿Es cierto? ¿De verdad es el anti…, es decir, el hijo del demonio?

—Yo creo que sí —contestó el director, y a Linus se le cortó la respiración—. Aunque la imagen generalizada de lo que se supone que debería ser tiene más que ver con la ficción que con la realidad.

—¡Si de verdad lo es, se supone que provocará el final de los tiempos! —exclamó Linus.

—Tiene seis años.

—¡Proclamó que era el fuego eterno y las tinieblas mientras me estaba amenazando!

Al señor Parnassus se le escapó una risita.

—Era su manera de saludar. Tiene un sentido del humor muy morboso para ser tan joven. Resulta entrañable cuando uno se acostumbra.

Linus lo contemplaba con la boca abierta de par en par.

Con un suspiro, el señor Parnassus se inclinó hacia delante.

—Mire, señor Baker. Sé que… es mucho que asimilar, pero hace un año que tengo aquí a Lucy. Había planes para…, en fin, digamos que este era el último recurso. Con independencia de quiénes sean sus progenitores, no deja de ser un niño. Y me niego a creer que el destino de cada uno esté grabado en piedra. Una persona es mucho más que su origen.

—Más que la suma de sus partes.

El señor Parnassus movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Exacto. Quizá Lucy inspire miedo a la mayoría de la gente, pero a mí no. He visto lo que es capaz de hacer. Tras aquellos ojos y el demonio que habita en su alma, es un chico encantador, ingenioso y de aguda inteligencia. Lucharé por él como lucharía por cualquiera de mis hijos.

Esto no agradó a Linus.

—Pero no son sus hijos. Usted es el director del centro, no su padre. Son los niños a su cargo.

El señor Parnassus esbozó una sonrisa tensa.

—Por supuesto. Disculpe el lapsus. Ha sido un día muy largo, y me temo que mañana será igual. Pero vale la pena.

—¿Ah, sí?

—Desde luego. No me imagino dedicándome a otra cosa. ¿Usted sí?

—No estamos aquí para hablar de mí, señor Parnassus —señaló Linus.

El director extendió las manos hacia los lados.

—¿Por qué no? Usted parece saberlo todo acerca de nosotros. Y si hay algo que no sepa, podrá consultarlo en un dosier que no me cabe duda de que será de lo más minucioso.

—No todo —repuso Linus cerrando su bloc—. Por ejemplo, no parece haber mucha información sobre usted. De hecho, su expediente es bastante exiguo. ¿Por qué?

El señor Parnassus adoptó de nuevo una expresión socarrona, y Linus se preguntó qué se había perdido.

—¿No debería plantear esa pregunta a Altísima Dirección? Son ellos quienes le han enviado.

Tenía razón, claro. Lo desconcertaba que le hubieran facilitado tan poca información. El dosier sobre Arthur Parnassus solo indicaba su edad y formación. Al final, aparecía una frase enigmática: «Dadas sus capacidades, el señor Parnassus será todo un ejemplo para los niños más difíciles». Linus no había sabido cómo interpretarlo, y ahora que se encontraba frente a frente con él, le suscitaba más dudas.

—Tengo la sensación de que no me dirán nada que no me hayan dicho ya.

—Sospecho que no le falta razón en eso.

Linus se puso de pie.

—Cuento con que colabore en esta investigación con plena transparencia.

El señor Parnassus se rio.

—¿No habíamos quedado en que esto no era más que una visita?

—Fue usted quien empleó ese término, señor mío, no yo. Ambos sabemos lo que es esto. El DEJOMA no me habría enviado si no hubiera motivos de preocupación. Y ahora entiendo cuáles son. Alberga usted un polvorín bajo este techo, dotado de un poder inmenso. No debería existir un ser tan poderoso.

—¿Y qué culpa tiene él? ¿Acaso se le dio la posibilidad de elegir?

Linus habría preferido mantener esa discusión en un momento de mayor lucidez. O tal vez nunca. Las implicaciones por sí solas lo hacían sentirse débil de nuevo.

—He venido para determinar si es necesario tomar otras medidas.

—Otras medidas —repitió el señor Parnassus, dejando por primera vez que se colara un deje de frustración en su voz—. No tienen a nadie, señor Baker. A nadie más que a mí. ¿De verdad cree que el DEJOMA admitiría a alguien como Lucy en uno de sus internados? Medítelo a fondo antes de responder.

—Eso no viene al caso —dijo Linus con frialdad.

El director alzó la mirada al techo.

—Claro que no. Porque se refiere a lo que sucederá cuando usted haya concluido su labor, y no le atañe en absoluto. —Sacudió la cabeza—. Si supiera…

—Si todo está en orden, no tiene nada de qué preocuparse —aseveró Linus—. Tal vez le parezca un hombre despiadado, señor Parnassus, pero le aseguro que los niños me importan. De lo contrario, no ocuparía el puesto que ocupo.

—No dudo que usted así lo crea. —Miró a Linus de nuevo—. Le pido disculpas, señor Baker. Sí, cumplirá con su deber, de un modo u otro. Pero creo que, si abre los ojos, verá lo que tiene delante en vez de lo que está escrito en un expediente.

A Linus se le erizó la piel. Tenía que salir de ese despacho. Le daba la impresión de que las paredes se le venían encima.

—Le agradezco la hospitalidad, aunque me la haya ofrecido por obligación y no por gusto. Me retiro a dormir. Ha sido un día muy intenso, y me temo que mañana será igual.

Se volvió y abrió la puerta. Antes de cerrarla a su espalda, oyó que el director decía:

—Buenas noches, señor Baker.

* * *

Cuando regresó a la casita para invitados, *Calíope* lo esperaba en el recibidor. No se había cruzado con nadie después de marcharse del despacho, aunque oyó voces que resonaban en torno a él tras las puertas cerradas. Hizo un esfuerzo para no salir corriendo.

La gata le echó una mirada antes de cruzar la puerta abierta para hacer sus cosas. Hacía fresco y, mientras Linus aguardaba, alzó la vista hacia el edificio principal. Unas ventanas del primer piso estaban iluminadas, y le pareció ver que algo se movía tras las cortinas cerradas. Si recordaba bien la distribución de la planta superior, lo que estaba observando era la habitación de Sal.

—Doce orfanatos distintos —murmuró para sí—. Un dato como ese debería figurar en su expediente. ¿Por qué narices no lo habían matriculado en un internado?

Calíope volvió a entrar y se le restregó contra las piernas, ronroneando. Linus cerró la puerta y echó el cerrojo, por si acaso, aunque suponía que, si alguien estaba realmente interesado en entrar, eso no se lo impediría.

Ya en el dormitorio, recordó que el señor Parnassus le había advertido que a Chauncey le gustaba esconderse bajo las camas para asustar a la gente. No alcanzaba a ver el oscuro espacio que había debajo, porque se lo tapaba el edredón que colgaba casi hasta el suelo.

Se frotó la cara con la mano.

—Estoy dando demasiadas vueltas a las cosas. Claro que no está ahí. Eso sería absurdo.

Se encaminó hacia el baño para llevar a cabo su rutina diaria.

Estaba a medio lavarse los dientes, con un pegote de dentífrico en el generoso mentón, cuando dio media vuelta y volvió a la habitación con paso decidido. Se arrodilló, levantó el edredón y echó un vistazo bajo la cama.

No había monstruos (ni infantiles ni de ningún otro tipo) escondidos debajo.

—Ahí lo tienes —dijo con la boca llena de pasta de dientes—. ¿Lo ves? Todo está bien.

Casi se lo creyó.

Para cuando se puso el pijama y se acostó, estaba convencido de que se pasaría la noche dando vueltas y vueltas en la cama. No dormía bien en lugares que no conocía, y todo lo que había descubierto durante el día tampoco le ayudaría a conciliar el sueño. Intentó leer unas páginas de *Normas y reglamentos* (porque, dijera lo que dijese el señor Parnassus, no se lo sabía todo de memoria ni mucho menos), pero el pensamiento se le fue hacia unos ojos negros sobre una sonrisa discreta, y luego la blancura lo invadió todo.

Ocho

A la mañana siguiente, abrió los ojos y parpadeó despacio.

La cálida luz del sol se colaba por la ventana. Notó el olor a sal en el aire.

Era como estar en un hermoso sueño.

Pero la dura realidad lo golpeó cuando recordó dónde estaba.

Y lo que había visto.

—Ay, madre —murmuró con voz áspera mientras se incorporaba en la cama y se restregaba el rostro con la mano.

Calíope yacía enroscada al borde de la cama, cerca de sus pies, meneando la cola de un lado a otro, con los ojos cerrados.

Bostezando, Linus apartó el edredón y bajó los pies al suelo. Se desperezó entre crujidos de espalda. A pesar de la situación en que se encontraba, tenía que reconocer que no recordaba haber dormido tan bien nunca. Si a esto sumaba el sol de la mañana y el lejano romper de las olas, casi podía imaginar que por fin se había tomado las vacaciones que merecía y que estaba…

Algo frío y húmedo se le enrolló en torno al tobillo.

Linus pegó un grito y levantó las piernas de golpe. A causa del susto, calculó mal sus propias fuerzas y sus piernas se elevaron por encima de su cabeza, de modo que él dio una voltereta hacia atrás y cayó por el otro lado de la cama. Aterrizó de espaldas en el suelo con gran estrépito, y el aire salió despedido de sus pulmones en un chorro espectacular.

Volvió la cabeza hacia el espacio que había debajo de la cama.

—Hola —dijo Chauncey con los ojos danzando en la punta de los pedúnculos—. En realidad, no pretendía asustarlo. Es casi la hora del desayuno. ¡Hoy hay huevos!

Linus alzó de nuevo la mirada hacia el techo y esperó a que el pulso le volviera a la normalidad.

Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos
Informe del caso n.º 1 sobre el orfanato de Marsyas
Linus Baker, trabajador social BY78 941

Juro solemnemente que los datos contenidos en este informe son precisos y verídicos. Tengo plena conciencia de que, en virtud de las directrices del DEJOMA, toda falsedad detectada será sancionable y posible causa de despido.

Este informe y los subsiguientes permitirán constatar las observaciones que realice durante cada semana en el transcurso de mi investigación.

La isla de Marsyas y el orfanato en ella situado no son como esperaba.

Cabe señalar que los expedientes que se me facilitaron para esta misión dejan mucho que desear, pues omiten datos pertinentes que creo que me habrían preparado para lo que conlleva esta investigación. Hay partes que o bien no se han incluido o bien han sido censuradas. En el primer caso, nos encontraríamos ante una conducta indebida. En el segundo, mi nivel de autorización temporal habría debido impedir esa censura. Recomiendo una revisión de los protocolos de cara a todas las futuras misiones con nivel cuatro de confidencialidad, a fin de evitar que otro trabajador social acabe en una situación complicada sin los conocimientos necesarios.

Pido disculpas si mi tono parece demasiado exigente. Sencillamente creo que se me habría debido proporcionar más información.

El orfanato de Marsyas no es como me había imaginado. La casa en sí es siniestra, aunque parece estar en buen estado de conservación. Es grande, y está abarrotada de cosas por dentro, aunque de una manera que le confiere un aspecto acogedor, más que de morada de alguien con síndrome de Diógenes. Eso sin tener en cuenta el tesoro acumulado por el guiverno Theodore, pero aún no he visto en qué consiste exactamente.

Cada uno de los niños cuenta con habitación propia. Durante estos primeros días, he visto el interior de la que pertenece a la gnoma Talia (las paredes están decoradas con más flores de las que parece haber en todo el jardín), la del espíritu Phee (creo que su cama es en realidad un árbol que crece a través de las tablas del suelo, aunque soy totalmente incapaz de entender cómo puede ser posible eso), la del… la de Chauncey (hay un charco permanente de agua salada en el suelo, pero me aseguran que lo friegan una vez por semana) y la de Theodore (ha construido un nido en el desván que solo me permitió ver a cambio de que le regalara otro botón; como no me sobraba ninguno, tuve que arrancarlo de una de mis camisas de vestir. Doy por sentado que se me indemnizará por ello).

Aún no he visto la habitación de Sal. No confía en mí; de hecho, parece que mi presencia lo aterroriza, aunque no es culpa suya. Rara vez dice una palabra delante de mí, pero, dado su historial, entiendo el porqué. Un historial, quisiera añadir, que yo desconocía, puesto que su expediente se centra en sus poderes de transformación (y, cómo no, omite lo más importante). Aunque este dato resulta sin duda fascinante, me atrevo a sugerir que tal vez no sea suficiente. Me aseguran que este es el duodécimo orfanato en el que ha ingresado. Esta información me habría permitido comprender mejor la situación a mi llegada.

No me han enseñado el dormitorio de Lucy. Tampoco lo he pedido. Él se ha ofrecido a mostrármelo muchas veces; en cierto momento, me ha acorralado y susurrado que no daría crédito a mis ojos, pero creo que aún no estoy preparado para verlo. Procuraré visitarlo antes de marcharme. Por si resulta ser lo último que hago en la vida, he entregado mi testamento y últimas voluntades a Recursos Humanos. Si mis restos son lo bastante grandes, les ruego que se aseguren de que sean incinerados.

Cabe señalar que, además de los niños, hay un espíritu isleño llamado Zoe Chapelwhite. Considero de lo más irregular que no se me haya informado de su presencia antes de mi llegada. Como sin duda ya saben, los espíritus son seres sumamente territoriales. He desembarcado en una isla que aparentemente es de su propiedad sin que ella me invitara. Estaba en todo su derecho de denegarme la entrada o incluso de hacerme algo peor. Esto parece indicar que el DEJOMA ignoraba su existencia, o bien que no estimó necesario ponerme al corriente de ella.

Lo que nos lleva al señor Parnassus; su dosier consta de una sola página de la que no he sacado nada en claro sobre el director del orfanato de Marsyas. Esto es un punto inaceptable. Sé que siempre tengo la posibilidad de pedirle que me hable de sí mismo, pero preferiría que

me pusieran en antecedentes por escrito a entablar conversación con él. Estoy aquí para observar e informar. Tener que añadir la labor de conversar a mi lista de obligaciones me resulta irritante.

Hay algo extraño en el señor Parnassus que no consigo identificar. Desde luego parece un hombre competente. Me da la impresión de que los niños son felices e incluso que están creciendo sanos y fuertes. El señor Parnassus posee la desconcertante facultad de saber dónde está y qué hace en todo momento cada uno de ellos, hasta cuando no los tiene a la vista. Es muy diferente de todas las personas que he conocido.

Tal vez hablar con él no me resulte tan difícil, después de todo. Además, tendré que hacerlo, pues, por muy felices que vivan los internos, me temo que la casa se encuentra al borde del caos. Cuando llegué, los niños vagabundeaban por los jardines de la isla. Me dicen que se les permite cultivar sus intereses un rato cada día, pero me parece… imprudente dejar sin vigilancia a esas criaturas en particular durante un tiempo significativo. Está bien documentado que los jóvenes mágicos no controlan del todo sus poderes, algunos menos que otros.

Dicho esto, entiendo la necesidad de discreción, considerando quiénes son esos niños. Debo reconocer que tal vez se exagera un poco. Con independencia de sus circunstancias, no dejan de ser simplemente unos niños, al fin y al cabo.

¿Qué problemas podrían ocasionar, mientras se sigan las directrices establecidas en *Normas y reglamentos*?

⁕ ⁕ ⁕

—¡Fuego y cenizas! —bramaba Lucy mientras caminaba de un lado a otro—. ¡Muerte y destrucción! Yo, heraldo de la calamidad, azotaré a los habitantes de este mundo con plagas y pestes. Me sustentaré de la sangre de los inocentes, y todos os postraréis de rodillas para implorarme mi bendición, pues soy vuestro dios.

Dicho esto, ejecutó una reverencia.

Los niños y el señor Parnassus le dedicaron un aplauso cortés. Theodore dio una vuelta sobre sí mismo, gorjeando.

Linus estaba boquiabierto.

—Qué cuento tan bonito, Lucy —opinó el director—. Me ha gustado sobre todo el uso que haces de las metáforas. Ten en cuenta que, en sentido estricto, pestes y plagas son lo mismo, así que el final ha quedado un poco redundante, pero, por lo demás, me ha impresionado. Buen trabajo.

Estaban en el salón del edificio principal, acondicionado como aula. Había seis pupitres pequeños colocados en fila frente a una mesa. Cerca de la ventana se encontraba una vieja pizarra verde con aspecto de recién limpiada. Una caja próxima al suelo contenía tizas gruesas. En una pared había colgado un mapamundi, y, en un rincón, un proyector de metal descansaba sobre un soporte metálico. Las otras paredes estaban cubiertas de libros, al igual que las del despacho del señor Parnassus. Había enciclopedias, novelas y libros de no ficción sobre deidades griegas y nombres científicos de la flora y la fauna.

Linus creyó ver uno con unas letras doradas en el lomo que rezaban: *Historia de los gnomos: su importancia cultural y su papel en la sociedad*. Parecía constar de por lo menos mil páginas, y Linus estaba ansioso por echarle mano.

Lucy se sentó en su pupitre, visiblemente satisfecho de sí mismo. Había sido el penúltimo en participar en lo que el señor Parnassus describía como una unidad didáctica titulada Expresión Personal. Invitaba a los niños a pasar al frente de la clase para narrar una historia propia, real o inventada. Talia había contado un relato mordaz sobre un intruso que viajaba a una isla y del que nadie volvía a saber nada. Theodore (según el señor Parnassus) había recitado un poema humorístico que había hecho llorar de risa a todos (excepto a Linus). Phee habló de un árbol que había plantado en el bosque y de sus esperanzas en que echara raíces. Chauncey los agasajó con una conferencia sobre la historia de los botones (una más en una serie de charlas sobre el tema, según dedujo Linus).

Y luego le tocó el turno a Lucy.

Encaramado sobre la mesa del señor Parnassus, en esencia amenazó al planeta entero con la aniquilación, agitando los puñitos por encima de la cabeza con los ojos centelleantes.

Según el señor Parnassus, Expresión Personal era un método para infundir a los niños seguridad en sí mismos. Linus conocía de sobra los horrores de hablar en público. Dos veces por semana, los niños debían exponer un tema de su elección ante los demás. El director creía que, además de brindarles la oportunidad de practicar la oratoria, esto constituía una válvula de escape creativa.

—La mente de los niños es maravillosa —le comentó a Linus mientras seguían a los demás hacia el salón—. Algunas de sus ocurrencias parecen desafiar la imaginación.

Linus estaba totalmente de acuerdo. No le cabía la menor duda de que Lucy era capaz de cumplir todas las amenazas que había lanzado.

Se sentó en una silla al fondo del salón. Le habían ofrecido un asiento mucho más cercano a la mesa del orador, pero había rehusado, alegando que prefería permanecer al margen y observar. Tenía el bloc y el lápiz listos encima de su ejemplar de *Normas y reglamentos* (que había pensado dejar en su habitación pero finalmente había decidido llevar consigo, pues convenía estar preparado siempre por si había que repasar alguna regla) cuando el primer niño había salido al frente, pero se había olvidado del libro enseguida. Se recordó a sí mismo que tenía que tomar abundantes notas para que sus

informes no quedaran incompletos, sobre todo teniendo en cuenta que *Normas y reglamentos* no indicaba qué medidas había que tomar ante niños que se expresaran de esa manera.

Lucy había finalizado, lo que significaba que se habían expresado cinco niños.

O sea que solo faltaba…

—Sal —dijo el señor Parnassus—. Si eres tan amable…

El aludido se encogió en su silla como si intentara volverse pequeñito, lo que casi resultaba cómico, dada su corpulencia. Lanzó una mirada fugaz a Linus y, al advertir que este lo observaba desde atrás, se apresuró a agachar la cabeza de nuevo. Murmuró algo que el otro no alcanzó a oír.

Tras situarse delante de su mesa, el señor Parnassus se inclinó y le dio a Sal unos golpecitos en el hombro con el dedo.

—Las cosas que más miedo nos dan son las que menos deberíamos temer —le dijo—. Es irracional, pero es lo que nos hace humanos. Y si somos capaces de vencer esos temores, no hay nada que no podamos conseguir.

El guiverno, posado encima de su pupitre, gorjeó y batió las alas.

—Theodore tiene razón —dijo Phee con el mentón apoyado en las manos—. Tú puedes, Sal.

A Chauncey le botaron los ojos.

—¡Sí! ¡Lo harás genial!

—Eres fuerte por dentro —aseguró Talia—. Y lo que importa es el interior.

Lucy echó la cabeza hacia atrás y clavó la vista en el techo.

—Mi interior está podrido y supura como una herida infectada chorreante de pus.

—¿Lo ves? —le dijo el señor Parnassus a Sal—. Aquí todos creen en ti. Solo falta que tú creas en ti mismo.

Sal volvió de nuevo la mirada hacia Linus, que le dirigió lo que esperaba que fuera una sonrisa alentadora. No debió de salirle muy bien, pues Sal torció el gesto, pero logró armarse de valor o bien concluyó que no se libraría de aquello, porque levantó la tapa del pupitre y sacó una hoja de papel. Se puso de pie despacio. Se encaminó hacia el frente de la clase con paso rígido. El señor Parnassus se sentó en el borde de su mesa. Sus perneras, que seguían siendo demasiado cortas, dejaron al descubierto unos calcetines de un tono naranja tan chillón que ofendía a la vista.

Sal se colocó frente a la clase, con la vista fija en el papel que aferraba con fuerza entre ambas manos. La hoja temblaba ligeramente. Linus

permaneció sentado, quieto como una estatua, convencido de que el menor movimiento por su parte ocasionaría que Sal saliera por piernas.

Sal empezó a mover los labios y a emitir un murmullo casi inaudible.

—Un poco más alto —le pidió el señor Parnassus con suavidad—. Todos quieren escucharte. Proyecta la voz, Sal. Es un arma. Nunca lo olvides.

Los dedos apretaron aún más la hoja. Linus creyó que se iba a romper.

Tras aclararse la garganta, Sal comenzó de nuevo.

—No soy más que un papel —dijo—. Fino y frágil. Si me sujetan a contraluz, el sol brilla a través de mí. Si escriben en mí, ya no pueden volver a utilizarme. Estos arañazos componen una historia. Un relato. Cuentan cosas que otros pueden leer, pero ellos solo ven las palabras, y no el soporte en el que están escritas. No soy más que un papel y, aunque hay muchos otros como yo, ninguno es idéntico a mí. Soy pergamino reseco. Tengo pliegues, tengo agujeros. Si me mojan, me deshago. Si me prenden fuego, ardo. Si me cogen unas manos curtidas, me arrugo. Me desgarro. No soy más que un papel. Fino y frágil.

Regresó a su asiento a toda prisa.

Todos le aplaudieron.

Linus lo miró con fijeza.

—Estupendo —dijo el señor Parnassus con un gesto de aprobación—. Gracias, Sal. Me ha gustado sobre todo lo de los arañazos que componen una historia. Me he sentido identificado, porque todos tenemos una historia, aunque, como muy bien has señalado, todas son diferentes entre sí. Buen trabajo.

Linus habría jurado que había visto una sonrisa en los labios de Sal, pero esta se esfumó antes de que pudiera confirmarlo.

El señor Parnassus dio una palmada.

—Bien. ¿Pasamos a otra cosa? Es martes, lo que significa que comenzaremos la mañana con matemáticas.

Se oyó un gruñido general. Theodore se dio varios cabezazos contra el tablero del pupitre.

—Pues lo haremos de todos modos —dijo el director en tono divertido—. Phee, ¿puedes repartir los libros de texto? Hoy visitaremos de nuevo el salvaje y fascinante mundo del álgebra. Será una lección avanzada para algunos, y a otros les servirá para repasar.

Incluso Linus soltó un quejido al oír esto.

* * *

Después del almuerzo, salió de la casa para invitados, resignado a volver al salón para presenciar lo que prometía ser una apasionante discusión sobre la Carta Magna, cuando la señorita Chapelwhite apareció de la nada y le pegó tal susto que estuvo a punto de caer de espaldas en el porche.

—¿Por qué narices ha hecho eso? —jadeó, llevándose las manos al pecho, convencido de que su pobre corazón iba a reventar—. ¡Ya tengo la presión alta de por sí! ¿Es que intenta matarme?

—Si quisiera matarle, se me ocurren muchas otras maneras de conseguirlo —dijo con aire desenfadado—. Tiene que acompañarme.

—Me niego. Tengo que observar a los niños y trabajar en un informe que apenas he empezado a redactar. Además, *Normas y reglamentos* establece que un trabajador social debe evitar distracciones durante el cumplimiento de sus funciones y…

—Es importante.

Él la miró con suspicacia.

—¿Por qué?

Ella agitó las alas tras la espalda. Aunque era imposible, a Linus le dio la sensación de que aumentaba de tamaño hasta alzarse imponente ante él.

—Soy el espíritu de Marsyas. Esta es mi isla. Usted está aquí porque yo se lo he permitido. Haría bien en no olvidarlo, señor Baker.

—Sí, sí, por supuesto —se apresuró a contestar él—. Lo que quería decir es que desde luego iré a donde usted me indique. —Tragó en seco—. Dentro de lo razonable.

Ella retrocedió un paso, resoplando.

—Su valentía no conoce límites.

Esto lo ofendió.

—Oiga, solo porque…

—¿Tiene otros zapatos?

Linus bajó la vista hacia sus mocasines.

—Sí, pero son muy parecidos a estos. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Vamos a caminar por el bosque.

—Ah. Bueno. Quizá podríamos dejarlo para otro día…

Sin embargo, ella ya había girado sobre los talones y empezaba a alejarse de él. Linus se planteó muy en serio pasar de ella y regresar a la relativa seguridad del edificio principal, hasta que se acordó de que Chapelwhite podía desterrarlo si le venía en gana.

Además, una parte de él —una parte pequeña, pero una parte, al fin y al cabo— sentía curiosidad por lo que ella quería mostrarle. Hacía mucho tiempo que no le picaba la curiosidad por nada.

Por si fuera poco, hacía un día precioso. Tal vez le haría bien pasar un rato al aire libre y disfrutar de todo ese sol.

* * *

Diez minutos después, quería morirse.

Estaba convencido de que si Talia se le hubiera acercado con su pala, él no habría intentado detenerla.

Si Lucy se hubiera presentado ante él con ojos relampagueantes y envuelto en llamas, él lo habría recibido con los brazos abiertos.

Cualquier cosa con tal de poner fin a aquella excursión por el bosque.

—Yo diría —jadeó, con la frente empapada en sudor— que viene siendo hora de descansar un poco. ¿Qué me dice? A mí me parece una idea estupenda.

La señorita Chapelwhite, que iba delante, volvió la vista hacia él con el ceño fruncido. No mostraba la menor señal de fatiga.

—Ya falta poco.

—Ah —consiguió decir Linus—. Genial. ¡Genial! Eso es… genial. —Tropezó con una raíz de árbol, pero logró recuperar el equilibrio milagrosamente—. Espero que las medidas de distancia y tiempo sean iguales para los espíritus que para los humanos, y que «ya falta poco» signifique exactamente lo que parece.

—No sale usted mucho, ¿verdad?

Se enjugó la frente con la manga.

—Salgo lo justo para cumplir con mis responsabilidades.

—A la naturaleza, me refiero.

—Ah. Entonces no. Para mí no hay nada como la comodidad y, si me lo permite, la seguridad de mi hogar. Prefiero mil veces quedarme sentado en mi butaca escuchando música, gracias.

La señorita Chapelwhite apartó una rama grande para evitar que él chocara con ella.

—Siempre había querido ver el mar.

—Los sueños no son más que eso: sueños. Se supone que son fantasías. No tienen por qué hacerse realidad necesariamente.

—Y, sin embargo, helo aquí, junto al mar, lejos de su butaca y de su hogar. —Se detuvo y alzó el rostro hacia el cielo—. Hay música en todas

partes, señor Baker. Basta con entrenar el oído para escucharla.

Linus siguió la dirección de su mirada. Por encima de sus cabezas, los árboles se mecían y el viento susurraba entre las hojas. Las ramas crujían. Los pájaros trinaban. Le pareció oír un parloteo de ardillas. Y, de fondo, el canto del mar, de las olas al romper en la orilla, el penetrante olor a sal en el aire.

—Es bonito —reconoció—. Lo de la excursión, no. Para serle sincero, podría prescindir de eso. Resulta bastante incómodo para alguien como yo.

—Lleva corbata en medio del bosque.

—No tenía previsto acabar en medio del bosque —espetó él—. De hecho, debería estar en el orfanato tomando notas.

Ella reanudó la marcha a través de la espesura, sin apenas tocar el suelo con los pies.

—Para su investigación.

—Sí, para mi investigación. Y como descubra que está usted obstaculizándola de un modo u otro…

—¿Le da a leer sus informes al señor Parnassus antes de enviarlos?

Entornando los ojos, Linus pasó por encima de un tronco recubierto de musgo. Más adelante, entreveía retazos de arena blanca y del mar.

—Por supuesto que no. No sería apropiado. Yo jamás…

—Me alegro —dijo ella.

Él parpadeó, perplejo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Por qué?

La señorita Chapelwhite volvió la cabeza hacia él.

—Porque querrá incluir esto en su informe, y no quiero que él se entere. —Y, sin añadir una palabra, salió a la playa.

Él se quedó mirándola unos instantes antes de seguirla.



Caminar por la playa con mocasines no le resultó placentero a Linus. Por un momento contempló la idea de descalzarse y enterrar los dedos de los pies en la arena, pero la descartó al ver lo que los esperaba en la orilla.

Era una balsa construida deprisa y corriendo. Consistía en cuatro tablas de madera atadas entre sí con un grueso cordel amarillo. Contaba con un pequeño mástil en lo alto del cual ondeaba lo que parecía una bandera.

—¿Qué es eso? —preguntó Linus, y avanzó hacia ella, hundiendo los pies en la arena húmeda—. ¿Hay alguien más en la isla? No es lo bastante grande

para un hombre o una mujer. ¿Venía un niño a bordo?

La señorita Chapelwhite sacudió la cabeza con un gesto sombrío.

—No. La han enviado los del pueblo. Alguien la ha echado al agua desde su barco. Estoy segura de que pretendían que llegara al muelle como la última, pero la marea la ha traído hasta aquí.

—¿La última? —inquirió Linus, perplejo—. ¿Cuántas ha habido?

—Esta es la tercera.

—¿Por qué demonios querría alguien…? Ah. Ay, madre.

La señorita Chapelwhite había desplegado el pergamino sujeto al mástil. En él, escritas con letras gordas, estaban las palabras: LARGO. NO QUEREMOS SERES DESPRECIABLES AQUÍ.

—No le he hablado al señor Parnassus de esto —murmuró ella—. Pero no me extrañaría que ya lo supiera. Es un tipo bastante… observador.

—¿Y a quién va dirigido esto? ¿A los niños? ¿Al señor Parnassus? ¿A usted?

—A todos, creo, aunque yo llevo mucho más tiempo aquí que los demás. —Soltó la bandera, que quedó colgando junto al mástil—. Y si estuviera yo sola, se guardarían mucho de enviarme algo así.

Linus arrugó el entrecejo ante este comentario tan tajante.

—¿Por qué haría alguien algo así? Son solo niños. Sí, son… diferentes de la mayoría, pero eso no debería importar.

—No debería —convino ella, dando un paso hacia atrás y sacudiéndose las manos como si se las hubiera ensuciado al tocar el pergamino—. Pero el caso es que importa. Cuando le hablé del pueblo, señor Baker, usted me preguntó por qué se portan así.

—Y usted se salió por la tangente para eludir la pregunta, si no recuerdo mal.

Los labios de ella quedaron reducidos a una fina línea. El sol arrancaba destellos a sus alas.

—Usted no es tonto. Eso lo tengo claro. Se portan así porque nosotros somos diferentes. Hasta usted me preguntó si estaba registrada apenas unos minutos después de conocerme.

—Eso es acoso —sentenció Linus con frialdad, intentando pasar por alto la afilada pulla—. Simple y llanamente. A lo mejor los vecinos del pueblo no saben con exactitud quién vive en esta isla, y seguramente es mejor así. Pero, con independencia de eso, nadie merece que lo hagan sentir menos de lo que es. —Frunció el ceño—. Sobre todo si el gobierno les paga por su silencio.

Seguro que se les puede acusar de incumplimiento de contrato o algo parecido.

—No se trata solo de este pueblo, señor Baker. Que usted no sufra la intolerancia en su vida diaria no significa que no exista para los demás.

¡SI VES ALGO, AVISA!, decía el anuncio del autobús. En realidad, estaba por doquier, ¿no? La frase aparecía en cada vez más lugares: autobuses, periódicos, vallas publicitarias, cuñas radiofónicas… Incluso la había visto impresa nada menos que en una bolsa de la compra.

—No —admitió pausadamente—. Supongo que no.

Ella lo miró, y fue como si las flores que llevaba en el cabello se abrieran. De hecho, a Linus le pareció que se habían abierto de verdad.

—Y, sin embargo, estos niños viven separados de los demás.

—Por la seguridad de otras personas, claro…

—O por la suya propia.

—¿No vendría a ser lo mismo?

Ella negó con la cabeza.

—No. Y creo que usted lo sabe.

A Linus no se le ocurrió una respuesta, así que se quedó callado.

La señorita Chapelwhite suspiró.

—Quería que lo viera por usted mismo, para que supiera algo más de lo que dicen esos dichosos expedientes. Los niños no están enterados de esto, y más vale que sigan así.

—¿Tiene idea de quién lo ha enviado?

—No.

—¿Y el señor Parnassus?

Ella se encogió de hombros.

Linus paseó la vista alrededor, preso de una inquietud repentina.

—¿Cree que corren peligro? ¿Que alguien podría venir a la isla para intentar hacerles daño? —Solo de pensarlo, se le encogió el estómago. Eso sería inaceptable. La violencia contra un niño estaba mal, al margen de lo que este fuera capaz de hacer. En una ocasión había visto al director de un orfanato pegarle una bofetada a un muchacho solo porque había transformado una fruta en hielo. Habían cerrado el establecimiento casi de inmediato y presentado una denuncia contra el director.

Lo enviaron a casa con un tirón de orejas.

Linus ignoraba qué había sido del muchacho.

Los labios de la señorita Chapelwhite se ensancharon en una sonrisa desprovista de humor. De hecho, a Linus le pareció casi salvaje.

—No se atreverían —dijo, dejando al descubierto un insólito número de dientes—. Si pusieran un pie en mi isla con la intención de hacerle daño a alguien de aquella casa, sería lo último que harían.

Él la creyó. Se exprimió las neuronas por unos instantes.

—A lo mejor deberíamos enviarles un mensaje de respuesta.

Ella ladeó la cabeza, clavando los ojos en Linus.

—¿Eso no iría en contra de sus normas y reglamentos?

Él rehuyó su mirada burlona.

—No creo que haya un subepígrafe que trate sobre una situación como esta.

—¿Qué se le ha ocurrido?

—Usted es un espíritu isleño.

—Posee unas dotes de observación asombrosas.

Él soltó un resoplido.

—Y eso significa que controla las corrientes que fluyen en torno a su isla, ¿me equivoco? Y también el viento.

—Al parecer sabe usted un montón sobre los seres mágicos, señor Baker.

—Soy muy bueno en mi trabajo —aseguró él con pedantería. Se sacó un lápiz del bolsillo—. Sujéteme el pergamino, por favor.

Ella vaciló un momento antes de hacer lo que le pedía.

A Linus la tarea le llevó unos minutos. Tuvo que repasar cada letra varias veces para que las palabras se leyeran con claridad. Cuando terminó, la sonrisa de la señorita Chapelwhite se había suavizado hasta convertirse en lo que quizá era la expresión más sincera que él había visto desde su primer encuentro.

—No le creía capaz de algo así, señor Baker —comentó en tono malicioso.

—Yo tampoco —murmuró él secándose el sudor de la frente—. Le agradecería que no volviéramos a hablar de esto.

Juntos empujaron la balsa hasta el agua, aunque Linus sospechaba que ella solo lo hacía para seguirle la corriente. Dudaba que necesitara su ayuda. Para cuando la balsa empezó a deslizarse por el mar, con el pergamino agitándose al viento, él estaba jadeando, con los mocasines mojados y los calcetines empapados.

Pero, en cierto modo, se sentía más ligero, como si ya no se confundiera con la pintura de las paredes.

Sentía que era real.

Sentía que estaba presente.

Casi como si no hubiera nacido para pasar desapercibido.

El viento arreció, y la balsa se alejó hacia la tierra firme que se divisaba a lo lejos.

Linus no sabía si alguien acabaría por encontrarla, si lograría atravesar el estrecho.

Incluso si alguien la encontraba, seguramente no le prestaría mayor atención.

Pero eso daba prácticamente igual.

LARGO. NO QUEREMOS SERES DESPRECIABLES AQUÍ, decía una cara del pergamino.

NO, GRACIAS, rezaba la otra cara.

Se quedaron largo rato en la playa, con las olas lamiéndoles los pies.

Nueve

El primer viernes que Linus Baker pasó en la isla, recibió una invitación. No se la esperaba y, cuando la oyó, no estaba muy seguro de si aceptarla o no. Se le ocurrían seis, siete o posiblemente cien cosas que preferiría hacer. Tuvo que recordarse a sí mismo que estaba en Marsyas por una razón, y era importante que conociera el orfanato desde todos los ángulos.

La invitación había estado precedida por unos golpes en la puerta de la casa de invitados, donde Linus intentaba terminar su primer informe sobre su estancia en Marsyas. Al día siguiente, el transbordador pasaría a recogerlo para llevarlo a tierra firme, a fin de que él pudiera mandarlo por correo al DEJOMA. Estaba muy concentrado en la escritura, esforzándose por limitar a una por página las quejas sobre la falta de transparencia que había demostrado Altísima Dirección antes de enviarlo a la isla. Se tomaba como una especie de juego el procurar que sus reacciones a sus desafueros fueran lo más sutiles posible. Agradeció que los golpes en la puerta lo distrajeran de la tarea, pues la última línea que había leído decía: «… la mera idea de que Altísima Dirección sea capaz de valerse de la confusión y el engaño descarado contra sus trabajadores sociales se antoja de lo más incivilizada».

Seguramente sería mejor que reformulara esta frase.

Se llevó una agradable sorpresa al ver al señor Parnassus de pie en el porche de la casa de invitados, despeinado por el viento y acalorado por el sol de la tarde, una visión a la que no solo empezaba a acostumbrarse, sino también a esperar con cierta ilusión. Se dijo que esto se debía a que el director era un hombre jovial. En el mundo real, tal vez habrían podido ser amigos, un bien del que Linus andaba algo escaso. No había que darle más vueltas.

No le molestaba que, al parecer, el señor Parnassus no tuviera unos pantalones a la medida de sus largas piernas, pues siempre le quedaban cortos. Ese día llevaba calcetines azules con dibujos de nubes. Linus se resistió a dejarse cautivar.

Casi lo consiguió.

Aun así, cuando el señor Parnassus le extendió la invitación, a Linus se le formó un nudo en la garganta, y la lengua se le quedó más seca que una tostada quemada.

—¿Cómo dice? —logró preguntar.

El señor Parnassus le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Digo que tal vez sería buena idea que asistiera usted a mi *tête-à-tête* con Lucy, solo para que su experiencia en Marsyas sea completa. Sin duda eso es lo que Altísima Dirección espera que reflejen sus observaciones, ¿no cree?

Linus así lo creía. De hecho, empezaba a pensar que tal vez a Altísima Dirección le importaba más Lucy que cualquier otra persona de la isla. No lo expresaban tal cual en los expedientes que le habían facilitado, pero Linus llevaba tantos años trabajando en su campo que se había vuelto más perceptivo de lo que la mayoría imaginaba.

Pero no por eso estaba dispuesto a entusiasmarse con una invitación como aquella.

Solo había hecho pequeños progresos durante sus primeros días en la isla. Sal seguía teniéndole un miedo tremendo, y Phee aún lo trataba con desdén, pero Talia solo amenazaba con enterrarlo en su jardín un par de veces al día, y Chauncey parecía encantado con cualquier cosa (sobre todo cuando le pedían que le llevara toallas o sábanas limpias a Linus, porque entonces, si tosía de forma lo bastante cortés, siempre conseguía propina). Theodore, por supuesto, creía que el sol salía y se ponía gracias a Linus, algo que le tocaba la fibra sensible más de lo que habría querido. No era más que un botón (cuatro ya, de hecho; Linus había decidido jubilar una de sus camisas de vestir, y le arrancaba un botón cada mañana), y a Theodore no parecía importarle que fueran de plástico y no de latón.

Lucy, por su parte, seguía siendo un enigma. Un enigma aterrador, sí, puesto que era el Anticristo, pero un enigma, al fin y al cabo. Justo el día anterior, Linus había ido a parar a la biblioteca del edificio principal, una antigua estancia de la planta baja repleta de libros, desde el suelo hasta el techo. Estaba examinando los estantes cuando, con el rabillo del ojo, captó un movimiento entre las sombras. Dio media vuelta rápidamente, pero ahí no había nada.

Hasta que alzó la mirada y vio a Lucy agazapado en lo alto de una estantería, contemplándolo con ojos relucientes y una sonrisa torcida.

Linus soltó un grito ahogado, con el corazón desbocado.

—Hola, señor Baker —saludó Lucy—. Haría bien en tener presente que las almas humanas no son más que baratijas para un ser como yo. —Riendo

entre dientes, saltó desde la librería y cayó de pie—. Me encantan las baratijas. —Acto seguido, salió corriendo de la biblioteca. Solo una hora después, Linus se topó con él en la cocina. Estaba mordisqueando una galleta de avena con pasas y cabeceando al ritmo de los Coasters, que cantaban que iban a encontrarla, a buscarla por todas partes.

Así que no, Linus no estaba precisamente entusiasmado con la invitación.

Pero tenía que cumplir con su deber.

Por eso estaba ahí.

Y cuantas más cosas descubriera sobre Lucy, más preparado estaría para presentar su informe a Altísima Dirección.

(No tenía *nada* que ver con que quisiera conocer un poco mejor al señor Parnassus. Y, si tuviera algo que ver, sería solo porque el expediente del director apenas contenía información sobre él, y Linus debía informarse a conciencia. Así lo estipulaba el párrafo seis de la página 138 de *Normas y reglamentos*, y él pensaba seguirlo al pie de la letra.)

—¿Sabe él que voy a asistir? —inquirió, enjugándose la frente.

El señor Parnassus soltó una risita.

—Ha sido idea suya.

—Ay, madre —dijo Linus con un hililllo de voz.

—¿Le digo que cuente con usted?

No, prefería que no. De hecho, quería que le dijera a Lucy que se había puesto enfermo y que no estaría para nadie el resto del día. De ese modo, Linus podría pasarse la noche del viernes en pijama, escuchando la pequeña radio del salón, imaginándose que se hallaba en casa.

—Sí —respondió—. Ahí estaré.

Una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro al señor Parnassus. Linus notó que se había puesto colorado al verla.

—Estupendo —dijo el director—. Creo que se llevará una sorpresa. A las cinco en punto, señor Baker. Giró sobre los talones y se encaminó hacia el edificio principal, silbando una melodía alegre.

Tras cerrar la puerta, Linus se dejó caer contra ella.

—Enhorabuena, muchacho. Parece que te has metido en una buena, ¿no?

Calíope estaba sentada en el alféizar, bajo el sol, parpadeando lentamente.

* * *

Linus Baker nunca había sido religioso. Aunque no le importaba que los demás lo fueran, la religión no era lo suyo. Su madre había sido… no beata, pero tan devota que casi no se apreciaba la diferencia. Lo llevaba a la iglesia

los domingos, donde él se sentaba en el banco, con la camisa recién almidonada, que le provocaba unos picores tremendos, y se ponía de pie o se arrodillaba cuando tocaba. Lo único que le gustaba eran los himnos, si bien no habría sabido seguir una melodía aunque lo hubieran atado a ella con una cuerda. Se le antojaba ridículo el concepto de fuego eterno, que los pecadores fueran al infierno mientras todos los demás iban al cielo. El pecado le parecía algo subjetivo. Bueno, matar estaba mal, y también hacer daño a los demás, pero ¿de verdad se podía comparar eso con que un mocoso de nueve años mangara una chocolatina en la tienda de la esquina? Porque, en caso afirmativo, Linus estaba destinado al infierno, debido a la barra Crunchie que se había metido en el bolsillo con disimulo para consumirla más tarde, por la noche, escondido debajo del edredón.

Cuando fue lo bastante mayor para comprender el poder de la palabra «no», había dejado de ir a la iglesia. «No —le había dicho a su madre—, no, creo que no me apetece ir».

Ella se había disgustado, por supuesto. Preocupada por su alma, le aseguró que estaba a punto de elegir un camino del que no había vuelta atrás. Habría drogas, alcohol y *chicas*, y ella estaría ahí para recoger sus pedazos, porque ese era el deber de una madre (y también para recordarle que ya se lo había advertido, pensó Linus).

Sin embargo, las drogas jamás resultaron ser un problema y, aunque a Linus le gustaba tomar una copa de vino con la cena una vez al mes, nunca había pasado de ahí.

En cuanto a las *chicas*, su madre no tenía por qué preocuparse. Para entonces, Linus ya se había percatado del hormigueo que sentía en la piel cuando su vecino de diecisiete años, Timmy Wellington, cortaba el césped con el torso desnudo. No, las chicas no causarían la perdición de Linus Baker.

Así que no, la religión no era lo suyo en absoluto.

Cierto, eso había sido antes de que se enterara de que el Anticristo se había encarnado en un niño de seis años que vivía en la isla de Marsyas. Por primera vez en su vida, Linus lamentó no tener a mano un crucifijo, una Biblia o cualquier objeto con el que protegerse si Lucy llegaba a la conclusión de que debía sacrificar a alguien para alcanzar la plenitud de sus poderes.

No se sintió más tranquilo cuando se cruzó con Phee y Talia en el jardín y las dos se quedaron pendientes de cada uno de sus pasos en dirección al edificio principal.

—Un hombre caminando hacia el cadalso —recitó Talia con voz monótona—. Es hombre muerto, pero sigue andando.

Phee tosió para disimular la risa.

—Buenas tardes —dijo él con frialdad.

—Buenas tardes, señor Baker —contestaron Phee y Talia con dulzura, aunque Linus no se dejó engañar.

Curiosamente, al verlas sintió el impulso de sonreír.

Pero lo reprimió y, en vez de ello, frunció el ceño.

Entró en el edificio. Oyó a la señorita Chapelwhite cantando en la cocina. Se había vuelto más amable con él desde su excursión a la playa, lo que simplemente quería decir que lo saludaba con una inclinación de cabeza que casi parecía más cordial que mecánica.

Cerró la puerta a su espalda y percibió un gorjeo procedente del sofá situado frente a la chimenea. Al bajar la mirada, advirtió que una cola cubierta de escamas sobresalía por debajo.

—Hola, Theodore —dijo. La cola desapareció, el guiverno asomó la cabeza, y, con un movimiento rápido, sacó y metió la lengua. Gorjeó de nuevo, esta vez en tono interrogativo. A Linus no le hizo falta entender el idioma de la criatura para entender lo que le estaba pidiendo—. Ya te he dado uno esta mañana. Cuantos más acumules, menos apreciarás su valor. —Se sintió un poco tonto, pues esos botones de plástico no valían nada, pero aun así le parecía importante impartir esa lección.

Theodore exhaló un suspiro melancólico y volvió a desaparecer bajo el sofá, refunfuñando.

Linus subió la escalera entre los crujidos inquietantes que emitía la madera bajo su peso. Le dio la impresión de que los apliques de las paredes parpadeaban, pero se dijo que sin duda esto se debía a que la casa era vieja y la instalación eléctrica necesitaba un apaño. Tomó nota mentalmente de que debía preguntar en su informe sobre los fondos asignados al orfanato de Marsyas. El señor Parnassus se había tomado el tema a broma, pero Linus estaba convencido de que algo de dinero debían recibir.

Las puertas de los dormitorios que flanqueaban el pasillo de la planta superior estaban cerradas, salvo la de Chauncey. Linus se disponía a pasar por delante cuando se detuvo al oír la voz del muchacho procedente del interior. Echó un vistazo por la puerta entreabierta y vio a Chauncey de pie sobre un charco de agua salada frente a un espejo de cuerpo entero, cerca de la ventana, con una gorra de botones encajada entre los pedúnculos de los ojos.

—¿Qué tal están, señor y señora Worthington? —preguntó Chauncey, quitándose la gorra con un tentáculo mientras ejecutaba una profunda reverencia—. ¡Bienvenidos de nuevo al hotel Siempre Jamás! ¿Me permiten

su equipaje? ¡Oh, muchas gracias por fijarse, señora Worthington! Sí, estoy estrenando uniforme. En Siempre Jamás solo encontrarán lo mejor de lo mejor. ¡Disfruten de su estancia!

Linus lo dejó enfrascado en sus cosas.

Se preguntó si sería excesivo regalarle a Chauncey una chaqueta para completar su disfraz. Tal vez podría ver qué encontraba en el pueblo…

No. No estaba ahí para eso, sino solo para observar. No podía influir en la vida de los internos del orfanato. No resultaba apropiado. *Normas y reglamentos* así lo especificaba.

Le pareció oír un ruido tras la puerta de Sal, pero estaba cerrada a cal y canto. Más valía que no intentara saludar. No quería espantar al pobre chico.

No solo no había visto el interior de la habitación de Sal, sino que aún no había cruzado el umbral de la última puerta del pasillo. El señor Parnassus no lo había invitado a entrar antes de ese día, a diferencia de Lucy, que se lo había propuesto en numerosas ocasiones, para gran desazón de Linus. Sabía que tendría que examinar ambos cuartos antes de marcharse de la isla, pero había ido posponiendo la inspección durante la primera semana, cosa de la que se arrepentía.

Se quedó de pie frente a la puerta durante largo rato, antes de respirar hondo y alzar la temblorosa mano para llamar.

Antes de que sus nudillos tocaran la madera, se descorrió el pestillo y la puerta se abrió unos milímetros.

Linus retrocedió un paso. No parecía salir luz por la rendija.

Carraspeó.

—¿Hola?

No obtuvo respuesta.

Armándose de valor, empujó la puerta con suavidad.

Cuando entró en la casa, el sol del atardecer brillaba con fuerza y soplaba una cálida brisa marina. Sin embargo, el interior de la habitación estaba oscuro, frío y húmedo, como si hubiera regresado a la ciudad. Avanzó un paso. Y luego otro.

Y otro más.

La puerta se cerró de golpe a su espalda.

Giró sobre los talones, con el corazón en la garganta. Cuando alargaba el brazo hacia la puerta, unas velas se encendieron de repente en torno a él, con unas llamaradas de más de medio metro de altura.

—Bienvenido a mis dominios —atronó una voz infantil detrás de él—. Ahora es usted mi invitado. —La voz profirió una carcajada diabólica—.

¡Será testigo de la magnitud de mi poder! ¡Yo soy Lucifer! ¡Soy Belcebú, el príncipe de los demonios! Soy…

—Un niño que va a perder sus privilegios si sigue por este camino —Linus oyó decir al señor Parnassus.

Las velas se apagaron.

La oscuridad se atenuó.

El sol entró a raudales por la ventana.

Linus parpadeó, deslumbrado.

El señor Parnassus estaba sentado en una silla de respaldo alto, cerca de la ventana, con las piernas cruzadas, las manos en el regazo y una expresión divertida en el rostro. Delante de él había una silla vacía, sin duda para el muchacho que yacía boca arriba sobre la gruesa moqueta.

—Le ha oído llegar —explicó el director, encogiéndose de hombros—. Le he advertido que no lo hiciera, pero como está en su hora libre, no he querido cohibirlo.

Lucy alzó la mirada hacia Linus, que estaba apretujado contra la puerta de la habitación.

—Soy quien soy.

—Y tanto —dijo Linus con una vocecilla aguda, casi sin poder despegarse de la puerta.

La habitación en sí era grande y espaciosa. Arrimada a la pared del fondo había una cama con dosel con vides y hojas ornamentales talladas en la madera oscura. Una mesa mucho más antigua que las del resto de la casa estaba cubierta de resmas de papel y pilas de libros. Frente a la cama había una chimenea apagada. Si Linus no hubiera estado muerto de miedo, le habría parecido un lugar perfecto para las frías noches de invierno.

—¿Quieres enseñarle tu habitación al señor Baker? —le preguntó el señor Parnassus a Lucy—. Creo que tiene muchas ganas de verla. ¿Verdad, señor Baker?

No, para nada. No tenía ningunas ganas.

—S-sí —respondió Linus—. Eso suena muy… factible.

Lucy se volvió boca abajo y se apoyó la barbilla sobre las manos.

—¿Está seguro, señor Baker? No parece muy convencido.

—Estoy seguro —dijo Linus con firmeza.

Lucy se apoyó en los brazos para levantarse del suelo.

—Bueno, que no se diga que no le he avisado.

El señor Parnassus suspiró.

—Lucy, vas a causarle una impresión equivocada al señor Baker.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Ya sabes a qué me refiero.

Lucy subió las manos con exasperación.

—Solo intento crear suspense. ¡Hay que esperar lo inesperado! Usted me ha dicho que se supone que la vida debe estar llena de sorpresas. Intentaba sorprenderlo a él.

—Me temo que estás labrando tu propia desilusión.

Lucy entornó los ojos.

—¿Y quién tiene la culpa? Si hubieras escuchado mis ideas sobre decoración, no habría lugar para desilusiones. Solo habría júbilo. —Miró a Linus—. Para mí, al menos.

El señor Parnassus extendió las manos a los costados en un gesto apaciguador.

—No creo que una habitación adornada con cabezas humanas cortadas ayude a dormir mejor ni a mejorar la salud física y mental del señor Baker, aunque sean de cartón piedra.

—¿Cabezas cortadas? —preguntó Linus con una extraña voz ahogada.

Lucy suspiró.

—Solo serían representaciones de mis enemigos: el papa, los evangelistas que se congregan en megaiglesias… Ya sabe, como los de cualquier persona normal.

A Linus le pareció que Lucy no tenía muy claro el concepto «normal», pero se guardó esta opinión para sí.

—O sea que de cabezas nada, ¿no?

—Ni una —dijo Lucy con expresión ceñuda—. Ni siquiera el cráneo de un animal del bosque que yo no maté y que solo me encontré por ahí. —Fulminó al director con la mirada.

—¿Qué te he dicho sobre los animales? —preguntó el señor Parnassus.

Lucy se acercó pisando fuerte a una puerta cerrada próxima a las sillas.

—Que se supone que no debo matarlos porque eso es algo que solo hacen los asesinos en serie, y que si ya están muertos no puedo jugar con los restos porque entonces huelo mal.

—¿Y qué más?

—Y no está bien.

—Seguiremos trabajando en ello —dijo el director—. Tal vez la próxima vez te salga algo más humano.

—Me coartas la creatividad —farfulló Lucy. Posó la mano en el pomo de la puerta y lanzó una mirada a Linus. Su expresión contrariada cedió el paso a

la misma sonrisa empalagosa de antes, lo que le provocó escalofríos a Linus—. ¿Me acompaña, señor Baker?

Linus ordenó a sus pies que se movieran, pero se quedaron firmemente plantados cerca de la puerta de la habitación.

—¿Vendrá el señor Parnassus con nosotros? —preguntó.

El aludido negó con la cabeza.

—Dejaré que sea él quien le guíe en la visita, como hicieron los otros niños. —Después de una pausa, añadió—: Sigo intentando convencer a Sal.

—Genial —dijo Linus con voz débil—. Me parece… bien.

—¿Por qué está sudando? —inquirió Lucy ensanchando la sonrisa—. ¿Le ocurre algo, señor Baker?

—No, no —contestó Linus—. Solo estoy un poco… acalorado. El clima templado, ¿sabes? En la ciudad no estoy acostumbrado a estas temperaturas.

—Ah, claro —dijo Lucy—. Será eso. Vamos, señor Baker, quiero enseñarle algo.

Linus tragó en seco. Se dijo que sus temores eran absurdos, que el señor Parnassus estaba ahí mismo y que Lucy no se atrevería a cometer alguna tropelía en su presencia.

Lo malo fue que el cerebro de Linus eligió justo ese momento para preguntarse si algún trabajador social había visitado la isla antes que él, y, en caso afirmativo, qué había sido de él. Alguno habría habido, ¿no? No podía creer que él fuera el primero. La idea en sí se le antojaba ridícula.

Y si, en efecto, había habido otros antes que él, ¿qué les había pasado? ¿Habían entrado también en la habitación de Lucy y ya nadie había vuelto a saber de ellos? Cuando Linus traspasara el umbral en pos de él, ¿se encontraría con los cadáveres de sus predecesores clavados al techo, por encima de la cama? Linus podía mostrar firmeza cuando hacía falta, desde luego, pero adolecía de una constitución endeble y tendía a sentirse grogui cuando veía sangre. No sabía cómo reaccionaría ante la visión de unos intestinos desparramados como guirnaldas decorativas.

Miró al señor Parnassus, que asintió como para alentarlo a seguir al chiquillo. El gesto no tranquilizó a Linus en absoluto. Que él supiera, el director podía ser tan perverso como Lucy, a pesar de sus calcetines de colores chillones y su maravillosa sonrisa.

Estuvo a punto de dar un traspié al pensar en la «maravillosa sonrisa».

La ahuyentó de su mente.

Podía enfrentarse a aquello.

Claro que podía.

No era más que un niño.

Adoptó un semblante afable (apenas mejor que una mueca).

—Estaré encantado de ver tu cuarto, Lucy. Espero que esté ordenado. Una habitación caótica es señal de una mente caótica. Hay que mantener las cosas limpias siempre que sea posible.

A Lucy le brillaron los ojos.

—¿De veras, señor Baker? Bueno, veamos cómo es mi mente, entonces.

A Linus no le cabía duda de que aquel era uno de los factores estresantes sobre los que su médico le había advertido. Pero ya no había vuelta atrás.

Se detuvo junto a Lucy.

Bajó la vista hacia él.

Lucy sonrió de oreja a oreja. A Linus le parecía que tenía más dientes de lo que era humanamente posible.

Hizo girar el pomo.

Empujó la puerta con suavidad.

Esta chirrió sobre sus goznes y…

Reveló un pequeño cuarto en el que había una cama individual contra la pared, con un edredón de cuadros escoceses y una almohada de funda blanca. Además, había espacio suficiente para una cómoda, pero para poca cosa más. Encima de la cómoda había una colección de minerales brillantes con vetas de cuarzo.

Las paredes estaban decoradas con vinilos sujetos mediante tachuelas por el agujero del centro. Había discos de Little Richard, Big Bopper, Frankie Lymon and the Teenagers, Ritchie Valens y Buddy Holly. De hecho, había más de Buddy Holly que de cualquier otro cantante o grupo.

Linus se sorprendió al verlos. Los reconocía casi todos, porque también los tenía, en su casa de la ciudad. Se había pasado muchas noches escuchando *Peggy Sue*, *That'll Be the Day* y *Chantilly Lace*.

Pero, excepto Little Richard y Frankie Lymon, todos tenían algo en común. Pensándolo bien, era algo un poco morboso, pero tenía sentido.

Ni siquiera se percató de que Lucy había cerrado la puerta tras ellos.

—El día que murió la música —dijo el chico.

Linus se dio la vuelta, con el corazón brincándole en el pecho. Lucy estaba de pie, con la espalda apoyada en la puerta.

—¿Qué?

El muchacho agitó la mano en dirección a los discos.

—Buddy Holly, Ritchie Valens y Big Bopper.

—Un accidente de aviación —dijo Linus en voz baja.

Lucy se apartó de la puerta, asintiendo.

—¿Sabía que en teoría ni Ritchie ni Bopper tenían que ir en esa avioneta?

Sí, lo sabía.

—Creo que sí —dijo.

—Pero Bopper se encontraba mal, así que ocupó el asiento de otra persona.

De Waylon Jennings, pero Linus prefirió callárselo.

—Y Ritchie ganó su pasaje a cara o cruz. Buddy no quería ir en autobús porque hacía frío, y tenían que viajar a Montana. —Lucy alzó la mano para tocar *Chantilly Lace*, con un aire casi reverencial—. La información meteorológica que le dieron al piloto estaba mal, y la avioneta no estaba equipada con los instrumentos adecuados para volar. Curioso, ¿no le parece? —Le sonrió a Linus—. Me gusta la música que me pone alegre y también me gusta la muerte. Es extraño que se puedan mezclar las dos cosas. Todos murieron por accidente, y después hubo gente que cantaba sobre ellos. Me gustan esas canciones, pero no tanto como las que cantaban los muertos.

Linus soltó una tos áspera.

—A mí… a mí también me gusta la música. Tengo algunos de estos discos en casa.

Lucy se animó al oír esto.

—¿Música de gente muerta?

Linus se encogió de hombros.

—Sí…, supongo. Cuanto más antigua es la música, más probable es que el intérprete esté muerto.

—Sí —jadeó Lucy. Los ojos se le empezaron a teñir de rojo—. Es verdad. La muerte mejora mucho la música. Hace que los intérpretes suenen como fantasmas.

Linus pensó que seguramente era un buen momento para cambiar de tema a algo menos macabro.

—Me gusta tu habitación.

Lucy miró alrededor, y la luz de sus ojos se atenuó.

—Es lo mejor. Me gusta tener un cuarto para mí. Arthur dice que la independencia es importante. —Posó la vista en Linus antes de desviarla, y este habría jurado que el chico parecía casi nervioso—. Siempre y cuando no se vaya muy lejos. —Abrió mucho los ojos—. ¡Pero no soy un niño pequeño! ¡Puedo quedarme solo sin problemas! ¡De hecho, me paso todo el día solo!

Linus arqueó una ceja.

—¿Todo el día? Oh, no. No, no, no. Eso no está nada bien. Si es verdad, tendré que hablar con el señor Parnassus. Un niño de tu edad no debería quedarse solo todo el día…

—¡No era eso lo que quería decir —gritó Lucy—, sino que *nunca* estoy solo! ¡Jamás! ¡Vaya a donde vaya, él siempre está ahí! Es como una sombra. Me pone de los nervios.

—Bueno, si tú lo dices…

Lucy asintió con furia.

—Sí, yo lo digo. Eso es exactamente lo que he dicho. Así que no hace falta que hable de ello con Arthur ni que ponga cosas feas sobre mí en sus informes. —Le dedicó una sonrisa absolutamente angelical—. Le juro que soy buena persona. —La sonrisa se desvaneció—. Y usted no tiene por qué mirar debajo de mi cama. Y si lo hace, el esqueleto de pájaro que hay ahí no es mío, y no sé quién lo dejó ahí, pero habría que castigarlo, porque eso no está bien. —Sonrió de nuevo.

Linus tenía la mirada fija en él.

—¡Bueno! —exclamó el muchacho dando un paso al frente y tomando a Linus de la mano—. ¡Ya está! ¡Este es mi cuarto! ¡No hace falta ver nada más! —Tiró de Linus hacia la puerta y la abrió de golpe—. ¡Arthur! Ha visto mi habitación y dice que todo parece estar bien y que no hay nada malo y que soy buena persona. ¡Y le gusta la misma música que a mí! La música de gente muerta.

El señor Parnassus alzó la vista del libro que tenía sobre el regazo.

—¿Ah, sí? ¿Música de gente muerta?

Lucy irguió la cabeza para mirar a Linus, sin dejar de sujetarle la mano con fuerza.

—Nos gustan las cosas muertas, ¿a que sí, señor Baker?

Linus balbuceó.

Lucy lo soltó y se desplomó en el suelo, a los pies del señor Parnassus, justo donde estaba cuando Linus se había presentado. Se quedó contemplando el techo, con las manos dobladas sobre el vientre.

—Tengo el cerebro atiborrado de arañas que escarban en la materia gris para poner sus huevos. Pronto eclosionarán y me consumirán.

Linus no tenía la menor idea de cómo interpretar eso.

Por fortuna, el señor Parnassus parecía saberlo. Cerró el libro y lo depositó sobre la mesilla situada junto a las sillas. Le dio unos golpecitos en el hombro a Lucy con un zapato de puntera Vega.

—Qué descriptivo. Enseguida hablaremos de eso con más detalle. Pero antes, el señor Baker quiere presenciar la sesión. ¿Te parece bien?

Lucy dirigió una mirada fugaz a Linus antes de fijarla de nuevo en el techo.

—Por mí, bien. Las cosas muertas le gustan tanto como a mí.

Esto no se acercaba ni por asomo a la verdad.

—En efecto —dijo el director, indicándole con un ademán a Linus que se sentara en la silla libre—. Qué casualidad. ¿Por dónde íbamos, antes de que llegara el señor Baker?

Linus tomó asiento. Sacó su libreta y su lápiz, sin saber por qué le temblaban los dedos.

—El imperativo categórico —respondió Lucy—. De Kant.

—Ah, sí —dijo el señor Parnassus—. Gracias por recordármelo. —A Linus le dio la impresión de que no necesitaba que se lo recordara—. ¿Y qué decía Kant sobre el imperativo categórico?

Lucy suspiró.

—Que es el principio fundamental de la moral. Un objetivo. Una norma racionalmente necesaria e incondicional por la que debemos regirnos siempre, pese a nuestros deseos naturales o inclinaciones a hacer lo contrario.

—¿Y Kant tenía razón?

—¿En que ser inmoral es ser irracional?

—Sí.

Lucy crispó las facciones.

—¿No?

—¿Y por qué no?

—Porque no todo es blanco o negro. Por más que te esfuerces, no puedes seguir siempre por el mismo camino sin desviarte. Y eso no significa que seas mala persona.

El señor Parnassus movió la cabeza afirmativamente.

—¿Aunque tengas el cerebro lleno de arañas?

Lucy se encogió de hombros.

—Puede. Pero Kant hablaba de la gente normal, y yo no soy normal.

—¿Y eso por qué?

El chiquillo se dio unas palmaditas en la tripa.

—Por el lugar de donde vengo.

—¿Y de dónde vienes?

—De una vagina, después de que la penetrara un pene.

—Lucy —lo reprendió el señor Parnassus mientras Linus se atragantaba.

El muchacho puso cara de exasperación y cambió de posición, como si estuviera incómodo.

—Vengo de un sitio donde la situación no era muy buena.

—¿Y es mejor ahora?

—En general, sí.

—¿Y por qué crees que ha mejorado?

Lucy levantó los ojos entornados hacia Linus antes de volver la cabeza hacia el señor Parnassus.

—Porque aquí tengo una habitación para mí solo. Y mis discos. Y porque están usted y los demás, aunque Theodore no me deja ver su tesoro.

—¿Y las arañas?

—Siguen ahí.

—Pero…

—Pero no pasa nada si tengo arañas en la cabeza mientras no deje que me consuman y destruyan el mundo tal y como lo conocemos.

A Linus le costaba respirar.

El señor Parnassus no parecía tener el mismo problema. Estaba sonriendo.

—Exacto. Errar nos convierte en humanos, irracionales o no. Y aunque hay errores más graves que otros, si aprendemos de ellos nos volvemos mejores personas. Incluso si tenemos arañas en el cerebro.

—Soy maligno.

—Eso dicen algunos.

Lucy contrajo el rostro, como si estuviera muy concentrado.

—Arthur…

—¿Sí?

—¿Sabes que tu apellido viene de una montaña?

El señor Parnassus parpadeó, como si lo hubiera pillado con la guardia baja.

—Sí, lo sabía. ¿Cómo es que lo sabes tú?

Lucy se encogió de hombros.

—Sé un montón de cosas, pero no siempre sé por qué las sé. ¿Tiene sentido eso?

—En cierto modo.

—El monte Parnaso era sagrado para Apolo.

—Lo sé.

—¿Y has oído hablar de Lino de Tracia?

El señor Parnassus se removió en su asiento.

—Creo… que no.

—¡Ah! Bueno, el caso es que Apolo mató a Lino a flechazos por una competición musical. ¿Vas a matar al señor Baker? —Lucy volvió la cabeza lentamente para mirar a Linus—. Si lo haces, ¿me prometes que usarás flechas? No quiero que sea un mal-Lino, como yo.

Prorrumpió en carcajadas.

El señor Parnassus exhaló un suspiro mientras Linus se partía el pecho.

—¿Has contado toda esa historia solo para hacer un chiste?

—Sí —reconoció Lucy, enjugándose los ojos—, porque tú me dijiste una vez que si no podemos reírnos de nosotros mismos, algo estamos haciendo mal. —Frunció el ceño—. ¿Estoy haciendo algo mal? Nadie se ríe.

—Me temo que el humor es subjetivo —dijo el señor Parnassus.

—Qué pena —se lamentó Lucy, volviendo a elevar la vista hacia el techo—. La humanidad es de lo más extraña. Cuando no estamos riéndonos, estamos llorando o saliendo por patas porque algún monstruo quiere zampársenos. Y ni siquiera tienen que ser monstruos reales. Pueden ser los que nos inventamos nosotros mismos. ¿No te parece raro?

—Supongo. Pero prefiero eso a la alternativa.

—¿Cuál es?

—No sentir nada de nada.

Linus apartó la mirada.

* * *

Lucy quedó encantado cuando el señor Parnassus finalizó la sesión temprano, a las seis y cuarto. El director le pidió que fuera a la cocina y le preguntara a la señorita Chapelwhite si necesitaba ayuda. El mocoso se levantó de un salto y corrió describiendo un pequeño círculo con sonoras pisadas, antes de dirigirse hacia la puerta, gritando por encima del hombro que esperaba que a Linus le hubiera parecido instructivo el rato que habían pasado juntos.

Linus no estaba seguro de que «instructivo» fuera la palabra más adecuada.

Se quedaron sentados en silencio mientras Lucy descendía la escalera de forma demasiado ruidosa para un niño de su edad. Sonaba como si rebotara contra todas las superficies con las que se topaba camino de la planta baja.

Linus sabía que el señor Parnassus estaba esperando a que dijera algo, así que aprovechó la ocasión para poner en orden sus pensamientos en la medida de lo posible. Su libreta estaba angustiosamente en blanco. Había olvidado anotar una sola observación. Eso no era bueno para alguien con sus responsabilidades, pero se había ganado el derecho a ser más indulgente

consigo mismo después de todo lo que había visto y oído desde su llegada a la isla.

—No es como me esperaba —dijo al fin, con la mirada perdida.

—¿No?

Sacudió la cabeza.

—Tiene ciertas… connotaciones ese nombre. Anticristo. —Miró al señor Parnassus como disculpándose—. Si me permite hablar con franqueza.

—¿Ah, sí? —preguntó el director con sequedad—. No me había dado cuenta.

—No lamento haberle abierto los ojos.

—No tiene por qué lamentarlo. —El señor Parnassus bajó la vista hacia sus manos—. ¿Puedo contarle un secreto?

Esto sorprendió a Linus. Tenía entendido que el director de Marsyas no revelaba sus secretos a menudo. Era una actitud irritante pero comprensible.

—Sí, por supuesto.

—Yo también estaba preocupado cuando me enteré de que iban a enviarlo a la isla.

Linus clavó los ojos en él.

—¿Preocupado? ¡¿Usted?!

El señor Parnassus arqueó una ceja. Linus cayó en la cuenta de que le costaba recordar que, según su expediente, aquel hombre era cinco años mayor que él. Tenía un aspecto curiosamente juvenil. Sin saber por qué, Linus enderezó un poco la espalda en su asiento, y a lo mejor metió barriga, aunque esto es algo que solo le incumbía a él.

—¿Por qué le ofende esto?

—Yo me preocupo cuando el autobús tarda en llegar. Me preocupo cuando me levanto tarde por no haber oído la alarma. Me preocupo cuando voy a la tienda el fin de semana y los aguacates están caros. Para mí, esas son preocupaciones, señor Parnassus.

—Preocupaciones prosaicas —lo corrigió el hombre—. Los inconvenientes de una vida normal. Y no tiene nada de malo preocuparse por eso. He dicho que estaba preocupado porque es la mejor palabra que se me ha ocurrido para expresar lo que sentía. Me preocupaba que él estuviera solo, pero me pasa lo mismo con los demás niños. Me preocupaba que no fuera a llevarse bien con los que ya vivían aquí. Me preocupaba no ser capaz de proporcionarle lo que necesitaba.

—¿Y su naturaleza? —inquirió Linus—. ¿Eso no le preocupaba? En mi opinión, esa habría tenido que ser la mayor de sus preocupaciones.

El señor Parnassus se encogió de hombros.

—Claro, pero no pesaba más que las demás. Era consciente de la gravedad de la situación, señor Baker, pero no podía centrarme solo en eso. En su vida él no había conocido más que a personas preocupadas por lo que es, por aquello de lo que es capaz, una preocupación con la que apenas disimulaban su miedo y repugnancia. Y los niños son mucho más observadores de lo que creemos. Si percibiera la misma actitud en todos los demás, ¿qué esperanza habría para él?

—¿Esperanza? —repitió Linus atontado.

—Esperanza —se reafirmó el señor Parnassus—. Porque eso es lo que debemos darle, lo que debemos darles a todos. Esperanza, orientación y un hogar donde puedan ser ellos mismos sin temor a las repercusiones.

—Disculpe, pero equiparar a Lucy con los demás me parece un poco desatinado. No es en absoluto como los otros.

—Tampoco Talia —replicó el señor Parnassus—. Ni Theodore. Ni Phee, Sal o Chauncey. Están aquí precisamente porque no son como el resto del mundo. Lo que no significa que las cosas tengan que seguir siendo así siempre.

—Me parece usted muy ingenuo.

—Lo que estoy es frustrado —dijo el señor Parnassus—. Estas criaturas tienen que lidiar a diario con ideas preconcebidas sobre quiénes son. Y cuando sean adultos, seguirán sin conocer otra realidad. Usted mismo lo ha reconocido: Lucy no era como usted esperaba, lo que significa que, en su cabeza, ya había decidido cómo era. ¿Cómo vamos a luchar contra los prejuicios si no hacemos nada para cambiarlos? Si dejamos que se enquisten, ¿qué sentido tiene?

—Y, sin embargo, sigue aquí, en la isla —alegó Linus a la defensiva—. No se marcha ni deja que ellos se marchen.

—Los protejo de un mundo que no los comprende. Todo a su debido tiempo, señor Baker. Si consigo infundirles seguridad, un sentido de la identidad, con un poco de suerte esto les proporcionará las herramientas que necesitan para enfrentarse al mundo real, y aun así les resultará complicado. No nos ayuda que DEJOMA nos envíe a personas como usted para que se inmiscuyan.

—¿Personas como yo? —saltó Linus— ¿Qué está insinuando?

El señor Parnassus exhaló un bufido.

—Le pido disculpas. Eso ha sido injusto. Sé que usted solo cumple con su deber. —Esbozó una sonrisa frágil—. Con independencia de la organización

para la que trabaja, creo que es capaz de ver más allá de un dosier o de una nomenclatura determinada.

Linus no estaba seguro de si esto era un insulto o un cumplido.

—¿Ha habido otros antes que yo? Trabajadores sociales, quiero decir.

El señor Parnassus asintió lentamente.

—Uno. En ese entonces yo solo tenía aquí a Talia y a Phee, aunque Zoe (es decir, la señorita Chapelwhite) ya me había ofrecido su ayuda. Corrían rumores sobre los demás, nada concreto. Pero había convertido esto en un hogar para los niños que tenía a mi cargo, y lo acondicioné en previsión de que vinieran más. Su predecesor… cambió. Era encantador, y creí que iba a quedarse. Pero entonces cambió.

Linus sobreentendió todo lo que el señor Parnassus no estaba diciendo. Por fin comprendía por qué la señorita Chapelwhite se había reído de él cuando él le había preguntado a su manera torpe si mantenía una relación con el señor Parnassus.

—¿Qué le pasó? —preguntó, aunque seguramente no era asunto suyo.

—Lo ascendieron —murmuró el señor Parnassus—, primero a Supervisión y luego, según lo último que supe de él, a Altísima Dirección. Era lo que siempre había querido. Entonces aprendí una lección muy dura: a veces es mejor no expresar los deseos en voz alta, porque luego no se hacen realidad.

Linus lo contempló, parpadeando. No podía ser que estuviera hablando de…

—No se referirá usted al hombre de los carrillos caídos.

Al señor Parnassus se le escapó una risita.

—No.

—O al de las gafas.

—No, señor Baker. No me refiero al de las gafas.

Solo quedaba el hombre apuesto de cabello ondulado. El señor Werner. El que le había dicho que tenían ciertas «reservas» sobre la cualificación de Arthur Parnassus. Linus se quedó escandalizado, aunque no sabía muy bien por qué.

—Pero si es tan… tan…

—¿Tan? —preguntó el señor Parnassus.

Linus se aferró a lo único que se le ocurrió.

—¡Sirve jamón duro y seco en las celebraciones navideñas! Un horror.

El señor Parnassus lo miró con fijeza un momento antes de prorrumpir en carcajadas. A Linus le sorprendió lo cálida y chisporroteante que era su risa,

como el sonido de las olas al romper contra rocas lisas.

—Ay, mi querido señor Baker. No deja usted de maravillarme.

Un orgullo extraño invadió a Linus.

—Hago lo que puedo.

—Qué duda cabe —dijo el director secándose los ojos.

Se quedaron callados de nuevo, y Linus se sintió más cómodo que nunca desde que había llegado a la isla. No se atrevió a examinar a fondo la sensación por miedo a que le revelara cosas que no estaba preparado para saber, pero sabía que estaba ahí. Sin embargo, como todo, era temporal. Su estancia ahí, y, de hecho, su estancia en este mundo, era limitada. Pensar otra cosa sería engañarse a sí mismo.

—¿Kant, Arthur? —dijo entonces sin pensar—. ¿En serio? Habiendo tantos filósofos…

Al señor Parnassus se le reflejó en los ojos la luz del ocaso.

—Cometió alguna que otra falacia.

—Eso es quedarse muy corto. Schopenhauer dijo que…

—¿¡Schopenhauer!? Retiro todas las cosas agradables que he dicho sobre ti, Linus. Quedas desterrado de la isla. Márchate ahora mismo.

—¡Algunas de sus críticas eran muy acertadas! ¡Además, solo las hacía para reforzar la validez de la obra de Kant!

El señor Parnassus soltó un resoplido.

—Kant no necesitaba que reforzaran su…

—Señor mío, en eso se equivoca usted de medio a medio.

Y la discusión siguió y siguió.

Diez

El transbordador esperaba en el muelle cuando la señorita Chapelwhite detuvo el coche. Linus vio a Merle yendo de un lado para otro en cubierta. El barquero los saludó con un gesto malhumorado y expresión ceñuda.

—Un poco impaciente, el hombre, ¿no? —observó Linus mientras descendía la compuerta del transbordador.

—Ni se lo imagina —farfulló la señorita Chapelwhite—. Como si tuviera cosas más importantes que hacer. El señor Parnassus es el único que le paga para que nos lleve en esa vieja tartana flotante, y lo sabe. Ni siquiera lo necesitamos para ir a tierra firme, pero se lo pedimos en aras de la buena convivencia.

—Pero entonces, ¿cómo…? ¿Sabe qué? No quiero saberlo. ¿Vamos, pues?

Ella suspiró.

—Si no queda otro remedio.

—Me temo que no —dijo Linus con la expresión de quien sabía de lo que hablaba.

Tras mirarlo de reojo, la señorita Chapelwhite metió la marcha y arrancó despacio. A Linus le pareció que iba a decir algo, pero se quedó callada, así que él pensó que tal vez estaba proyectando sus emociones.

El transbordador se escoró ligeramente cuando el coche subió a bordo, y aunque Linus se mareó un poco con el movimiento, no fue tan terrible como una semana atrás, cuando llegó a la isla. Esto lo hizo reflexionar. ¿De verdad solo había pasado una semana? Había llegado un sábado y… Sí. Había sido hacía justo una semana. No sabía por qué esto lo sorprendía. Aún echaba de menos su hogar, pero la sensación se había reducido a un dolor sordo en la boca del estómago.

Seguramente eso no era buena señal.

La señorita Chapelwhite apagó el motor del coche mientras la compuerta se elevaba de nuevo tras ellos. La sirena bramó por encima de ellos, y el

transbordador zarpó. Linus sacó la mano por la ventanilla del coche para que la brisa marina le corriera entre los dedos.

Llevaban solo unos minutos a bordo cuando apareció Merle.

—¿Tenéis mi dinero? —exigió—. Y no olvidéis que la tarifa ha subido al doble.

La señorita Chapelwhite soltó un bufido.

—No me olvido, carcamal. —Se inclinó para hurgar en la guantera.

Linus entró en pánico.

—¿Quién pilota el transbordador?

Merle lo miró con el entrecejo fruncido.

—Estos trastos prácticamente se conducen solos. Por los ordenadores, ya ves tú qué cosas.

—Ah —dijo Linus sin pensar—. Entonces, ¿qué falta hace usted?

Merle le lanzó una mirada asesina.

—¿Qué has dicho?

—Su dinero —dijo la señorita Chapelwhite con dulzura, colocándole un sobre en las manos—. Y el señor Parnassus me ha pedido que le transmita un mensaje. Confía en que la tarifa no vuelva a duplicarse en un futuro próximo.

Merle le arrebató el sobre con una mano temblorosa.

—Claro, qué va a decir. Pero hacer negocios tiene un precio, me temo. La situación económica es muy dura.

—¿De veras? No me había dado cuenta.

Merle le sonrió con crueldad.

—Claro que no. Los de vuestra ralea os creéis mejores que los demás.

—Le aconsejo que baje el tono —terció Linus—. Y procure no gastarse todo el dinero de los pasajes en alcohol. No quiero ni imaginar cómo sobreviviría en esta situación económica tan dura si lo hiciera.

Merle clavó los ojos en él con expresión hostil antes de girar sobre los talones y regresar a la timonera con paso furioso.

—Hijo de perra —masculló Linus. Volvió la vista hacia la señorita Chapelwhite y descubrió que lo observaba con fijeza—. ¿Qué pasa?

Ella sacudió la cabeza.

—Has… Olvídalo.

—Desembuche, señorita Chapelwhite.

—Haz el favor de llamarme Zoe. Estoy harta del «señorita Chapelwhite» por aquí y «señorita Chapelwhite» por allá.

—Zoe —dijo Linus pausadamente—. Supongo… que no hay problema.

—Y yo te llamaré Linus.

—No sé qué importancia tiene —refunfuñó él, pero no le dijo que no.

* * *

Ella lo dejó frente a la oficina de Correos y le indicó que el supermercado estaba unas pocas calles más abajo.

—Baja cuando termines. Intentaré darme prisa. No quiero llegar tarde a la isla.

—¿Tarde para qué? —preguntó él con una mano en la manilla de la puerta y un sobre grande y plano en la otra.

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—Es el segundo sábado del mes.

—¿Y qué?

—Corremos aventuras con los niños. Es una tradición.

A Linus no le dio buena espina eso.

—¿Qué clase de aventuras?

Zoe lo miró de hito en hito.

—Tendré que conseguirte algo de ropa. Lo que llevas no valdrá, y supongo que es lo único que has traído. ¿Qué talla de cintura tienes?

Esto fue demasiado para Linus.

—¡Eso no te incumbe, que yo sepa!

Ella lo echó del coche de un empujón.

—Se me ha ocurrido una idea estupenda. Déjalo en mis manos. ¡Nos vemos en la tienda!

Arrancó con un chirrido de neumáticos. La gente que caminaba por la acera se quedó mirándolo mientras el humo del caucho quemado se arremolinaba en el aire. Agitó la mano frente a su rostro, tosiendo.

—¿Qué tal? —le preguntó a una pareja que iba del brazo. Ellos, nariz en alto, apretaron el paso para cruzar la calle.

Linus echó un vistazo a su atuendo. Llevaba pantalón y camisa de vestir con corbata, como de costumbre. No estaba seguro de querer saber qué tramaba la señorita Chapelwhite (Zoe). Daba igual. Ya se lo diría cuando se reencontrara con ella más tarde.

* * *

Como casi todo el resto del pueblo, la oficina de Correos era un lugar inundado de sol. Las paredes estaban pintadas en tonos pastel, con hileras de

conchas descomunales. En un tablón de anuncios vio un folleto que le resultó de lo más familiar: SI VES ALGO, AVISA. ¡EL REGISTRO NOS AYUDA A TODOS!

De pie tras el mostrador, un hombre lo observaba con recelo. Sus ojos eran pequeños, y unos pelos gruesos y retorcidos le sobresalían de las orejas. Tenía la piel curtida y bronceada.

—¿Quería algo?

—Sí —respondió Linus acercándose al mostrador—. Necesito enviar esto al Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. —Le entregó el sobre que contenía su primer informe semanal. Era extenso, seguramente más de lo necesario, pero no había introducido muchas correcciones en sus veintisiete páginas escritas a mano.

—El DEJOMA, ¿no? —preguntó el hombre contemplando el sobre con un interés mal disimulado que puso nervioso a Linus—. Me habían dicho que habían enviado a un representante. Y ya iba siendo hora, si quiere saber mi opinión.

—La verdad es que no —repuso Linus con rigidez.

Sin hacerle caso, el hombre colocó el sobre encima de una báscula antes de mirar de nuevo a Linus.

—Espero que hagan ustedes lo correcto.

Linus frunció el ceño.

—¿Y qué sería lo correcto?

—Cerrar ese lugar. Es una amenaza.

—¿Y eso por qué? —inquirió sin subir el tono, algo que lo enorgulleció.

El hombre se inclinó hacia él. Su aliento despedía un olor a pastillas de menta y bayas de saúco que tumbaba de espaldas.

—Corren ciertos rumores, ¿sabe? —susurró.

Linus tuvo que hacer un esfuerzo para no recular.

—No, no sé nada. ¿Rumores de qué?

—De cosas macabras —respondió el hombre—. Cosas malignas. No son niños. Son monstruos que hacen cosas monstruosas. Las personas que van a esa isla ya nunca regresan.

—¿Qué personas?

El empleado de Correos se encogió de hombros.

—Ya sabe. Personas. Viajan a la isla y nunca se vuelve a saber de ellos. Y luego está el tal Parnassus. Un tío raro como él solo. Dios sabe qué los pone a hacer allí cuando están a solas. —Después de una pausa, agregó—: Incluso he visto a algunos de ellos.

—¿Se refiere a los niños?

El hombre soltó un resoplido.

—Bueno, si es que pueden llamarse así.

Linus ladeó la cabeza.

—Da la impresión de que los ha observado de cerca.

—Y tanto —dijo el empleado de Correos—. Ya nunca salen de la isla, pero cuando venían por aquí, desde luego que no les quitaba ojo.

—Qué interesante —comentó Linus—. Creo que voy a corregir mi informe para notificar al DEJOMA que un hombre de su edad ha mostrado un interés malsano en unos niños huérfanos. ¿Le parece apropiado? Sobre todo teniendo en cuenta que les pagan para mantener la boca cerrada, algo que por lo visto a usted no se le da demasiado bien.

El hombre dio un paso atrás, con los ojos desorbitados.

—Eso no es lo que…

—No he venido a oír su opinión, señor mío, sino a enviar ese sobre por correo. Es lo único que le estoy pidiendo.

El hombre entornó los ojos.

—Tres con veinticinco.

—Voy a necesitar un recibo —dijo Linus mientras pagaba—. Para presentarlo como gasto de empresa. Al fin y al cabo, el dinero no crece en los árboles.

El hombre colocó el recibo sobre el mostrador con un manotazo. Linus lo firmó, cogió su copia y dio media vuelta para marcharse.

—¿Es usted Linus Baker? —oyó de pronto.

Él miró hacia atrás.

—Sí.

—Tengo un mensaje para usted.

—Si se parece en algo al que ya me ha transmitido, no me interesa.

El empleado negó con la cabeza.

—Qué poca cabeza. No es un mensaje de mi parte, aunque haría bien en escucharme para no ser el siguiente en desaparecer. Se trata de algo oficial. Lo envía el DEJOMA.

Linus no esperaba recibir nada de ellos, al menos tan pronto. Aguardó mientras el hombre hurgaba en una caja que tenía al lado hasta que encontró un sobre pequeño que le tendió. Era una carta del DEJOMA, tal como le había dicho el tipo, con sello oficial y todo.

Linus se disponía a abrirla cuando volvió a sentirse observado por el empleado.

Lo asaltó un pensamiento.

—Oiga, ¿no sabrá usted algo de construcción de balsas, por casualidad?

La pregunta pareció desconcertar al hombre.

—¿Construcción de balsas, señor Baker?

Linus esbozó una sonrisa tensa.

—Olvídelo. —Se volvió y salió de la oficina de Correos.

Ya en la calle, rasgó el sobre. Dentro había una sola hoja de papel.

La desplegó.

Decía:

DEPARTAMENTO ENCARGADO DE LOS JÓVENES MÁGICOS
COMUNICACIÓN DE ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Señor Baker:

Estamos ansiosos por recibir sus informes. Cabe recordarle que contamos con que no omita detalle.

Ni un solo detalle.

Atentamente,

CHARLES WERNER
ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Linus se quedó mirando el papel largo rato.



Cuando llegó al supermercado, Zoe estaba ahí, tal como le había prometido. Tenía delante un carrito lleno y parecía estar discutiendo con el carnicero por un gran trozo de carne.

—¿Todo bien? —preguntó Linus cuando llegó junto a ella.

—Todo bien —murmuró Zoe fulminando al carnicero con la mirada—. Solo regateábamos.

—Regatear no —dijo el carnicero con un marcado acento que Linus no acertó a identificar—. Regatear no. ¡Los precios han subido!

Zoe entrecerró los párpados.

—¿Para todo el mundo?

—¡Sí! —insistió el hombre—. ¡Para todo el mundo!

—No te creo.

—Pues me quedo con la carne.

Zoe alargó el brazo para cogerla de encima del mostrador.

—No, me la llevo. Pero esta te la guardo, Marcel. No creas que se me va a olvidar.

Él se estremeció ligeramente, pero se quedó callado.

Tras dejar caer la carne en el carrito, Zoe echó a andar, empujándolo.

—¿Qué ha sido eso?

Ella le dedicó una sonrisa tirante.

—Nada que no pudiera solucionar. ¿Has enviado tu informe?

—Sí.

—Y supongo que no me contarás qué has escrito en él.

Él clavó la mirada en ella, boquiabierto.

—¡Por supuesto que no! Se trataba de información confidencial dirigida a…

Ella agitó la mano para acallarlo.

—No perdía nada con intentarlo.

—… Por otra parte, tal como estipula *Normas y reglamentos* en la página 519, párrafo doce, subpárrafo…

Ella suspiró.

—Está claro que me lo he buscado yo solita.

Linus pensó en contarle a Zoe (qué raro se le hacía lo de llamarla por su nombre de pila; era algo de lo más irregular) lo que le había dicho el hombre de la oficina de Correos, pero optó por no hacerlo. No sabía muy bien por qué. Quizá porque intuía que no supondría ninguna novedad para ella. Además, el sol lucía esplendoroso, se dijo. Hacía un día estupendo. Sería una pena estropearlo repitiendo las palabras de un intolerante.

* * *

El día se estropeó casi inmediatamente después de su desembarco en la isla.

En realidad, debería haberlo visto venir.

Merle apenas había abierto la boca salvo para farfullar que habían tardado más de lo previsto, pero no le hicieron caso. Durante la travesía de regreso a la isla, Linus se fijó en una gaviota que los seguía volando y le vino a la mente la alfombrilla para el ratón que tenía en la oficina, con una imagen de la playa y la pregunta de si desearía estar allí.

Pues allí estaba. Por fin estaba allí.

Pero era peligroso pensar así, pues aquello no eran unas vacaciones, un viaje bien merecido por todo lo que había trabajado. De hecho, seguía

trabajando, algo que debía tener siempre presente, por muy paradisiaco que fuera el lugar donde se encontraba. Ya había traspasado ciertos límites —eso de tutearse con Zoe y Arthur era muy poco profesional—, pero solo tendría que aguantar tres semanas más. Lo esperaban su hogar y sus girasoles. Era indudable que *Calíope* quería regresar a casa, por más horas que se pasara en el jardín, tumbada al sol sin moverse. Sí, ella le había maullado por primera vez cuando él había deslizado un dedo entre sus orejas, preguntándose si se quedaría sin mano. ¿Y qué? No significaba nada.

Linus tenía una vida.

Una vida que, por desgracia, parecía empeñada en arrastrarlo hasta el borde de la locura.

De pie frente al espejo de su habitación en la casa para invitados, contempló su reflejo.

—Ay, madre.

Zoe le había puesto una bolsa en las manos y le había informado de que le había conseguido ropa para la aventura de esa tarde. Haciendo caso omiso de sus protestas, ella había sacado todas y cada una de las bolsas de la compra de la parte de atrás del coche como si no pesaran nada, y él se había quedado parado en el camino de entrada.

Tenía la intención de dejar la bolsa sin abrir en la casa de invitados.

Si fingía que no estaba ahí, no tendría necesidad de ver qué había dentro.

Para distraerse, guardó las prendas que había encontrado limpias y dispuestas sobre su cama. Encima, había una nota que decía: «¡Aquí tiene lista la colada de esta semana! ¡Gracias por hospedarse en la isla de Marsyas! Su botones, Chauncey». El hecho de que, al parecer, Chauncey le hubiera lavado toda la ropa, incluida la interior, le parecía del todo inaceptable. Tendría que hablar con él acerca de los límites. Sin duda, el muchacho intentaría sacarle una propina.

Mientras alisaba sus corbatas, se percató de que solo habían pasado tres minutos, pero no dejaba de pensar en la bolsa.

—Solo un pequeño vistazo —murmuró para sí. Echó un pequeño vistazo—. Pero ¿qué narices…? —preguntó sin dirigirse a nadie en especial—. No puede ser. Resulta de lo más inapropiado. Hay que ver. Pero ¿quién se ha creído que es? Esos espíritus… Una panda de inútiles, todos.

Cerró la bolsa y la tiró al suelo, en un rincón.

Se sentó en el borde de la cama. Pensó en abrir su ejemplar de *Normas y reglamentos* para refrescar conceptos. Saltaba a la vista que lo necesitaba. Las personas que vivían ahí se estaban tomando demasiadas… confianzas con él.

Los trabajadores sociales debían guardar cierta distancia. Esto les permitía ser objetivos e impedir que los demás influyeran en sus opiniones, lo que podía acabar por perjudicar a alguno de los niños. Tenía que comportarse como un profesional.

Se puso de pie, decidido a hacer justo eso. Podía sentarse a leer en el porche, bajo el sol. Le parecía un plan ideal.

Para su sorpresa, en vez de coger el grueso volumen, recogió la bolsa del suelo. La abrió y miró dentro. El contenido no había cambiado.

—Seguro que ni siquiera me queda bien —farfulló para sí—. Es imposible que ella haya adivinado mi talla a ojo. De todos modos, no debería ojearme de ese modo. Es de mala educación.

Y, en cuanto dijo esto, por supuesto, lo asaltó la necesidad de demostrar que Zoe se había equivocado. De ese modo, cuando volviera a verla (más tarde, y desde luego no después de acompañarla en alguna frívola aventura), podría aconsejarle que no intentara ganarse la vida como asesora personal de compras, en vista de lo mal que se le daba.

Sí. Haría justo eso.

Se puso la ropa.

Le quedaba como un guante.

Se puso a balbucir, con la mirada fija en el espejo.

Parecía vestido para un safari por las tierras salvajes del Serengueti o una expedición a las selvas de Brasil. Llevaba un pantalón corto color canela y una camisa a juego. Alguien había quitado los botones superiores (casi parecía que los habían arrancado), de modo que el cuello desabrochado dejaba al descubierto su garganta tersa y pálida. De hecho, no recordaba haber ido nunca con tanta piel al aire, y tenía las piernas blancas como un espectro. Por si fuera poco, la indumentaria incluía unos calcetines marrones que le llegaban a la mitad de la pantorrilla y unas botas recias que le resultaban de lo más incómodas, como si nadie las hubiera usado antes.

Pero lo más terrible era el salacot que coronaba el atuendo. Le producía una sensación molesta en la cabeza.

Así que ahí estaba, contemplando su reflejo y preguntándose por qué en vez de parecer un explorador de los libros de aventuras que leía de niño (como su madre los detestaba, los escondía bajo la cama y los leía a altas horas de la noche bajo el edredón, con una linterna), más bien semejaba un huevo moreno con patas.

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. Ni hablar. No pienso ir así. Por nada del mundo. Es ridículo. Todo esto es…

Alguien aporreó la puerta principal.

Con expresión ceñuda, apartó la vista del espejo.

Los golpes sonaron de nuevo.

Suspiró. Qué inoportuno.

Se dirigió hacia la puerta y, tras respirar hondo, la abrió.

Allí, de pie en el porche, había cinco niños, todos ataviados con trajes de explorador como el suyo. Hasta Theodore llevaba una especie de chaleco color canela con aberturas especiales para las alas. Se echó hacia atrás y le lanzó un fuerte gorjeo a Linus antes de ponerse a correr en círculo, emocionado.

—Hala —jadeó Talia mirándolo de hito en hito—. ¡Pues sí que está rellenito, como yo!

Phee se agachó para examinarle las rótulas, con las alas agitándose tras su espalda.

—¿Por qué está tan blanco? ¿Es que no sale? Pero ¿nada de nada? Está casi tan pálido como Chauncey.

A Chauncey le botaron los ojos en la punta de los pedúnculos.

—¡Hola! Espero que la ropa lavada haya quedado a su gusto. Si le falta alguna prenda, es porque la he perdido sin querer y me sabe muy mal. Por favor, considere la posibilidad de valorar mi servicio con un diez. —Tendió un tentáculo.

Linus lo miró arqueando la ceja.

Con un suspiro, Chauncey retiró el tentáculo.

—Vaya, hombre.

Lucy le sonrió a Linus desde debajo de un bigote postizo demasiado grande para su cara. Él también lucía un atuendo de explorador, aunque el suyo era rojo, y, por motivos que Linus no quería saber, llevaba un parche en el ojo.

—Hola, señor Baker. Soy el líder de esta expedición en busca del tesoro del espíritu isleño. ¡Me alegra que haya decidido apuntarse! Lo más probable es que sufra una muerte espantosa a manos y bocas de caníbales que lo asarán vivo en un pincho y luego le lamerán el jugo que rezumará por las grietas de la piel. Con un poco de suerte, morirá antes de una fascitis necrotizante a causa de la terrible picadura de un insecto, y su cuerpo se pudrirá ante sus ojos hasta quedar reducido a un montón de huesos y pus sanguinolento. Será maravilloso.

Linus lo miró con la boca abierta de par en par.

—Niños —dijo otra voz—. Haced el favor de no agobiar al señor Baker.

Cuando alzó los ojos, Linus vio a Arthur de pie delante de la casa para invitados, con Sal asomando por detrás de él, nervioso. El muchacho, que llevaba ropa similar a la de los otros niños, parecía estar intentando ocultar su corpulencia tras el director cuando se percató de que Linus lo observaba. No lo estaba consiguiendo, claro, dado su tamaño y el hecho de que Arthur era delgado como un alfiler.

A Linus se le formó un pequeño nudo en la garganta al ver lo apuesto que estaba Arthur con su conjunto. A diferencia de los de los demás, sus pantalones y camisa no eran color canela, sino negros, con una banda roja terciada sobre el pecho. Del cinto le colgaba una funda de lo que parecía ser un machete. Lucía un bigote como el de Lucy, aunque a él le quedaba bastante menos ridículo. Se meneó ligeramente cuando Arthur le sonrió. Sonrojado, Linus apartó la vista. De pronto, tenía mucho calor. Se sentía como un huevo rellenito y acalorado con patas pálidas.

Nunca le había preocupado su aspecto, y desde luego no pensaba empezar a preocuparse en ese momento. Era una visita como tantas otras que había realizado en el pasado.

«Visita no; investigación», se corrigió.

Abrió la boca para rehusar la invitación que acababan de hacerle, fuera cual fuese (y no porque creyera que había caníbales, aunque con Lucy nunca se sabía).

Sin embargo, antes de que pudiera decir una palabra, Lucy bajó del porche de un salto y adoptó una pose majestuosa, con los brazos en jarras.

—¡Qué comience la aventura! —bramó. Echó a andar con determinación hacia los frondosos árboles, levantando mucho las rodillas con cada paso.

Los otros niños lo siguieron. Theodore alzó el vuelo y se quedó flotando por encima de sus cabezas. Tras echarle un vistazo rápido a Linus, Sal arrancó a correr en pos de los demás.

—¿Vienes, Linus? —preguntó Arthur.

—Ese bigote es grotesco —murmuró Linus mientras bajaba del porche, y se fue caminando tras los niños, indignado.

Fingió no oír aquella risa suave a su espalda.



—Bueno —dijo Lucy deteniéndose a la orilla del bosque. Se volvió hacia el grupo con los ojos muy abiertos—. Como todos sabéis, hay un espíritu maligno…

—¡Eh, un respeto! —gritó Phee.

—Lucy, no se le llama maligna a la gente. —Le recordó Arthur mientras Theodore se posaba sobre su hombro—. Es de mala educación.

Lucy puso cara de exasperación.

—Vale, lo retiro. Hay un espíritu sanguinario… —Hizo una pausa, como esperando más objeciones. No hubo ninguna. Hasta Phee parecía encantada. A Linus le dio la impresión de que nadie había entendido nada, pero decidió que lo más prudente era mantener la boca cerrada—. Un espíritu sanguinario que posee un tesoro oculto en el corazón del bosque y que solo está esperando que lo encontremos. No puedo garantizaros vuestra supervivencia. De hecho, aunque logréis llegar hasta el tesoro, lo más probable es que yo os traicione, os arroje a los caimanes y me ría mientras os trituran los huesos…

—Lucy —lo reconvino de nuevo Arthur.

El chico suspiró.

—Me toca a mí ser el que manda —protestó con un mohín—. Dijiste que podía hacer esto a mi manera.

—En efecto —convino Arthur—, pero eso no incluye traicionar a los demás.

—¡Pero si en el fondo soy un villano!

—¡A lo mejor podríamos ser todos villanos! —barbotó Chauncey.

—Tú no sabes ser malo —le dijo Talia—. Eres demasiado buena persona.

—¡No! ¡Puedo ser malo! ¡Fijaos! —Sus ojos revolotearon, desorbitados, hasta posarse en Linus—. ¡Señor Baker! ¡No le haré la colada la semana que viene! ¡Ja, ja, ja! —Acto seguido, con un susurro de pánico, añadió—: Era broma. Sí que se la haré. Por favor, deje que se la haga. No me prive de eso.

—Quiero ser una villana —dijo Phee—. Sobre todo si vamos a enfrentarnos a un espíritu sanguinario. Por si no lo sabíais, yo también soy un espíritu, así que también debería ser sanguinaria.

—Siempre he querido asesinar a alguien —terció Talia acariciándose la barba—. ¿Creéis que aún estoy a tiempo de volver a por mi pala?

Theodore mostró los dientes y soltó un siseo amenazador.

—Sal, no me digas que tú también quieres ser un villano —preguntó Lucy, malhumorado.

Sal se asomó por encima del hombro de Arthur. Tras vacilar un momento, asintió.

—Como queráis —dijo Lucy alzando las manos con resignación—. Entonces todos seremos malos. —Les sonrió—. Entonces tal vez sí que pueda traicionaros a todos portándome bien sin que os deis cuenta. —Torció el gesto en una mueca y sacó la lengua—. No, eso suena fatal. Uf. Puaj. Aj.

Esto le dio muy mala espina a Linus.

* * *

Lucy encabezaba la marcha dando voces tan fuertes que los pájaros levantaban el vuelo desde las ramas de los árboles, entre graznidos de indignación. Le pidió permiso a Arthur para abrirse paso a machetazos entre las gruesas lianas que colgaban de los árboles, cosa que a Linus le pareció especialmente preocupante. Para su alivio, Arthur se lo denegó, alegando que los niños no debían manejar machetes hasta cumplir una cierta edad.

Sin embargo, no parecía hacer falta. Cada vez que la densidad de la vegetación les impedía seguir adelante, Phee se colocaba en cabeza. Sus alas refulgían, trémulas, al tiempo que ella alzaba las manos. Las lianas subían reptando por los troncos de los árboles como dotadas de vida propia, dejando el camino despejado.

Los niños prorrumpían en exclamaciones de admiración mientras Phee miraba al frente con aires de suficiencia. A Linus le entró la sospecha de que ella misma llenaba el sendero de obstáculos para que le pidieran ayuda.

El hombre no tardó en descubrir que, aunque había tenido más contacto con la naturaleza en la última semana que en el último año, eso no quería decir que se hubiera puesto mínimamente en forma. Al poco rato, estaba sacando el hígado por la boca y le chorreaba sudor de la frente. Cerraba la marcha junto a Arthur, que parecía inclinado a andar con paso tranquilo, cosa que Linus le agradecía en el fondo.

—¿Adónde vamos? —preguntó este tras lo que a él se le antojaban horas, aunque en realidad solo había pasado una.

Arthur se encogió de hombros, sin la menor muestra de cansancio.

—No tengo ni repajolera idea. ¿A que es delicioso?

—Creo que tu concepto de delicioso es muy distinto del mío. ¿Hay algún tipo de programa para esta excursión?

Arthur se rio. A Linus le gustaba tanto ese sonido que se sintió incómodo.

—Siguen un programa día tras día. Desayunan a las ocho en punto, luego empiezan las clases. Almuerzan al mediodía. Luego vuelven a clase. Practican actividades individuales por la tarde. Cenan a las siete y media. Se acuestan a las nueve. Creo que descansar de la rutina de vez en cuando obra maravillas en el alma.

—Según *Normas y reglamentos*, los niños no deberían…

Arthur pasó con facilidad por encima de un tronco grande con un lado cubierto de musgo. Se volvió y le tendió la mano a Linus, que dudó unos

instantes antes de agarrársela. Aunque sus movimientos eran mucho menos elegantes, Arthur lo salvaba de caerse de bruces. Le soltó la mano cuando se oyó gritar a los niños un poco más adelante.

—Me parece que riges tu vida por ese libro.

Esto le sentó mal a Linus.

—Por supuesto que no. Y, aunque así fuera, no tendría nada de malo. Esas normas nos ayudan a implantar el orden necesario para que los niños crezcan sanos y felices.

—¿De veras?

A Linus le pareció que se mofaba de él, pero sin mala intención. Dudaba que Arthur Parnassus tuviera un gramo de crueldad en todo el cuerpo.

—Si existe es por algo, Arthur. Es una normativa que regula el mundo de los jóvenes mágicos. Expertos de todos los campos han colaborado…

—Expertos humanos.

Linus se detuvo y apoyó la mano en un árbol para recuperar el resuello.

—¿Qué?

Arthur alzó la mirada hacia las copas de los árboles. Un rayo de sol que atravesó las hojas y las ramas le iluminó el rostro, confiriéndole un aspecto etéreo.

—Expertos humanos —repitió—. Ni una sola persona mágica ha intervenido en la creación de ese libro. Todas y cada una de las palabras salieron de la mano y la mente de un humano.

Linus se quedó perplejo.

—Bueno… Dudo mucho que… eso sea cierto. Seguro que algún miembro de la comunidad mágica aportó su punto de vista.

Arthur bajó la cabeza para mirar a Linus.

—¿Y qué cargo ocupaba? Ningún ser mágico ha ejercido nunca un puesto de poder, al menos en el DEJOMA. Tampoco ha habido ninguno en el gobierno. Lo tienen vetado. Están marginados, tengan la edad que tengan.

—Pero… hay médicos que son mágicos. Y… ¡abogados! Sí, abogados. Incluso conozco a una muy amable que es banshee. De lo más respetable.

—¿Y a qué rama del derecho se dedica?

—Sus clientes son seres mágicos que se niegan a… registrarse.

—Ah —dijo Arthur—. Entiendo. ¿Y los médicos?

Linus sintió cierta tirantez en el estómago.

—Solo atienden a otros seres mágicos. —Sacudió la cabeza para intentar despejar sus pensamientos embarullados—. Todo tiene un porqué, Arthur. Nuestros predecesores sabían que la única manera de asimilar a las personas

mágicas en nuestra cultura era establecer directrices rigurosas con el fin de garantizar una transición fluida.

La expresión de Arthur se endureció.

—¿Y quién decidió que había que asimilarlos, para empezar? ¿Acaso se les dio a elegir?

—Pues… no. Supongo que no. ¡Pero fue por el bien común!

—¿El bien común de quiénes? ¿Qué pasará con ellos cuando crezcan, Linus? No parece que las cosas vayan a cambiar. Seguirán obligándolos a registrarse y controlándolos. Siempre habrá alguien vigilándolos con disimulo, observando todos sus movimientos. Esta situación no llegará a su fin cuando abandonen este lugar. Siempre será igual.

Linus suspiró.

—No quiero discutir contigo sobre esto.

Arthur asintió.

—Claro que no. Porque si discutiéramos, eso querría decir que los dos tenemos ideas tan fijas que no estamos dispuestos a considerar otros puntos de vista. Y sé que yo no soy tan testarudo.

—Exacto —dijo Linus, aliviado. Acto seguido, exclamó—: ¡Eh!

Pero Arthur ya se alejaba entre los árboles.

Después de respirar hondo y enjugarse la frente, Linus echó a andar tras él.

—Todo esto se remonta a Kant —aseguró Arthur cuando el otro lo alcanzó.

—Claro, ¿a quién si no? —masculló Linus—. Una ridiculez supina, en mi opinión.

Arthur soltó una risita.

—No me meto en si tenía razón o no, pero desde luego ofrece una perspectiva interesante sobre lo que es moral y lo que no.

—La inmoralidad se define básicamente como maldad —aseveró Linus.

—Así es —convino Arthur—, pero ¿qué nos da derecho a decidir qué es malo?

—Millones de años de evolución. No ponemos la mano en el fuego porque nos quemamos. No matamos porque es algo que está mal.

Arthur se rio, como en un arranque de euforia.

—Y, sin embargo, la gente hace las dos cosas. Cuando era joven, conocí a un fénix a quien le encantaba la sensación del fuego contra la piel. Y todos los días hay personas que matan a otras.

—¡No se pueden equiparar las dos cosas!

—Acabas de hacerlo —señaló Arthur con suavidad—. Mi razonamiento es el mismo que durante mi sesión con Lucy: a todo el mundo le gusta dividir las cosas en blancas y negras, en morales e inmorales, pero existen los tonos de gris. Y el hecho de que una persona posea la capacidad para hacer el mal no significa que tenga que ponerla en práctica. Además, hay que tener en cuenta el concepto de inmoralidad percibida. Dudo mucho que Chauncey pudiera plantearse siquiera ponerle el tentáculo encima a otra persona, aunque fuera en defensa propia. Y, no obstante, la gente lo ve y, basándose en su aspecto, concluye que es un ser monstruoso.

—No es justo —reconoció Linus—. Por más que se esconda debajo de mi cama una mañana sí y dos no.

—Eso es solo porque sigue debatiéndose entre cómo le han dicho que debe ser y cómo es en realidad.

—Al menos le queda este lugar —dijo Linus agachándose para pasar por debajo de una rama.

Arthur movió la cabeza afirmativamente.

—En efecto, pero eso no siempre será así. La isla no es un refugio permanente, Linus. Incluso si tú, en tu infinita sabiduría, decides permitir que nos quedemos como estamos, algún día tendrá que salir solo al mundo. Lo mejor que puedo hacer es prepararlo para ese día.

—Pero ¿cómo vas a prepararlo si no lo dejas salir nunca?

Arthur giró en redondo y miró a Linus con expresión ceñuda.

—No es un prisionero.

Linus retrocedió un paso.

—No he… Eso no es lo que… Ya lo sé. Te pido disculpas si te he dado a entender lo contrario.

—Los preparo —dijo Arthur—, pero es verdad que también los protejo en cierta medida. A pesar de su naturaleza, de todo lo que son capaces de hacer, no dejan de ser frágiles. Están muy perdidos, Linus. Todos. Solo se tienen unos a otros.

—Y a ti —dijo Linus en voz baja.

—Y a mí —convino Arthur—. Y, aunque entiendo tu punto de vista, espero que tú entiendas el mío. Sé cómo funciona el mundo. Sé que tiene dientes y que muerde cuando menos te lo esperas. ¿Tan malo es intentar protegerlos de eso el mayor tiempo posible?

Linus no estaba seguro, y así lo admitió.

—Pero cuanto más tiempo pasen escondidos, más difícil será todo para ellos cuando llegue el momento. Este lugar…, la isla. Tú mismo lo has dicho:

no podrán quedarse aquí toda la vida. Hay todo un mundo al otro lado del mar y, aunque tal vez no sea un mundo justo, tienen que saber qué más hay ahí fuera. Este sitio no puede ser todo su universo.

—Soy consciente de ello —afirmó Arthur tendiendo la vista hacia los árboles con expresión inescrutable—. Pero a veces me gusta fingir que lo es. Desde luego hay días en que me da la sensación de que podría serlo.

A Linus no le gustó su tono de voz. Sonaba casi… taciturno.

—Por si te sirve de consuelo, te diré que nunca había imaginado que mantendría una discusión sobre ética en medio del bosque, vestido con este pantalón corto color canela.

Arthur prorrumpió en carcajadas.

—Te encuentro fascinante.

Linus notó que se le volvía a encender el rostro. Se dijo que era por el cansancio. Tragó en seco.

—Así que conociste a un fénix, ¿no?

Arthur le lanzó una mirada pícara, pero no parecía inclinado a insistir en el tema.

—Sí. Tenía… una mente llena de curiosidad. Aunque le pasaban muchas cosas, seguía manteniendo la cabeza bien alta. Con frecuencia pienso en el hombre en el que se convirtió. —Cuando Arthur esbozó una sonrisa tensa, Linus supo que la conversación había llegado a su fin.

Siguieron avanzando por el bosque.

* * *

Llegaron a una playa en el extremo más alejado de la isla. Era pequeña y, más que de arena, estaba cubierta de piedras blancas y marrones. Las olas se deslizaban entre ellas y chocaban entre sí con un agradable chapoteo.

—Despacio, muchachos —dijo Lucy escudriñando la playa—. Aquí hay juego sucio.

—No todos somos «muchachos» —protestó Talia con el entrecejo arrugado—. Las chicas también podemos ser exploradoras. Como Gertrude Bell.

—E Isabella Bird —añadió Phee.

—Y Mary Kingsley.

—E Ida Laura Pfeiffer.

—Y Robyn…

—Vale, vale —gruñó Lucy—. Ya lo pillo. Las chicas pueden hacer lo mismo que los chicos. —Se volvió hacia Linus con una sonrisa demoníaca—.

¿Le gustan las chicas, señor Baker? ¿O los chicos? ¿O ambos?

Los niños volvieron la cabeza lentamente para fijar la mirada en él.

—Me cae bien todo el mundo —consiguió balbucear Linus.

—Qué rollo —farfulló Talia.

—¡Soy un chico! —exclamó Chauncey. Frunció el ceño—. Creo.

—Eres lo que tú quieras ser —le aseguró Arthur, dándole unas palmaditas entre los ojos.

—¿Podemos volver al asunto que nos ocupa, por favor? —suplicó Lucy—. Si seguís de cháchara, conseguiréis que nos asesinen brutalmente a todos.

Sal miró alrededor, nervioso. Sobre su hombro estaba posado Theodore, que tenía la cola enroscada en torno a su cuello, sin apretar.

—¿Quiénes?

—No lo sé —dijo Lucy dirigiendo la vista de nuevo hacia la playa—. Pero, como decía, ¡aquí hay juego sucio! Se huele en el ambiente.

Todos los niños olisquearon el aire. Hasta Theodore estiró el cuello, con los orificios nasales dilatados.

—Aquí lo único que huele a sucio es el señor Baker —señaló Phee—. Está sudando un montón.

—No estoy acostumbrado a tanto esfuerzo —espetó Linus.

—Eso —dijo Talia—. No es culpa suya estar rellenito. ¿A que no, señor Baker? Los rellenitos tenemos que hacer piña.

Esto no animó a Linus en absoluto.

—Exacto —dijo a pesar de todo.

Talia se hinchó como un pavo.

Lucy puso cara de exasperación.

—Vosotros no podéis olerlo, solo yo, porque soy el líder. Proviene de ahí. —Señaló un bosquecillo que crecía muy cerca de la playa. Tenía un aspecto tenebroso y siniestro.

—¿Qué ocurre, Lucy? —preguntó Chauncey—. ¿Son los caníbales? —No parecía muy entusiasmado ante esta perspectiva.

—Seguramente —respondió Lucy—. Podrían estar cocinando a alguien en este mismo instante. Así que no cabe duda de que debemos ir a echar un vistazo. Siempre he querido ver qué pinta tiene una persona cuando la están cocinando.

—O también podríamos quedarnos aquí —sugirió Talia, alzando el brazo para tomar a Linus de la mano. Este bajó la vista hacia ella, pero no intentó zafarse—. Quizá sería lo mejor.

Lucy sacudió la cabeza.

—Los exploradores no nos echamos atrás. Y las exploradoras, menos todavía.

—Tiene razón —dijo Phee con aire sombrío—. Ni siquiera cuando hay caníbales.

Theodore soltó un gemido y ocultó la cabeza bajo el ala. Sal levantó la mano para acariciarle la cola.

—La valentía es una virtud —aseveró Arthur—. En momentos de adversidad, distingue a los fuertes de los débiles.

—O a los listos de los tontos —murmuró Talia, apretándole la mano a Linus—. Los chicos son tontos.

Linus no pudo por menos que estar de acuerdo, pero prefirió guardárselo.

Lucy sacó pecho.

—¡Soy valiente! Y, como soy el líder, mi valerosa orden es que Arthur vaya el primero para asegurarse de que no hay peligro, mientras los demás lo esperamos aquí.

Todos mostraron su conformidad.

Incluido Linus.

Arthur lo miró arqueando una ceja.

—Algo de razón tiene —dijo Linus—. La valentía es una virtud y todo eso.

Arthur torció los labios.

—Si no hay más remedio…

—No hay más remedio —dijo Lucy—. Si hay caníbales, péganos un grito cuando empiecen a devorarte para que sepamos que hay que salir por piernas.

—¿Y si lo primero que me devoran es la boca?

Lucy alzó los ojos entornados hacia él.

—Pues… Procura que eso no pase, ¿vale?

Arthur enderezó la espalda. Tras desenfundar el machete, se encaramó de un brinco a un peñasco, con las olas reventando en torno a él. Ofrecía una figura gallarda, como un héroe de la antigüedad. Apuntó al bosquecillo con el machete.

—¡Por la expedición! —rugió.

—¡Por la expedición! —corearon los niños.

Le guiñó un ojo a Linus, saltó del peñasco y arrancó a correr hacia los árboles. Las sombras lo engulleron entero… y desapareció.

Esperaron.

Nada ocurrió.

Esperaron un poco más.

Seguía sin ocurrir nada.

—Ay, no —musitó Talia—. Me temo que habrán empezado por la boca.

—¿Nos volvemos? —barbulló Chauncey, con los ojos botando.

—No lo sé —dijo Lucy. Levantó la mirada hacia Linus—. Me alegro de que estés aquí.

Esto conmovió al hombre.

—Gracias, Lucy…

—Si los caníbales nos persiguen, te verán a ti primero. Los demás somos pequeños y tú tienes toda esa carne en los huesos, así que nos dará tiempo de huir. Te estamos agradecidos por tu inminente sacrificio.

Linus suspiró.

—¿Qué hacemos? —preguntó Phee preocupada.

—Creo que deberíamos ir en su busca —dijo Sal.

Todos los ojos se posaron en él.

Su mirada se encontró con la de Linus un momento, pero la desvió enseguida. Los labios se le torcieron hacia abajo. Respiró hondo y exhaló despacio.

—Él haría lo mismo por nosotros.

Theodore gorjeó, apretando el morro contra la oreja de Sal.

—Tiene razón —terció Lucy—. Arthur iría a buscarnos. Voy a tomar una decisión. Iremos a por Arthur, y el señor Baker abrirá la marcha.

—¿Sabes una cosa? Para ser un líder, me parece que, más que liderar, delegas —comentó Linus con aspereza.

Lucy se encogió de hombros.

—Tengo seis años. Bueno, esa es la edad de mi cuerpo. En realidad, soy un ser intemporal, pero eso no viene a cuento ahora.

A Linus lo asaltó la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies, pero consiguió ahuyentarla.

—Si insistes…

—Insisto —confirmó Lucy claramente aliviado—. Vaya si insisto.

Tras soltarle la mano a Linus, Talia se situó detrás de él, bamboleándose al andar, y empezó a empujarle las piernas por detrás.

—¡Venga, vamos, mueva el culo! ¡Podrían estar zampándose a Arthur ahora mismo, y usted aquí como un pasmarote!

Linus suspiró de nuevo.

—Ya voy.

Era una situación absurda, desde luego. No había caníbales en la isla. No era más que una historia que se había inventado Lucy. Y ni siquiera era muy buena.

Pero eso no impidió que Linus sudara a mares mientras caminaba por la playa en dirección a los árboles. Eran distintos de los del bosque que habían atravesado. Parecían más viejos y frondosos. Y, aunque no había caníbales, Linus comprendía por qué, de haberlos, habrían elegido aquel bosquecillo. Parecía el lugar perfecto para el consumo de carne humana.

Los niños hicieron alarde de un valor incomparable. Lo seguían, aunque a unos quince pasos largos de distancia, todos apiñados, con los ojos muy abiertos.

Linus no sintió un gran cariño por ellos al verlos así.

Volvió la vista hacia los árboles.

—¡Hola, Arthur! —gritó—. ¿Estás ahí?

No obtuvo respuesta.

Lo llamó de nuevo.

Nada.

—Ahí va —oyó decir a Lucy a su espalda—. Fijo que ya lo han descuartizado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Chauncey—. ¿Qué le han sacado los cuartos? ¿Son unos timadores esos caníbales?

—Significa que lo han cortado en pedacitos —explicó Talia.

—Aaah —dijo Chauncey—. Preferiría que fueran timadores.

Menuda tontería. No había caníbales. Linus llegó frente a los árboles e, inspirando profundamente, se internó en el bosque.

En medio de la espesura hacía más fresco. Demasiado, incluso para tratarse de un lugar sombreado. La humedad parecía haberse disipado, y Linus incluso sintió un escalofrío. Ante él, un angosto sendero serpenteaba entre los árboles. No parecía haber nada cortado a machetazos (ni lianas ni Arthur). Linus lo interpretó como una buena señal.

Continuó avanzando, y solo se detuvo una vez para mirar atrás. Los niños se habían quedado a la orilla del bosquecillo, pues por lo visto habían decidido que no podían ir más allá.

Phee le dedicó un gesto de ánimo con el pulgar hacia arriba.

—¡No está muerto! —exclamó Lucy con un extraño deje de desilusión en la voz.

—Los líderes deben practicar el refuerzo positivo —le recordó Talia.

—Ah. ¡Le felicito por no haberse muerto!

—Eso está mejor —dijo Talia.

Los pedúnculos de Chauncey se encorvaron hasta que sus ojos se posaron sobre su cuerpo.

—Esto no me gusta.

—Vamos —dijo Sal mientras Theodore le mordisqueaba la oreja—. Debemos ir todos juntos. —Dio un paso hacia la espesura, y los demás lo siguieron, apiñados en torno a él.

A Linus se le encogió el corazón de ternura.

Volvió la vista al frente y recompuso su expresión. ¿Qué mosca le había picado? Se suponía que no debía comportarse así. Se suponía que…

De pronto, un árbol grande brotó frente a él con un estruendo, levantando una gran polvareda e interponiéndose en su camino.

Con un chillido, Linus se tambaleó hacia atrás.

Los niños pegaron un alarido.

—¿Quién osa profanar mi bosque? —La atronadora pregunta retumbó en torno a ellos mientras el árbol crujía.

Linus reconoció la voz de Zoe casi de inmediato. Exhaló un suspiro. Ya les diría un par de cosas a ella y a Arthur más tarde.

Los niños se acercaron corriendo y rodearon a Linus, mirándolo con ojos como platos.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Lucy—. ¿Han sido los caníbales?

—No lo sé —contestó Linus—. Podría ser. Y aunque puede que yo sea una comida más completa, tal vez estén saciados después de ingerir a Arthur y solo les interese algo… de tamaño bocadito.

Talia soltó un grito ahogado.

—Pero… yo soy de tamaño bocadito.

—Todos lo somos —gimió Phee.

—¡Oh, no! —exclamó Chauncey intentando moverse entre las piernas de Linus, con distintos grados de éxito.

Sal contemplaba los árboles que los circundaban con los párpados entornados. Theodore había metido la cabeza bajo la camiseta del muchachote.

—Tenemos que ser valientes —dijo Sal.

—Tiene razón —dijo Lucy colocándose junto a él—. Los más valientes.

—Voy a tener que aprender a ser valiente ahora —dijo Chauncey a los pies de Linus.

—Tendría que haber traído la pala —murmuró Talia—. Les habría machacado la cabeza con ella a esos estúpidos caníbales.

—¿Qué hacemos? —preguntó Phee—. ¿Nos lanzamos a la carga?

Lucy sacudió la cabeza.

—¡Exijo saber quién mora aquí! —vociferó.

—¿Quién te crees que eres para exigirme nada, mocoso? —La voz de Zoe sonaba profunda, pero Linus notó que se estaba aguantando la risa.

—¡Soy el comandante Lucy, líder de esta expedición! Muéstrate, y te prometo que no te haremos ningún daño. Sin embargo, si planeas atacarnos porque aún tienes hambre, el señor Baker aquí presente se ha ofrecido a sacrificarse por los demás.

—Yo no me he ofrecido…

—¿El comandante Lucy? —inquirió Zoe, y sus palabras resonaron alrededor de ellos—. Cielo santo, he oído hablar de ti.

Lucy parpadeó, perplejo.

—¿Ah, sí?

—Ya lo creo. Eres famoso.

—¿Lo soy? Digo… ¡claro que lo soy! ¡El famoso comandante Lucy!

—¿Qué quieres de mí, comandante Lucy?

El chiquillo volvió la vista hacia sus compañeros.

—El tesoro —decidió Phee.

—Y que nos devuelva a Arthur —añadió Chauncey.

—¿Y si solo podemos elegir una de las dos cosas? —quiso saber Talia, que había vuelto a agarrar a Linus de la mano.

—Elegimos a Arthur —dijo Sal con una seguridad que Linus nunca había visto en él.

—Venga ya, ¿en serio? —se quejó Lucy levantando tierra de una patada—. Pero… pero el tesoro…

—Arthur —insistió Sal, y Theodore gorjeó en señal de conformidad desde debajo de su camiseta. Linus no estaba seguro de cuándo había empezado a entender sus gorjeos.

Lucy suspiró.

—Vale. —Volvió a mirar al frente—. ¡Buscamos a Arthur Parnassus!

—¿Eso es todo? —preguntó Zoe con voz estentórea.

—Bueno, tampoco le diría que no a un tesoro…

—¡Lucy! —siseó Chauncey.

Lucy soltó un quejido.

—¡Solo queremos a Arthur!

—¡Así sea, entonces!

El árbol se hundió en la tierra en un abrir y cerrar de ojos.

El sendero quedó despejado.

—¿Desea usted ir delante, comandante Lucy? —preguntó Linus.

Lucy negó con un gesto.

—Lo estaba haciendo usted muy bien, y me da que no es algo que le digan a menudo, así que no quiero quitarle ese privilegio.

Linus rezó pidiendo fuerzas mientras echaba a andar, sin que Talia le soltara la mano. Los demás niños se apelotonaron detrás de ellos, y Sal y Theodore cerraban la marcha.

No tuvieron que avanzar mucho; al poco rato, el camino desembocó en un pequeño claro. En medio, se alzaba una casa de una sola planta, de madera y recubierta de hiedra. Parecía muy antigua, y crecía abundante al pie de las paredes. La puerta estaba abierta. Linus recordó los cuentos de su infancia sobre brujas que engatusaban a los niños para que entraran en sus chozas. Pero las brujas que conocía no eran caníbales.

Al menos en su mayoría.

En ese momento, cayó en la cuenta de a quién debía de pertenecer esa casa, así como del gran honor que estaba a punto de concederles. Para un espíritu adulto, su posesión más importante era su hogar. Era allí donde atesoraba todos sus secretos. Los espíritus tenían fama de ser muy celosos de su intimidad, y a Linus no le cabía duda de que algún día Phee sería así también, aunque esperaba que recordara el tiempo que había pasado en Marsyas en su juventud. De ese modo, no tendría que vivir tan sola.

A Linus no se le escapó el detalle de que Zoe Chapelwhite los estaba invitando a entrar. Se preguntó si Arthur ya había estado ahí (suponía que sí). Y por qué Zoe había dejado que Linus estuviera en su isla, para empezar. Y quién era el propietario de la casa que albergaba el orfanato. No tenía respuesta a ninguna de estas incógnitas.

¿Resultaría apropiado preguntar? No estaba muy seguro. Eso no afectaría a los niños, ¿o sí?

—Ahí va —jadeó Lucy—. Fijaos en eso.

Empezaron a surgir flores a lo largo de los tallos de la hiedra. Era como si brotaran de la casa en sí. Los colores vivos —rosa, dorado, rojo y azul como el cielo y el mar— se extendían por la planta trepadora. Bastaron unos instantes para que la casa entera acabara cubierta de ellos, tejado incluido.

Phee suspiró con expresión soñadora.

—Qué bonito.

Linus no pudo por menos que estar de acuerdo. Nunca había visto cosa parecida. Pensó en lo apagados que parecían sus girasoles en comparación.

No entendía cómo había podido considerar que eran de tonos alegres.

Regresar a casa iba a resultar algo traumático.

Una figura apareció en la puerta.

Los niños se arrimaron más a Linus.

Zoe se detuvo en el vano de la puerta, donde daba el sol. Llevaba un vestido blanco que presentaba un hermoso contraste con su tez oscura. Las flores que lucía en el cabello hacían juego con las que crecían sobre su casa. Tenía las alas desplegadas del todo. Sonrió a los recién llegados.

—¡Exploradores! Me alegra que hayáis sabido encontrar el camino.

—¡Lo sabía! —se jactó Lucy alzando las manos con brusquedad—. No había caníbales. ¡Ha sido Zoe desde el principio! —Sacudió la cabeza—. Yo no estaba asustado, pero los demás sí. Deberían llevar pañales.

A juzgar por los gritos de indignación de los otros niños, discrepaban categóricamente de esta apreciación.

—¿Está vivo Arthur? —preguntó Chauncey—. ¿No se lo han comido ni nada?

—Nadie se lo ha comido —contestó Zoe saliendo de la casa—. Está dentro, esperándoos. Tal vez haya algo para almorzar. A lo mejor incluso un pastel. Pero tendréis que averiguarlo vosotros mismos.

Por lo visto, la promesa de comida disipó por completo los pocos temores que aún persistían, pues todos, hasta Sal, cruzaron el umbral en tropel. Theodore soltó un graznido, pero consiguió aferrarse al chico más corpulento.

Linus se quedó inmóvil, sin saber muy bien qué hacer. Zoe había lanzado una invitación, pero dirigida a los niños. No sabía si lo incluía a él.

Zoe se apartó de la casa. A cada paso, la hierba crecía bajo sus pies. Se detuvo frente a él, escrutándolo con curiosidad.

—Zoe —saludó él inclinando la cabeza.

—Linus —respondió ella divertida—. Me cuentan que has corrido toda una aventura.

—Ya lo creo. Estoy un poco fuera de mi elemento.

—Supongo que es lo que siente la mayoría de los exploradores cuando salen por primera vez del único mundo que conocen.

—A menudo piensas una cosa y dices otra, ¿verdad?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—La verdad es que no sé de qué me hablas.

Él no la creyó en absoluto.

—¿Arthur está bien?

Ella achicó ligeramente los ojos.

—Sí, Arthur está bien —dijo recalcando el nombre de Arthur.

Linus asintió despacio.

—Porque ya había estado aquí, deduzco.

—¿Hay algo que quieras preguntarme, Linus?

Había tantas cosas…

—No. Solo estaba… dándote conversación.

—No lo haces muy bien.

—Para serte sincero, no es la primera vez que me dicen eso.

Ella suavizó el semblante.

—No, supongo que no. Sí, ya había estado aquí antes.

—Pero ¿los niños no?

Zoe sacudió la cabeza.

—No, es la primera vez.

—¿Por qué ahora?

Ella clavó los ojos en él, que le brillaban con algo que él no acertó a identificar.

—Esta isla es tan suya como mía. Había llegado el momento.

Él frunció el ceño.

—Espero que no sea por mí.

—No, Linus. No es por ti. Los habría invitado aunque no estuvieras aquí. ¿Te apetece entrar?

Él intentó disimular la sorpresa, pero fracasó estrepitosamente.

—La isla no es mía.

Ella titubeó un momento.

—No, pero preferiría no dejarte aquí fuera solo. Después de todo, podría haber caníbales.

—Podría —convino él. Y añadió—: Gracias.

—¿Por?

No estaba muy seguro.

—Por casi todo, supongo.

—Eso es demasiado general.

—Prefiero plantearlo así, para que no se me olvide algo en particular.

Ella se rio. El sonido avivó el color de las flores que adornaban su pelo y su casa.

—Eres entrañable, Linus Baker. Tienes una fachada dura pero agrietada. Basta con escarbar un poquito para descubrir un mundo interior rebosante de vida. Es un enigma.

Él se sonrojó.

—No sabría decirte.

—Me cuentan que estabas filosofando en el bosque. Creo que Arthur lo ha pasado muy bien.

Linus comenzó a balbucear.

—No es… Supongo que él y yo… No ha sido nada del otro mundo.

—Pues yo creo que sí. —Dicho esto, giró sobre los talones y entró en la casa, mientras Linus la seguía con la mirada.



El interior de la casa parecía una extensión del exterior. El suelo era de tierra recubierta de un césped que formaba una alfombra gruesa. Había macetas colgadas del techo. Unos diminutos cangrejos azules y caracoles con caparazón verde y dorado se aferraban a las paredes. A través de las ventanas abiertas, a Linus le llegaba el lejano rumor del oleaje. Se había habituado a ese sonido. Lo echaría de menos cuando se marchara.

Había alimentos para ellos dispuestos sobre una encimera de madera. Los niños sujetaban en las manos lo que parecían unas grandes conchas sobre las que se servían grandes montones de comida. Había sándwiches, ensalada de patata y unas fresas de un rojo tan encendido que Linus estaba convencido de que eran artificiales hasta que Theodore le dio un mordisco a una y puso los ojos en blanco, preso del éxtasis.

Arthur Parnassus, sentado en una vieja silla con las manos sobre el regazo, observaba divertido cómo los niños procedían a ponerse las botas, pese a las advertencias de Zoe de que se lo tomaran con calma. No cabía duda de que las expediciones despertaban el apetito; a Linus también le gruñían las tripas.

—Me alegra ver que sigues con vida —comentó Linus, cambiando su peso de una pierna a otra con nerviosismo, de pie junto a la silla.

Arthur echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—He demostrado una gran valentía, lo sé.

A Linus se le escapó una risotada.

—En efecto. Se escribirán poemas épicos sobre ti.

—Eso me gustaría, creo.

—Claro que te gustaría.

A Arthur se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—Antes de abalanzarse sobre su botín, me han asegurado que los has cuidado bien en mi ausencia.

Linus negó con la cabeza.

—Seguramente Lucy te estaba tomando el pelo…

—Ha sido Sal.

Linus parpadeó, perplejo.

—¿Cómo dices?

—Sal dice que has tomado a Talia de la mano sin que ella tuviera que pedírtelo y que los has escuchado a todos y has dejado que tomaran sus propias decisiones.

Linus se aturulló.

—No pretendía… Solo me dejaba llevar.

—Pues gracias, de todos modos. Como ya te imaginarás, se trata de un gran elogio viniendo de él.

Linus se lo imaginaba.

—Supongo que se está acostumbrando a mi presencia.

Arthur negó con un gesto.

—No es eso. Lo que pasa es que… es muy perceptivo. Quizá más que la mayoría de nosotros. Percibe la bondad en las personas. También la maldad. Se ha cruzado con toda clase de gente a lo largo de su corta vida. Ve cosas que los demás pasamos por alto.

—Yo soy quien soy —declaró Linus inseguro respecto a dónde quería llegar Arthur—. No sé ser otra persona. Siempre he sido así. No es gran cosa, pero hago todo lo que puedo con lo que tengo.

Arthur lo contempló con tristeza. Alargó el brazo y le dio un breve apretón en la mano antes de soltársela.

—Supongo que no se puede pedir más. —Se puso de pie, sonriente, aunque con una sonrisa menos radiante de lo habitual—. ¿Qué tal el botín, exploradores?

—¡Muy bueno! —exclamó Chauncey engullendo un sándwich entero de un bocado. El emparedado descendió por el interior de su cuerpo y empezó a desintegrarse.

—Sería mejor si se tratara de un tesoro de verdad —murmuró Lucy.

—¿Y si el tesoro consistiera en las amistades que hemos afianzado por el camino? —preguntó Arthur.

Lucy puso mala cara.

—Ese es el peor tesoro del mundo. Ya eran mis amigos antes. Quiero rubís.

Theodore irguió la cabeza de repente y emitió un gorjeo interrogativo.

—No —respondió Talia con la boca llena de ensalada de patatas. Tenía trocitos de huevo y manchas de mostaza en la barba—. No hay rubís.

El guiverno dejó caer las alas, desanimado.

—Pero hay pastel —dijo Zoe—. Preparado especialmente para ti.

Lucy suspiró.

—Si no queda más remedio…

—No queda —afirmó Arthur—. Y creo que lo disfrutarás tanto como si fueran rubís. —Volvió la mirada hacia Linus—. ¿Tienes hambre, mi querido explorador?

Linus asintió con la cabeza y se unió a los demás.



Fue en medio del barullo del almuerzo (Chauncey hundió toda la cara en su trozo de pastel) y de las risas (Chauncey escupió una ráfaga de migas de pastel cuando Linus contó un chiste más bien verde y sumamente inapropiado para alguien de su edad) cuando Linus advirtió que Zoe y Phee se escabullían por la puerta. Arthur y los otros niños estaban distraídos («¡Chauncey! —gritó Lucy alegre—. ¡Me has metido pastel por la nariz!»), y a Linus lo asaltó el extraño y repentino impulso de investigar qué se traían entre manos los dos espíritus.

Las encontró justo al otro lado de la primera línea de árboles que crecían detrás de la casa. Zoe tenía la mano sobre el hombro de Phee, y sus alas relucían bajo los rayos de luz que atravesaban el follaje.

—¿Y qué has percibido? —preguntó Zoe. Aunque no miraron en su dirección, él sospechaba que sabían que estaba ahí. Los días en que podía moverse con sigilo habían quedado muy atrás.

—El suelo —dijo al instante Phee, con el cabello rojo como el fuego—. Los árboles. Su raigambre, bajo la arena y la tierra. Era como… era como si estuviera esperándome. Escuchando.

Esto pareció complacer a Zoe.

—Exacto. Hay un mundo oculto bajo aquello que vemos. La mayoría no comprende su naturaleza. Creo que tenemos suerte. Captamos cosas que escapan a los demás.

Phee tendió la vista hacia el bosque, agitando las alas.

—Me gustan los árboles. Más que casi todas las personas.

Linus fue incapaz de contener un resoplido. Intentó disimularlo, pero ya era demasiado tarde. Volvieron la cabeza hacia él, lentamente.

—Perdón —se apresuró a decir—. Lo siento mucho. No era mi intención… No quería interrumpir.

—¿Hay algo que quieras decirnos? —preguntó Zoe, y aunque no había ira en sus palabras, su tono era mordaz.

Él se dispuso a negar con la cabeza, pero cambió de idea.

—Es solo que… tengo girasoles. En mi casa, en la ciudad. —Sintió una fuerte punzada en el pecho, pero frotándose se le pasó—. Unas plantuchas enclenques que no siempre hacen lo que yo quiero, pero las planté yo mismo y las cuidé conforme crecían. En general me gustan más que la mayoría de la gente.

Phee entrecerró los párpados.

—Girasoles.

Linus se enjugó la frente.

—Sí. No son… En fin. No son fabulosos como las flores del jardín de Talia o como los árboles de aquí, pero dan un toque de color a la grisura del acero y la lluvia.

Phee le escudriñó el rostro.

—¿Y te gusta el color?

—Claro —respondió Linus—. Es poca cosa, pero creo que hasta los detalles más insignificantes pueden ser importantes.

—Siempre se empieza por algo —aseveró Zoe dándole unas palmaditas en la cabeza a Phee—. Todo aquello que cultivamos con esmero puede llegar a crecer mucho más de lo que creíamos posible. ¿No es así, Linus?

—Por supuesto —dijo Linus. Sabía que ambas estarían pendientes de cada una de sus palabras, así que lo menos que podía hacer era hablar con sinceridad—. Reconozco que los echo de menos más de lo que creía. Tiene gracia, ¿no?

—No —dijo Phee—. Yo echaría de menos este lugar si tuviera que marcharme.

Ay, madre. No esperaba que la conversación tomara ese rumbo. Se había pillado los dedos, pero bien.

—Sí, ya lo veo. —Alzó la mirada hacia los árboles—. Tiene sus encantos, qué duda cabe. Lo reconozco.

—*Populus tremuloides* —dijo Phee.

Linus la miró con los ojos entornados.

—¿Perdona?

Zoe sofocó una carcajada con el dorso de la mano.

—*Populus tremuloides* —repitió Phee—. Leí sobre ellos en un libro. Los álamos temblones. Si alguna vez te topas con alguno, verás que crecen en grandes grupos. El tronco es en gran parte blanco, pero las hojas son de un

amarillo intenso, casi dorado. Como el sol. —Tendió de nuevo la vista hacia el bosque—. Casi como los girasoles.

—Deben de ser preciosos —comentó Linus sin saber qué añadir.

—Lo son —dijo Phee—, pero lo más importante es lo que hay debajo. Los bosquecillos pueden estar formados por miles de árboles, en ocasiones incluso decenas de miles. Aunque cada uno es distinto, el secreto radica en que todos son iguales.

Linus pestañeó, desconcertado.

—¿Y eso cómo se explica?

Phee se acuclilló en el suelo y trazó unas rayas con los dedos en la tierra suelta.

—Son clones, un único organismo regido por un extenso sistema radicular subterráneo. Genéticamente todos los especímenes son iguales, aunque cada uno tiene su propia personalidad, como suele ocurrir con los árboles. Sin embargo, antes de que crezcan, las raíces pueden permanecer inactivas durante décadas, aguardando a que se den las condiciones adecuadas. Es solo cuestión de tiempo. Hay un clon que, según se dice, tiene ochenta mil años, posiblemente el organismo vivo más antiguo del mundo.

Linus asintió despacio.

—Entiendo.

—¿De verdad? —preguntó Phee—. Porque incluso si arrasaras el bosquecillo, si talaras todos los árboles, volverían a nacer y a crecer como antes, a menos que arrancaras las raíces. Tal vez no serían idénticos a los anteriores, pero, con el tiempo, los troncos se volverían blancos, y las hojas doradas. Me gustaría verlos algún día. Creo que tendrían mucho que contarme.

—Seguro que sí —dijo Zoe—. Más de lo que jamás podrías asimilar. Conservan recuerdos de hace mucho mucho tiempo.

—¿Tú los has visto? —preguntó Linus.

—Puede.

—Espíritus —refunfuñó él para sí. Luego, en voz alta—: Si son todos iguales, ¿cómo se distinguen entre sí?

—Hay que fijarse en lo que hay debajo —dijo Phee hundiendo las manos en la tierra—. Tienes que dedicar tiempo a aprender a identificar las diferencias. Es un proceso lento, pero para eso está la paciencia. Las raíces pueden esperar todo el tiempo del mundo a que llegue el momento oportuno. —Frunció el ceño, con la mirada clavada en el suelo—. Me pregunto si yo podría…

Linus dio un paso al frente cuando ella soltó un gemido, como si estuviese herida. Zoe sacudió la cabeza en señal de advertencia, así que él se paró en seco. Se produjo un cambio sutil en el ambiente, como si el aire estuviera un poco más cargado. Phee comenzó a agitar las alas con rapidez, que refractaban la luz creando pequeños arcoíris. Hundió aún más las manos hasta que quedaron enterradas del todo. Le caían gotas de sudor de la punta de la nariz al suelo. Tenía el entrecejo arrugado. Con un suspiro, sacó las manos de la tierra.

Linus enmudeció al ver que un tallo verde surgía del suelo. Se desplegaron unas hojas alargadas y finas. El tallo se mecía adelante y atrás bajo las palmas y los dedos crispados de Phee. El hombre se quedó de piedra cuando brotó una flor de vistosos pétalos amarillos. Creció unos cuantos centímetros hasta que Phee bajó las manos.

—No es un girasol —murmuró ella—. Creo que no sobreviviría aquí mucho tiempo, por muy buenas que sean nuestras intenciones. Se trata de una margarita amarilla.

A Linus le costó recuperar el habla.

—¿Has…? ¿Eso…? ¿La has hecho brotar tú?

Ella restregó los pies descalzos en el suelo.

—Ya sé que no es gran cosa. A Talia se le dan mejor las flores. Yo prefiero los árboles. Viven más.

—¿Que no es gran cosa? —exclamó Linus con incredulidad—. Phee, es maravilloso.

Sorprendida, ella desplazó la vista entre Linus y Zoe.

—¿De veras?

Él se abalanzó hacia la flor y se agachó frente a ella. Alargó la mano temblorosa para tocarla con delicadeza, convencido en parte de que no era real, sino una mera ilusión óptica. Se le escapó un grito ahogado cuando frotó el sedoso y terso pétalo con los dedos. Era diminuto y, sin embargo, había aparecido donde, solo unos momentos atrás, no había nada. Alzó la mirada hacia Phee, que lo observaba mordisqueándose el labio inferior.

—Lo es —respondió con firmeza—. Absolutamente maravilloso. Nunca había visto nada igual. De hecho, te diría que es mejor que los girasoles.

—No nos pasemos —gruñó Phee, aunque pareció que se esforzaba por reprimir una sonrisa.

—¿Cómo lo has hecho? —inquirió él, con el pétalo aún entre los dedos.

Ella se encogió de hombros.

—Escuchando a la tierra. Canta. La mayoría de la gente no se da cuenta. Tienes que prestar toda tu atención. Algunos nunca llegan a oírla, por más que se esfuerzan. Pero yo la oigo con la misma claridad con que te oigo a ti. Me ha cantado, y yo le he prometido que, a cambio, cuidaría de ella si me daba lo que le pedía. —Bajó los ojos hacia la flor—. ¿De verdad te gusta?

—Sí —musitó Linus—. Mucho.

Ella le dedicó una gran sonrisa.

—Qué bien. Para tu información, la he llamado Linus. Deberías sentirte honrado.

—Así me siento.

—Es un nombre perfecto para ella —prosiguió Phee—. Es un poco endeble, no es precisamente una belleza y lo más seguro es que muera si alguien no cuida de ella con regularidad.

Linus suspiró.

—Ah. Entiendo.

—Me alegro —dijo ella ensanchando la sonrisa. Se puso un poco más seria al mirar de nuevo la flor—. Pero sigue siendo algo bonito, si lo piensas bien. Antes no estaba ahí y ahora sí. Eso es lo único que importa, a la larga.

—Puedes crear algo a partir de la nada —dijo Linus—. Eso es impresionante.

—No lo he creado a partir de la nada —repuso ella—. Simplemente estaba… escondido. Sabía qué debía buscar porque había aguzado el oído. Si escuchas bien, puedes oír toda clase de cosas que ni siquiera sabías que estaban ahí. Y ahora, si me disculpas, iré a meterme tanto pastel en la boca, que seguramente me atragantaré. Y luego comeré un poco más. Os juro que, si Lucy no me ha dejado un trozo, haré que le brote un árbol de las orejas.

Dicho esto, se encaminó hacia la cabaña, batiendo las alas a toda velocidad.

Linus la siguió con la mirada.

—Ha sido… una amenaza contundente.

Zoe se rio.

—Sí, ¿verdad?

—Es una chica muy hábil.

—Todos lo son. Te darás cuenta si te fijas menos en las florituras de la superficie y más en las raíces que hay debajo.

—Eso ha sido una pulla —dijo él.

—Supongo que sí —admitió Zoe—, pero tengo la impresión de que no captas las sutilezas. —Se volvió hacia la casa y echó a andar, pisando las

huellas de Phee en la tierra—. ¿Vienes, Linus? Me parece que mereces otra rebanada de pastel después de la lección.

—Ahora voy —dijo él. Contempló otra vez la flor mientras Zoe entraba en la casita. Su dedo tocó el centro con la máxima suavidad posible. Cuando lo retiró, tenía la yema amarilla por el polen. Sin pensar, se llevó el dedo a la lengua. El polen tenía un sabor silvestre, amargo y lleno de vida.

Cerró los ojos y respiró.

Once

Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos
Informe del caso n.º 2 sobre el orfanato de Marsyas
Linus Baker, trabajador social BY78941

Juro solemnemente que los datos contenidos en este informe son precisos y verídicos. Tengo plena conciencia de que, en virtud de las directrices del DEJOMA, toda falsedad detectada será sancionable y posible causa de despido.

Mi segunda semana en el orfanato de Marsyas me ha abierto más los ojos sobre sus residentes. Donde antes solo veía caos, ahora percibo un orden extraño pero indudable. Esto se debe no tanto a los cambios introducidos a toda prisa antes de mi llegada (me imagino que fueron unos cuantos; es lo habitual cuando el trabajador social está a punto de llamar a la puerta) como al hecho de que me he acostumbrado a cómo funcionan las cosas aquí.

La señorita Chapelwhite, aunque no está en nómina del DEJOMA, cuida de estos niños como si fueran sus hijos. Esto resulta un tanto sorprendente, teniendo en cuenta que es un espíritu de la naturaleza, ya que estos seres son conocidos por llevar una existencia solitaria y por demostrar un fuerte instinto protector hacia el territorio que custodian. De hecho, creo que nunca he conocido un espíritu de la naturaleza que no guardara celosamente su intimidad. Y aunque no describiría a la señorita Chapelwhite como una persona abierta y comunicativa, colabora codo con codo con el director del centro para garantizar que a los niños no les falte de nada. Me la encuentro a menudo en la cocina preparando comidas, e incluso ha empezado a dirigir grupos de estudio para las clases que imparte el señor Parnassus. Está versada en diferentes temas, y su labor de tutoría refuerza el aprendizaje de los niños. Esta parece libre de cualquier tipo de propaganda, aunque esto tal vez se deba a mi presencia.

Por fin he visto la habitación de Lucy y he presenciado una de sus sesiones con el señor Parnassus. Si dejamos de lado lo que sabemos sobre el muchacho —sobre quién se supone que es—, nos queda un joven curioso que acostumbra a decir barbaridades, no porque las crea realmente, sino para escandalizar a los demás. Posee una inteligencia casi aterradora y una buena dicción. Si el DEJOMA no estuviera convencido de que es el Anticristo —palabra vetada en el orfanato de Marsyas—, yo pensaría que no es más que un chico con facilidad para evocar imágenes perturbadoras. Por otro lado, me imagino que esto es lo que quiere que crea. No debo bajar la guardia. Que presente el aspecto de un niño no significa que no sea capaz de provocar grandes desastres.

Su habitación es pequeña, pues antes de que la acondicionaran para él era el vestidor del dormitorio del señor Parnassus. Le dio un poco de vergüenza mostrármela, pero su amor por la música me permitió establecer lazos con él. Creo que —con una orientación adecuada— llegará a convertirse en un miembro productivo de la sociedad. Siempre y cuando no sucumba a su auténtica naturaleza, claro está. Lo que suscita la cuestión de lo innato contra lo adquirido, la pregunta de si en el mundo existe un mal intrínseco que puede vencerse por medio de una educación normalizada. ¿Es el muchacho susceptible de regeneración, de asimilación? El tiempo lo dirá.

Aunque todavía no he visto la habitación de Sal, creo que me estoy ganando su confianza poco a poco. Debo tratarlo con mucho tacto. Es como un potrillo asustadizo. Dicho

esto, lo he oído hablar más en el último día que durante el resto de mi estancia. En realidad, no hablaba conmigo, sino delante de mí, pero no creo que eso tenga mayor importancia. Hay que animarlo con cuidado a que muestre su verdadero yo.

Theodore —el guiverno— posee un tesoro que aún no me ha enseñado, pero que contiene por lo menos una docena de botones míos. Tal vez nunca llegue a verlo, pero, de momento, no me preocupa demasiado. Me habría sido útil saber antes de mi llegada que los vecinos del pueblo reciben dinero del gobierno a cambio de su silencio. Los pequeños detalles como ese son importantes, y el no saberlo me ha hecho parecer poco profesional. Por otro lado, me surgen dudas sobre el origen de este dinero. ¿Procede de los fondos destinados a este orfanato en concreto? En caso afirmativo, me imagino que un auditor tendría algo que objetar al respecto.

Los vecinos del pueblo cercano muestran cierta hostilidad hacia los residentes del orfanato. Creo que al DEJOMA no le benefician en absoluto sus campañas en colaboración con el Departamento Encargado del Registro. Hay letreros de SI VES ALGO, AVISA en todas las esquinas, y me recuerdan a los de la ciudad, aunque aquí parecen ocupar más espacio. Si los niños no se sienten bienvenidos en el mundo real, ¿qué esperanzas tenemos de integrarlos en la sociedad?

Estoy pensando en organizar una escapada de un día, para tantear el terreno. Tendré que planteárselo al señor Parnassus, por supuesto. Creo que les haría bien a los niños y, con un poco de suerte, demostraría a los vecinos que sus temores son injustificados. Si Arthur no acepta mi propuesta, supongo que tendré que acatar su decisión.

Qué personaje tan extraño, Arthur. Los niños le importan, eso me queda claro. Aunque no sigue las *Normas y reglamentos* al pie de la letra (o las ignora directamente), creo que lleva a cabo una labor meritoria. Todos los niños se profesan un gran cariño unos a otros, cosa que atribuyo en gran parte a Arthur.

Aun así, es un enigma. Pese a todo lo que he averiguado tras mi llegada a este lugar, me da la sensación de que sé menos de él que de nadie. Eso es algo que tendré que remediar, supongo.

Por el bien de los niños, se entiende.

Hoy Talia me ha enseñado otra parcela de su jardín. Los gnomos destacan como horticultores, pero ella parece eclipsar incluso a los mejores y…



El martes de la segunda semana de Linus en Marsyas, *Calíope* decidió cometer un hurto para que él la persiguiera.

No era algo que le apeteciera lo más mínimo a Linus; acababan de almorzar, y estaba sentado en el porche, al sol, dormitando muy a gusto. Aún le quedaba un rato antes de tener que regresar al edificio principal para asistir a las clases de los niños, y estaba aprovechándolo de forma muy sensata.

Por otra parte, la idea en sí de perseguir a una gata no acababa de seducir a Linus. Pese a todas sus habilidades, no le gustaba perseguir a nadie ni a nada. Perseguir implicaba correr, y él había decidido hacía mucho tiempo que correr no era algo que le entusiasmara. Nunca había entendido a esas personas que se levantaban incluso antes del alba, se calzaban sus zapatillas caras y sofisticadas, y salían a correr a propósito. Era de lo más irregular.

Sin embargo, *Calíope* salió pitando de la casa para invitados con el lomo erizado y los ojos como platos, como a veces hacen los felinos por razones misteriosas. Lo miró con expresión salvaje y la cola tiesa en vertical, clavando las garras en las tablas del suelo.

Tenía una corbata de Linus en la boca.

Él frunció el ceño.

—Pero ¿qué estás…?

Calíope salió disparada del porche hacia el jardín.

Linus estuvo a punto de caerse de bruces al levantarse de la silla, pero, por la gracia de Dios, consiguió mantenerse en pie. Observó a la gata correr con la corbata negra ondeando tras ella.

—¡Eh! —gritó—. Pero ¿qué haces, condenado animal? ¡Detente ahora mismo!

Ella, lejos de detenerse, desapareció tras un seto.

Por un momento, Linus consideró la posibilidad de dejarla marchar. Al fin y al cabo, no era más que una corbata. De hecho, no se había puesto una en toda la semana. Hacía demasiado calor, y Phee le había preguntado por qué siempre llevaba una. Cuando él le había respondido que lo más apropiado para un hombre de su posición era usar corbata, ella se había quedado mirándolo unos instantes antes de alejarse, sacudiendo la cabeza.

Pero desde luego Phee no había sido la causa de que renunciara por primera vez a ponerse la corbata un domingo. Y, al llegar el lunes, había decidido que desde luego no era necesario, al menos por el momento. Cuando regresara a la ciudad, tendría que volver a llevarla, por supuesto, pero ¿allí, en la isla?

Nadie lo supervisaba.

¿Quién iba a enterarse?

(Al parecer, Phee se había fijado, a juzgar por su sonrisita burlona.)

De todos modos, esa corbata le había costado más cara de lo que quería recordar, y el hecho de que no la llevara puesta en ese momento no le daba derecho a *Calíope* a robársela. La necesitaría cuando volviera a casa.

Así que salió en persecución de su gata.

Estaba sudando cuando llegó al jardín. Debido a su forma y volumen, la resistencia del viento le dificultaba mucho el correr. Bueno, tal vez «correr» no era la palabra más adecuada, pero trotar le costaba el mismo esfuerzo.

Entró en el jardín llamando a *Calíope* a gritos, exigiéndole que saliera de su escondite. Ella no le hizo caso, naturalmente, porque era una gata y no

hacía caso a nadie. Linus la buscó bajo los setos y en los arriates, convencido de que la encontraría agazapada, retorciendo la cola mientras roía su corbata.

—No sé por qué la vida en la isla hace que te portes así —dijo en voz alta al tiempo que se levantaba apoyándose en los brazos—, pero te aseguro que las cosas cambiarán cuando regresemos a casa. Esto es inaceptable.

Se adentró en el jardín hasta que llegó a una zona que no conocía. Se extendía a lo largo de un costado de la casa, y era mucho más frondosa que lo que Talia le había mostrado hasta entonces. Ahí, las flores parecían más silvestres, y sus colores más vivos, hasta tal punto que casi apabullaban. El sol brillaba al otro lado del edificio, por lo que las sombras abundaban. Había sitios de sobra en los que podía ocultarse un minino.

Linus rodeó un árbol viejo, de ramas nudosas y hojas torcidas, y vio…

—Ahí estás —dijo con un suspiro—. ¿Qué mosca te ha picado?

Calíope estaba sentada sobre sus patas traseras, y la corbata en el suelo, a sus pies. Alzó hacia él una mirada astuta. Emitió otro maullido, un sonido al que él aún no se había acostumbrado.

—Me da igual —contestó—. No puedes robarme cosas. Es de mala educación, y no me gusta tener… que… perseguirte…

Parpadeó.

Ahí, detrás de *Calíope*, al pie de la casa, había lo que parecía la trampilla de una bodega. Los cimientos eran de piedra, y las puertas, gruesas. Se acercó, arrugando el entrecejo al ver lo que se le antojaron unas quemaduras superficiales en la madera, como si en algún momento del pasado se hubiera producido un incendio tras ellas. Linus hizo memoria, intentando recordar si le habían dicho que el edificio tenía sótano. Le daba la impresión de que no, y, salvo por la habitación de Sal, había visitado cada rincón de la casa. Si aquello era, en efecto, un sótano, no había forma de acceder a él desde dentro.

La trampilla estaba cerrada con un candado oxidado. Lo que había debajo —si es que había algo— permanecería oculto. Por un momento, Linus consideró la posibilidad de ir en busca de una de las palas de Talia y hacer palanca con ella para abrir la puerta, pero la descartó de inmediato. Si estaba cerrada, por algo sería. Seguramente para impedir que entraran los niños. Si algo se había quemado ahí abajo, no era un lugar seguro. Seguramente el mismo Arthur había puesto el candado. Parecía que hacía siglos que nadie pasaba por ahí; el sendero que conducía hasta la trampilla estaba invadido de hierbajos, lo que contrastaba con el resto del jardín de Talia.

—Lo más probable es que sea una carbonera —murmuró Linus—. Eso explicaría las quemaduras. Y, como el carbón ya casi no se usa, más vale

prevenir que curar. —Se agachó y recogió la corbata, mientras *Calíope* lo miraba con ojos relucientes—. Esto es mío —le informó—. Robar no está bien.

Por toda respuesta, ella se lamió la pata y se frotó la cara con ella.

—Ya, bueno, pues de todos modos…

Echó una última ojeada a la trampilla del sótano antes de regresar por donde había venido.

Tomó nota mental de preguntarle a Arthur lo de la bodega en cuanto se quedaran un momento a solas.

* * *

Cosa que, para su creciente consternación, no ocurrió. No tenía idea de por qué una cosa así le producía consternación, pero el caso es que estaba consternado. Cada vez estaba más convencido de que los sentimientos que Arthur Parnassus despertaba en él, fueran los que fuesen, eran temporales y resultado de la proximidad. Linus no tenía muchos amigos (para ser sincero consigo mismo, no tenía ninguno), y la idea de considerar a Arthur Parnassus un amigo lo atraía, por muy poco práctica que fuera. Pero no podían ser amigos. Linus estaba ahí en calidad de representante del DEJOMA. Arthur era director de un orfanato. Había una investigación en curso, y mantener un trato demasiado familiar con las personas investigadas no era apropiado. *Normas y reglamentos* lo dejaba muy claro: «El trabajador social —decía— debe ser siempre objetivo. La objetividad reviste una importancia capital para la salud y el bienestar de los jóvenes mágicos. No se debe permitir que estos establezcan una relación de dependencia respecto al trabajador social, pues él NO ES SU AMIGO».

Linus tenía una misión que cumplir, lo que significaba que no podía quedarse cruzado de brazos esperando la oportunidad de hablar con Arthur en privado. Y aunque las sesiones entre el director y Lucy le parecían fascinantes, no podía dedicarles *todo* su tiempo. Debía tener en cuenta a los otros cinco y evitar a toda costa cualquier impresión de favoritismo.

Acompañó a Talia a su jardín mientras la oía contar las excelencias (las innumerables excelencias) del trabajo con la tierra.

Siguió a Phee y a Zoe al corazón del bosque, mientras esta hablaba de la importancia de *escuchar* el terreno que los rodeaba, los árboles, la hierba y los pájaros.

Prestó atención a Chauncey mientras este lo agasajaba con relatos sobre botones de hotel famosos (en su mayoría ficticios, según las sospechas de

Linus) que abrían puertas, acarreaban maletas, resolvían misterios como robos de joyas o subían bandejas del servicio de habitaciones. Sacó un libro voluminoso (casi tanto como *Normas y reglamentos*) de debajo de la cama, forrado con plástico para que no se mojara. Con un gruñido, lo alzó por encima de su cabeza, arrugando el plástico, para enseñarle el título a Linus: *Historia de los botones a lo largo de los siglos*.

—Me lo he leído cuatro veces y media —anunció orgulloso.

—¿De veras? —preguntó Linus.

—Y tanto. Quiero estar seguro de lo que hago.

—¿Por qué?

Chauncey parpadeó despacio, primero con el ojo derecho, luego con el izquierdo.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres ser botones?

Chauncey desplegó una sonrisa.

—Porque los botones ayudan a la gente.

—¿Y eso es lo que quieres hacer?

La sonrisa flaqueó ligeramente.

—Más que nada en el mundo. Sé que soy… —Castañeteó los negros dientes—. Diferente.

Linus dio un respingo.

—No, no es a eso a lo que me… No tienes absolutamente nada de malo.

—Lo sé —contestó Chauncey—. Ser diferente no tiene por qué ser malo. Arthur dice que a veces es mejor ser diferente que ser como todos los demás. —Miró el libro que sujetaba entre los tentáculos—. Cuando la gente llega a un hotel, por lo general está cansada y quiere que alguien le eche una mano con las maletas. Y eso es algo que se me da de miedo. Talia me pide a menudo que le levante cosas pesadas, y gracias a eso practico. —Bajó la vista hacia el libro con expresión ceñuda—. Que tenga este aspecto no significa que no pueda ayudar a la gente. Sé que a algunos les parezco terrorífico, pero le aseguro que no lo soy.

—Claro que no lo eres —dijo Linus en voz baja. Señaló el libro con una inclinación de la cabeza—. Adelante, léeme las historias de esos botones a lo largo de los siglos. Estoy seguro de que serán apasionantes.

A Chauncey le botaron los ojos a causa del entusiasmo.

—Ya lo creo. ¿Sabía que el primer uso de la palabra «botones» con ese sentido data de 1917? También se les conoce como «recaderos» o «mozos de hotel». ¿A que es alucinante?

—Lo es —dijo Linus—. Es tal vez lo más alucinante que he oído nunca.

Se sentó junto a Theodore cerca de su nido (nunca dentro, porque no quería recibir un mordisco) y escuchó los gorjeos del guiverno mientras este le mostraba cada uno de sus pequeños tesoros: un botón, una moneda de plata, otro botón, un papel doblado con unas palabras que parecían escritas por Sal (aunque Linus no alcanzó a leerlas) y otro botón más.

Y les preguntó a todos y cada uno de ellos si eran felices, si tenían alguna preocupación, si había algo en la isla que les diera miedo.

Ya había formulado preguntas parecidas en otros orfanatos, por lo que había aprendido a distinguir cuándo los niños habían recibido instrucciones de responderle lo que se suponía que él quería oír. Siempre había un matiz de artificialidad en sus animadas palabras de alegría y sus «No, señor Baker, no me pasa nada malo y estoy muy contento».

No era eso lo que sucedía en Marsyas. Ahí, Talia, mirándolo con recelo, le había preguntado para qué quería saber eso y si debía ir a por la pala. Ahí, Phee se había reído y le había asegurado que por nada del mundo querría estar en otro sitio, porque esos eran sus árboles y esa era su gente. Ahí, Lucy le había sonreído de oreja a oreja y le había dicho: «Claro, señor Baker. Me gustaría marcharme algún día a otra parte», pero solo si todos los demás se iban con él y suscribían sus ideas de dominar el mundo. Ahí, Chauncey, con los ojos botando, le había comentado que le encantaba la isla, pero que le gustaría que hubiera un hotel donde acarrear maletas. Ahí, Theodore tropezaba con sus alas por la emoción de ver a Arthur, aunque solo hubiera estado unos minutos sin verlo.

Y fue ahí donde, el jueves de la segunda semana, a las cinco y cuarto, Sal se presentó en el porche de la casa para invitados, mordisqueándose el labio inferior.

Al oír los golpes en la puerta, Linus la abrió, y le sorprendió ver a Sal, solo. Se asomó al exterior para comprobar si había algún otro niño por ahí escondido, pero no.

No había nadie más que Sal.

Linus se apresuró a componer su expresión para no asustar al muchacho.

—Hola, Sal.

El chico retrocedió un paso, con los ojos desorbitados. Lanzó una mirada hacia atrás y, aunque Arthur no estaba a la vista, a Linus no le cabía duda de que los observaba desde algún sitio. No sabía cómo lo sabía, pero tenía la impresión de que en la isla sucedían pocas cosas sin que el director se enterara.

Sal se volvió de nuevo hacia Linus y bajó la vista al suelo. Tenía las manos a los costados, cerradas en puño, y respiraba con dificultad. A Linus empezaba a preocuparle que tuviera algún problema serio, cuando *Calíope* le pasó entre las piernas y comenzó a restregarse contra Sal. Soltó un fuerte maullido, arqueando el lomo y moviendo las orejas.

Sal le dedicó una tenue sonrisa y pareció tranquilizarse un poco.

—Es una buena gata —dijo Linus con voz suave—. Da un poco de guerra de vez en cuando, pero nada con lo que no pueda lidiar.

—Me gustan los gatos —declaró Sal casi en un susurro—. Por lo general, yo no les gusto a ellos. Por el tema canino.

—*Calíope* es un poco distinta. A ella le gustas.

Sal alzó los ojos hacia él.

—¿En serio?

Linus se encogió de hombros.

—¿No oyes cómo te habla?

Sal asintió.

—Nunca la había oído hacer eso. Bueno, ronronea como cualquier otro gato, pero nunca maúlla. O más bien, no maullaba hasta que vinimos aquí y te conoció.

Sal parecía estupefacto.

—Vaya —dijo bajando de nuevo la mirada hacia ella—. ¿Y eso por qué?

—Me gusta pensar que es porque sabe juzgar a la gente. Quizá percibe algo en ti que la motiva a hablar. Los gatos son muy inteligentes en ese sentido. Si intuyen que alguien no es buena persona, tienden a evitarlo, o incluso lo atacan.

—A mí nunca me ha atacado —señaló Sal.

—Lo sé. Le caes bien.

Sal se rascó la nuca.

—A mí también me cae bien.

—Eso es bueno —dijo Linus—, porque, del mismo modo que los gatos leen a las personas, siempre es posible juzgar a una persona por la manera en que trata a los animales. Si es cruel con ellos, hay que evitar a esa persona a toda costa. Si es amable, me gusta pensar que eso es lo que distingue a un alma bondadosa.

—Soy amable con los animales —aseveró Sal en un tono animado que Linus nunca había oído en él—. Y creo que siempre les caigo bien.

—Qué te parece —dijo Linus, divertido—. Me alegra mucho oír eso.

Sonrojado, Sal desvió la vista. Cuando habló de nuevo, murmuró algo que Linus no alcanzó a entender.

—¿Me lo repites, por favor? No lo he pillado.

Sal respiró hondo y exhaló despacio.

—Me preguntaba si tal vez querría ver usted mi habitación.

Aunque esto conmovió a Linus más de lo que esperaba, procuró que no se le notara en la voz.

—Sí que me gustaría. —De pronto, lo asaltó una duda—. ¿Te ha sugerido alguien la idea de que me invites? Porque no quiero que hagas algo para lo que no estás preparado.

Sal se encogió de hombros, incómodo.

—Antes de que viniera usted, Arthur dijo que querría verla, pero no ha vuelto a tocar el tema.

Linus se sintió aliviado.

—¿Y ninguno de los demás niños…?

El chico negó con la cabeza.

—No. A ver, sé que ya ha visitado sus habitaciones, pero… no me han dicho nada.

A Linus le entraron ganas de preguntarle por qué justo en ese momento, pero se aguantó. No quería poner aún más tenso al muchacho.

—En ese caso, será un placer.

—¿Puede venir *Calíope* también? —preguntó Sal atropelladamente—. Solo si a usted le parece bien. No quiero causarle problemas a nadie…

Linus alzó la mano.

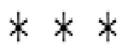
—Por supuesto. Pero dejaremos que sea ella quien decida. Si nos sigue, como imagino que hará, dejaremos que nos acompañe.

—De acuerdo.

—¿Vamos allá?

Sal volvió a morderse el labio antes de asentir con rigidez.

Linus salió de la casa para invitados y cerró la puerta.



Calíope los siguió, tal como había previsto Linus. Caminaba cerca de Sal en todo momento, y solo se adelantaba unos pasos antes de dar media vuelta y regresar junto a él. A Linus casi lo ofendían estas evidentes muestras de afecto, pero como era un hombre de cuarenta años y no un adolescente resentido, no dijo una palabra. Además, saltaba a la vista que la minina estaba ayudando, y Linus no iba a oponerse a eso.

En el jardín se cruzaron con Talia, que solo los saludó con la mano antes de concentrarse de nuevo en sus flores. Chauncey, a su lado, proclamaba a voces que las flores eran lo más hermoso que había visto nunca y que, si ella no tenía nada que objetar, le apetecía comerse unas cuantas. Phee y Zoe estaban en el bosque. Lucy se encontraba en su cuarto, con Arthur. Cuando se aproximaban a la escalinata, Theodore gorjeó. Al levantar la vista, Linus advirtió que el guiverno estaba colgado de una viga expuesta, por encima de sus cabezas, como un murciélago. Emitió otro sonido.

—No pasa nada, Theodore —le respondió Sal—. Yo le he pedido que venga.

Theodore gorjeó de nuevo antes de cerrar los ojos, mientras Linus subía la escalera detrás de Sal.

Se detuvieron frente a la puerta de su habitación. Sal, que parecía nervioso, como casi siempre, llevó una mano temblorosa al pomo.

—Si no estás preparado, no te preocupes —dijo Linus—. No quiero presionarte, Sal. Por favor, no lo hagas por mí.

Con el ceño fruncido, Sal volvió la mirada hacia Linus.

—¿Por quién iba a hacerlo, si no?

Linus se aturulló.

—Bueno… Sí, supongo que es lógico que lo hagas por mí. Pero disponemos de todo el tiempo del mundo. —No era cierto, por supuesto. Linus estaba casi en el ecuador de su estancia en Marsyas. Al percatarse de ello, se estremeció.

Sal sacudió la cabeza.

—Yo… preferiría que lo hiciéramos ya.

—Como quieras. Por si te tranquiliza, no tocaré tus cosas. Si quieres enseñarme algo, estaré encantado de echarle una ojeada. No he venido para juzgarte, Sal. Todo lo contrario.

—¿Y para qué ha venido, entonces?

Linus se quedó descolocado.

—Pues… He venido para asegurarme de que este orfanato sea un hogar para vosotros. Un lugar en el que no me quepa duda de que vivís bien y a salvo.

Sal dejó caer la mano del pomo y se encaró con Linus. *Calíope*, sentada a sus pies, lo miraba. Linus nunca había estado tan cerca del muchacho. Era tan alto como él y, aunque Linus era más grueso, Sal tenía una constitución recia, una fuerza que contrastaba con lo pequeño que intentaba parecer a veces.

—¿Va a obligarme a marcharme? —preguntó Sal, y la arruga del entrecejo se le marcó aún más.

Linus vaciló un momento. Nunca le había mentido a un niño. Para tomarse libertades con la verdad, prefería quedarse callado.

—No quiero obligarte a hacer nada que no quieras —dijo pausadamente—. Y creo que nadie debería.

Sal le escrutó el rostro.

—Usted no es como los demás.

—¿Los demás qué?

—Trabajadores sociales.

—Bueno, supongo que no. Soy Linus Baker. Nunca habías conocido a un Linus Baker.

Sal lo miró por unos instantes más antes de volverse de nuevo hacia la puerta. La abrió y retrocedió un paso. Empezó a mordisquearse el labio otra vez, y Linus quería advertirle de que iba a hacerse daño, pero se contuvo.

—¿Puedo? —preguntó en cambio.

Sal asintió a trompicones.

El cuarto no era precisamente lujoso. De hecho, parecía desprovisto de casi cualquier objeto que Linus hubiera podido relacionar con Sal. Los otros niños habían hecho suyas sus habitaciones, para bien o para mal. Ahí, las paredes estaban desnudas, y la cama bien hecha. Había una alfombra sobre el suelo de madera, pero era de un gris apagado. También estaba la puerta de un vestidor… y nada más.

O casi.

En un rincón se alzaba una pila de libros que a Linus le recordó las que había en el despacho de Arthur. Echó un vistazo a algunos títulos y comprobó que eran clásicos de ficción, de autores como Shakespeare, Poe, Dumas y Sartre. Linus arqueó una ceja al ver este último. Nunca había entendido del todo el existencialismo.

Pero, por lo demás, la habitación era un lienzo en blanco que parecía aguardar a que un artista le infundiera vida. Esto entristeció a Linus, pues sospechaba que sabía el porqué.

—Es muy agradable —dijo mirando en torno a sí con un gesto exagerado. Con el rabillo del ojo, vio que Sal lo observaba desde el otro lado de la puerta, pendiente de todos sus movimientos—. Bastante espaciosa. ¡Y fíjate en la ventana! Me parece que casi se divisa el pueblo desde aquí. Unas vistas maravillosas.

—De noche veo centellear las luces del pueblo —dijo Sal desde el umbral—. Me gusta imaginar que son barcos en el mar.

—Un pensamiento bonito —opinó Linus. Se apartó de la ventana y se dirigió hacia el vestidor—. ¿Me das permiso para echar una ojeada dentro?

Sal titubeó unos momentos.

—Vale.

El vestidor era más grande de lo que Linus esperaba. Y allí, junto a una cómoda, había un pequeño escritorio bajo el que había metida una silla de oficina con ruedas. Sobre el escritorio descansaba una máquina de escribir, una vieja Underwood, con un folio en blanco introducido en el carro.

—¿Y esto? —inquirió Linus con desenfado.

No obtuvo respuesta. Al mirar atrás, vio a Sal de pie junto a la cama, con aspecto de niño perdido. *Calíope* subió de un salto al colchón y se restregó contra su mano. Él abrió los dedos para acariciarle el pelo del lomo.

—¿Sal?

—Aquí es donde escribo —balbució Sal con los ojos muy abiertos—. Me… gusta escribir. No… no soy muy bueno, y seguramente no debería…

—Ah. Creo que recuerdo algo de eso. La semana pasada, en clase, leíste algo frente a tus compañeros. ¿Lo habías escrito tú?

Sal asintió.

—Estaba muy bien. Mucho mejor que cualquier cosa que pueda escribir yo, me temo. Si necesitas alguien que redacte un informe, soy tu hombre. Pero hasta ahí llega mi creatividad con la palabra escrita. ¿No usas ordenador?

—La luz me hace daño en los ojos. Y me gusta más el sonido de la máquina de escribir.

Linus sonrió.

—Te entiendo. Hay algo mágico en el repiqueteo de las teclas que un ordenador no puede imitar. Sé lo que me digo: me paso casi todos los días sentado frente a uno, en la oficina. Al cabo de un rato, también me duelen los ojos, aunque creo que tienes la visión un poco más aguda que yo.

—No quiero hablar de lo que escribo —se apresuró a decir Sal.

—Claro —contestó Linus—. Son cosas privadas. Yo nunca te pediría que compartieras algo conmigo si no te apetece.

Esto pareció tranquilizar un poco a Sal.

—Es que… a veces no tienen sentido, las cosas que se me ocurren. Las escribo para ver si así encuentro un orden, pero… —Parecía tener dificultades para dar con las palabras adecuadas.

—Es algo personal —intervino Linus—. Ya descubrirás ese orden a su debido tiempo. Si se parece en algo a lo que leíste antes, no me cabe duda de que será de lo más emotivo. ¿Hace cuánto que escribes?

—Dos meses. Tal vez un poco menos.

Así que había empezado una vez instalado en Marsyas.

—¿Antes no escribías?

Sal sacudió la cabeza.

—Nunca… No me dejaban. Hasta que llegué aquí.

—¿Arthur?

Sal restregó el zapato contra la alfombra.

—Me preguntó qué era lo que más deseaba en el mundo. Durante el primer mes, me lo preguntaba una vez por semana con la promesa de que, cuando estuviera preparado para responder, haría lo posible, dentro de lo razonable, para concederme ese deseo.

—¿Y le pediste una máquina de escribir?

—No. —Bajo la vista hacia *Calíope*—. Le dije que no quería que me trasladaran de nuevo. Que quería quedarme aquí.

Linus parpadeó para aliviar un repentino e inesperado ardor en los ojos. Se aclaró la garganta.

—¿Y él qué te dijo?

—Que haría cuanto estuviera en su mano para que me quedara. Fue entonces cuando le pedí la máquina de escribir. Zoe me la trajo al día siguiente. Los demás encontraron el escritorio en el desván y lo limpiaron. Según Talia, estuvo puliéndolo hasta que creyó que se le iba a caer la barba por culpa de los productos químicos. Y entonces me lo dieron como regalo sorpresa. —Curvó los labios hacia arriba—. Fue un buen día. Casi como si fuera mi cumpleaños.

Linus cruzó los brazos para que no le temblaran las manos.

—¿Y lo metiste en el vestidor? Yo creo que quedaría estupendo frente a la ventana.

Sal se encogió de hombros.

—El… el vestidor me ayudaba a sentirme pequeño. Todavía no estaba listo para sentirme mayor.

—A lo mejor ya estás listo ahora —aventuró Linus en voz alta—. Tu habitación es un poco más grande que el vestidor, pero no tan grande como para dar la sensación de que todas las paredes han desaparecido como por arte de magia. Es como el pueblo por la noche. Tú los ves a ellos, pese a todo ese

espacio que hay en medio, pero ellos no te ven a ti. Te daría un poco de perspectiva, creo.

Sal bajó la mirada.

—Nunca… nunca me lo había planteado así.

—Es solo una idea. El escritorio está perfecto donde está, si es lo que quieres. No hace falta cambiarlo de sitio hasta que tú lo decidas. O tal vez nunca. ¿Quién sabe? A lo mejor la ventana te distraería demasiado.

—¿Tiene usted una ventana en la oficina?

Linus negó con un gesto. Pensó que este dato era peligrosamente personal, pero ¿acaso hacía daño a alguien al revelárselo?

—No. El DEJOMA no… En fin. Me parece que no les entusiasman las ventanas.

—El DEJOMA —espetó Sal, y Linus maldijo para sus adentros—. Son… son unos… No me…

—Es el lugar donde trabajo —explicó Linus—, aunque eso ya lo sabías. Y tú mismo has dicho que no soy como los demás.

Las manos de Sal volvieron a crisparse en puños.

—Podría serlo.

—Tal vez —reconoció Linus—. Y entiendo que lo pienses después de todo lo que has pasado. Pero, por favor, no olvides que no tienes que demostrarme nada. Soy yo el que debo demostrarte que quiero lo mejor para ti.

—Arthur es bueno —aseguró Sal—. No es… no es como los otros directores. Él no es… cruel.

—Lo sé.

—Pero ha dicho que lo estaba investigando.

Linus frunció el ceño.

—No recuerdo haber dicho eso, excepto en una conversación privada. ¿Cómo lo has…?

—Soy un perro —saltó Sal—. Tengo mejor oído que los demás. Te oí. Usted dijo que no estaba de visita. Que llevaba a cabo una investigación. Yo no… no pretendía escuchar a escondidas, pero es lo mismo que decían los otros: que estaban «investigando». Por eso no cuelgo cosas en mi habitación como Talia o Lucy. Porque siempre es temporal. Cada vez que creo haber encontrado por fin un lugar donde quedarme, me lo arrebatan.

Linus soltó una maldición en su fuero interno.

—No tendrías que haberlo oído. —Sal empezó a recular ante él como si Linus le hubiera levantado la mano—. No —se apresuró a puntualizar—. No

es eso… Lo que quería decir es que yo debería haber sido más cuidadoso con mi forma de expresarme. Debería haber medido mis palabras.

—¿O sea que no está investigando a Arthur?

Linus comenzó a sacudir la cabeza, pero se detuvo. Exhaló un suspiro.

—No se trata de Arthur, Sal. O, al menos, no se trata solo de él, sino del orfanato en conjunto. Sé que en el pasado has vivido experiencias… poco gratas, pero te juro que esto es distinto. —No sabía si se creía sus propias palabras o no.

Sal lo observó con desconfianza.

—¿Y qué pasará si usted decide obligarnos a irnos? ¿No será igual que los otros, entonces?

—No lo sé —respondió Linus en voz baja—. Espero que, si existe un motivo para esa decisión, seas capaz de comprenderlo.

Sal se quedó callado.

Linus intuyó que estaba abusando de la hospitalidad de su anfitrión. Se apartó de la puerta del vestidor. *Calíope* lo fulminó con la mirada. Él no podía reprochárselo. No creía que las cosas hubieran salido como esperaba. Y, aunque antes le había asegurado a Sal que disponían de todo el tiempo del mundo, no era cierto. Como de costumbre, el tiempo discurría más deprisa de lo previsto. Faltaban solo dos semanas para que él tuviera que formular su recomendación y abandonar la isla.

Rodeó a Sal, manteniéndose tan alejado de él como podían estarlo dos personas corpulentas dentro de aquella habitación. Le sonrió y se disponía a salir al pasillo cuando Sal interrumpió el silencio.

—¿Podría usted ayudarme?

—Sí —dijo Linus de inmediato. Luego añadió—: ¿A qué?

Sal bajó la vista hacia *Calíope*, que, no contenta con la atención recibida, se rascaba las orejas, ronroneando. Los labios le temblaron de nuevo. Levantó los ojos hacia Linus.

—A cambiar mi escritorio de sitio. Seguramente podría yo solo, pero no quiero rayar las paredes o el suelo de mi habitación.

Linus mantuvo una expresión neutra.

—Si es lo que quieres…

Sal se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, pero Linus, que era bueno en su trabajo, no se dejó engañar por las apariencias.

Se desabrochó los botones de las mangas y se las enrolló hasta el codo.

—Me imagino que pasará por la puerta del vestidor, ya que conseguiste meterlo ahí.

Sal asintió.

—A duras penas. Hay que ir con cuidado. Chauncey se dejó llevar por el entusiasmo y le desconchó una esquina al escritorio. Se sintió muy culpable, pero le dije que no pasaba nada. A veces las cosas se desconchan o rompen, pero siguen siendo buenas en el fondo.

—Los desperfectos imprimen carácter, supongo —dijo Linus—. Y además sirven de recordatorio. ¿Listo?

Sal dijo que sí. Entró en el vestidor, retiró la silla y, tras depositar con delicadeza la máquina de escribir sobre ella, la empujó hasta arrimarla a la cómoda. Se situó en un extremo del escritorio y aguardó a que Linus se colocara en el otro. El mueble era pequeño, pero antiguo. El hombre supuso que pesaba más de lo que parecía.

Cuando se agacharon y Sal contó hasta tres, Linus vio confirmada su suposición. Pesaba mucho, y él recordó a su madre gritándole: «¡Haz fuerza con las piernas, Linus, por Dios!». La ligera punzada en la espalda le recordó que ya no era un chaval, y casi se le escapó una sonrisa de melancolía al ver lo poco que parecía costarle a Sal. Seguramente era verdad que habría podido sacarlo solo.

Extremaron precauciones al pasar el escritorio por la puerta del vestidor. Linus vio en la esquina más alejada la desportilladura, gentileza de Chauncey, mientras retrocedía despacio, arrastrando los pies. Solo había un par de centímetros de margen entre los lados del escritorio y el marco de la puerta.

—Ahí —jadeó Linus—. Justo ahí. Frente a la ventana.

Lo dejaron en el suelo con todo cuidado para no pillarse los dedos. Linus soltó un gemido melodramático al enderezarse y se llevó las manos a la parte baja de la espalda. Sal rio entre dientes, pero él no se dio por enterado. Quería volver a oír ese sonido.

Dio un paso hacia atrás para inspeccionar el resultado de su trabajo con ojo crítico. Puso los brazos en jarras y ladeó la cabeza.

—Falta algo.

Sal arrugó el entrecejo.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Regresó al vestidor y sacó la silla. Levantó la máquina de escribir y la colocó en el centro del escritorio, frente a la ventana, y encajó la silla debajo—. Ya está. La guinda del pastel. ¿Y bien? ¿Qué opinas?

Sal alargó el brazo y deslizó el dedo por las teclas casi con cariño.

—Ha quedado perfecto.

—A mí también me lo parece. Creo que tu creatividad brillará aún más cuando las musas entren por la ventana. Eso sí, si ves que te distrae más que otra cosa, siempre podemos volver a poner el escritorio donde estaba. No tendría nada de malo, siempre y cuando recuerdes que hay un mundo muy grande ahí fuera.

Sal lo miró.

—¿Sabe lo de la mujer? ¿La de la cocina?

«Hubo un… incidente. En uno de los orfanatos donde estuvo antes. Una mujer que trabajaba en la cocina lo golpeó por intentar coger una manzana. Él contratacó de la única manera que sabía. Ella sufrió la transformación la semana siguiente».

Linus tenía que andarse con pies de plomo.

—Sí.

Sal asintió y fijó de nuevo la vista en la máquina de escribir.

—Yo no quería.

—Lo sé.

—No… no sabía que pasaría eso.

—También lo sé.

A Sal se le estremeció el pecho.

—No lo he hecho más desde entonces. Ni volveré a hacerlo. Lo prometo.

Linus le posó la mano en el hombro y le dio un apretón, más o menos como había visto hacer a Arthur. Era un gesto inapropiado, pero, por una vez, le daba igual lo que dijera *Normas y reglamentos*.

—Te creo.

Y Sal desplegó una sonrisa, trémula, pero cálida y luminosa.

Doce

Esa noche, alguien llamó a la puerta de la casa de invitados. Con el ceño fruncido, Linus levantó la mirada de su informe para echar un vistazo al reloj. Eran casi las diez, y estaba a punto de irse a dormir. Aunque casi había finalizado, empezaba a bizquear, y el último bostezo por poco le había descoyuntado la mandíbula. Había decidido terminar al día siguiente, víspera de la fecha en que debía enviar el informe.

Se levantó de la silla. *Calíope*, encaramada en el alféizar, apenas se dio por enterada. Parpadeó despacio antes de enroscarse de nuevo y ocultar la cara bajo las patas.

Frotándose el fatigado rostro, Linus se encaminó hacia la puerta. Se alegró de no haberse puesto todavía el pijama. No le parecía decoroso recibir a una visita nocturna vestido con traje de dormir, a menos que dicha visita pensara pasar allí la noche.

Al abrir la puerta, se encontró con Arthur de pie en el porche, bien arrebujado en su chaquetón de marinero. Las noches eran cada vez más frías y soplaba un viento cortante procedente del mar. Arthur llevaba el cabello alborotado, y Linus se preguntó qué se sentía.

—Buenas noches —saludó Arthur en voz baja.

Linus asintió.

—Arthur. ¿Hay algún problema?

—Al contrario.

—¿Ah, sí? ¿Qué suce…?

—¿Te importa? —preguntó Arthur señalando hacia el interior con un movimiento de cabeza—. Te traigo una cosa.

Linus entornó los párpados.

—¿En serio? No te he pedido nada.

—Lo sé. No serías capaz.

Antes de que Linus pudiera preguntarle qué estaba insinuando, el director se agachó para recoger una caja de madera que estaba a sus pies, en el porche. Linus retrocedió un paso para dejarlo entrar en la casa de invitados.

Cerró la puerta mientras Arthur se dirigía hacia el salón. Cuando se sentó en la silla, bajó la mirada hacia el informe, pero no hizo ademán de intentar leer lo que había escrito en él.

—¿Trabajando a estas horas?

—Así es —respondió Linus despacio—. Ya estaba terminando, de hecho. Espero que no hayas venido a preguntarme qué he escrito. Sabes que no puedo decírtelo. Se te concederá acceso a los informes una vez finalizada la investigación, tal como se estipula en…

—No he venido para preguntarte por tus informes.

Esto descolocó a Linus.

—¿Ah, no? Entonces, ¿para qué has venido?

—Como te digo, te he traído algo. Un regalo. Mira, deja que te lo enseñe. —Depositó la caja que llevaba en la mesilla situada frente a la silla de Linus y levantó la tapa con sus gráciles dedos.

Linus estaba intrigado. No recordaba cuándo le habían regalado algo por última vez. En la oficina, se hacían circular tarjetas de felicitación entre los empleados para que las firmaran con un hipócrita «fuerte abrazo» dedicado a quien fuera que cumpliera años. Aunque las tarjetas eran baratas e impersonales, Linus suponía que la intención era lo que contaba. Y, aparte del almuerzo navideño que organizaba Altísima Dirección —y que no era precisamente un regalo—, Linus no había recibido nada de nadie desde hacía mucho tiempo. Su madre había fallecido años atrás y, cuando vivía, solo le regalaba calcetines, gorros de lana o pantalones que le venían grandes para que le duraran más, porque eran muy caros, «y el dinero no crece en los árboles, de verdad, Linus».

—¿Qué es? —preguntó en un tono más ansioso del que esperaba. Tosió—. Es decir, no necesito nada de ti.

Arthur arqueó una ceja.

—No se trata de necesidad, Linus. La gracia de los regalos no es esa, sino la alegría de saber que alguien piensa en ti.

Linus notó una sensación cálida en la piel.

—¿Piensas… en mí?

—A todas horas. Aunque no puedo atribuirme todo el mérito. No, esto ha sido idea de Lucy.

—Madre mía —jadeó Linus—. No sé si quiero un animal muerto o algo por el estilo.

Con una risita, Arthur bajó la vista hacia la caja abierta.

—Menos mal. Si hubieras querido un animal muerto, no cabría duda de que he enfocado mal el asunto. Pero me complace anunciarte que no se trata de algo que haya estado vivo antes, aunque podría sonar como si lo fuera.

Linus no estaba seguro de querer averiguar qué contenía la caja exactamente. El delgado cuerpo de Arthur se lo tapaba, y aunque no percibía ningún olor repugnante ni chillidos como los de una rata descomunal de ojillos brillantes, seguía sin tenerlas todas consigo.

—Está bien. ¿De qué se trata, entonces?

—¿Por qué no te acercas y lo ves por ti mismo?

Respirando hondo, Linus se dirigió lentamente hacia Arthur. Maldijo para sus adentros que el hombre fuera tan alto. Tendría que pegarse a él para poder echar un vistazo dentro.

Se reprendió a sí mismo. Dudaba que Arthur permitiese que Lucy le gastara una broma pesada. El muchacho se había pasado toda la cena sonriéndole y, aunque su expresión tenía el toque diabólico habitual, a Linus no le había parecido maligna. Por otro lado, Lucy era literalmente el hijo del demonio, así que seguramente había perfeccionado el arte de aparentar inocencia hacía mucho tiempo.

Esperaba que el regalo no explotara. No le gustaban las explosiones, y menos aún tan cerca de él.

Pero no se trataba de una bomba. Tampoco de una rata o algún otro animal muerto y en descomposición.

Era un tocadiscos retro. En la parte interior de la tapa de la caja estaba impresa la palabra ZENITH, con la Z en forma de relámpago.

Linus soltó un grito ahogado.

—¡Pero fíjate en eso! Qué maravilla. ¡Creo que hacía mucho tiempo que no veía algo parecido, y solo en el escaparate de alguna tienda! La Victrola que tengo en casa es demasiado grande. Y sé que estos modelos portátiles no tienen un sonido tan espectacular, pero siempre me he preguntado cómo sería llevar la música conmigo a cualquier parte, como a un pícnic, por ejemplo. —Estaba balbuceando y no sabía por qué. Cerró la boca con un sonoro chasquido de dientes.

Arthur sonrió.

—Lucy esperaba que reaccionaras así. Quería venir a entregártelo en persona, pero decidió que sería mejor que te lo diera yo.

Linus sacudió la cabeza.

—Es todo un detalle. Por favor, dale las gracias de mi parte por… No. Se las daré yo mismo mañana, a primera hora. ¡Durante el desayuno! —De

pronto le vino algo a la mente—. Oh, pero no tengo discos que poner. No se me ocurrió traerme ninguno de casa. Y aunque se me hubiera ocurrido, seguramente no habría corrido el riesgo. Son frágiles, y no me gustaría que se me rompieran.

—Ah —dijo Arthur—. Lucy también ha pensado en eso. —Pulsó un cierre de la parte inferior de la tapa con el pulgar, y se abrió un compartimento pequeño. Dentro había una funda blanca y en blanco que contenía un disco negro.

—Qué pasada —dijo Linus muriéndose de ganas de alargar el brazo para tocar la caja—. ¿De dónde ha salido esto? Parece totalmente nuevo.

—Te aseguro que no lo es. De hecho, es bastante antiguo. Cuando subiste al desván a visitar el nido de Theodore, sin duda te fijaste en las numerosas cajas que había.

En efecto, se había fijado. Estaban apiladas en los sombríos rincones. Habían despertado su curiosidad, pero había supuesto que no eran más que elementos típicos de la vida en un viejo caserón. Los bienes materiales tendían a acumularse sin que uno se diera cuenta.

—Sí, las vi.

Arthur asintió.

—Estuvo guardado en una de las cajas del fondo durante una eternidad. No nos hacía ninguna falta, pues ya estábamos utilizando tres tocadiscos en la casa. Lucy lo descubrió cuando fisgoneaba por ahí, como es su costumbre. Estaba cubierto de polvo y tuvo que limpiarlo a conciencia, pero lo hizo con cuidado. Sal lo ayudó. —Bajó la vista hacia el aparato—. La verdad es que deberíamos haberlo probado antes de traértelo. Ni siquiera estoy seguro de que el viejo trasto funcione.

—¿Y el disco?

El director se encogió de hombros.

—Lucy no me ha dejado ver de qué es. Dice que es una sorpresa, pero que cree que te gustará.

Esto puso a Linus un poco nervioso, aunque menos que si hubiera estado recién llegado a la isla.

—Bueno, pues habrá que averiguar si tiene razón.

Arthur retrocedió un paso.

—¿Quieres hacer los honores?

—Por supuesto. —Tras ocupar el lugar de Arthur, sacó la funda del compartimento. Extrajo el disco con cuidado. La etiqueta del centro también estaba en blanco, sin texto ni dibujos. Dejó la funda a un lado y colocó el

vinilo en el giradiscos, de modo que el pequeño eje multidiscos sobresalía por en medio. Pulsó el interruptor que había a un lado del aparato y comprobó complacido que el disco comenzaba a girar, entre suaves chasquidos—. Creo que la cosa marcha —murmuró.

—Eso parece —contestó Arthur.

Bajó la aguja. Los altavoces emitieron chasquidos un poco más fuertes. Y entonces…

Un hombre empezó a cantar «cariño, me encantas, sé que me encantas».

—Sam Cooke —susurró Linus mientras dejaba caer la mano a su costado—. Oh, oh. Es una maravilla.

Cuando alzó la vista, pilló a Arthur contemplándolo mientras Sam entonaba que, aunque al principio creía que solo se había encaprichado, el sentimiento le había durado mucho.

Linus dio un paso hacia atrás.

Arthur sonrió.

—¿Podemos sentarnos?

Linus asintió, preso de una repentina inseguridad, lo que no constituía ninguna novedad para él. De pronto, sintió que el ambiente estaba muy cargado y se mareó. Había sido un día muy largo.

Recogió el informe de la silla antes de sentarse y lo depositó sobre la mesa, junto al tocadiscos, mientras Sam seguía arrullando sus oídos. Arthur ocupó la otra silla que había. Linus advirtió que tenía los pies tan cerca de los suyos que, si extendía ligeramente la pierna, las puntas de sus zapatos se tocarían.

—He oído algo de lo más extraño hace un rato —declaró Arthur.

Linus levantó la mirada hacia él, esperando que el director no le adivinara el pensamiento al ver su expresión.

—¿El qué?

—Estaba dándoles las buenas noches a los niños. Siempre lo hago en orden, ¿sabes? De un extremo del pasillo al otro. A Lucy le toca el último, pues su habitación está dentro de la mía. Sal es el penúltimo. Cuando estaba a punto de llamar a su puerta, oí unos sonidos nuevos y alegres que no me esperaba.

Linus se removió en su asiento, nervioso.

—Seguro que es algo normal. Al fin y al cabo, está en la adolescencia. A los de su edad les gusta… explorar. Mientras le recuerdes que…

—Oh, por Dios, no —dijo Arthur pugnando por reprimir una sonrisa—. No, no se trataba de eso.

A Linus se le desorbitaron los ojos.

—Ay, madre. Eso no es lo que… No me refería a… Cielo santo, pero ¿qué narices me pasa?

Arthur tosió para disimular una carcajada evidente.

—Me alegra que tengas una mente tan abierta.

A Linus no le cabía duda de que se había puesto rojo como un tomate.

—No puedo creer que haya dicho eso.

—Yo tampoco, para serte sincero. ¿Quién iba a imaginar que Linus Baker podía ser tan… como tú?

—Ya, bueno, te agradecería que esto quedara entre nosotros. Que no se lo dijeras a Zoe. Y menos aún a los niños. Sal es lo bastante mayor para entender estas cosas, claro, pero creo que destrozaría la inocencia de Chauncey. —Frunció el ceño—. Aunque no tengo muy claro cómo él podría… Si es que tiene… Ay, no. No, no, no.

A Arthur se le escapó una risotada.

—Lucy es menor que Chauncey. ¿No crees que deberíamos preocuparnos por su inocencia también?

Linus adoptó una expresión circunspecta.

—Los dos sabemos que eso no supone un problema para él.

—Tienes toda la razón. Pero, como sin duda ya habrás comprendido, no me refería a… eso. —Pronunció esta última palabra en un tono deliciosamente bajo, como si se le hubiera enroscado en torno a la lengua y los dientes antes de brotarle entre los labios. Su interlocutor se puso a sudar de inmediato—. Me refería al tecleo de la máquina de escribir.

Linus parpadeó.

—Ah. Eso… tiene sentido, bien mirado.

—Ya lo creo. Me ha sorprendido, pero no por el tecleo en sí, sino porque sonaba mucho más fuerte que de costumbre. Casi todas las noches me llegaba amortiguado porque escribía dentro del armario, con la puerta cerrada.

Linus lo entendió por fin.

—No pretendía… Te pido disculpas si me he pasado de la raya.

El director alzó la mano, sacudiendo la cabeza.

—Para nada. Es… mejor de lo que habría podido esperar. Me gustaría pensar que indica que está mejorando. Y tú has tenido algo que ver.

Linus bajó la vista hacia sus manos.

—Oh, no lo creo. Él solo necesitaba…

—Necesitaba que alguien se lo propusiera en voz alta —lo interrumpió Arthur—, y creo que nadie mejor que tú para ello.

Linus irguió la cabeza de golpe.

—Eso sí que no es verdad. Deberías habérselo propuesto tú. —Torció el gesto—. No te estoy riñendo. Quiero decir que no me corresponde a mí hacer ese tipo de sugerencias.

Arthur ladeó la cabeza.

—Pero ¿por qué no?

—Porque no soy… No debería interactuar con ellos, al menos a un nivel tan personal.

—Contraviene tus *Normas y reglamentos*.

Linus asintió mientras Sam Cooke cedía el paso a The Penguins, que cantaban sobre su ángel terrenal, lo que provocó que el corazón le diera un vuelco en el pecho.

—En efecto.

—¿Y por qué crees que es así?

—Es lo que se exige a quienes ejercen un cargo como el mío. Me permite mantenerme imparcial, objetivo.

Arthur sacudió la cabeza.

—Estos niños no son animales. No estás de safari, observándolos desde lejos a través de unos prismáticos. ¿Cómo se supone que vas a evaluarlos si ni siquiera dedicas un tiempo a conocerlos? Son personas, Linus. Por más que algunos tengan un aspecto distinto.

Linus se encrespó.

—Jamás he insinuado lo contrario.

Arthur suspiró.

—Eso… Te pido disculpas. Ha sido una simplificación excesiva. Llevo tanto tiempo enfrentándome a los prejuicios, que a veces me cuesta acordarme de que no todo el mundo piensa así. A lo que iba es a que has hecho algo extraordinario por un muchacho que solo conocía el escarnio cuando lo acogimos. Te ha hecho caso, Linus. Ha recibido de ti una lección que le hacía falta aprender. Dudo que hubiera podido tener mejor maestro en esa materia.

—No estoy tan seguro —repuso Linus con frialdad—. Solo hice lo que me pareció correcto. No quiero ni imaginar los malos tragos que ha pasado, y también tú, como director del orfanato. Sobre todo con internos tan especiales.

—Ya —dijo Arthur con un deje en la voz que Linus no sabía cómo interpretar—. Como director del orfanato, claro. Esa es la razón por la que…

¿Cómo lo expresaste cuando acababas de llegar? La razón por la que no dejo que se marchen.

—Podría haber elegido mejor mis palabras —reconoció Linus—, sobre todo si hubiera sabido lo que sé ahora.

—No, no lo creo. Pusiste el dedo en la llaga y dejaste las cosas muy claras. Prefiero la franqueza descarnada a las medias tintas. Los mensajes demasiado sutiles a menudo se nos escapan. Por eso, cuando digo que creo que has ayudado a Sal, lo digo totalmente en serio. No le he pedido que me explique por qué había cambiado el escritorio de lugar. Solo le he preguntado si alguien lo había ayudado. Me ha respondido que sí. Y que ese alguien eras tú. No me ha costado mucho atar cabos.

—Solo era una sugerencia —alegó Linus, avergonzado por el cumplido—. Le he dicho que no tenía nada de malo querer sentirse pequeño, siempre y cuando recordara que también puede ser grande cuando se lo proponga. Espero que no fuera un comentario inoportuno.

—Yo creo que no. Creo que fueron las palabras justas en el momento justo. Como te he dicho antes, está mejorando. Y esa mejoría puede traer consigo una mayor confianza hacia ti, aunque tienes que ganártela. Creo que vas por buen camino.

—En ese caso, me sentiría honrado.

—¿De veras? Me parece que eso no sería apropiado. Estoy seguro de que *Normas y reglamentos* no…

—Vale, vale —se mofó Linus—. Ya lo pillo.

Arthur sonrió.

—¿Ah, sí? Eso me gusta. Gracias.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Por lo que sea que estés haciendo.

—Eso es un poco… vago. No sabes si estoy escribiendo en mis informes que el establecimiento no está a la altura y tú tampoco.

—¿Es eso lo que escribes?

Linus titubeó.

—No. Pero eso no significa que no tenga todavía motivos de preocupación o que ya haya tomado una decisión.

—Por supuesto que no.

—Pero sí he llegado a cierta conclusión. Si aún prefieres mi franqueza descarnada.

Arthur entrelazó las manos sobre el regazo.

—De hecho, la valoro mucho.

—Todavía no sabes lo que voy a decir.

—No, es cierto. Pero tú sí, y dudo que no lo hayas pensado a fondo antes. Desembucha.

Linus miró el disco cuando comenzó a sonar un tema de Buddy Holly sobre por qué tú y yo, tarde o temprano, conoceremos el amor verdadero. Linus apenas se fijó en que se trataba de una canción de amor, como todas las anteriores; le llamaba más la atención que todos aquellos artistas distintos estuvieran reunidos en el mismo disco. Nunca había oído una recopilación como esa.

—Creo que deberíamos llevar a los niños de excursión fuera de la isla.

Se impuso un silencio en el que Buddy Holly seguía cantando.

—¿*Deberíamos*? —preguntó Arthur al cabo de un momento.

Linus se encogió de hombros, incómodo.

—Zoe, los niños y tú. Yo podría acompañaros también, para echar un ojo. Creo que les haría bien. Así no estarían tan… —echó un vistazo a su informe—… aislados.

—¿Y adónde propones que los llevemos?

Linus decidió seguirle el juego, aunque sin duda Arthur conocía la zona mejor que él.

—La última vez que estuve en el pueblo, la semana pasada, vi una heladería. A lo mejor no estaría mal darles un capricho. O también está el cine, aunque no sé si a Sal le gustaría, con lo sensible que tiene los oídos. Como está junto al mar, seguro que el pueblo es un destino turístico. Pero, al ser temporada baja, no habrá tanta gente. Tal vez podríamos llevarlos a un museo, si es que hay alguno. Culturizarlos un poco.

Arthur lo miraba con fijeza, lo que no le gustó a Linus.

—¿Qué pasa?

—Culturizarlos —repitió.

—Es solo una idea. —Se había puesto a la defensiva otra vez. Le gustaban los museos. Procuraba visitar el museo de historia natural que tenía cerca de casa varias veces al año, los fines de semana. Siempre descubría algo nuevo entre todas aquellas cosas tan antiguas.

Por primera vez desde que conocía a Arthur, lo notó indeciso.

—No quiero que les pase nada.

—Yo tampoco —aseguró Linus—. Y si das tu autorización, yo estaré con vosotros. Puedo ser bastante protector cuando la situación lo requiere. —Se

dio unas palmaditas en la barriga—. Si alguien quiere hacerme morder el polvo, tendrá que lidiar con todos estos kilos.

Arthur bajó la vista del rostro de Linus hasta posarla en sus dedos. Linus dejó caer de nuevo la mano sobre su regazo.

El director volvió a levantar la mirada hacia él.

—Sé lo de la balsa.

Linus pestañeó.

—¿En… serio? ¿Cómo te has enterado? Zoe me dijo…

—Eso es irrelevante. Te estamos agradecidos por el mensaje con que respondiste. Más de lo que te imaginas. Hablaré con los niños. Tal vez hagamos la salida el sábado de la semana que viene. Será el último sábado completo que pases aquí. Después, ya no habrá oportunidad. Te habrás marchado.

No. Ya no habría oportunidad. El tiempo no detenía su curso, aunque a veces parecía elástico.

—Supongo que sí.

Arthur se puso de pie.

—Gracias.

Linus se levantó también.

—No paras de decírmelo, pero no sé si lo merezco.

En ese momento, las puntas de sus zapatos sí que se tocaron. Las rodillas de uno toparon con las del otro. Y, aun así, Linus no reculó. Tampoco Arthur.

—Sé que tú no crees merecerlo —dijo Arthur con voz suave—, pero yo no hablo por hablar. La vida es demasiado corta para eso. ¿Te gusta bailar?

Exhalando con fuerza, Linus elevó los ojos hacia él. Los Moonglows empezaron a cantar sobre los diez mandamientos del amor.

—No… no lo sé. Para serte sincero, creo que soy un pato mareado.

—Lo dudo mucho. —Asintiendo, Arthur alzó la mano como para acariciarle el rostro a Linus, pero en el último momento, cerró el puño y retrocedió un paso, con una sonrisa tensa—. Buenas noches, Linus.

Y entonces se marchó, como si nunca hubiera estado allí. Linus apenas oyó cerrarse la puerta tras él.

Se quedó de pie en medio de la casa vacía mientras el disco giraba despacio, desgranando canciones de amor y añoranza.

Cuando se disponía a volverse para apagar el tocadiscos, un intenso destello de luz naranja entró por la ventana.

Él se abalanzó hacia delante y escrutó la oscuridad.

Vislumbró las siluetas de los árboles, del edificio principal, del jardín.

Pero nada más.

Supuso que estaba tan cansado que sus ojos empezaban a gastarle malas pasadas.

Mientras desconectaba el aparato y se preparaba para acostarse, ni se le pasó por la cabeza que había olvidado preguntar por la trampilla de la bodega.

* * *

Dos días después, mientras Zoe lo llevaba en coche al pueblo, seguía algo turbado. Merle no había estado muy parlanchín ese día, cosa que Linus agradeció. No creía que hubiera aguantado los comentarios insidiosos del barquero.

Pero eso le permitió encerrarse en sus pensamientos. No sabía exactamente *sobre qué* estaba pensando; tenía la impresión de que las ideas se le arremolinaban en la cabeza, como arrastradas por una manga de agua que se elevaba desde la superficie del mar.

—Estás muy callado.

Tras dar un ligero respingo, se volvió hacia Zoe. Las flores que le adornaban el cabello eran uniformemente doradas. Llevaba un vestido de tirantes blanco, aunque seguía descalza.

—Perdona. Estaba… pensando.

A Zoe se le escapó un resoplido.

—¿En qué?

—A decir verdad, no estoy muy seguro.

—¿Por qué será que no me lo creo?

Él la fulminó con la mirada.

—Da igual que te lo creas o no: sencillamente es lo que hay.

Ella canturreó por lo bajo.

—Qué seres tan tontos son los hombres.

—¡Oye!

—Lo son. No sé por qué. Testarudos, obstinados y tontos. Resultaría entrañable si no fuera tan frustrante.

—No tengo la más remota idea de lo que hablas.

—¿Ves? Eso sí que me lo creo. Por desgracia.

—Limítate a conducir, Zoe —masculló él cuando la compuerta descendió frente a ellos. Con gesto huraño, Merle les hizo señas para que desembarcaran. Ni siquiera les gritó que no volvieran tarde.

* * *

El empleado de la oficina de Correos seguía teniendo tan malas pulgas como la semana anterior. Soltó un gruñido cuando Linus le entregó el informe dentro de un sobre cerrado. Tras pagar el franqueo, Linus le preguntó si había correspondencia para él.

—La hay —farfulló el hombre—. Lleva un par de días aquí. Si no estuviera en esa isla dejada de la mano de Dios, a lo mejor la habría recibido antes.

—Tal vez si repartiera el correo en la isla, como sin duda hace en todos los demás lugares, no estaríamos discutiendo sobre esto —espetó Linus.

El hombre rezongó entre dientes, pero le tendió un sobre delgado en el que él constaba como destinatario.

Llevado por un repentino deseo de venganza, Linus no se molestó en darle las gracias. Es más, ni siquiera se despidió antes de abandonar la oficina. Su conducta fue de lo más escandalosa.

—Así aprenderá —dijo para sí mientras salía a la acera. Estuvo a punto de dar media vuelta para disculparse, pero de algún modo consiguió contenerse. En vez de ello, rasgó un extremo del sobre con cuidado y extrajo la única hoja de papel que contenía.

DEPARTAMENTO ENCARGADO DE LOS JÓVENES MÁGICOS
COMUNICACIÓN DE ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Señor Baker:

Gracias por su informe inicial. Ha sido sumamente ilustrativo sobre el funcionamiento del orfanato de Marsyas. Como de costumbre, describe de forma minuciosa los objetos de su investigación.

Sin embargo, le rogamos que se abstenga de expresar sus opiniones. Aunque comprendemos perfectamente su frustración por lo que percibe como falta de información, le recordamos que no estamos tratando con niños comunes y corrientes y que alguien de su posición no tiene por qué poner en tela de juicio las decisiones de Altísima Dirección.

Por otro lado, albergamos ciertos recelos respecto a Zoe Chapelwhite. Si bien estábamos al tanto de su presencia en la isla (ay, señor Baker), desconocíamos la profundidad de su implicación en la vida de los niños. ¿Mantiene un romance con el señor Parnassus? ¿Pasa ratos a solas con los internos? Aunque no cabe duda de que al espíritu infantil Phee le vendría bien que una congénere mayor la aleccionara, le encarecemos que extreme precauciones en caso de que la señorita Chapelwhite esté haciendo algo más. No figura en el censo. Aunque por el momento ella parece escapar a nuestra jurisdicción, el orfanato no, y un solo paso en falso podría tener consecuencias desastrosas. Si está ocurriendo algo indebido en el establecimiento, debe quedar documentado. Por la seguridad de los niños, por supuesto.

Por último, nos gustaría hacerle una petición: su informe contiene abundantes detalles sobre los internos del orfanato. Sin embargo, nos ha parecido muy parco en lo que al señor Parnassus se refiere. Si el segundo informe no incluye más datos sobre el director del centro, le agradeceríamos que el tercero aportara el máximo de información dentro de la más absoluta objetividad. No baje la guardia, señor Baker. La relación de Arthur Parnassus con la isla de Marsyas se remonta a hace muchos años, y sin duda la conoce como la palma de su mano. Permanezca alerta. Hasta las personas más cautivadoras guardan secretos.

Estamos ansiosos por recibir sus nuevos informes.
Atentamente,

CHARLES WERNER
ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Linus se quedó contemplando la carta bajo el sol otoñal durante largo rato.

Tanto, de hecho, que acabó por sobresaltarlo un fuerte bocinazo. Al alzar la vista, vio a Zoe aparcada delante de él, observándolo a través del parabrisas con los ojos entornados. Ya había varias bolsas de papel repletas de comestibles en el asiento trasero. Ella había hecho la compra y regresado, mientras que Linus no se había movido de delante de la oficina de Correos.

—¿Va todo bien? —preguntó ella cuando él se acercó al vehículo.

—Sí —respondió él. Antes de abrir la puerta, plegó la comunicación y la guardó de nuevo en el sobre—. Todo va bien. —Subió al coche. Tan bien iba todo, que ni siquiera fue capaz de mirarla. En vez de ello, clavó la vista al frente.

—No me da esa impresión.

—No hay por qué preocuparse —aseguró él en un tono demasiado animado—. Vámonos a casa, ¿te parece?

—A casa —se apresuró a confirmar ella. Arrancó, y dejaron el pueblo atrás.

—Arthur —dijo Linus de repente.

—¿Qué pasa con él?

—Es… distinto.

Notó que Zoe le lanzaba una mirada, pero él mantuvo los ojos fijos al frente.

—¿Ah, sí?

—Eso creo. Y sospecho que ya lo sabes.

—No hay nadie como él —admitió ella.

—¿Hace mucho que lo conoces?

—Bastante.

—Espíritus —murmuró él. Luego, en voz alta, añadió—: Sabía lo de la balsa.

Vio con el rabillo del ojo que ella apretaba el volante con más fuerza.

—Claro que lo sabía.

—No pareces sorprendida.

—No —dijo ella despacio—. Supongo que no.

Él aguardó a que ampliara su respuesta.

Ella no lo hizo.

Linus aferró el sobre entre las manos.

—¿Cuál es el plan para hoy? —preguntó para intentar rebajar la tensión que se respiraba en el coche—. ¿Otra aventura como la del sábado pasado? Supongo que podría dejarme convencer de ponerme el disfraz otra vez. Aunque no es mi estilo, no me resultó tan embarazoso como imaginaba.

—No —contestó Zoe, con la cabellera ondeando al viento—. Es el tercer sábado de mes.

—¿Y eso qué implica?

Zoe le sonrió, aunque la sonrisa no era tan radiante como de costumbre.

—Que toca pícnic en el jardín.

Linus parpadeó, desconcertado.

—Pues no suena tan…

—Le toca a Chauncey elegir el menú. Le gusta el pescado crudo. Quiere probar unas recetas experimentales.

Linus suspiró.

—Cómo no. —Pero se sorprendió a sí mismo pugnando por reprimir una sonrisa, y cuando se encontraban de nuevo en el transbordador navegando rumbo a la isla, ni siquiera Merle consiguió minarle la moral. En lo que menos pensaba era en la carta de Altísima Dirección. Esperaba que Chauncey no preparara pez globo. Había oído que eran venenosos.

Trece

Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos
Informe del caso n.º 3 sobre el orfanato de Marsyas
Linus Baker, trabajador social BY78941

Juro solemnemente que los datos contenidos en este informe son precisos y verídicos. Tengo plena conciencia de que, en virtud de las directrices del DEJOMA, toda falsedad detectada será sancionable y posible causa de despido.

El presente informe se basa en las observaciones que he llevado a cabo durante mi tercera semana en la isla.

Tras reflexionar sobre los asuntos tratados en mi informe anterior, he abordado uno en particular con el señor Parnassus: el del aislamiento que percibo en los niños de Marsyas. Comprendo su aprensión al respecto; como indicaba en el informe n.º 2, en el pueblo reina una atmósfera de prejuicios. Y, aunque esta parece más densa que en la ciudad, por ejemplo, supongo que es solo por la cercanía de la isla.

Intento ponerme en la piel de los vecinos; viven cerca de una vieja mansión habitada por jóvenes mágicos, pero se mantiene a los niños apartados, lo que favorece que se disparen los rumores. Si bien es verdad que algunos de los niños son atípicos, eso no significa que no se les deba permitir visitar el pueblo siempre que les apetezca.

Aunque el señor Parnassus no parece del todo convencido, me ha prometido que lo pensará. Los vínculos que ha forjado con los niños me parecen fascinantes. Ellos le tienen mucho cariño, y creo que lo ven como una figura paterna. Puesto que nunca he dirigido un orfanato, no puedo dar fe de la fuerza que se necesita para ello. Si bien sus métodos son poco habituales, creo que producen buenos resultados en los internos.

Sin embargo, podrían perjudicarlos a la larga. Algún día tendrán que abandonar la isla, por lo que no pueden depender siempre del señor Parnassus. En mi trato con directores de otros orfanatos, me he encontrado con toda clase de actitudes, desde la indiferencia y la desidia hasta la crueldad pura y dura. Aunque respeto las *Normas y reglamentos*, estimo importante señalar que, más que leyes escritas en piedra, son pautas orientativas. Además, fueron redactadas hace décadas y nadie las ha puesto al día. ¿Cómo se supone que debemos hacer cumplir normas que no se han adaptado a los nuevos tiempos?

Me piden que les proporcione más detalles acerca del señor Parnassus. Esto es lo que he averiguado:

Phee es un espíritu del bosque, que cuenta con la tutela ocasional de Zoe Chapelwhite. Creo que, gracias a esto, ha alcanzado un grado de control posiblemente superior al de los demás espíritus niños que he conocido, si bien son pocos. Y, aunque le lleva un tiempo, cultiva unos árboles y flores como no he visto nunca. Creo que la señorita Chapelwhite la ha ayudado en este aspecto.

Theodore es un guiverno, sí, y por lo general cuando pensamos en seres como él, incluso teniendo en cuenta que es un espécimen fuera de lo normal, solemos (sí, yo también) considerarlos simples animales. Puedo asegurarle a Altísima Dirección que no lo es. Theodore es capaz de desarrollar pensamientos y sentimientos complejos, como cualquier ser humano. Es inteligente e ingenioso. Ayer, una vez que me recuperé de un episodio de

intoxicación alimentaria debida al consumo de pescado crudo, fue a verme él solo a la casa de invitados en la que me alojo para preguntarme si quería ver parte de su tesoro. Nótese que he empleado el verbo «preguntar», pues él utiliza el lenguaje, aunque uno distinto de los que estamos acostumbrados a oír. Y, pese a que he estado poco tiempo aquí, he aprendido a entender algunas cadencias de sus gorjeos.

Talia es una niña más bien gruñona, pero atribuyo esta característica a su condición de gnoma, o al menos se la atribuí al principio, pues es lo que se me ha enseñado sobre su especie. He descubierto que lo que nos inculcan sobre las cosas influye en nuestra percepción de ellas. Ya desde niños, nos cuentan que el mundo es de cierta manera y cuáles son las reglas. Son realidades incontestables, y una de ellas es que los gnomos tienen mal humor y basta con que los mires mal para que te revienten el cráneo con una pala. Y aunque tal vez Talia encaja con esta descripción a un nivel superficial, lo mismo podría decirse de la mayoría de las preadolescentes. No se trata de un rasgo propio de su especie, sino de una cuestión hormonal. Hay que pasar mucho tiempo con ella para ver más allá de esa fachada de bravuconería y descubrir su fiero instinto protector hacia sus seres queridos. Como es bien sabido, los gnomos viven en grupos que se denominan donsias, o al menos así era cuando existían en mayor número. Talia ha creado su donsia aquí.

Chauncey está aquí únicamente por lo que es. Y como no sabemos con exactitud qué es, el DEJOMA necesitaba un sitio donde internarlo. Creo —y, más que expresar una opinión, hablo desde la experiencia— que está clasificado en el nivel cuatro de confidencialidad simplemente por su aspecto. Niños, directores y personas que, por el cargo que ocupan, deberían ser más sensatas, lo han tildado una y otra vez de monstruo. Cuanto más se maltrata a un perro, más se encoge de miedo cuando alguien levanta la mano. Si lo hostigan demasiado, puede llegar a lanzar tarascadas y morder, aunque solo sea para protegerse. A pesar de todo, aunque a Chauncey lo maltrataron mucho de palabra antes de su traslado a Marsyas (creo que no sufrió maltratos físicos, aunque los verbales también pueden hacer mucho daño), es un niño inteligente y cariñoso. Sueña. No sé si esto se da por sobreentendido. Sueña con un futuro que tal vez nunca se haga realidad. Y aunque sus sueños parezcan modestos, le pertenecen a él y solo a él.

Sal es el más reticente del grupo. Él sí que sufrió maltrato físico antes de su llegada a la isla. Es algo bien documentado, aunque no consta en los expedientes que se me facilitaron. El señor Parnassus me ha mostrado los informes de los casos concretos firmados por el DEJOMA. El mero hecho de que esto ocurriera es una vergüenza. Que le ocurriera a un muchacho tímido y reservado resulta del todo inaceptable. Sal es el que lleva menos tiempo aquí y creo que le queda un largo camino por recorrer hasta la recuperación completa. No obstante, estoy convencido de que lo conseguirá, pues, aunque el sonido más leve lo sobresalta, está desarrollando su potencial a ojos vistas. Le encanta escribir, y he tenido la fortuna de leer algunos de sus textos. Confío en que nos brindará grandes obras, si se le concede la oportunidad. Aunque no me hace muy feliz recurrir de nuevo a esta comparación, el perro se encoge de miedo hasta que ya no puede encogerse más. Hay que alentarlo, no temerlo.

No me cabe duda de que se estarán ustedes preguntando qué tiene que ver todo esto con el señor Parnassus. No es que tenga que ver con él, sino que sin él nada de esto sería posible. El centro no es solo un orfanato: es un hogar de curación, y muy necesario, a mi juicio. Una poeta, Emma Lazarus, escribió: «Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres, a vuestras masas apiñadas que anhelan respirar en libertad».

Sin duda habrán reparado en que aún no he mencionado a Lucy.

Hace dos días que empecé a redactar este informe. Me he tomado mi tiempo, ya que me parece de vital importancia dar con las palabras justas. Anoche sucedió algo. Desperté de un sueño profundo a causa de un incidente de lo más extraño…



Seguramente se estaba quedando corto.

Linus abrió los ojos con un grito ahogado y se incorporó de golpe en la cama, llevándose la mano al pecho, con el corazón desbocado. Estaba desorientado, sin saber bien qué ocurría. Cuando se le acostumbró la vista a la oscuridad, tardó unos instantes en comprender qué estaba viendo.

La casa parecía estar encogiéndose.

El techo estaba mucho más cerca de su cabeza que cuando se había ido a dormir.

—¿Qué narices…? —exclamó.

Oyó un maullido procedente de debajo de la cama. Cuando echó un vistazo por un costado, comprobó que no era que la casa estuviera encogiéndose. No, la razón por la que el techo parecía mucho más bajo era que la cama estaba flotando metro y medio por encima del suelo.

—Ay, madre —dijo Linus aferrándose al edredón mientras *Calíope* lo miraba desde abajo, con los ojos brillando en la penumbra y meneando la cola.

Linus nunca había estado en una cama flotante. Se pellizcó bastante fuerte para asegurarse de que no estaba soñando.

No lo estaba.

—Ay madre —repitió.

Entonces le llegó un rugido grave y sordo del exterior.

Se tapó hasta la barbilla con el edredón mientras la cama se mecía con suavidad. Supuso que era la mejor manera de protegerse.

Calíope le maulló de nuevo.

—Sí, tienes razón —consiguió balbucir él, con la voz amortiguada por el grueso edredón—. Seguro que no es nada muy terrible, ¿verdad? Debería volver a dormirme. Sería lo mejor para todos. Hasta donde yo sé, a lo mejor esto pasa cada dos por tres aquí.

La cama se inclinó con brusquedad hacia la derecha, y Linus apenas tuvo tiempo de pegar un grito antes de golpear el suelo entre una lluvia de almohadas y mantas.

Con un gruñido, se volvió boca arriba.

Calíope se lamió el pelaje cada vez más fino. Linus nunca había entendido por qué los gatos hacían eso.

—Bueno, así no hay quien pegue ojo —dijo alzando la vista hacia la cama, suspendida por encima de él—, así que más vale que vaya a averiguar de qué va todo esto. A lo mejor no es más que… un terremoto. Sí, un terremoto que habrá pasado dentro de un momento.

Apoyado en los brazos, se levantó del suelo, pero se golpeó la cabeza contra la parte de abajo de la cama. Maldijo entre dientes, frotándose la frente. Consiguió encontrar sus zapatos, que, por fortuna, seguían anclados al suelo. Después de calzarse, salió de la habitación, seguido de cerca por *Calíope*.

El sillón de la sala giraba perezosamente en el aire. El tocadiscos portátil se encendía y se apagaba. Las luces parpadeaban.

—Me cuesta lidiar con muchas cosas —le susurró a *Calíope*—, pero con los fantasmas sí que no puedo. Creo que no me entusiasma la idea de estar en una casa encantada.

El rumor sordo sonó de nuevo, y su vibración se notaba a través del suelo. Sin embargo, parecía proceder de fuera de la casa, así que, aunque no tenía ningunas ganas, abrió la puerta delantera.

Las luces del edificio principal también parpadeaban. Le recordaron el intenso resplandor naranja que había visto unas noches atrás, después de que el señor Parnassus se marchara, pero no eran exactamente iguales. Daba la impresión de que sucedía algo en el interior de la mansión. Y aunque nada le apetecía más que cerrar la puerta para no verla y fingir que aquello no estaba ocurriendo, bajó del porche al césped.

Y acto seguido profirió un alarido cuando una mano se posó en su hombro.

Al girar sobre los talones, vio que Zoe estaba de pie detrás de él con expresión preocupada.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —le gruñó él—. ¿Querías matarme de un susto? ¿Es que no sabes divertirte sin aterrorizarme?

—Es Lucy —explicó ella en voz baja. Las alas, que relucían bajo la luna tras su espalda, le conferían un aspecto etéreo—. Está teniendo una pesadilla. Ven conmigo, deprisa.

⁎ ⁎ ⁎

Los niños estaban en la planta baja del edificio principal, mirando al techo, arracimados en torno a Sal, que tenía el ceño fruncido. Todos se mostraron aliviados al ver a Linus y Zoe.

—¿Estáis todos bien? —preguntó él—. ¿Se ha hecho daño alguien?

Todos sacudieron la cabeza.

—Es algo que pasa a veces —dijo Phee cruzando los brazos sobre su delgado torso—. Sabemos cómo actuar en estos casos, aunque hacía meses que no ocurría.

—¡Eso no significa que sea mala persona! —barbotó Chauncey con los ojos danzando de un lado a otro—. Solo… zarandea un poco algunas cosas. Como nuestras habitaciones. Y la casa entera.

—Además, que pueda zarandear la casa entera no significa que quiera hacernos daño —añadió Talia con los párpados entornados.

Theodore gorjeó en señal de conformidad desde el hombro de Sal, sobre el que estaba posado.

—Sabemos que no nos desea ningún mal —murmuró Sal—. Tal vez dé un poco de miedo, pero no es culpa suya. No puede evitar ser lo que es.

Linus tardó un momento en comprender a qué venía todo aquello: los niños creían que él iba a utilizar aquel incidente contra Lucy. Contra ellos. Esto le dolió más de lo que habría imaginado, pero lo entendía. Aunque había ido ganándose su confianza, no dejaba de ser un empleado del DEJOMA. Seguía estando allí para investigar. Y lo que estaba sucediendo, fuera lo que fuese, no quedaría bien en un informe.

—Me alegro de que estéis a salvo —dijo, sin hacer caso de la punzada que sentía en el pecho—. Eso es lo que importa.

Phee parecía preocupada.

—Claro que estamos a salvo. Lucy jamás nos haría daño.

—Ya lo sé —aseguró Linus.

No parecieron creerle.

Se oyó otro rugido procedente de la planta superior. Sonaba como si un ser monstruoso hubiera despertado.

Linus suspiró. No sabía por qué había decidido que aquel era el momento ideal para demostrar su valor.

—¿Te quedas aquí con ellos? —le preguntó a Zoe.

Ella hizo ademán de protestar, pero en vez de ello asintió.

—Como quieras.

Lo que Linus quería en realidad era estar en su cama, durmiendo, pero esa posibilidad quedaba descartada.

—Gracias. ¿Crees que deberías llevártelos afuera? —Observó con aprensión los muebles que flotaban en torno a ellos.

—No. Él no les hará nada.

Y, por razones que Linus no habría sabido explicar, se fio de ella. De todos ellos.

Tras dedicarles una sonrisa débil a los niños, se volvió hacia la escalera.

—¡Señor Baker!

Echó un vistazo por encima del hombro.

Chauncey lo saludó con un gesto.

—¡Me gusta su pijama!

—Eh…, gracias, es todo un… Oye, aparta esa mano. ¡Nadie te va a dar propina por hacer un cumplido!

Con un suspiro, Chauncey dejó caer el tentáculo.

Talia se acarició la barba.

—Recuerda, si ve algo… raro, es solo una alucinación.

Él tragó en seco.

—Ah. Un consejo… magnífico. Te lo agradezco mucho.

Ella se arregló el cabello, envanecida.

Le dio la sensación de que la barandilla de la escalera vibraba bajo su mano mientras ascendía peldaño a peldaño. Los cuadros y dibujos de las paredes giraban con lentitud. Le llegaban estallidos de música a todo volumen, fragmentos de una docena de canciones distintas que reconoció. *Big band*, *jazz*, rocanrol y ecos del día en que la música murió: Big Bopper, Buddy Holly y Ritchie Valens cantando alrededor de él con voces fantasmales.

Llegó a lo alto de la escalera. Todas las puertas estaban abiertas, excepto la del fondo. En cuanto empezó a avanzar por el rellano, todas se cerraron de un portazo. Retrocedió un paso con un grito ahogado cuando el pasillo comenzó a retorcerse entre crujidos de la madera. Cerró los ojos y contó hasta tres antes de abrirlos de nuevo.

El pasillo estaba como siempre.

—Muy bien, muchacho —murmuró para sí—. Tú puedes.

Las puertas permanecieron cerradas mientras pasaba por delante de ellas, aunque las luces parpadeantes del interior iluminaban el suelo a ráfagas rápidas. Conforme se aproximaba a la puerta del fondo, la música sonaba más fuerte, y era como si todos los discos jamás grabados se estuvieran reproduciendo a la vez en una estridente cacofonía que hacía que a Linus le repiquetearan los dientes.

Cuando llegó ante la última puerta, se le ocurrió la absurda idea de llamar, pero sacudió la cabeza. Respirando hondo, llevó la mano al pomo y lo giró.

La música cesó mientras la puerta se abría.

A Linus le pareció captar un destello naranja con el rabillo del ojo, pero se extinguió antes de que pudiera averiguar de dónde procedía.

La puerta del cuarto de Lucy, abierta de par en par, colgaba ligeramente de las bisagras.

El propio Lucy estaba de pie en medio de la habitación, con los brazos extendidos como si fueran alas y los dedos en tensión. Los discos que antes decoraban las paredes daban vueltas en torno a él, despacio. Algunos estaban agrietados o rotos. El muchacho tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos abiertos, pero en blanco, ciegos. Tenía la boca abierta, y se le marcaban las venas del cuello.

Arthur estaba arrodillado ante él, sujetándole la parte de atrás del cuello con la mano ahuecada. Miró a Linus y se le agrandaron un poco los ojos antes de centrarse de nuevo en Lucy. Se puso a susurrar algo que Linus no alcanzó a oír, aunque el tono era sereno y tranquilizador. Le apretó el cuello a Lucy con suavidad.

Linus dio un paso hacia ellos.

—… y sé que estás asustado —decía Arthur—. Y que a veces, cuando cierras los ojos, ves cosas que nadie debería ver. Pero en tu interior domina la bondad, Lucifer, de forma abrumadora. Estoy seguro de ello. Eres especial. E importante, no solo para los demás, sino también para mí. Nunca ha habido alguien como tú, te veo tal como eres y me doy cuenta de todo lo que no eres. Vuelve a casa. Lo único que te pido es que vuelvas a casa.

Lucy arqueó la espalda, como electrizado. Abrió aún más la boca, tanto que casi parecía imposible. Un nuevo rugido le brotó de la garganta, tortuoso y espeluznante, y un brillo rojizo le asomó a los ojos, señal de algo antiguo y profundo que le puso la carne de gallina a Linus.

Pero Arthur no lo soltó en ningún momento.

Lucy se relajó y se desplomó hacia delante. Arthur lo sujetó.

Los marcos de las ventanas dejaron de agitarse.

Los discos cayeron al suelo, y algunos se hicieron añicos que se esparcieron por el suelo.

—¿Arthur? —dijo Lucy con la voz entrecortada—. Arthur, ¿qué ha pasado? ¿Dónde…? Ah. Oh, Arthur…

—Estoy aquí —dijo el director atrayéndolo hacia sí para abrazarlo. Lucy hundió el rostro en su cuello y se le estremeció el cuerpecito cuando rompió a sollozar—. Estoy aquí.

—Ha sido terrible —gimió Lucy—. Estaba perdido, y había arañas. No te encontraba. Las telarañas eran inmensas, y me había perdido.

—Pero al final me has encontrado —dijo Arthur en tono jovial—. Porque estás aquí. Y también el señor Baker.

—¿De verdad? —moqueó Lucy volviendo la cabeza hacia la puerta. Tenía el rostro churretoso y surcado de lágrimas—. Hola, señor Baker. Siento

haberlo despertado. No era mi intención.

Linus sacudió la cabeza, pugnando por encontrar las palabras adecuadas.

—No tienes por qué disculparte, mi querido muchacho. Siempre he tenido el sueño ligero. —Era una mentira como la copa de un pino. Su madre siempre decía que ni siquiera una estampida de caballos salvajes lo despertaría—. Simplemente me alegro de que estés bien. Eso es lo más importante.

Lucy asintió.

—A veces tengo pesadillas.

—Yo también.

—¿En serio?

Linus se encogió de hombros.

—Forman parte de la vida, supongo. Pero cuando tengas pesadillas, debes recordar que no son más que eso: malos sueños. Siempre despiertas de ellas, y al cabo de un rato pierden su fuerza. He descubierto que al despertar de una pesadilla te invade una sensación de alivio única, pues te das cuenta de que lo que veías no era real.

—He roto mis discos —se lamentó Lucy con amargura. Se apartó de Arthur, secándose la cara con el brazo—. Me gustaban mucho, pero me los he cargado. —Se quedó mirando con aire abatido las esquirlas de reluciente plástico negro dispersas por el suelo.

—De eso, nada —lo reprendió Linus—. Estos eran solo los que tenías colgados en la pared, ¿verdad? —Se adentró en la habitación, se puso en cuclillas junto al chico, recogió un pedazo de disco roto.

—No todos —repuso Lucy—. Algunos eran de los que me gustaba escuchar. De hecho, eran mis favoritos.

—¿Puedo decirte una cosa?

Lucy asintió, sin despegar la vista de los discos.

Linus recogió otro fragmento, que parecía encajar con el que ya tenía. Los juntó delante de los ojos de Lucy. Se acoplaron a la perfección, formando una unidad.

—Cuando algo se rompe, puedes arreglarlo. Tal vez las piezas no se ajusten igual de bien ni funcione como antes, pero eso no quiere decir que ya no sirva para nada. Fíjate, ¿ves? Con un poco de pegamento y de suerte, quedará como nuevo. Verás que, cuando lo cuelgues en la pared, ni siquiera notarás la diferencia.

—Pero ¿y los que escuchaba? —preguntó Lucy sorbiéndose la nariz—. Los de las paredes ya estaban rayados.

Linus se quedó pensando una respuesta, pero Arthur se le adelantó.

—Hay una tienda de discos en el pueblo.

Linus y Lucy alzaron la mirada hacia él.

—¿En serio? —preguntó el muchacho.

Arthur asintió despacio, con una expresión extraña.

—En serio. Podemos ir, si quieres.

Lucy volvió a enjugarse las lágrimas.

—¿De verdad? ¿Crees que no habría problema?

—Sí —respondió Arthur poniéndose de pie lentamente—. Creo que no habría ningún problema. Tal vez podríamos pasar el día fuera. Todos.

—¿Incluso el señor Baker?

—Si le seduce la idea —dijo Arthur en tono socarrón—. Dado que compartís la afición por la música, tal vez te ayude a elegir los discos. Vuestros gustos son muy superiores a los míos.

Lucy giró sobre los talones y se le iluminó el rostro. A Linus le maravilló su capacidad de recuperación.

—¿Nos acompañará, señor Baker? ¡Podemos mirar juntos la música que tienen!

Esto descolocó a Linus.

—S-sí —consiguió titubear al fin—. Eso sería… factible, sin duda.

—¿Por qué no vas y les dices a los demás que vuelvan a la cama? —propuso Arthur—. Estoy seguro de que querrán ver que te encuentras bien antes de irse a dormir.

Lucy le dedicó una gran sonrisa, tan deslumbrante que a Linus se le encogió el corazón.

—¡Vale! —Salió corriendo y gritando por el pasillo que no estaba muerto, que esta vez no se había incendiado nada y que eso era estupendo, ¿a que sí?

A Linus le crujieron las rodillas cuando se enderezó.

—Me estoy haciendo mayor —murmuró, avergonzado por alguna extraña razón—. Pero supongo que les pasa hasta a los mejores…

—No le hace daño a nadie —dijo Arthur con voz severa.

Linus levantó la mirada, sorprendido. Arthur lo observaba con el ceño fruncido y la misma expresión extraña de antes, que Linus no sabía en absoluto cómo interpretar. Tampoco habría sabido explicar por qué le costaba concentrarse por culpa del pijama de Arthur. El pantalón corto dejaba al descubierto sus pálidas y huesudas rodillas. La camisa estaba arrugada. El director parecía más joven que nunca. Y casi desesperado.

—Me alegra oír eso.

—Y sé que seguramente tendrás que incluir esto en tu informe —prosiguió Arthur, como si Linus no hubiera dicho nada—. No te culpo por ello, ni intentaré impedírtelo. Pero sí te pido que recuerdes que Lucy nunca ha hecho daño a nadie. Es… Hablaba muy en serio cuando te lo dije. Es buena persona. Hay mucha bondad en su interior. Pero no creo que sea capaz de sobrevivir lejos de aquí. Si cerraran el orfanato, o si lo trasladaran a otro sitio, no sé lo que…

Sin pensarlo dos veces, Linus lo tomó de la mano. Las palmas se juntaron, y los dedos se entrelazaron.

—Entiendo por dónde vas.

Arthur pareció aliviado.

Iba a decir algo, pero Linus no había terminado.

—Tal vez no represente un peligro para nadie más, de acuerdo, pero ¿y para sí mismo?

Arthur sacudió la cabeza.

—Eso no…

—Por eso lo tienes aquí alojado contigo, ¿me equivoco? Para estar siempre cerca de él por si surge la necesidad.

—Sí.

—¿Se ha hecho daño alguna vez?

Arthur suspiró.

—No, al menos físicamente. Pero es un experto en autoflagelarse después. Si se rompe algo, sea de quien sea, siempre carga con todo el peso de la culpa.

—Me da la impresión de que algo sabes de eso tú también.

Arthur torció los labios.

—Un poquito.

—Se le ve bastante recuperado.

—Al margen de su naturaleza, no deja de ser un niño. Y los niños son de goma. Estoy seguro de que se pondrá bien. Por lo menos hasta el próximo episodio. —Arthur entornó ligeramente los ojos—. Y también estaré a su lado cuando se produzca.

Era un desafío al que Linus no podía hacer frente. Fuera cual fuese su recomendación al respecto, la última palabra correspondía al DEJOMA.

—Me dijiste que no eran muy frecuentes, al menos últimamente. Y creo que si hubiera sucedido algo así durante mi estancia aquí, me habría dado cuenta.

—Creía… esperaba que los estuviera superando —comentó Arthur con evidente frustración.

—¿Qué ha provocado esto, entonces? ¿Tienes idea? ¿Ha ocurrido algo hoy?

Arthur negó con un gesto.

—No, que yo recuerde. Creo… Por muy grotesca que sea su afirmación de que tiene arañas en el cerebro, creo que algo de fundamento tiene. Es tanto lo que ignoramos sobre lo que implica ser el Anti…

—Cuidado —lo reprendió Linus dándole un apretón en la mano—. Aquí no usamos esa palabra.

Arthur esbozó una sonrisa sobria.

—No, supongo que no. Gracias por recordármelo. Las arañas, que desde luego no eran arañas de verdad, simbolizan lo que ocurre dentro de su cabeza. Hilillos de oscuridad entretejidos en medio de su luz.

—Partes de un todo —dijo Linus—. Todos tenemos nuestras cosas. El mío es un michelín en torno a la cintura. El suyo es tener a Satán como padre. Nada que no podamos solucionar si nos esforzamos lo suficiente.

Arthur echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos mientras se le ensanchaba la sonrisa.

—Me gustas bastante así, tal cual.

Linus volvió a sentirse acalorado. Aunque no le cabía duda de que la mano le estaba sudando a mares, no consiguió reunir el valor para retirarla.

—Yo… En fin. Supongo… que eso es bueno.

—Supongo que sí.

Le entró la desesperación por cambiar de tema antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse. Estaba perdiendo la batalla, pero tenía que luchar.

—Así pues, ¿iremos de excursión al pueblo? —preguntó soltándole la mano a Arthur—. Veo que te has decidido.

El director abrió los ojos y, exhalando un suspiro, miró a Linus.

—Tenías razón. Ya iba siendo hora, seguramente. Estoy algo preocupado, pero me temo que nunca dejaré de estarlo.

—No me cabe duda de que todo irá bien —aseveró Linus dando un paso hacia atrás—. Y si no, te aseguro que no me cortaré ni un pelo. No tengo tiempo ni paciencia para tolerar la menor desconsideración. —Se sentía extrañamente desconectado de su entorno, como si flotara en el interior de su cuerpo. Se preguntó si al día siguiente le parecería que todo había sido un sueño—. Creo que deberíamos irnos a la cama, o el amanecer nos pillará todavía aquí.

Dio media vuelta, convencido de que se había puesto colorado. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, Arthur pronunció su nombre.

Se detuvo, pero no se volvió.

—Lo he dicho en serio —dijo Arthur con voz queda.

—¿El qué?

—Que me gustas tal cual. Creo que nunca había sentido eso con tanta fuerza respecto a nadie más.

Linus agarró el pomo de la puerta.

—Vaya…, gracias. Eres muy amable. Buenas noches, Arthur.

El director soltó una risita.

—Buenas noches, Linus.

Acto seguido, Linus salió huyendo de la habitación.



No pegó ojo durante el resto de la noche.

En el dormitorio de la casa de invitados, una vez que había empujado su cama hasta colocarla en su sitio, se desplomó sobre ella, convencido de que se quedaría frito después de la nochecita que había pasado.

No fue así.

En vez de ello, se quedó despierto, recordando el tacto de la mano de Arthur contra la suya, el modo en que encajaban. Era un pensamiento ñoño y seguramente peligroso, pero en medio del silencio y la oscuridad, nadie podría arrebatárselo.

Catorce

Merle estaba de pie en la cubierta del transbordador con la boca abierta de par en par.

Linus se asomó a la ventanilla del asiento del acompañante.

—¿No piensa bajar la compuerta?

Merle no se movió.

—Qué hombre tan inútil —farfulló Linus—. No entiendo que se le haya confiado el mando de un barco tan grande. Me sorprende que no haya matado a nadie todavía.

—¿Vamos a chocar y a hundirnos en el mar y a lo mejor incluso a morirnos? —preguntó Chauncey—. Eso molaría.

Linus suspiró. Era de vital importancia que aprendiera a mantener la boca cerrada. Se volvió hacia la parte trasera de la furgoneta. Seis niños lo contemplaban con diversos grados de interés ante la perspectiva de hundirse en el mar y morirse. Lucy y Chauncey parecían más fascinados que los demás.

Zoe, sentada en tercera fila, lo miró con una ceja arqueada, dándole a entender sin una sola palabra que él se había metido solito en aquel jardín y que no le quedaba más remedio que apechugar.

Él esperaba no tener que arrepentirse de aquello.

Las probabilidades eran bastante altas.

—No vamos a hundirnos en el mar ni a morirnos —aseguró Linus con toda la paciencia posible—. No es más que una expresión que usamos los adultos, así que los niños como vosotros no debéis decir cosas así.

A Arthur, que iba en el asiento del conductor, se le escapó la risa, pero Linus no le hizo caso. Su relación con él se había vuelto muy rara desde aquella noche en su habitación. Él, que antes no tenía el menor reparo en decirle las cosas claras al director del orfanato, ahora se sonrojaba y balbuceaba como un colegial. Era penoso.

—¿Los adultos piensan mucho en la muerte? —preguntó Lucy inclinando la cabeza en un ángulo extraño—. Entonces yo debo de ser un adulto también,

porque pienso en ella todo el rato. Me gustan las cosas muertas. A usted lo seguiría apreciando aunque estuviera muerto, señor Baker. O a lo mejor lo apreciaría aún más.

Ahogando una carcajada con el dorso de la mano, Zoe desvió la mirada hacia la ventanilla.

Menuda ayuda le estaban prestando Arthur y ella.

—Los adultos no pensamos mucho en la muerte —replicó Linus con severidad—. De hecho, casi nunca pensamos en ella. Es más, ni se me pasa por la cabeza…

—Entonces, ¿por qué hay tantos libros sobre la mortalidad escritos por adultos? —quiso saber Phee.

—No sé… Es porque… ¡Eso no viene al caso! ¡Lo que intento decir es que no quiero oír una palabra más sobre la muerte o sobre morirse!

Talia asintió y se acarició la barba con aire de persona sabia.

—Exacto. Porque, si estamos a punto de morir, más vale no saberlo. De ese modo, no nos pondremos a gritar ahora mismo. Será una sorpresa. Ya gritaremos cuando ocurra.

Theodore, sentado sobre las piernas de Sal, soltó un gorjeo de preocupación y ocultó la cabeza bajo el ala. Sal le acarició el lomo.

—Ya os avisaré cuando estéis a punto de morir —dijo Lucy echando la cabeza atrás para contemplar el techo de la furgoneta—. Creo que, si me esforzara lo suficiente, podría ver el futuro. Señor Baker, ¿quiere que averigüe cuándo va a morir? Ooh, sí, me está viniendo la imagen. ¡Ya lo veo! Va a perecer en un terrible…

—No, no quiero —espetó Linus—. ¡Y te repito que, mientras estemos en el pueblo, no puedes ir por ahí preguntándole a la gente si quiere que le digas lo que le depara el destino!

Lucy suspiró.

—¿Cómo voy a hacer amigos nuevos si no puedo hablarles de cómo van a morir? ¿De qué sirve?

—Helado y discos —le recordó Arthur.

—Ah. ¡Vale!

Había sido una idea pésima.

—¿Creéis que voy bien así? —preguntó Chauncey por lo que parecía la centésima vez—. No sé si he elegido el atuendo más apropiado.

Llevaba una gabardina diminuta, y una chistera encajada entre los ojos. Según él, era su disfraz, pero no lo hacía pasar desapercibido precisamente. Había sido iniciativa suya, pero Linus no tenía ganas de discutir, y menos aún

después de que Chauncey alegara a gritos que no podía ir al pueblo desnudo, aunque en la isla se pasaba casi todo el día así. Linus nunca lo había pensado desde ese punto de vista. Y ahora no podía quitárselo de la cabeza.

—Estás genial —dijo—. Hecho un pincel.

—Como un espía escondido entre las sombras, listo para revelar un gran secreto —terció Sal.

—O como si estuviera a punto de abrirse la gabardina para exhibirse ante nosotras —murmuró Talia.

—¡Oye! ¡Yo nunca haría eso! A menos que me lo pidierais.

Zoe ya no intentaba disimular la risa.

Linus se volvió en el asiento para mirar por el parabrisas. Merle seguía observándolos boquiabierto.

—¿Te lo estás repensando? —preguntó Arthur. A Linus no le hizo falta dirigir la vista hacia él para saber que sonreía.

—No —contestó Linus—. Claro que no. Todo irá bien. Todo… ¡Por Dios santo, hombre, baje la puñetera compuerta de una vez!

—¡Huuuuuy! —dijeron los niños.

—El señor Baker ha dicho una palabrota —susurró Talia, que no cabía en sí de asombro.

Todo iría bien.

* * *

—Regresaremos esta tarde, dentro de unas horas —le informó Arthur a Merle cuando desembarcaban del transbordador—. Espero que eso no suponga un problema. Me aseguraré de que cobre usted una pequeña cantidad extra.

Merle asintió, aún con la mandíbula desencajada.

—Sí…, muy bien, señor Parnassus.

—Ya me imaginaba que le parecería razonable. Ha sido un placer volver a verle. —Merle se apresuró a regresar a bordo del transbordador—. Qué personaje tan curioso, ¿no? —preguntó Arthur, y arrancó en dirección al pueblo.

Como era finales de septiembre y, por tanto, la temporada baja acababa de comenzar, no reinaba tanto bullicio en Marsyas como de costumbre. Incluso tres semanas antes, cuando Linus había llegado, había un gentío en las aceras, curioseando por los escaparates, o niños en bañador que seguían a sus padres, calzados con chanclas en los blancuzcos pies y cargados con sombrillas, toallas y neveras portátiles, camino de la playa.

La ciudad no estaba muerta, pero sí tranquila, lo que calmó los nervios de Linus. Quería que la excursión transcurriera sin complicaciones para que pudieran repetirla cuando él se hubiera marchado. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba dando por hecho que en el orfanato todo seguiría igual. Eso vendría más tarde.

Pero las pocas personas que sí había en la calle no se esforzaron mucho por reprimir las expresiones de pasmo.

Talia, que se encontraba más cerca de la ventana, saludó con la mano cuando la furgoneta pasó junto a una mujer y sus dos hijos.

Los niños devolvieron el saludo.

La madre los agarró y los abrazó contra sí como si temiera que intentaran llevárselos.

Chauncey, sentado en el otro extremo del asiento, aplastó la cara contra el cristal, moviendo los ojos de un lado a otro.

—¡Ahí está el hotel! ¡Lo estoy viendo! ¡Fijaos! Fijaos en… Ay, Dios mío. Hay un botones. ¡Un botones de verdad, de carne y hueso! ¡Mirad! ¡Mirad!

Y allí estaba, un hombre delgado ayudando a una señora mayor envuelta en una cantidad desmesurada de pieles a bajar de un coche de lujo. Los dos oyeron los estridentes chillidos de Chauncey, y Linus miró hacia atrás a tiempo para verlo apretar la boca contra la ventanilla y soplar con tanta fuerza que se le hinchó la cabeza.

La anciana se tambaleó, llevándose la mano al cuello. El botones consiguió sujetarla antes de que cayera al suelo.

—Guau —jadeó Chauncey mientras despegaba la cara del vidrio—. Los botones saben hacer de todo.

Todo iría bien.

De verdad.

Arthur entró en un aparcamiento reservado para quienes iban a la playa. Al ser temporada baja, estaba casi vacío y no había nadie en la caseta de cobro, que tenía la persiana bajada. Estacionó en la primera plaza libre y apagó el motor.

—Niños —dijo con suavidad—, por favor, salid del vehículo y juntaos en parejas.

Una manada de rinocerontas desbocadas en avanzado estado de gestación habría hecho menos ruido que los niños en aquel momento.

Linus sujetó el informe contra su regazo mientras el vehículo se zarandeaba adelante y atrás. Como los dos informes anteriores, estaba metido en un sobre cerrado, franqueado y dirigido a la atención de la Altísima

Dirección del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. Pensaba ir a la oficina de Correos antes de nada, pero supuso que sería mejor esperar a que terminaran. Más valía evitar distracciones. Dejó el sobre encima del salpicadero.

—¿Cómo vas? —preguntó Arthur por lo bajo.

Linus lo miró, pero en cuanto recordó el tacto de su mano contra la suya, desvió la vista. Qué pensamientos tan frívolos.

—Voy bien —respondió con hosquedad—. Todo va bien.

—Debe de ser tu mantra del día. Lo has dicho ya varias veces.

—Ya, bueno, tal vez cuantas más veces lo diga, más cierto será.

Arthur extendió el brazo y le tocó el hombro por un instante.

—Ya verás cómo los niños se comportan.

—No son ellos los que me preocupan —reconoció Linus.

—Recuerdo con toda claridad a un hombre que proclamó que no pensaba tolerar la menor desconsideración. Qué fiera estampa presentaba. Me dejó impresionado.

—Si eso te dejó impresionado, tal vez deberías salir más.

Arthur se rio.

—Eres encantador. ¡Y fíjate! He salido. Aquí estoy. Y ahora, vayamos a ver lo que hemos venido a ver, ¿te parece? No podemos quedarnos todo el día en la furgoneta.

No, no podían, por más que Linus lo hubiera preferido. Sabía que su comportamiento era infantil, pero no conseguía librarse de la extraña sensación de miedo que le oprimía la boca del estómago. La excursión había sido idea suya, incluso había insistido en ello, pero ahora que estaban allí…

Echó un vistazo por el parabrisas. En el costado del edificio que se alzaba ante ellos, bajo un anuncio de Cacho Cola —«¡Qué cacho de refresco!»—, había un letrero que le recordaba a la gente: SI VES ALGO, AVISA.

—¿Llevas sus documentos de identificación? —inquirió Linus en voz queda.

—Sí.

—Vale.

Linus abrió la puerta y se apeó de la furgoneta.

Los niños se habían colocado en fila detrás del vehículo, por parejas. Lucy con Talia. Sal con Theodore. Phee con Chauncey. Ellos mismos habían elegido a su compañero y, aunque Linus ya se imaginaba que Sal y Theodore irían juntos, la mera idea de que Lucy y Talia formaran pareja le provocaba escalofríos. Tendían a darse cuerda el uno al otro. Había tenido que advertirle

en términos inequívocos a Talia que no podía llevarse la pala consigo, para su gran disgusto.

Por eso, le sorprendió cuando Arthur dijo:

—Phee y Chauncey, vosotros iréis con la señorita Chapelwhite. Sal y Theodore, vendréis conmigo. Lucy y Talia, quedáis asignados al señor Baker.

Los dos aludidos volvieron lentamente la cabeza a la vez, con sonrisas idénticas que ocasionaron que a Linus le bajara un repeluzno por la espalda.

—Tal vez deberíamos… —balbució—. Es decir, en realidad no hace falta… Creo que deberíamos… Ay, madre.

—¿Qué le ocurre, señor Baker? —preguntó Lucy con dulzura.

—Eso, señor Baker —se sumó Talia—, ¿qué sucede?

—Estoy bien —aseguró él—. Todo va bien. Pero creo que lo más prudente sería permanecer todos juntos.

—En la medida de lo posible —dijo Arthur con despreocupación. Volvía a llevar un pantalón demasiado corto para sus piernas—. Pero creo que la mayoría se aburrirá dentro de la tienda de discos, y ¿quién mejor que tú para ayudar a Lucy a elegir música? Chicos, ¿os habéis acordado de traer el dinero de vuestra asignación?

Todos asintieron, menos Chauncey.

—¡No! —gimió—. ¡Me he olvidado! ¡Estaba demasiado ocupado vistiéndome! Ahora estoy en la ruina, no tengo nada.

—Por suerte para ti, ya me imaginaba que pasaría eso —dijo Arthur—, así que le di tu asignación a Zoe.

Chauncey se tranquilizó de inmediato y alzó la mirada hacia Arthur con adoración.

El director echó una ojeada a su reloj.

—Si nos separamos por lo que sea, quedamos en la heladería a las dos y media. ¿De acuerdo? —Todos se mostraron de acuerdo—. Entonces, ¡en marcha! —añadió en tono jovial.

De inmediato, Lucy y Talia cogieron a Linus de la mano.

—¿Cree que habrá un cementerio por aquí, señor Baker? —preguntó el muchacho—. Si es así, me gustaría verlo.

—Ya te he dicho que debería haber traído la pala —gruñó Talia—. ¿Cómo voy a desenterrar cadáveres sin la pala?

Tal vez sí que se arrepentiría de aquello al final.

* * *

Pese a los esfuerzos de Linus por evitarlo, acabaron separándose del grupo al cabo de tres minutos y veintiséis segundos, aproximadamente. No sabía muy bien cómo había ocurrido. En un momento estaban todos juntos, y al momento siguiente, Talia masculló algo en gnómico que parecía expresar una alegría extrema, y se vieron arrastrados hacia el interior de una tienda. Una campanilla tintineó por encima de sus cabezas cuando la puerta se cerró tras ellos.

—¿Qué…? —preguntó Linus al mirar hacia atrás y comprobar que los demás se alejaban por la calle. Arthur le guiñó el ojo antes de seguir andando—. Esperad, tal vez deberíamos…

Pero Talia no iba a dar su brazo a torcer. Se soltó de su mano y avanzó con paso decidido, farfullando para sí en gnómico.

—Ay, no —se lamentó Lucy—. Mira que hay comercios por aquí, pero ha tenido que elegir el peor.

Linus pestañeó.

Estaban en una ferretería.

Talia se paseaba por delante de un expositor de utensilios de jardinería, acariciándose la barba e inspeccionando cada desplantador, pala y combinación de azada y horca. Se detuvo y soltó un grito ahogado.

—¡Las nuevas B. L. Mack! ¡Ni siquiera sabía que ya habían salido! —Alargó el brazo para coger del expositor una pala de forma extraña, con el mango adornado con flores grabadas. Se volvió para mostrársela a Linus—. ¡Son las palas mejor valoradas por la revista *Herramientas de jardín mensual*! ¡Creía que no estarían disponibles hasta la primavera que viene! ¿Sabe lo que eso significa?

Linus no tenía la menor idea.

—¿S-sí?

Talia asintió enérgicamente.

—¡Exacto! ¡Imagínese! ¡Si me la compro, luego podemos ir al cementerio, como quería Lucy! ¡Podría desenterrar tantas cosas con esto…!

—¡No digas esas cosas tan alto! —siseó Linus, pero, sin hacerle el menor caso, ella empezó a simular que cavaba, como para acostumbrarse a la empuñadura y al peso de la pala.

Hasta Lucy parecía interesado.

—Es un poco pequeña —comentó con aire dubitativo—. ¿Cómo vas a excavar una tumba entera con esa cosita?

—Lo importante no es el tamaño de la herramienta —se mofó Talia—, sino cómo la usas. ¿A que sí, señor Baker?

Linus tosió.

—Pues… Podría decirse que sí, supongo.

—Además, soy una gnoma, Lucy. Sabes que se me da muy bien cavar.

El chico movió la cabeza afirmativamente, aliviado.

—Menos mal. Porque quizá tengamos que desenterrar por lo menos tres o cuatro cadáveres…

—No vamos a desenterrar ningún cadáver —saltó Linus—. Ya podéis ir quitándoos esa idea de la cabeza.

—¿En serio? —preguntó Talia contemplando la pala—. Pero, entonces, ¿qué sentido tiene?

—¿Qué sentido tiene qué?

—Ir al cementerio —dijo Lucy tirándole de la mano.

—¡No vamos a ir al cementerio!

Talia levantó hacia él los ojos entornados.

—Pero si has dicho que podíamos ir.

—Vaya por Dios —gimió Lucy—. ¿Estará senil? ¡Es tan viejo que se le va la cabeza! ¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude, por favor! ¡Este hombre que se supone que nos cuida está senil y tengo miedo de que haga alguna burrada!

Una mujer bajita de aspecto preocupado se acercó por un pasillo. Tenía una mancha de suciedad en la frente y, con las manos enfundadas en guantes de jardinero, sujetaba unas tijeras de podar.

—Cielo santo, ¿qué pasa aquí? ¿Estáis… bien…?

Se paró en seco al ver a Talia con la pala. Desplazó la mirada lentamente hacia Lucy, que le dedicó una amplia sonrisa que dejaba al descubierto una gran cantidad de dientes.

Ella retrocedió un paso.

—Venís de la isla.

—Sí —respondió Talia, yendo al grano—. Y me gustaría hablar con usted sobre las B. L. Mack. ¿Cuándo le han llegado? ¿Son tan buenas como indica su valoración en las revistas? Parecen más ligeras de lo que esperaba.

—Vamos a ir al cementerio —añadió Lucy en un tono siniestro—. ¿Muere mucha gente aquí? Eso espero.

A la mujer se le desorbitaron los ojos.

—No, no vamos a ir —se apresuró a replicar Linus—. Aquí Talia tiene un jardín precioso y muy bien cuidado. Es más, no recuerdo haber visto algo tan inmaculado en la vida.

Esto no pareció tranquilizar demasiado a la mujer.

—¡Gracias, señor Baker! —exclamó Talia, orgullosa. Se volvió hacia la mujer—. Nadie lo diría por su forma de vestir, pero a veces el señor Baker tiene buen gusto.

La mujer asintió nerviosamente.

—Qué… bien. —Se aclaró la garganta—. ¿Un jardín, dice? ¿En la isla? Creía que estaba… —Palideció.

Talia ladeó la cabeza.

—¿Creía que estaba qué?

—Pues… Esto… Da igual. —Le lanzó una mirada fugaz a Linus antes de esbozar una sonrisa claramente forzada—. Háblame de tu jardín, y así nos hacemos una idea de lo que necesitas.

—Uf, no —gimoteó Lucy—. Se pondrá a hablar y no habrá quien la pare.

Haciendo caso omiso de él, Talia se embarcó en una descripción detallada de su jardín. Tan detallada, de hecho, que a Linus le pareció que lo estaba describiendo palmo a palmo. Y, aunque en el fondo estaba de acuerdo con Lucy, estaba concentrado en la dependienta, buscando alguna señal de que solo le seguía la corriente a Talia para conseguir que se marcharan.

Aunque desde luego esa parecía ser su actitud al principio, la mujer empezó a relajarse y a interrumpir a Talia para hacerle preguntas sobre los niveles de acidez del suelo y las variedades de flores y plantas que cultivaba. Se la veía impresionada ante los conocimientos de Talia y todo lo que había logrado.

—Aunque las B. L. Macks están consideradas lo mejor de lo mejor —dijo al fin—, he notado que tienden a desgastarse antes. A alguien como tú —tosió—, alguien que sabe lo que hace, podría convenirle más la Foxfaire. Es más resistente y económica. Es la que utilizo aquí, en la tienda, y también en casa.

Talia devolvió la pala al estante con ademán casi reverencial.

—¿La Foxfaire? Según *Herramientas de jardín mensual*…

—¿*Herramientas de jardín mensual*? —dijo la mujer con desprecio—. Mi querida muchacha, *Herramientas de jardín mensual* se ha convertido en el *Herramientas de jardín semanal* del mundo de los utensilios de jardinería. Ahora la mejor información está en *Herramientas de jardín bimestral*. Es lo que leen todos los jardineros serios.

—¿De verdad? —jadeó Talia. Fulminó a Linus con la mirada—. ¿Cómo es que no lo sabía? ¿Qué más cosas me han ocultado?

Linus se encogió de hombros con impotencia.

—No tengo la menor idea de lo que pasa.

La mujer posó en él los ojos achicados.

—¿Se encuentra usted bien, señor? ¿Está senil?

Linus suspiró mientras a Lucy se le escapaba una risita.



El total a pagar que marcaba la caja registradora era exorbitante. Linus no se había gastado en la vida tanto dinero en utensilios de jardinería.

Talia le sonrió a la dependienta.

—¿Me disculpa un momento?

La mujer asintió.

En cuanto Talia le dio la espalda, la sonrisa cedió el paso a una expresión desesperada. Le agarró la mano a Linus y le dio un tirón para obligarlo a agacharse.

—No me llega el dinero —susurró—. Y no podemos tirarla al suelo y robar las cosas, ¿no? Eso estaría mal.

—Rotundamente no podemos tirarla al suelo y robar las cosas —sentenció Linus.

Lucy puso cara de exasperación.

—Sabía que diría eso. —Frunciendo el entrecejo, se llevó la mano al bolsillo. Sacó un puñado de billetes arrugados. Se los tendió a Talia—. ¿Crees que bastará con esto?

Talia sacudió la cabeza.

—No, Lucy. Ni hablar. Ese dinero es para tus discos.

El chico se encogió de hombros.

—Ya lo sé. Pero no se me han roto todos. Y los que se rompieron fue por mi culpa, de todos modos. Cógelo.

—Guardaos el dinero —dijo Linus en voz baja—. Los dos.

—Pero, mis herramientas…

El hombre se acercó al mostrador, soltándoles las manos a los niños para sacarse la cartera. Dedicándole una sonrisa lánguida a la mujer, le entregó su tarjeta Diners Club, que solo utilizaba cuando surgía alguna emergencia. La mujer la colocó sobre la máquina validadora y deslizó el rodillo sobre el recibo.

Al oír un susurro tras su espalda, Linus volvió la cabeza para asegurarse de que los críos no estuvieran planeando realmente robar los artículos. En vez de ello, vio a Talia sonriente y con los ojos húmedos, y a Lucy abrazándola por los hombros.

La mujer carraspeó, y, cuando Linus volvió a mirar al frente, le devolvió la tarjeta y comenzó a meter las herramientas en bolsas. El hombre advirtió que Talia se colocaba a su lado, alzaba los brazos y agitaba las manos, pues no alcanzaba a ver por encima del mostrador. La mujer le pasó las bolsas.

—Ese jardín tuyo —dijo tras titubear unos instantes—, por como lo pintas, debe de ser precioso.

—Lo es —respondió Talia sin el menor asomo de orgullo.

—¿Te parecería bien si…? Me gusta hacer fotos de los jardines de aquí, de Marsyas. —Señaló un tablero de corcho colgado en la pared, en el que había varias fotografías de diferentes jardines—. Son de los clientes de la tienda. Creo que cada jardín es distinto y refleja la personalidad de la persona que lo cuida.

—En el nuestro no hay cadáveres —dijo Lucy con ánimo de ayudar—. Pero, por lo demás, es casi calcado a Talia.

—Me alegra oír eso —dijo la dependienta con voz débil, sacudiendo la cabeza—. Con el permiso del señor Baker aquí presente, ¿podría visitar algún día vuestro jardín? ¿Qué tal en primavera, cuando empiece la floración? O antes, si os parece bien.

—Sí —contestó Talia con ojos centelleantes—. Por supuesto. Pero no es al señor Baker a quien tendría que pedirle permiso, sino a Arthur. Pero estoy segura de que se lo daría. El señor Baker está aquí para asegurarse de que no nos matan de hambre ni nos pegan ni nos encierran en jaulas. Pronto volverá a su casa.

Linus alzó el rostro al techo, como para pedir a Dios que lo guiara.

—Ah —dijo la dependienta—. Y eso es… ¿bueno?

Lucy hizo un gesto afirmativo.

—Muy bueno. Pero en el fondo el señor Baker no es tan malo. A ver, sí, cuando llegó a la isla intenté pegarle un susto para que se marchara, pero ahora me gusta que esté vivo y no… del otro modo.

Linus suspiró.

—Magnífico —dijo la mujer con un hilillo de voz—. Me complace un montón oír eso. Ya me pondré en contacto con Arthur cuando pueda hacer la escapada.

Talia le dirigió una sonrisa radiante.

—Pues prepárese para flipar. Al lado de mi jardín, los de su tablón de fotos le parecerán una caca.

Había llegado el momento de marcharse.

—Gracias —dijo Linus, muy tenso, mientras agarraba a los niños del brazo y se los llevaba hacia la salida.

—¡Adiós, señora de las plantas! —gritó Lucy—. ¡Nos veremos *muy* pronto!

No fue sino hasta que se encontraban fuera, bajo el sol, que Linus pudo respirar de nuevo. Pero, cuando se disponía a leerles la cartilla a los niños, notó que alguien le estrechaba con fuerza la pierna derecha en un abrazo. Al bajar la vista, vio que era Talia.

—Gracias, señor Baker —dijo ella en voz baja—. Ha sido muy bonito por su parte.

Tras vacilar unos momentos, él se agachó y le dio unas palmaditas en la cabeza por encima del gorro, cosa que no se habría atrevido a hacer unos días atrás.

—No tiene importancia.

—Es tan majo y generoso —dijo Lucy girando como una peonza en la acera, con los brazos extendidos por alguna razón que escapaba a la comprensión de Linus—. Y espero que no olvide hacer lo mismo por mí, para que no tenga que gastar mi dinero y sentirme excluido y verme obligado a abrir un socavón que llegue hasta el infierno para que se trague el pueblo entero. Porque eso estaría chupado para mí.

Linus apenas tuvo tiempo de preguntarse por qué las amenazas de Lucy no lo asustaban tanto como antes, pues reanudaron la marcha enseguida.

* * *

—Dabuten —jadeó el hombre de la tienda de discos, con los ojos vidriosos e inyectados en sangre. El pelo le llegaba hasta los hombros, y tenía pinta de necesitar una ducha.

Por lo que Lucy estaba embelesado, naturalmente.

—Dabuten —convino. Había conseguido encaramarse sobre el mostrador y estaba frente al hombre— «Llámame K-Nuto. ¿Lo captas?» —de rodillas. Al fondo del establecimiento, otro hombre los observaba con recelo.

—Tío, eres como… —K-Nuto imitó una explosión con la boca, extendiendo los brazos hacia los lados.

—Sí —respondió Lucy—. Ese soy yo. Bum.

K-Nuto —Linus desconfió de él desde el primer momento; mira que hacerse llamar así, por favor— bajó la vista hacia Talia, que estaba sentada en el suelo de la tienda, tarareando mientras inspeccionaba sus herramientas nuevas.

—El coleguita tiene barba. Y además es una coleguita.

—La tiene muy suave —dijo Lucy—. Se la lava con tres jabones distintos. Huelen a flores y cosas de chicas.

—Qué pasote —opinó K-Nuto—. Mis respetos, coleguita.

—Esto se llama desplantador —dijo Talia—. Es mío.

—Mola. —Se volvió hacia Lucy, que estaba a solo unos centímetros de su rostro—. ¿Qué se te ofrece, coleguita?

—Estoy buscando discos —anunció Lucy—. Los que tenía se rompieron cuando tuve una pesadilla en la que me devoraban unas arañas, y necesito unos de repuesto. Pagará el señor Baker, así que no hay que reparar en gastos.

K-Nuto asintió.

—No me he enterado de nada, pero he oído la palabra «discos», y de eso controlo un rato. —Señaló con un movimiento de cabeza al hombre que estaba al fondo—. Marty y yo podemos atenderte.

—Hueles raro —comentó Lucy inclinándose hacia delante e inspirando a fondo—. Como a… plantas, pero no como las que tiene Talia en su jardín.

—Pues claro —dijo K-Nuto—. Cultivo y fumo mi propia…

—Ya hemos oído bastante —lo interrumpió Linus—. No hace falta que nos cuente lo que hace en su tiempo libre.

—¿Quién es el carroza? —susurró K-Nuto.

—El señor Baker —respondió Lucy también en susurros—. Está aquí para asegurarse de que yo no queme vivo a nadie con el poder de la mente y luego le arranque el alma de su cuerpo humeante.

—Leña al mono, coleguita —dijo K-Nuto chocándole esos cinco—. A ver, espero que no me lo hagas a mí, pero tú a tope con lo tuyo. —Se echó la cabellera hacia atrás por encima del hombro—. ¿Qué tipo de música buscas?

—Big Bopper, Ritchie Valens, Buddy Holly.

—Anda, te va la vieja escuela.

—Ahuyenta las arañas de mi cabeza.

—Ya lo pillo. ¿Te mola el Rey?

Lucy soltó un resoplido, botando sobre las rodillas.

—¿Que si me gusta el Rey? Claro que me gusta el Rey. Creo que mi verdadero padre lo conoció.

Linus decidió no hacerle la pregunta que le vino a la mente enseguida.

—Así que tu verdadero padre, ¿no? —preguntó K-Nuto acodándose sobre el mostrador.

—Sí. —Lucy desplazó los ojos de un lado a otro—. No… lo veo mucho.

—¿Pasa de ti?

—Podría decirse. Está ocupado con otras cosas.

—Oh, tío, no veas cómo te entiendo. Mi viejo cree que no estoy haciendo nada con mi vida, ¿sabes? Cree que no debería dedicarme solo a llevar la tienda de discos.

El chico se escandalizó.

—¡Pero si la tienda de discos es el mejor lugar del mundo!

—Ya te digo. Pues el tío quiere que sea un abogado especializado en lesiones, como él.

Lucy torció el gesto.

—Mi verdadero padre sabe un montón sobre los abogados especializados en lesiones. Créeme si te digo que estás mejor aquí.

—Lo mismo pienso yo. ¿Has oído hablar de Santo & Johnny?

—¡*Sleep Walk* es mi tema favorito, tío! —exclamó Lucy—. Pero ese disco no lo tengo.

—Estás de suerte, porque creo que me queda uno en la trastienda. A ver si lo encuentro.

Lucy saltó del mostrador mientras K-Nuto lo rodeaba, y juntos se dirigieron hacia la parte trasera del establecimiento.

—¡Eh, Marty! —dijo K-Nuto—. El coleguita busca clásicos de la edad de oro. A ver si le echamos un cable.

—Qué pasote —exclamó Lucy contemplando arrebatado a K-Nuto—. ¡Temazos dorados!

Sin decir palabra, Marty asintió y dio media vuelta para adentrarse más en la tienda.

A Linus no le hizo gracia que se alejaran tanto de él. Miró a Talia.

—Voy a asegurarme de que estén bien. No te da miedo quedarte aquí sola, ¿verdad?

Ella puso cara de impaciencia.

—Tengo ciento sesenta y tres años. Claro que no me da miedo.

—No salgas de la tienda.

Por toda respuesta, ella siguió deslizando amorosamente el dedo por sus utensilios nuevos.

Lucy, K-Nuto y Marty estaban fuera de la vista. Linus siguió el camino por donde se habían ido. Al doblar la esquina cerca del fondo de la tienda, se topó con una puerta. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Frunciendo el ceño, volvió a hacer fuerza.

La puerta no cedió un milímetro.

Del interior le llegó un grito seguido de un fuerte estrépito.

Sin dudarlo ni un segundo, Linus se arrojó contra la puerta con todo su peso. La oyó crujir dentro del marco. Retrocedió unos pasos y se abalanzó hacia delante para embestirla con el hombro.

La puerta, arrancada de las bisagras, cayó al suelo.

Linus dio un traspié, pero logró recuperar el equilibrio en el último momento.

Dentro, Marty yacía en el suelo, recostado contra la pared del fondo, sin conocimiento. K-Nuto, de pie ante él, lo miraba con expresión indignada.

Lucy echaba un vistazo a unos discos guardados en una caja.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Linus.

Lucy alzó la vista hacia él y se encogió de hombros.

—Nada, que se ha puesto a hablar de Cristo y de Dios y de que yo era una abominación o algo así. —Señaló con la barbilla a Marty, que llevaba una recargada cruz de plata colgada del cuello—. Me ha puesto eso delante de las narices. —Lucy se rio, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué se ha creído que soy, un vampiro? Menuda bobada. Con lo que me gustan las cruces. Solo son dos palos unidos, pero significan tanto para mucha gente… Intenté crear un símbolo con palitos de polo para venderlo y hacerme rico, pero Arthur dijo que eso no estaría bien. ¡Fíjate, Linus! ¡Chuck Berry! ¡Qué pasote! —exclamó con entusiasmo mientras sacaba un disco de la caja.

—Te has pasado tres pueblos, tío —reprendió K-Nuto al Marty inconsciente—. Es que, de verdad, la música es para todos. —Le dio un empujoncito en la pierna—. Ahí va. Lo has noqueado pero bien. Eres un tío duro, coleguita.

—Un tío muy duro —convino Lucy.

Linus volvió a bajar la mirada hacia Marty. Respiraba. Seguramente despertaría con dolor de cabeza y poco más. Linus se planteó provocarle otro chichón con una patada bien dada, pero le dolía el hombro, y ya había gastado bastantes energías por el momento.

—¿Te ha hecho daño?

Lucy levantó los ojos del disco de Chuck Berry.

—¿Por qué habla así?

—¿Así cómo?

—Como enfadado. ¿Está enfadado conmigo? —El muchacho arrugó el entrecejo—. No he hecho nada, de verdad.

—Es cierto —terció K-Nuto—. Marty ya se puede ir buscando otro curro.

Linus negó con un gesto.

—Jamás podría enfadarme contigo por una cosa así. Si estoy enfadado con alguien, es con este… este hombre, no contigo.

—Ah. Porque me tiene cariño, ¿a que sí?

Sí. Que Dios lo pillara confesado, pero le tenía mucho cariño. A todos ellos, en realidad.

—Más o menos.

Lucy asintió antes de devolver su atención a la caja.

—He encontrado seis que me gustan. ¿Puedo quedarme con los seis?

—Tuyos son.

Se acercó a Lucy para ayudarlo con los discos que había elegido antes de que se le cayeran de las manos. Dejaron a Marty tumbado y regresaron a la parte delantera de la tienda…

Donde se encontraron la bolsa de herramientas de Talia en el suelo. Pero ella no estaba.

A Linus se le subió el corazón a la garganta. La había dejado sola un segundo, y…

La vio de pie cerca de la salida, mirando hacia fuera a través del escaparate. En la acera había una niñita de no más de cinco o seis años. Llevaba el cabello negro recogido en dos trenzas que le caían sobre los hombros, y sonreía. Puso la mano contra el cristal. Talia imitó el gesto. Las manos de ambas eran del mismo tamaño y encajaban a la perfección. Talia soltó una carcajada, mientras la sonrisa de la niña se ensanchaba.

Hasta que una mujer llegó corriendo con cara de espanto y la apartó de un tirón. Abrazó con fuerza a la chiquilla y le apretó la cabeza contra su hombro. Lanzó una mirada de odio a Talia a través del escaparate.

—¿Cómo te atreves? —espetó—. ¡Deja en paz a mi hija, monstruo!

Linus dio unos pasos hacia ella, enfurecido.

—Oiga, un momento…

Pero la mujer le lanzó un escupitajo al vidrio antes de dar media vuelta y alejarse a toda prisa, estrechando a la niñita contra su pecho.

—Qué señora tan antipática —le susurró Lucy a Linus—. ¿Quiere que la arroje contra la pared como a Marty? ¿Sería un pasote?

—No —contestó Linus llevándose al muchacho a rastras—. No sería un pasote. Solo debes hacer eso para defenderte o defender a otros. La señora ha sido cruel, pero solo ha usado las palabras.

—Las palabras también hacen daño —alegó Lucy.

—Lo sé. Pero debemos elegir nuestras batallas con cuidado. Que alguien se comporte de cierta manera no implica que tengamos que reaccionar igual.

Eso es lo que nos hace distintos. Lo que nos hace buenas personas.

—El grandullón tiene razón —intervino K-Nuto acercándose desde atrás—. La gente da asco, pero a veces hay que dejar que se ahoguen solos en su propia asquerosidad.

Linus estaba seguro de que eso no era en absoluto lo que quería decir. Tampoco lo hacía muy feliz su nuevo apodo.

Talia seguía de pie frente al escaparate. La saliva de la mujer se escurría por el cristal. La gnoma no parecía muy afectada, pero Linus no las tenía todas consigo. Pareció sorprendida cuando Lucy y él aparecieron a su lado.

—Qué cosas, ¿no? —comentó. Sacudió la cabeza—. Mira que es rara la gente.

—¿Estás bien?

Ella se encogió de hombros.

—La niña era simpática. Ha dicho que le gustaba mi barba. La única cretina era la vieja.

—Ella… La mujer no era…

—Sé lo que era y lo que no era —dijo Talia con desenfado—. Ya lo he visto antes. Resulta terrible, pero no es la primera vez que lidio con ello. Por otro lado, tiene gracia, ¿no?

Linus no le encontraba el menor rasgo de humor al asunto.

—¿El qué?

—Que pueda haber tanta esperanza incluso aunque no lo parezca.

Esto lo dejó patidifuso.

—¿A qué te refieres?

—La niñita. No me tenía miedo. Era amable conmigo. Le daba igual mi aspecto. Eso quiere decir que puede pensar por sí misma. A lo mejor la señora le dirá que soy mala. Tal vez la creerá, o tal vez no se crea una sola palabra. Según Arthur, para cambiar la forma de pensar de mucha gente, primero hay que empezar por unos pocos. Ella es una sola persona. Pero la señora también. —Talia sonrió de oreja a oreja—. Y ahora, ¿podemos ir al cementerio? Quisiera probar mi pala nueva. ¿Qué te has comprado, Lucy?

—Música de Chuck Berry —respondió Lucy, orgulloso—. ¡Y he tirado a Marty contra la pared!

—¡Hasta se ha agrietado el yeso y todo! —dijo K-Nuto con una risotada—. Ha sido alucinante.

—Caray —dijo Talia, impresionada—. ¿Se ha muerto? ¿Hay que enterrarlo? Dejad que vaya a por mis herramientas, y luego podemos…

—Qué va, no se ha muerto. Me imaginaba que eso no le haría mucha ilusión al señor Baker, así que he dejado que las entrañas siguieran dentro de su cuerpo.

Talia suspiró.

—Seguramente es mejor así. Me gusta mucho Chuck Berry. Me muero de ganas de escuchar ese disco.

—Ya te digo. ¡Es un pasote! —Alzó la mirada hacia Linus—. ¿Podemos pagar los discos ya? No hay que robarlos, porque K-Nuto no es un carroza, ¿verdad? —Sonaba como si le pareciera bien la idea de robarlos de todos modos.

—En efecto, no es un carroza —respondió Linus, jurando para sus adentros que jamás volvería a pronunciar esas palabras—. Podemos pagar…

—Quita —dijo K-Nuto—. Vuestro dinero no vale aquí. Te llevas esos discos por la cara, coleguita. Siento que Marty haya intentado exorcizarte. Chócala.

Lucy así lo hizo, encantado.

—¡Linus! ¡Me los ha regalado! ¡Eso es aún mejor que robar!

Linus suspiró.

—Robar no… En fin, no sé para qué me molesto.

—Qué carroza eres, grandullón —murmuró Lucy, pero le dio un golpecito en la cadera con el hombro, como para demostrarle que no hablaba en serio.



A las dos y media, se reunieron con los demás delante de la heladería. Aunque la gente daba rodeos para evitarlos y los miraba con descaro, ninguno de los niños pareció reparar en ello. Estaban escuchando a Chauncey, que parecía haberse cambiado de gorra. Gesticulaba con entusiasmo ante la mirada divertida de Zoe y Arthur.

—¡Aquí llegan! —exclamó Chauncey—. ¡Lucy, Talia! ¡No os vais a creer lo que ha pasado! Fijaos en esto. —Se quitó la gorra, y se le estiraron los pedúnculos cuando elevó los ojos, emocionado. Entre sus tentáculos sostenía una gorra que tenía un aire familiar y que parecía…—. Me la ha regalado. ¿Os lo podéis creer? —Volvió a encasquetársela en la cabeza—. ¿Qué tal me queda?

—Muy elegante —dijo Linus—. Casi desearía tener una maleta para dejar que me la llevaras.

Chauncey soltó un chillido de alegría.

—¿En serio? ¿De verdad lo cree?

—Te queda bien —opinó Lucy dándole unas palmaditas en la gorra—. A lo mejor se nos ocurre cómo confeccionar una chaqueta a juego. Creo que me gusta más que tu otra gorra, aunque está muy bien también.

—¡Gracias, Lucy! ¡Siempre a tu entera disposición!

—Y vosotros ¿qué habéis traído? —preguntó Arthur poniéndose en cuclillas para que Talia y Lucy le enseñaran sus tesoros—. ¡Ah! Qué pala tan bonita. ¡Y menudos discos! Los escucharemos en cuanto regresemos a la isla.

—¿Ha ido todo bien? —inquirió Zoe por lo bajo aprovechando que los niños estaban distraídos.

—Si lo que quieres saber es si han cometido algún delito… Sí, en cierto modo. Pero nada que no pudiera manejar.

—¿Algo que deba preocuparnos?

Linus negó con un gesto.

—Ya te lo contaré cuando no estemos rodeados de tantas orejitas. Creo que es mejor que no se enteren de lo que Lucy…

—¡He lanzado contra la pared a un carroza llamado Marty cuando ha intentado exorcizarme en un cuartito cerrado con llave! ¡Luego K-Nuto me ha dejado llevarme los discos gratis! ¿Es o no es un pasote?

—Ooooh —se maravillaron los otros niños.

Linus suspiró.

—Creo que es hora de ir a tomar un helado —dijo Arthur.



La heladería tenía una decoración retro y alegre. Había taburetes giratorios de plástico rojo a lo largo de la barra, y de unos altavoces en el techo salía la aguda voz de Little Richard cantando sobre una chica llamada Sue, tutti frutti, oh, Rudy. La iluminación era intensa, y las paredes estaban pintadas de color rojo caramelo y rosa. Una campanilla tintineó cuando entraron por la puerta.

Había un hombre de espaldas a ellos, inclinado sobre una vitrina repleta de cubetas de helado de diversos colores y consistencias. Se volvió hacia ellos, con una sonrisa dibujándose ya en sus labios.

—¡Bienvenidos! ¿Qué os…? —La sonrisa se desvaneció. Se le pusieron los ojos como platos.

Los niños habían apoyado las manos en el cristal para contemplar los helados.

—Ahí va —dijo Phee—. Me voy a pillar una bola de cada. Voy a comer helado hasta reventar.

—Puedes elegir dos sabores —le dijo Arthur—, pero nada más. No queremos que pierdas el apetito para el almuerzo.

—Yo sí quiero —le aseguró ella—. Me muero de ganas de perderlo.

—Sois… Vosotros… —barbotó el hombre de detrás del mostrador.

—Sí —respondió Linus—. Somos nosotros. Gracias por fijarse. Niños, poneos en fila. De uno en uno, para no agobiar al señor…

—No —dijo el hombre sacudiendo la cabeza enérgicamente—. Ni hablar. Tenéis que marcharos.

Los niños se quedaron callados.

Antes de que Linus, con un temor creciente, pudiera meter baza, Arthur se le adelantó.

—¿Cómo dice?

El hombre estaba poniéndose como un tomate. Se le hinchó una vena en la frente.

—Aquí no atendemos a los de vuestra calaña.

Zoe lo miró, parpadeando.

—¿Disculpe?

El hombre señaló una pared. Ahí estaba, como en todas partes, el cartel que Linus conocía tan bien. ¡SI VES ALGO, AVISA!

—Me reservo el derecho a denegar el servicio a cualquier persona cuando me dé la gana —dijo el hombre—. Si veo algo, aviso. Y os estoy avisando de que no vais a conseguir nada de mí. —Fulminó con la mirada a Theodore, posado sobre el hombro de Sal—. No sois bienvenidos en mi establecimiento. Ni en este pueblo. Me da igual lo que nos paguen por mantener la boca cerrada. Volveos a vuestra dichosa isla.

—¡Cierre la bocaza! —espetó Linus—. Usted no es nadie para…

—¡Lo soy! —replicó el hombre asestando un golpe con las palmas sobre el mostrador que retumbó en torno a ellos, y entonces…

Theodore profirió un graznido de rabia por la repentina desaparición de su soporte. La ropa que llevaba Sal de pronto se desplomó mientras él se transformaba en un pomerania. Linus recordó la primera vez que lo había visto hacer eso, cuando acababa de llegar a la isla. Había sido fruto del miedo.

El hombre había asustado tanto a Sal que este se había convertido en un perro.

Se oían unos gañidos lastimeros procedentes del montón de prendas. Sal pugnaba por salir de debajo. Mientras Phee y Talia se agachaban para ayudarlo, Theodore voló hacia Zoe. Chauncey se refugió detrás de Linus y

asomó la cabeza por un lado de sus piernas, con la gorra nueva a punto de caer al suelo.

Lucy bajó la vista hacia Sal. Las patas delanteras se le habían quedado enganchadas en la camisa. Phee y Talia le susurraban que todo iría bien, que se estuviera quieto para que pudieran liberarlo. Lucy se volvió de nuevo hacia el hombre de detrás del mostrador.

—No deberías haber asustado a mi hermano —dijo con voz inexpresiva—. Puedo obligarte a hacer cosas. Cosas malas.

El hombre abrió la boca para soltar un gruñido.

—Lucy —lo interrumpió Arthur Parnassus.

Linus nunca había oído a Arthur emplear un tono como el de aquel momento, frío y severo, y aunque era una sola palabra, sintió como si le chirriara contra la piel. Miró al director, que observaba al hombre del mostrador con los ojos entornados y las manos crispadas a los costados.

El hombre del mostrador no parecía tenerles miedo a los niños.

Pero a Arthur sí.

—¿Cómo se atreve? —preguntó este en voz baja, y a Linus le vino a la mente la imagen de un tigre al acecho—. ¿Cómo se atreve a hablarles así? Son niños.

—Me da igual —repuso el hombre, reculando un paso—. Son abominaciones. Sé lo que su ralea es capaz de…

Arthur avanzó hacia él.

—Debería preocuparle más lo que yo soy capaz de hacer.

El ambiente parecía más caldeado que hacía solo unos momentos.

Mucho más caldeado.

—Arthur, no —dijo Zoe—. Aquí no. No delante de los niños. Piénsalo bien.

Arthur no le hizo caso.

—Solo querían un helado. Nada más. Habríamos pagado y nos habríamos marchado, tan contentos. ¡Cómo se atreve, señor!

Linus se interpuso delante de Arthur. Desvió la mirada del hombre del mostrador y la fijó en él. Le tomó el rostro entre las manos. Notó que estaba ardiendo.

—No es la manera de resolver esto.

Arthur intentó apartar la cara, pero Linus no se la soltó.

—No puede…

—Sí que puede —dijo Linus por lo bajo—. Y no es justo en absoluto. Pero no olvides tus responsabilidades. No te olvides de aquellos que te

admiran, de aquellos que te importan. De lo que pensarán. Porque lo que hagas aquí se les quedará grabado para siempre.

A Arthur le centellearon los ojos una vez más, pero enseguida se encorvó. Intentó esbozar una sonrisa y estuvo a punto de conseguirlo.

—Tienes razón, por supuesto. No es…

La campanilla de la puerta volvió a tintinear.

—¿Qué pasa aquí?

Linus bajó las manos y dio un paso atrás.

—¡Helen! —exclamó el hombre del mostrador—. ¡Estos… estas cosas se niegan a irse!

—Bueno, Norman, por lo visto aún no tienen su helado, así que no me extraña.

Era la mujer bajita de la ferretería. Aún tenía la mancha de tierra en la frente, aunque se había despojado de los guantes de jardinería. No parecía muy contenta. Linus esperaba que esto no significara más problemas.

—No voy a atenderlos —gruñó Norman—. De ninguna de las maneras.

La mujer —Helen— se sorbió la nariz con delicadeza.

—Eso no lo decides tú. Detestaría tener que comentar en el siguiente pleno municipal que estás ahuyentando a clientes potenciales. A principios de enero se estudiará la renovación de tu concesión, ¿no? Sería una lástima que te la denegaran.

A Linus le pareció que la vena en la frente de Norman estaba a punto de reventar.

—No te atreverías.

Helen arqueó una ceja.

—¿De verdad quieres averiguarlo?

—¡No voy a atenderlos!

—Pues vete a la trastienda y ya me ocupo yo.

—Pero…

—Norman.

A Linus le dio la impresión de que Norman iba a seguir discutiendo. Sin embargo, tras fulminar por última vez con la mirada a Arthur y los niños, giró sobre los talones y salió con paso furioso por una puerta batiente, que se golpeó contra la pared.

Helen suspiró.

—Menudo quejica, el gilipollas este.

—Cuando sea mayor quiero ser como usted —jadeó Talia, embelesada. Phee, a su lado, asintió para mostrar que estaba de acuerdo. Estaba abrazando

a Sal, que tenía el rostro oculto contra su cuello.

Helen torció el gesto.

—Ah. No me hagáis caso. No debería haber dicho eso. No debéis decir palabrotas, ¿entendido, niños?

Ellos asintieron, pero Linus se percató de que Lucy, entusiasmado, formaba con los labios las palabras «Menudo quejica, el gilipollas este».

—¿Quién es usted? —preguntó Zoe con recelo.

La mujer le sonrió.

—La propietaria de la ferretería. Hoy he mantenido con Talia una conversación apasionante sobre jardines. Ha demostrado saber mucho del tema.

—Helen es además la alcaldesa de Marsyas —añadió Arthur. Lo que fuera que se había encendido en su interior parecía haberse apaciguado. Había recuperado la compostura y se le veía sereno de nuevo.

—Sí, eso también —convino Helen—. Arthur, qué alegría volver a verte.

—¿La alcaldesa? —preguntó Talia—. ¿Es que lo hace todo usted en este pueblo?

Linus tuvo que darle la razón. Tampoco se lo esperaba.

—Podría pensarse que sí —dijo Helen. Dirigió la mirada hacia la puerta, que seguía oscilando sobre sus bisagras—. Y al parecer eso incluye arreglar las cosas cuando los hombres tienen rabietas. Por favor. Mira que son bravucones, pero se ponen mustios a las primeras de cambio. Son como delicadas florecillas.

—Yo no —replicó Lucy, muy serio—. Antes de que llegara usted, iba a hacerle creer que tenía la piel hirviendo y cayéndose a tiras. Pero sigo siendo un hombre.

Helen se quedó pasmada, pero se repuso enseguida.

—Pues me alegro de haber aparecido a tiempo. Y me parece que te falta aún un buen trecho para ser un hombre. Pero albergo la esperanza de que serás un hombre mejor. Al menos estás en muy buena compañía.

Lucy le sonrió de oreja a oreja.

Ella dio una palmada.

—¡Helado! ¿No es para eso para lo que habéis venido?

—¿También sabe servir helado? —inquirió Talia.

Asintiendo, Helen rodeó el mostrador para ocupar el lugar de Norman tras él.

—Fue mi primer empleo. Tenía diecisiete años. La heladería era diferente en ese entonces, pero supongo que no habré olvidado cómo manejar una

cuchara para helado. Fue así como conocí a Arthur. Venía a menudo cuando era niño.

Esto captó la atención de Linus.

—¿Arthur fue niño? —preguntó Phee, asombrada.

—Claro, ¿por qué te sorprende? —quiso saber Arthur, cogiendo a Sal de entre sus manos.

—No sé… Supongo que… pensaba que siempre habías tenido el mismo aspecto que ahora.

—Bueno, eso es más o menos cierto —terció Helen—. Por lo menos vestía igual. Como el adulto más pequeño del mundo. Y siempre era muy cortés. Su sabor favorito era el de cereza, si la memoria no me falla.

Todos se volvieron despacio para clavar los ojos en Arthur. Incluso Linus.

El director se encogió de hombros.

—Me gustaba que fuera tan rosa. Niños, poneos en fila. Linus, ¿le echas una mano a Sal? Creo que le gustaría.

Linus se limitó a hacer un gesto afirmativo con cara de tonto. La mente le iba a mil por hora, y se le agolpaban tantas preguntas en la cabeza que le costaba pensar. Chauncey le entregó la ropa de Sal. Linus se la colocó bajo el brazo mientras Arthur le pasaba al pomerania.

Estaba temblando, pero se acurrucó contra Linus.

—Hay un aseo ahí detrás —señaló Helen mientras Lucy comenzaba a preguntarle si el helado de pistacho llevaba bichos—. Ahí tendréis más privacidad.

—Gracias —musitó Arthur, acariciándole el lomo a Sal con un dedo.

—¿Por qué? —preguntó Linus.

Arthur lo miró a los ojos.

—Ya sabes por qué. No debería haber dejado que ese hombre me sacara de mis casillas.

Linus sacudió la cabeza.

—Pero si yo… no he hecho nada.

—Y tanto que sí —dijo Arthur—. Si tú no lo crees, ya lo creeré yo por los dos. Eres una buena persona, Linus Baker. Me alegro muchísimo de haberte conocido.

Linus tragó en seco antes de encaminarse hacia el baño.

Era unisex y práctico, con un retrete y un lavabo. Depositó la ropa de Sal sobre la tapa y apoyó la espalda contra la pared.

—No pasa nada —le dijo al perrito tembloroso que sostenía en brazos—. Sé que algunas situaciones dan miedo. Pero también sé que Arthur y Zoe

jamás permitirían que te ocurriera nada malo. Tampoco Theodore, Chauncey o Lucy. De hecho, creo que harían cuanto estuviera en su mano por mantenerte a salvo. ¿Has oído a Lucy, cuando te ha llamado hermano? Creo que los demás niños sienten lo mismo respecto a ti.

Sal soltó un gañido suave, y Linus notó en el cuello el frío de su nariz.

—No es justo —prosiguió, con la mirada perdida— que algunas personas sean así. Pero mientras seas íntegro y bueno, como sé que eres, lo que piense esa gente no tiene importancia a la larga. El odio es muy escandaloso, pero ya te darás cuenta de que procede solo de un puñado de personas que gritan, desesperadas por hacerse oír. Quizá nunca consigas hacerles cambiar de opinión, pero mientras recuerdes que no estás solo, saldrás adelante.

Sal ladró.

—Sí, menudo quejica, ese gilipollas, ¿verdad? Bueno, te esperaré al otro lado de la puerta mientras te transformas y te vistes. Luego iremos a por un helado. Aunque seguramente yo no debería (no es bueno para mantener la línea), le he echado el ojo al de menta con chispas de chocolate. Me he ganado un pequeño premio, y creo que tú también. ¿Qué opinas?

Sal se revolvió en sus brazos.

—Bien. Así me gusta. Y si alguna vez vuelves a asustarte, que no te dé vergüenza transformarte, como ahora, siempre y cuando no olvides la manera de volver a la normalidad. —Dejó en el suelo a Sal, que lo miró meneando el rabo—. Te espero aquí fuera.

Salió y cerró la puerta tras él. Oyó lo que parecían chasquidos y crujidos de huesos, seguidos de un hondo suspiro. Lucy, Talia y Phee se habían sentado a una mesa de la heladería. Lucy ya se las había ingeniado de algún modo para pringarse el cabello con helado. Chauncey se dirigía hacia ellos con su tarrina de papel en la mano y luciendo con garbo la gorra de botones sobre la cabeza. Zoe, de pie junto a la mesa, le daba helado a Theodore con una cuchara, mientras este sacaba y metía la lengua con movimientos rápidos y ponía los ojos en blanco, extasiado.

Arthur, de pie frente al mostrador, hablaba en voz baja con Helen. Linus se fijó en que ella alargaba el brazo y posaba la mano sobre la del director.

—Vale —dijo una voz desde el otro lado de la puerta—. Estoy listo.

—Bien —dijo Linus—. Déjame verte.

La puerta se abrió. Sal, con aire avergonzado, se frotaba la parte de atrás del cuello con la mano.

—Perfecto —comentó Linus—. Como nuevo.

Sal asintió, rehuyéndole la mirada.

—Linus…

—¿Sí?

Las manos de Sal se cerraron en puños.

—¿A qué se refería?

—¿Quién?

Sal lo miró un momento antes de desviar la vista.

—El hombre… ha dicho que le da igual cuánto le paguen por mantener la boca cerrada. ¿A qué se refería con eso?

Sal se había fijado en ese detalle, cómo no. Linus titubeó, intentando dar con las palabras adecuadas.

—El hombre… es un idiota, para qué nos vamos a engañar. Pero todos vosotros sois especiales. Y si el mundo descubriera hasta qué punto lo sois, tal vez no lo entendería. Es por vuestra seguridad.

Sal asintió, aunque con expresión preocupada.

—Un soborno.

Linus suspiró.

—Podría dar esa impresión. Pero no es importante. Deja que me ocupe yo de eso, ¿de acuerdo? Vamos a que comas algo.

Helen se sobresaltó al ver a Sal. Se quedó observándolo con los ojos entornados, luego dirigió la vista al baño y la posó de nuevo en el muchacho.

—¿Eras tú?

A Sal se le tensó el hombro.

—Qué maravilla —dijo Helen—. Y yo que creía haberlo visto todo. A ti te voy a poner tres bolas. Un chico de tu tamaño y en edad de crecimiento lo merece. ¿Qué sabores te apetecen?

Sal parecía sorprendido. Miró a Linus.

—Anda, escoge —lo animó este—. Te tocan tres bolas.

Eligió los tres sabores con todo cuidado y una voz apenas más audible que un murmullo. Helen se deshacía en mimos con Sal, que sonreía sin despegar los ojos de sus zapatos. Cuando ella le entregó la tarrina, él le dio las gracias por lo bajo antes de encaminarse hacia la mesa. Los demás prorrumpieron en gritos de alegría al verlo acercarse y se hicieron a un lado en el asiento para dejarle sitio. Se sentó junto a Lucy, le rodeó los hombros con el brazo y lo estrechó contra sí. Lucy soltó una carcajada y lo miró con ojos brillantes. Sal no retiró el brazo en ningún momento mientras comían.

—Estaba hablando con Arthur de visitar el jardín de Talia —le informó Helen—. Me han dicho que es digno de verse.

—Es precioso —coincidió Linus—. Le ha dedicado mucho esfuerzo. No me cabe duda de que estará encantada de enseñárselo. Ya la tiene a usted sobre un pedestal.

Helen se rio.

—Es posible.

—Pero debo preguntarle algo: ¿por qué ahora?

Esto pareció desconcertarla.

—¿Disculpe?

—Linus —intentó frenarlo Arthur.

El aludido sacudió la cabeza.

—No. Es una pregunta que viene al caso. El orfanato no se inauguró ayer precisamente. Algunos niños llevan bastante tiempo ahí. Y por lo visto usted lleva bastante tiempo aquí. —Miró a Helen—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no lo ha visitado antes?

—Lo siento —dijo Arthur—, se muestra demasiado protector con los niños…

Helen alzó la mano.

—Tiene razón, Arthur. Es una pregunta que viene al caso. —Respiró hondo—. Y no tengo justificación. Tal vez me dejé influir por las opiniones de otros… O quizá fue por aquello de «ojos que no ven, corazón que no siente».

—«Si ves algo, avisa» —masculló Linus.

Helen se volvió hacia el cartel de la pared con el ceño fruncido.

—Ya. Eso. Es… desafortunado. Nos encerramos en nuestras pequeñas burbujas y, aunque el mundo es un lugar grande y misterioso, nuestras burbujas nos mantienen a salvo de él. Para nuestra desgracia. —Suspiró de nuevo—. Pero es fácil caer en ello porque la rutina nos tranquiliza. Seguir las mismas costumbres día tras día. Cuando nos sacan de eso, cuando la burbuja estalla, nos cuesta comprender todo aquello que nos estábamos perdiendo. Quizá hasta nos dé miedo. Puede que algunos incluso luchemos por recuperar lo que teníamos antes. Creo que yo no lucharía por ello, pero sí que vivía en una burbuja. —Sonrió avergonzada—. Menos mal que usted la reventó.

—No debería haber sido necesario que yo la reventara —señaló Linus—. Ni que la reventaran ellos.

—No, es verdad. Y aunque yo soy solo una persona, pido perdón por ello. Prometo que no permitiré que vuelva a ocurrir. —Echó un vistazo por encima del hombro a la puerta por la que se había marchado Norman—. Haré lo posible por asegurarme de que todos los vecinos del pueblo entiendan que los

niños del orfanato deben ser bienvenidos en cualquier momento. No sé si me escucharán, pero sé alzar bastante la voz en caso necesario. —Con los ojos relampagueantes, añadió—: No quisiera que me lanzaran contra una pared.

Linus hizo una mueca de dolor.

—¿Lo dice por Marty?

—Martin —dijo ella con cara de circunstancias—. Ha ido a contármelo todo. Mi sobrino es un idiota. K-Nuto lo ha despedido en cuanto ha recuperado el conocimiento. Yo habría hecho lo mismo.

—En eso estamos de acuerdo. —Tras vacilar unos instantes, añadió—: ¿Cree que es posible que cause problemas? —Suponía que, si se corría la voz, Altísima Dirección querría tomar cartas en el asunto, como mínimo. Tal vez incluso pedirían que Lucy compareciera ante ellos. No sería la primera vez que sucediera algo así. Linus no sabía si temía más por Lucy o por Altísima Dirección. Seguramente por esta última, si era sincero consigo mismo.

—Oh —respondió ella—. No se preocupe por Martin. Ya me ocupo yo de él.

Linus no estaba seguro de querer saber qué implicaba esto.

—¿Le hará caso?

A ella se le escapó un bufido.

—Soy la administradora del fondo fiduciario que le dejaron sus padres, que en paz descansen. Me hará caso.

—¿Por qué? —quiso saber él—. ¿Por qué iba usted a mojarse siquiera?

Ella alargó el brazo y lo tomó de la mano.

—Los cambios se producen cuando la gente los quiere de verdad, señor Baker. Y yo quiero de verdad que las cosas cambien. Se lo aseguro. Quizá me lleve un tiempo, pero ya lo verá. Hoy he recibido una bofetada que me ha abierto los ojos. —Tras darle un apretón en la mano, se la soltó—. Bueno, ¿de qué quiere su helado?

—De cereza —contestó Linus sin pensarlo dos veces.

Ella se rio.

—Lo sabía. Dos bolas, ¿a que sí? —Canturreando por lo bajo, procedió a servírselas.

Cuando Linus alzó la vista, advirtió que Arthur lo miraba.

—¿Qué pasa?

Arthur sacudió la cabeza lentamente.

—No entiendo por qué eres incapaz de verlo.

—¿De ver qué?

—A ti mismo. Todo lo que tú eres.

Linus se removió, incómodo.

—No es gran cosa, pero hago lo que puedo con lo que tengo. —Tras unos instantes, agregó—: No… no debería haber insistido tanto. Casi os he obligado a todos a venir. Debería haberte escuchado.

Arthur volvió a sonreír con socarronería.

—Creo que todo ha salido bien. Hemos encontrado algunos baches en el camino, pero nada que no pudiéramos superar. Lucy no ha llegado a matar a nadie, lo que, en mi opinión, ha sido todo un éxito.

—Aquí tenéis: dos bolas de sabor cereza —anunció Helen—. Para cada uno. —Eran de color rosa y estaban salpicadas con pedacitos de fruta roja—. Invito yo.

—Oh, no tienes… —empezó a protestar Arthur.

Ella agitó la mano para restarle importancia.

—No es nada. Es lo menos que puedo hacer. Solo pido a cambio que me dejes ir a la isla a ver ese jardín.

—Faltaría más —dijo Arthur—. Cuando quieras. Y puedes quedarte a comer.

Ella sonrió.

—Por mí, perfecto. ¿Qué tal dentro de dos semanas? Tengo un empleado, pero se ha tomado vacaciones esta semana, así que estoy sola. Seguro que el señor Baker y tú sois anfitriones consumados.

—Me temo que solo estaremos los niños y yo —dijo Arthur cogiendo su tarrina. Su voz había adquirido un deje extraño—. Linus nos deja la semana que viene. Gracias por el helado, Helen. Y por ser tan amable. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la mesa.

Linus arrugó el entrecejo. Nunca había visto a Arthur tan displicente.

—¿Se va usted? —inquirió Helen, confundida—. ¿Por qué?

Linus exhaló un suspiro.

—Estoy aquí en una misión para el DEJOMA. Ya estaba previsto desde el principio que mi estancia fuera temporal.

—Pero volverá, ¿verdad?

Linus desvió la mirada.

—¿Para qué? Una vez que emita mi recomendación, no habrá ninguna necesidad. Mi trabajo habrá concluido.

—Su trabajo —repitió ella—. ¿Es todo lo que esto representa para usted? ¿Un trabajo?

—¿Y qué otra cosa iba a…?

Ella volvió a extender el brazo y a asirlo de la mano, esta vez con fuerza.

—No siga por ahí. Puede mentirse a sí mismo todo lo que quiera, señor Baker, pero no intente mentirme a mí. No pienso tolerarlo. Le gusta proyectar una imagen determinada, pero ya en mi tienda he podido ver lo que hay detrás de esa fachada. La manera en que ha defendido a los niños no ha hecho más que confirmarlo. Sabe perfectamente qué otra cosa representa esto para usted.

—No es mi hogar —reconoció Linus en voz baja—. Yo vivo en la ciudad.

Helen soltó un resoplido.

—Nuestro hogar no es siempre la casa donde residimos. Son también las personas con las que elegimos convivir. Aunque no resida usted en la isla, no me venga con que no es su hogar. Su burbuja, señor Baker, ha estallado. ¿Por qué quiere que se forme otra en torno a usted?

Se volvió y cruzó la puerta batiente, llamando a Norman a gritos mientras Linus se quedaba mirando el espacio vacío que había dejado. Se le empezaba a derretir el helado.

* * *

El hombre de la oficina de Correos apenas dio señales de reparar en su presencia. Se limitó a soltar un gruñido cuando Linus le pagó el franqueo del informe.

—¿Ha llegado algo para mí? —preguntó Linus, cansado de aquellas muestras de desprecio.

El hombre lo fulminó con la mirada antes de darse la vuelta y ponerse a hurgar entre los sobres que había en una caja de plástico. Sacó uno grande, mucho más grueso que toda la correspondencia que Linus había recibido estando en la isla. Frunció el ceño cuando el hombre se lo entregó.

Era del DEJOMA.

—Gracias —dijo Linus, distraído. Al coger el sobre, notó que era rígido y pesado. Salió de la oficina de Correos.

Se encontró bajo un sol radiante. Respiró hondo. Los demás lo esperaban subidos en la furgoneta. No era un buen momento para abrirlo, pero… tenía que saber qué contenía.

Rasgó la parte superior del sobre con cuidado.

Dentro había un dosier muy parecido a los que le habían dado antes de enviarlo a la isla. No figuraba nombre alguno en la pestaña. Estaba en blanco.

La primera página era una carta introductoria.

La sacó y parpadeó cuando algo cayó sobre la acera y rebotó hasta acabar encima de su mocasín.

Bajó la vista.

Era una llave de metal antigua.
Se agachó para recogerla. Pesaba menos de lo que imaginaba.
La carta introductoria decía:

DEPARTAMENTO ENCARGADO DE LOS JÓVENES MÁGICOS
COMUNICACIÓN DE ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Señor Baker:

Gracias por su segundo informe, tan minucioso como siempre, y bastante esclarecedor. Las descripciones de la vida cotidiana de los niños nos han dado mucho que pensar.

Sin embargo…

Nos han surgido ciertas inquietudes.

Como recordará, le pedimos un análisis más a fondo sobre Arthur Parnassus. Y nos lo ha proporcionado, pero no hemos podido evitar percatarnos de que parece menos… objetivo de lo que esperábamos. De hecho, el informe en conjunto es distinto de todos los que había redactado antes. Le elegimos para esta misión, en parte, por su imparcialidad. Incluso en las situaciones más adversas, era capaz de mantener las distancias respecto a los niños y las personas objeto de su investigación.

Al parecer, en esta ocasión no ha sido así.

Debemos advertirle que no cometa ese error, señor Baker. La gente dice y hace todo lo posible por apaciguar a aquellos en el poder. Se trata de un arma, y algunos la manejan con destreza considerable. Aquellos que no son inmunes a dichas tácticas a veces acaban pensando cosas que no deberían. Su estancia en Marsyas terminará pronto. Usted regresará a la ciudad. Se le asignará otra misión, y el ciclo se repetirá una y otra vez. Blíndese el corazón, señor Baker, pues es lo primero a por lo que van. No puede permitirse el lujo de perder de vista lo que de verdad importa. No debe perder nunca la objetividad. Y, como sin duda ya sabe, las *Normas y reglamentos* estipulan que todas las relaciones que establezca deben mantener un carácter estrictamente profesional. No puede dar la impresión de que está implicado emocionalmente, sobre todo si hay indicios de que es necesario cerrar un orfanato para proteger a los niños.

Debemos reconocer que quizá hemos subestimado su susceptibilidad a atenciones como las que le ha dispensado el señor Parnassus. Al no estar usted casado, comprendemos que sea usted presa de la confusión o de un conflicto interior. Por consiguiente, queremos recordarle que puede contar siempre con el DEJOMA y Alta Dirección. Nos preocupamos por usted. Cuando regrese de la isla, le agradeceremos que se someta a una evaluación psicológica. Para su propia tranquilidad, por supuesto. El bienestar de nuestros trabajadores sociales es de suma importancia para nosotros. Son componentes esenciales del DEJOMA, y, sin ustedes, nosotros no estaríamos aquí. No habría esperanza para los niños. Usted importa, señor Baker.

A fin de ayudarle a asegurarse de que sus pensamientos estén en orden y con una voluntad de transparencia plena, adjuntamos el expediente parcialmente completo de Arthur Parnassus. Como podrá comprobar enseguida, no es quien usted cree. El orfanato de Marsyas forma parte de una especie de experimento. Para comprobar si alguien de su… talante podía hacerse cargo de un grupo de niños diferentes. Mantenerlos a todos confinados en un mismo sitio con el fin de proteger nuestro estilo de vida. Él conoce bien la isla, puesto que se crio ahí en un orfanato de cuya clausura él fue responsable. El informe es reservado. No debe mostrarlo ni hablar de él con nadie, incluido el señor Parnassus. Considérelo un documento con un nivel cuatro de confidencialidad.

Además, encontrará una llave en el sobre. Si no han cambiado el candado, le permitirá abrir la puerta de la bodega oculta en el garaje. Ahí podrá ver aquello de lo que verdaderamente es capaz Arthur Parnassus.

Ya queda poco, señor Baker. Pronto volverá a casa.

Estamos ansiosos por leer su próximo informe y sus conclusiones finales tras su regreso.

Atentamente,

CHARLES WERNER
ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Quince

Aunque la curiosidad se moría de ganas de matar al gato, Linus la mantuvo a raya.

La mantuvo a raya mientras se encaminaba de vuelta a la furgoneta.

La mantuvo a raya mientras subía al vehículo.

La mantuvo a raya cuando Arthur le sonrió y le preguntó si estaba listo para regresar a casa.

—Sí —dijo en un tono tranquilo—. Estoy listo.

Los niños, alborotados por el subidón de azúcar y la visita al pueblo, se pasaron chachareando casi todo el trayecto hasta el muelle. Merle los miró con mala cara cuando abrió la compuerta del transbordador, pero no le hicieron el menor caso. Cuando iban por la mitad de la travesía del estrecho, ya todos los críos se habían quedado dormidos, excepto Sal. Tenía a Theodore enroscado sobre su regazo, con el ala sobre la cabeza para resguardarla del sol.

—¿Lo has pasado bien? —oyó Linus que le preguntaba Zoe.

—Creo que sí —respondió Sal—. El señor Baker me ha ayudado. Me ha dicho que cuando me asuste, recuerde lo que valgo. —Suspiró—. La gente puede ser grosera y pensar tonterías sobre mí, pero os tengo a todos, y eso es lo más importante. ¿Verdad, señor Baker?

A Linus le pareció que era demasiado tarde para blindarse el corazón.



Los niños despertaron y parpadearon despacio cuando Arthur apagó el motor de la furgoneta delante de la casa. Lucy bostezó y, al desperezarse, le pegó sin querer un codazo a Talia en la cara. La gnoma le apartó el brazo con brusquedad.

—Perdona —dijo el muchacho.

—Creo que cenaremos temprano esta noche —anunció Arthur—. Me parece que algunos no aguantaremos despiertos mucho rato después. Vayamos dentro. No olvidéis vuestras cosas y aseguraos de ponerlas a buen

recaudo. Talia, puedes ir al cenador si es ahí donde quieres guardar tus herramientas nuevas.

Ella sacudió la cabeza mientras Zoe abría la puerta deslizante de la furgoneta.

—Dormiré con ellas esta noche. Es una cosa de gnomos. Las herramientas deben pasar la primera noche en mi cama para que sepan que me pertenecen.

Arthur sonrió.

—Qué raro, nunca había oído eso.

—Es una tradición gnómica muy antigua. Y la guardamos muy en secreto. Puedes considerarte afortunado de que te lo esté contando siquiera.

—¿De veras? Lo tendré presente de ahora en adelante. —Dicho esto, abrió su puerta y se apeó.

Linus tardó un momento en percatarse de que era el único que quedaba en el vehículo. Se sobresaltó cuando alguien abrió su puerta de un tirón. Al volverse hacia el exterior, vio a Zoe, que lo observaba.

—¿Vienes?

Él asintió, aferrando con fuerza la carpeta. Advirtió que Zoe bajaba la vista hacia ella y fruncía ligeramente el ceño.

Bajó de la furgoneta.

Ella cerró la puerta tras él.

—Has estado muy callado durante el viaje de vuelta.

—Ha sido un largo día —alegó él.

—¿Es solo por eso?

Él asintió.

—Ya no soy un chaval.

—No —dijo ella pausadamente—. Supongo que no. ¿Vienes a la casa?

Él esbozó una sonrisa lánguida.

—Debería ir a ver cómo está *Calíope*. Comprobar que tenga comida y agua. Disfrutar de un rato de paz y tranquilidad antes de la cena.

—Claro. Enviaré a uno de los niños a buscarte cuando sea la hora. —Alargó la mano y le dio un apretón en el brazo—. Has estado muy bien hoy, Linus. No sé si lo hubiéramos logrado sin ti. Gracias.

Por primera vez desde su llegada a la isla, él se preguntó si lo estaban utilizando.

Le dolió más de lo que habría imaginado.

Sonrió.

—No sé si eso es cierto.

Ella le escrutó el rostro por unos momentos.

—¿Seguro que estás bien?

—Solo un poco cansado —aseguró él—. Me ha dado demasiado el sol. Estoy acostumbrado a que llueva todo el día.

Zoe lo miró como si quisiera añadir algo, pero Phee la llamó a voces para comentarle que esa noche le tocaba a ella ayudar a preparar la cena y que estaba barajando algunas ideas.

Zoe dejó a Linus solo junto a la furgoneta.

Él las siguió con los ojos hasta que desaparecieron en el interior de la casa.

Arthur fue el último. Echó un vistazo hacia atrás.

—¿Nos vemos luego?

Linus se limitó a asentir.

* * *

Caminaba de un lado a otro frente a la cama, lanzando alguna que otra mirada al expediente que había dejado encima.

—No será nada, ¿verdad? —le preguntó a *Calíope*, que lo observaba encaramada al alféizar—. Una sarta de paparruchas, lo más seguro. ¿Por qué no me facilitaron esa información antes, si tan imprescindible era? Y encima me acusan de haber perdido la objetividad. ¡A mí, nada menos! En la vida había oído algo tan ridículo. Vaya caradura tienen esos, que se creen tan superiores y poderosos.

Calíope le maulló.

—¡Ya lo sé! —exclamó él—. Es absurdo. Y aunque no lo fuera, aún sé apreciar las cualidades de las personas que me rodean. No tiene por qué significar nada. De hecho, no significa nada.

Calíope retorció la cola.

—¡Exacto! Y es evidente que Arthur guarda secretos. ¡Como todo el mundo! Hasta yo guardo cosas. —Se detuvo y arrugó el entrecejo—. Bueno, seguramente no es verdad. El simple hecho de no decir algo no lo convierte en secreto. ¡Pero podría tener uno! ¡Y entonces sería el más secreto del mundo!

Calíope bostezó.

—Tienes razón —decidió Linus—. ¿Qué importancia tiene, en realidad? Seguro que no será nada. Un intento de meterme miedo. Y, aunque no lo sea, eso no cambia nada. No abrigo sentimientos inapropiados hacia nadie, y, dentro de una semana, nos iremos de aquí, y con el tiempo nuestra estancia

aquí no será más que un grato recuerdo. ¡No nos sentiremos culpables por no haberle hablado a nadie de unos sentimientos que no existen!

Calíope apoyó la cabeza sobre las patas y cerró los ojos.

No era mala idea. Tal vez Linus debía consultarlo con la almohada. Echarse una siesta, a lo mejor. O incluso olvidarse de todo hasta el día siguiente. No había mentido al decir que había sido un largo día. Lo cierto era que estaba agotado. Habían sucedido muchas cosas, y aunque no todas habían sido buenas, desde luego no habían tenido un final desastroso como que Lucy hiciera explotar a alguien o Talia le reventase la cabeza a alguien con su pala nueva.

—Sí —se dijo—. Una ducha y luego un sueñecito. Puede que incluso no me despierte hasta mañana. No pasa nada si me salto una comida, sobre todo después de haber comido helado de cereza. —Hizo una pausa para reflexionar—. ¡Que ni siquiera me gustó!

Era mentira. Estaba buenísimo. Sabía a infancia.

Se dio la vuelta para encaminarse hacia el baño.

En vez de ello, sus pies lo llevaron hasta el borde de la cama.

Bajó la vista hacia la carpeta. La llave estaba a un lado.

Intentó convencerse de que lo mejor era no tocarlos.

De que, si quería saber algo, solo tenía que preguntar.

Recordó el destello en los ojos de Arthur.

Lo ardiente que tenía la piel.

Recordó la sonrisa de Arthur, su manera de reír, su forma de existir en aquella isla como si esta le brindara todo cuanto pudiera desear. Lo atraía con fuerza, y pensó en lo frío, húmedo y gris que le parecía el mundo hasta que había llegado ahí. Se sentía como si viera en color por primera vez.

—¿No desearías estar aquí? —susurró.

Y tanto. Quizá deseaba eso más que nada en el mundo.

Tenía que acabar con eso, pues, si todo resultaba ser una mentira, no creía que fuera capaz de soportarlo.

Abrió el expediente. Comenzaba igual que el anterior.

NOMBRE: ARTHUR PARNASSUS
EDAD: CUARENTA Y CINCO AÑOS
CABELLO: RUBIO
COLOR DE OJOS: CASTAÑO OSCURO

En el primer dosier también constaba esta información. El resto trazaba un perfil general de Arthur Parnassus que ofrecía una idea vaga de quién era y cuánto tiempo llevaba como director del orfanato de Marsyas.

Este dosier, sin embargo, proseguía como los demás.

MADRE: DESCONOCIDA (PRESUNTAMENTE FALLECIDA)
PADRE: DESCONOCIDO (PRESUNTAMENTE FALLECIDO)

¿Qué les había comentado Helen?

«Fue mi primer empleo. Tenía diecisiete años. La heladería era diferente en ese entonces, pero supongo que no habré olvidado cómo manejar una cuchara para helado. Fue así como conocí a Arthur. Cuando era niño, venía a menudo».

Entonces leyó la línea siguiente, la que rezaba «ESPECIE DE SER MÁGICO», y de repente todo cambió.

* * *

El ambiente durante la cena fue, en una palabra, incómodo.

—¿No tiene hambre, señor Baker? —preguntó Talia—. No ha probado bocado.

Linus se atragantó con la lengua.

Todos se quedaron mirándolo.

Se limpió la boca con una servilleta.

—Creo que me he quedado lleno con el helado.

Lucy frunció el ceño.

—¿En serio? Pero si tiene espacio de sobra. Yo me he comido todo mi helado, y sigo teniendo hambre. —Como para demostrar sus palabras, Lucy intentó meterse en la boca una chuleta de cerdo entera. No tuvo mucho éxito.

Linus esbozó una sonrisa tensa.

—Cada uno es como es. Puede que yo tenga… espacio de sobra, como dices tú, pero eso no significa que esté obligado a llenarlo.

Theodore se volvió hacia él, con un hilillo de grasa colgándole de la boca.

—Y ha estado muy callado también —dijo Phee persiguiendo un tomatito con el tenedor—. ¿Es porque Lucy ha estado a punto de matar a un hombre hoy?

—¡No he estado a punto de matarlo! Ni siquiera me he esforzado mucho. Si hubiera querido, habría podido hacerlo estallar con el poder de la mente.

Esto desde luego no alivió a Linus, aunque tampoco le inspiró un pavor como el que le habría provocado un par de semanas atrás. Se preguntó si era a eso a lo que se refería Altísima Dirección en su carta. A su pesar, estaba casi cautivado. No era buena señal.

—A la gente no se la mata —dijo Chauncey, que aún no se había quitado la gorra de botones. Arthur le había dado permiso para cenar con ella puesta solo en esa ocasión—. Matar está mal. Podrías ir a la cárcel.

Lucy atacó su chuleta con voracidad.

—No hay cárcel que pueda retenerme. Me fugaría y regresaría aquí. Nadie se atrevería a perseguirme porque podría derretirles los órganos.

—No se derriten los órganos de la gente —le recordó Zoe con paciencia—. No es de buena educación.

Lucy suspiró mientras masticaba un trozo de carne a dos carrillos.

—Debería usted comer algo —le dijo Sal a Linus en voz baja—. Todo el mundo tiene que comer.

¿Cómo iba a negar esa afirmación, viniendo de Sal? Con gestos exagerados, Linus tomó un gran bocado de ensalada.

Esto pareció aplacarlos a todos. O a casi todos. Arthur lo observaba desde el otro extremo de la mesa. Linus hacía lo posible por rehuirle la mirada. Se sentía más seguro así.

No sabía de lo que Arthur era capaz.

* * *

Linus se excusó después de la cena, alegando que estaba más fatigado de lo que creía. A Lucy lo decepcionó que no fuera a escuchar con él los discos que había comprado, pero Linus le prometió que mañana sería otro día.

—Sí que estás un poco colorado —señaló Zoe—. Espero que no estés incubando algo. —Un brillo extraño le asomó a los ojos—. Sobre todo teniendo en cuenta que es tu última semana aquí y demás.

Linus asintió.

—Seguramente no es nada.

Ella recogió su plato, que seguía casi lleno.

—Bueno, pues descansa, Linus. Nos apenaría mucho que te pusieras enfermo. Te necesitamos, ¿sabes?

¿Ah, sí? ¿De verdad lo necesitaban?

Linus estaba a punto de alcanzar la puerta cuando Arthur pronunció su nombre.

Cerró los ojos, con la mano en el pomo.

—Sí, ¿qué pasa?

—Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo.

Creyó que iba a aplastar el pomo entre los dedos.

—Eres muy amable, pero no necesito nada.

Arthur le posó la mano en el hombro.

—¿Estás seguro?

Oh, qué fácil sería darse la vuelta para mirar al hombre que le había retorcido el corazón, el hombre que, de forma indirecta, le había ocultado tantas cosas.

—Estoy seguro —susurró Linus.

La mano bajó desde su hombro.

—Que estés bien, Linus.

Salió por la puerta hacia la noche, tan deprisa como pudo.

* * *

Se quedó contemplando el techo a oscuras, tapado hasta la barbilla con el edredón. No conseguía pegar ojo, por culpa del condenado dosier. Incluso en ese momento sentía su presencia bajo el colchón, donde lo había metido antes. No quería que Chauncey lo encontrara si entraba para recoger la ropa sucia de Linus.

Lo que supuso otra jarra de agua fría.

¿Lo sabían ellos? ¿Estaban enterados los niños de quién era Arthur en realidad? ¿De cuál era su auténtica naturaleza?

Se imaginaba la escena con toda claridad, por más que intentaba evitarlo: Arthur en el aula, comunicando a los niños que iban a recibir la visita de un hombre de tierra firme. Un hombre que viajaría hasta ahí para evaluarlos, para *investigarlos*. Un hombre del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos con la autoridad suficiente para arrebatárselo todo. Lucy, por supuesto, se ofrecería a hacer que la piel del intruso se le desprendiera de los huesos. Theodore devoraría los restos y luego los regurgitaría en una fosa excavada por Talia. Luego lo cubrirían todo con tierra, y Phee plantaría un árbol encima. Cuando alguien se presentara para preguntar qué había sido del intruso, Chauncey se ofrecería a llevarle el equipaje, y Sal respondería muy serio que no tenían idea de quién era Linus Baker.

Arthur, por supuesto, les diría con rotundidad que el homicidio no era la solución. «En vez de ello —susurraba en la mente de Linus—, debéis conseguir que se encariñe de vosotros. Hacerle creer que, por primera vez en la vida, ha encontrado un lugar en el que encaja».

Eran unos pensamientos absurdos. Todos. Pero así suelen ser a altas horas de la noche, cuando el sueño nos elude. En la oscuridad, a Linus se le antojaba que podían ser verdad.

Pasaba de medianoche cuando se incorporó en la cama. *Calíope*, tumbada cerca de sus pies, bostezó.

—¿Y si todo es mentira? —Le preguntó él en la penumbra—. ¿Cómo he llegado a esta situación en que no sería capaz de soportarlo?

La gata no le contestó.

Antes, la vida le parecía rutinaria y vulgar. Sabía cuál era su lugar en el mundo, aunque de vez en cuando se colaba a través de los nubarrones un rayo de sol, una pregunta que apenas se atrevía a plantearse.

«¿No desearías estar aquí?»

Más que nada en el mundo.

Y de pronto lo asaltó otra posibilidad, tan estrambótica que casi escapaba a su entendimiento; tan alejada de todo aquello que consideraba posible que le rompía los esquemas.

«¿Y si no eran Arthur y los niños quiénes mentían?», se preguntó.

¿Y si era el DEJOMA?

Había una manera de comprobarlo.

Una sola.

—No —dijo acostándose de nuevo—. Ni hablar.

Calíope ronroneó.

—Me voy a dormir, y dentro de seis días regresaremos a casa, y todo esto carecerá de importancia. ¿Cómo me llamaba la carta? ¿«Susceptible»? Bah. Pero si la mera idea resulta absurda.

Se sintió mejor.

Cerró los ojos.

Y le vinieron imágenes de Chauncey escondido debajo de su cama aquella primera mañana, de Talia sentada en el suelo de la tienda de discos con sus herramientas, de Theodore cogiendo los botones como si fueran el mejor regalo del mundo, de Phee recogiendo a un Sal tembloroso de entre un montón de ropa, de Lucy llorando después de romper sus discos, de Zoe dándole la bienvenida a su hogar.

Y, por supuesto, de la sonrisa de Arthur. Aquella sonrisa tranquila, hermosa, que le producía el mismo efecto que ver el mar por primera vez.

Linus Baker abrió los ojos.

—Ay, madre —musitó.

* * *

Era una noche fría, mucho más fría que todas las que había pasado desde su llegada. Las estrellas brillaban como carámbanos en el negro firmamento. La

luna era apenas una rodaja fina. Sintió un escalofrío, se arrebujó mejor en la chaqueta que llevaba encima del pijama. Se llevó la mano al bolsillo para asegurarse de que la llave aún estuviera allí.

Lo estaba.

Abandonó el porche.

El edificio principal estaba a oscuras, lo normal a aquellas horas. Los niños debían de estar dormidos.

Se dirigió hacia el jardín, casi sin hacer ruido. Para ser tan corpulento no se le daba nada mal caminar con sigilo cuando hacía falta. El aire olía a sal y lo notaba pegajoso en la piel.

Siguió el sendero a través del jardín. Se preguntó qué pensaría Helen cuando fuera de visita. Supuso que quedaría impresionada. Eso esperaba. Talia lo merecía. Se había esforzado mucho.

Dobló la esquina posterior del edificio. Tropezó con una raíz gruesa, pero consiguió mantenerse en pie.

Ahí, frente a él, estaba la puerta de la bodega.

Las quemaduras en la madera habían cobrado todo el sentido del mundo para él.

Chasqueó la garganta cuando tragó saliva. Linus sabía que podía dar media vuelta en ese mismo instante y olvidarse de todo el asunto. Podía volver a la cama y, durante los siguientes seis días, mantener una distancia profesional y cumplir con el cometido por el que lo habían enviado ahí. Luego se embarcaría en el transbordador por última vez hasta donde lo esperaría un tren para llevarlo a casa. El cielo soleado desaparecería tras nubes oscuras y, al cabo de un rato, se pondría a llover. Linus conocía bien esa vida. Era la vida apropiada para un hombre como él. Una existencia deprimente y gris, pero la que había llevado durante muchos muchos años. Pronto ese último mes, aquel breve estallido de color, no sería más que un recuerdo.

Se sacó la llave del bolsillo.

—Seguro que ni siquiera entra en la cerradura —murmuró—. Lo más probable es que la hayan cambiado.

No era así. La llave encajó a la perfección en el herrumbroso candado.

La giró.

El candado se abrió de inmediato con un leve tintineo.

Cayó sobre los hierbajos.

—Es tu última oportunidad —se dijo—, tu última oportunidad para olvidarte de toda esta insensatez.

La trampilla pesaba más de lo que esperaba, tanto que apenas podía levantarla. Con un gemido y los brazos en tensión por el peso, consiguió abrirla. Tardó un momento en entender el porqué. Aunque por fuera la puerta de la bodega era de madera, el interior estaba reforzado con una gruesa plancha metálica.

A la luz de las estrellas, vislumbró unas hendiduras poco profundas en el metal.

Alzó la mano y colocó los dedos contra los surcos. Eran cinco y estaban muy juntos, como si alguien de manos pequeñas hubiera arañado la trampilla desde dentro.

Esto provocó que un escalofrío le bajara a Linus por la espalda.

Ante él una escalera de piedra descendía hasta desaparecer en las tinieblas. Esperó un momento a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad, lamentando no haberse acordado de coger una linterna. Tal vez sería mejor que aguardara al amanecer.

Entró en la bodega.

Comenzó a bajar apoyando la mano contra la pared para no perder el equilibrio. Era de piedra lisa. Iba contando cada uno de sus pasos. Iba por el trece cuando llegó al final de la escalera. No veía ni torta. Avanzó palpando la pared con la esperanza de encontrar un interruptor de luz. Chocó con algo, y una intensa punzada de dolor le subió desde la espinilla hasta el muslo. Con el rostro crispado, alargó el brazo y…

Ahí estaba.

Un interruptor.

Lo pulsó hacia arriba.

Una bombilla solitaria cobró vida en medio de la habitación.

Linus parpadeó, deslumbrado por aquel brillo mortecino.

El sótano era más pequeño de lo que se imaginaba. El cuarto de la casa de invitados donde había dormido las últimas tres semanas era más espacioso, aunque no mucho. Las paredes y el techo eran de piedra, y la superficie estaba recubierta casi por completo de lo que parecía ser hollín. Al mirarse las manos, se percató de que las tenía negras. Se frotó los dedos, y el hollín no tardó en desprenderse y caer al suelo.

Se había golpeado la rodilla contra un escritorio arrimado a la pared, cerca del interruptor. Se apreciaban algunas partes quemadas donde la madera estaba ennegrecida y agrietada. Había una cama individual con el somier metálico roto. Carecía de colchón, lo que tenía su lógica, pues habría

resultado fácilmente inflamable. En vez de ello, había unas lonas gruesas que Linus supuso que eran ignífugas.

Y nada más.

Eso era todo lo que había en el sótano.

—Ay, no —susurró—. No, no, no.

Algo en un rincón llamó su atención. La bombilla solitaria no era muy potente, por lo que buena parte de la habitación estaba sumida en sombras. Se dirigió hacia la pared del fondo y, a medida que se acercaba, empezaron a temblarle las rodillas. Había unas marcas.

Marcas grabadas en las paredes.

Cuatro rayas verticales cruzadas en diagonal por una quinta.

—Cinco —dijo—. Diez. Quince. Veinte. Veinticinco.

Dejó de contar al llegar a sesenta. No podía seguir. Supuso que eran para llevar la cuenta de los días, y solo de pensarlo se le encogió el corazón.

Tragó en seco para intentar deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. El horror ante aquella injusticia amenazaba con doblegarlo.

El DEJOMA no mentía.

La información del dosier era cierta.

—Hacía años que no bajaba aquí —dijo una voz a su espalda.

Linus cerró los ojos.

—Me lo imagino.

—Te he notado un poco… raro —dijo Arthur en voz baja—. Desde que volviste de la oficina de Correos, algo había cambiado. No sé qué, pero resultaba evidente. Cuando dijiste que estabas cansado, opté por creerte, pero luego, durante la cena, parecía que hubieras visto un fantasma.

—Intentaba disimularlo —reconoció Linus—. Por lo visto no lo hice muy bien.

Arthur soltó una risita, aunque sonó un poco triste.

—Eres mucho más expresivo de lo que crees. Es una de las cosas que me… Da igual. Eso no viene a cuento. Al menos en este momento.

Linus cerró las manos en puños para evitar que le temblaran.

—¿O sea que es verdad?

—¿El qué?

—Lo que he leído. En el expediente que me ha enviado el DEJOMA.

—No lo sé. Nunca he leído mi expediente. Que yo sepa, podría estar lleno de medias verdades y mentiras descaradas. O tal vez todos los datos sean correctos. Con el DEJOMA nunca se sabe.

Linus se dio la vuelta despacio mientras abría los ojos.

Arthur se encontraba al pie de la escalera. Iba vestido con su ropa de dormir, es decir, pantalón corto y una camiseta fina. Llevado por un impulso irracional, Linus quería ofrecerle su chaqueta. Hacía demasiado frío para que Arthur anduviera a la intemperie así. Ni siquiera llevaba calcetines. O zapatos. Sus pies ofrecían un aspecto extrañamente vulnerable.

Observaba a Linus sin el menor asomo de ira en la mirada. En todo caso, parecía un poco afligido, aunque Linus no estaba seguro.

—Te ha dado una llave —dijo Arthur. No era una pregunta.

Linus asintió.

—Había una llave, sí. Me… Un momento. ¿Quién dices que me la ha dado?

—Charles Werner.

—¿Cómo lo…? —Se interrumpió y respiró hondo.

«Pero había convertido esto en un hogar para los que tenía a mi cargo, y la acondicioné en previsión de que vinieran más. Su predecesor… cambió. Era encantador, y creí que iba a quedarse. Pero entonces cambió».

«¿Qué le pasó?»

«Lo ascendieron, primero a Supervisión y luego, según lo último que supe de él, a Altísima Dirección. Era lo que siempre había querido. Entonces aprendí una lección muy dura: a veces es mejor no expresar los deseos en voz alta, porque luego no se hacen realidad».

—Lo siento —dijo Linus con un gesto de impotencia.

—¿Por qué?

Linus no estaba seguro de la respuesta.

—No… —Sacudió la cabeza—. No sé cuál era su intención.

—Bueno, creo que yo sí que lo sé. —Arthur se apartó de la escalera y deslizó el dedo por la superficie achicharrada del escritorio—. Sospecho que leyó algo en tus informes que le causó inquietud. Esta es su manera de intervenir.

—¿Por qué?

—Porque así es él. Hay personas que se muestran de una manera, y cuando crees que las conoces bien, cuando estás convencido de haber encontrado lo que buscabas, se revelan tal como son en realidad. Creo que me utilizó para que le consiguiera lo que quería. Para llegar adonde quería. —Arthur se frotó las manos—. Yo era más joven. Me había encaprichado. Fue una tontería, aunque nadie habría podido convencerme de ello. Creía que era amor. Ahora veo que no.

—Según él, esto era un experimento —barbotó Linus— para comprobar si… si alguien como tú podía…

Arthur arqueó una ceja.

—¿Alguien como yo?

—Ya me entiendes.

—¿Por qué no lo dices?

Linus notó una sacudida en el pecho.

—Un ser mágico.

—Sí.

—Tal vez el menos común de todos.

—Eso parece.

—Eres…

—Dilo. Por favor. Quiero que lo digas ahora. Me gustaría oírlo de tu boca.

«Así que conociste a un fénix, ¿no?»

«Sí. Tenía… una mente llena de curiosidad. Aunque le pasaban muchas cosas, seguía manteniendo la cabeza bien alta. Con frecuencia pienso en el hombre en el que se convirtió».

—Eres un fénix —dijo Linus Baker.

—Lo soy —contestó Arthur con sencillez—. Y creo que el último de mi especie. No conocí a mis padres. Nunca he conocido a otro como yo.

A Linus le costaba respirar.

—No podía controlarlo —prosiguió Arthur bajando la vista hacia sus manos—, al menos cuando era niño. En ese entonces, el director era un hombre de quien no me gusta acordarme. Severo y cruel. Era más probable que nos pegara a que nos mirara a la cara. Nos odiaba por lo que éramos. Nunca supe por qué. Tal vez le había pasado algo a él o a alguien de su familia antes de llegar aquí. O quizá simplemente había hecho demasiado caso de lo que decía la gente y se había dejado envenenar por los rumores. La situación era diferente en esa época, aunque no lo creas. Peor para las personas como nosotros. Ahora hay leyes que no existían entonces, promulgadas para evitar… en fin. El pueblo no estaba tan mal, pero… no era más que un rincón diminuto del ancho mundo. Era un helado de cereza despachado por una chica bonita. Me hacía pensar que quizá no todo empezaba y acababa en esta isla. Y entonces cometí un grave error.

—Pediste ayuda.

Arthur asintió.

—Mandé una carta al DEJOMA, o al menos lo intenté. Les conté lo terrible que era el trato que nos dispensaban. Los abusos que sufríamos a

manos de aquel hombre. Aunque había otros niños aquí, parecía tenerme una ojeriza especial, así que me llevaba buena parte de los palos. Yo lo prefería así, porque cuanto más se centraba en mí, menos atención dedicaba a los demás. Pero hasta mi paciencia tenía un límite. Sabía que si alguien no remediaba la situación pronto acabaría por hacerle daño a alguien.

«Cuanto más se maltrata a un perro, más se encoge de miedo cuando alguien levanta la mano. Si lo hostigan demasiado, puede llegar a lanzar tarascadas y morder, aunque solo sea para protegerse».

—Me creía muy listo por haber tenido la idea de la carta. Logré sacarla del orfanato doblada y remetida en la cintura del pantalón. Pero él se enteró de alguna manera cuando estábamos en el pueblo. Me escabullí e intenté llegar a la oficina de Correos. Me quitó la carta. —Arthur desvió la mirada—. Esa noche fue la primera que pasé aquí. Después de eso, estallé en llamas. Empecé a arder con fuerza.

Linus sintió náuseas.

—Eso no… no es justo. Ese hombre nunca habría debido ocupar un puesto que le permitiera hacerte eso. No deberían haber dejado que te tocara un pelo.

—Bueno, eso lo sé ahora. Pero en ese entonces… era un niño. —Arthur tendió la mano con la palma hacia arriba. Al doblar ligeramente los dedos, una llama brotó como una flor. Linus, que había visto tantas cosas extrañas y maravillosas en su vida, se quedó embelesado—. En aquel tiempo, yo creía que era lo que merecía por ser lo que era. Me lo inculcó a golpes hasta que no me quedó otro remedio que interiorizarlo. —El fuego comenzó a moverse, a treparle por la muñeca. Avanzó serpenteando por el brazo. Cuando le llegó a la manga, Linus temió que la camisa se quemaría.

No fue eso lo que ocurrió.

En vez de ello, la llama creció hasta que empezó a crepitar y chisporrotear. Se elevó en el aire detrás de Arthur y se expandió hasta que Linus no fue capaz de negar lo que estaba viendo.

Alas.

Arthur Parnassus poseía unas alas llameantes.

Eran hermosas. Al ver las plumas que ardían en tonos rojizos y anaranjados, Linus recordó la noche que había vislumbrado un destello procedente de fuera de la casa de invitados después de que Arthur se marchara. Las alas se extendieron todo cuanto les permitió aquel reducido espacio, y a Linus le pareció que tenían una envergadura de por lo menos tres metros. Y aunque notaba el calor que desprendían, no le resultaba abrasador.

Las alas se agitaron, dejando estelas de fuego dorado. Por encima de su cabeza, a Linus le pareció entrever la silueta de la cabeza de un ave con el pico afilado y puntiagudo.

Arthur cerró la mano.

El fénix bajó encorvándose hacia la parte superior de la cabeza del hombre y plegando las alas. El fuego se extinguió, dejando densas volutas de humo, así como imágenes danzantes de un ave enorme grabadas en la retina a Linus.

—Intenté quemar la puerta para escapar —musitó Arthur—, pero el director, que ya lo había previsto, había instalado aquellos listones de metal. Las paredes son de piedra. Descubrí que este material resiste temperaturas muy elevadas. Pronto me resultó evidente que me asfixiaría con el humo antes de conseguir abrir un boquete por donde evadirme. Así que hice lo único que podía. Me quedé. El hombre era listo. Nunca me llevaba en persona la comida ni cambiaba el cubo que usaba como retrete. Enviaba a alguno de los otros niños, pues sabía que por nada del mundo les haría daño.

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí encerrado? —preguntó Linus, aunque no quería saberlo. No soportaba mirar las marcas arañadas en la pared.

Arthur torció el gesto en una expresión de dolor.

—Cuando salí, creía que habían pasado unas semanas. Resultaron ser seis meses. Cuando estás mucho tiempo a oscuras, el tiempo se vuelve un poco… escurridizo.

Linus agachó la cabeza.

—Al final, enviaron a alguien, bien porque sospechaban que algo no iba bien, bien porque habían decidido que era necesaria una inspección. Me contaron que el director se inventó excusas para justificar mi ausencia, pero uno de los niños tuvo el valor de decir la verdad. Me encontraron y cerraron el orfanato. Me mandaron a una escuela del DEJOMA, que era mejor, aunque no mucho. Al menos ahí me dejaban salir al aire libre y estirar las alas.

—No lo entiendo —admitió Linus—. ¿Cómo es posible que decidieras volver a este lugar, después de todo lo que te había pasado?

Arthur cerró los ojos.

—Porque este había sido mi infierno personal y no podía permitir que lo siguiera siendo. Esta casa nunca había sido un hogar, y pensé que podía cambiar eso. Cuando expuse al DEJOMA la idea de reabrir el orfanato de Marsyas, vi el brillo de codicia en sus ojos. Si yo regresaba aquí, podían tenerme controlado y enviarme a los niños que consideraban más peligrosos. Me asignaron a Charles asegurándome que me ayudaría a poner las cosas en

orden. Y eso hizo, pero para sus propios fines. Zoe intentó advertírmelo, pero preferí no creerla.

Linus notó que la rabia crecía en su interior.

—¿Y dónde estaba ella? ¿Por qué narices no te ayudó?

Arthur se encogió de hombros.

—No estaba al tanto de lo que ocurría. Se había escondido, temerosa de las represalias. Ella representaba el mayor secreto de esta isla, y en esa época ellos habrían intentado utilizarla. Yo solo la había visto una vez antes de que me encerraran en la bodega. Tropecé con ella en el bosque, y estuvo a punto de matarme hasta que descubrió lo que yo era en realidad. En vez de ello, huyó. Cuando regresé a la isla, fue a verme y me dijo que sentía todo por lo que había pasado, que me permitiría quedarme y que me echaría una mano, en caso necesario.

—Eso no…

—Ella no tiene ninguna culpa —dijo Arthur con aspereza, abriendo los ojos de golpe—. Yo desde luego no la culpo. No habría podido hacer nada sin ponerse en peligro.

—Se han enterado de su existencia —confesó Linus—. La mencioné en un informe.

—Ya lo sabemos. Tomamos la decisión después de recibir la notificación de que el DEJOMA enviaría a un trabajador social. Ella estaba harta de ocultarse. Asumió el riesgo porque los niños son muy importantes para ella. Necesitaba que te dieras cuenta de que no iba a permitir que se los llevaran sin luchar.

Linus sacudió la cabeza.

—No me… ¿Por qué demonios dejó el DEJOMA que dirigieras este lugar? ¿Cómo pudieron acceder a dejar niños a tu cargo? —Palideció y se apresuró a añadir—: Estás perfectamente cualificado, por supuesto. Es solo que…

—El sentimiento de culpa es una herramienta poderosa —dijo Arthur—. La reputación del DEJOMA quedaría dañada si se corría la voz de que yo había sufrido malos tratos aquí. Supusieron que el acuerdo les serviría como garantía. Me cedieron esta casa a cambio de mi silencio. También fue para mantenerme controlado, sí, pero con el tiempo empezaron a ver la isla como un paraje solitario y apartado de todo salvo de un pueblo cuyos habitantes podían sobornar fácilmente. Podían enviar ahí a los casos que consideraban más… extremos. Este era su gran experimento. Yo no era más que un simple peón para ellos.

—Pero los estabas manipulando —susurró Linus—. «Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres, a vuestras masas apiñadas que anhelan respirar en libertad».

Arthur sonrió.

—Ya lo creo. Acogí a sus masas apiñadas y les brindé un hogar donde podían respirar sin miedo a las represalias. —La sonrisa se desvaneció—. Creía que lo tenía todo planeado. Y tal vez cometí errores. Mantener a los niños en la isla, por ejemplo. Fue una decisión nacida del miedo. Me decía a mí mismo que no les hacía falta nada más. Que la isla, Zoe y yo podíamos proporcionarles todo cuanto necesitaban. Y me convencí de que bastaba con prodigarles cariño para que salieran adelante. Pero había algo con lo que no contaba.

—¿El qué?

Arthur posó la vista en él.

—Contigo. Tú fuiste el factor más inesperado.

Linus se quedó mirándolo boquiabierto.

—¿Yo? Pero ¿por qué?

—Por ser como eres. Tú no te das cuenta, Linus, pero yo me doy cuenta por los dos. Me haces sentir como si me abrasara por dentro.

A Linus le resultaba imposible creerlo.

—No soy más que una persona entre tantas. Soy quien soy.

—Lo sé. Y eres una persona maravillosa.

Aquello no podía estar pasando.

—Los manipulaste. A los del DEJOMA. Para conseguir lo que querías.

Arthur entornó los párpados.

—Así es.

A Linus se le atragantaban las palabras.

—Podrías estar haciendo lo mismo conmigo. Para conseguir lo que quieres. Para que yo… para que escriba en los informes lo que más te convenga.

Arthur inspiró con brusquedad.

—Ay. Ay, Linus. ¿De verdad tienes un concepto tan bajo de mí?

—Ya no sé qué pensar —espetó Linus—. ¡No eres quien yo creía! ¡Me has mentido!

—No te he revelado toda la verdad —repuso Arthur con languidez.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—Creo que…

—¿Saben los niños la verdad sobre ti?

Arthur negó despacio con la cabeza.

—Aprendí muy pronto a ocultársela a casi todo el mundo.

—¿Por qué?

—Porque quería que pensaran que seguía existiendo el bien en este mundo. Me los enviaron hechos añicos, completamente destrozados. Cuanto menos supieran sobre mí, mejor. Necesitaban concentrarse en su propia recuperación. Y yo tenía…

—Podrían haber establecido lazos de solidaridad contigo —alegó Linus—. Podrían…

—Y yo tenía instrucciones del DEJOMA de no revelarles mi identidad jamás.

Linus retrocedió un paso y chocó contra la pared.

—¿Qué?

—Formaba parte del trato —explicó Arthur—. Fue una de las condiciones que impusieron para permitirme regresar. Podría reabrir Marsyas, siempre y cuando guardara en secreto quién soy…, lo que soy.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Linus. Los fénix somos… Podemos… Puedo arder con mucha intensidad, tanta que no sé si hay un límite. Creo que podría prender fuego al mismísimo cielo si me esforzara lo suficiente. Ya que no se les ocurrió el modo de aprovecharse de ese poder, decidieron que lo menos que podían hacer era amordazarlo. El miedo y el odio surgen cuando uno no es capaz de entender lo que…

—Eso no lo justifica —saltó Linus—. Que puedas hacer cosas que otros no pueden no es motivo para denigrarte.

Arthur se encogió de hombros, incómodo.

—Era su manera de demostrar que, al margen de lo que yo iba a obtener a cambio, ellos seguían teniéndome cogido por el cuello. Un recordatorio de que podían arrebatarme todo esto en el momento que quisieran. Antes de marcharse, poco después de que llegaran Talia y Phee, Charles me advirtió que no lo olvidara y que si alguna vez se enteraba de que había roto mi promesa, o incluso si sospechaba que algo así había ocurrido, enviaría a alguien a investigarlo. En caso necesario, cerraría el centro. No me cabe duda de que en algún momento se le pasó por la cabeza que, en vez de vivir tranquilamente en la isla, me daría por reunir un ejército. Una idea ridícula, por supuesto. Lo que más deseaba en este mundo era un lugar que pudiera considerar mi hogar.

—No es justo.

—No, no lo es. La vida no suele ser justa. Pero la sobrellevamos lo mejor que podemos. Y nos damos el lujo de confiar en que las cosas saldrán bien. Porque vivir sin esperanza en realidad no es vivir.

—Debes decírselo. Tienen que saber quién eres.

—¿Por qué?

—¡Para que vean que no están solos! —exclamó Linus golpeando con las palmas la pared que tenía detrás—. Que la magia se encuentra donde menos la esperamos. ¡Que cuando sean mayores, podrán ser lo que ellos quieran!

—¿Eso crees?

—¡Sí! Y, aunque ahora mismo no lo parezca, las cosas pueden cambiar. Según Talia, tú le dijiste que para cambiar la forma de pensar de muchos, hay que empezar por unos pocos.

El director sonrió.

—¿Eso te dijo?

—Sí.

—Creía que ni siquiera me estaba escuchando.

—Claro que escuchan —replicó Linus, exasperado—. Están pendientes de cada una de tus palabras. Cuentan contigo porque formas parte de su *familia*. Eres su… —Se interrumpió, con la respiración agitada. No debía decirlo. No estaría bien—. Eres su padre, Arthur. Me dijiste que los quieres más que a la propia vida. Sin duda sabes que ellos sienten lo mismo por ti. Claro que sienten lo mismo. ¿Cómo no iban a quererte? Fíjate en ti, en lo que has conseguido aquí. Eres fuego, y ellos tienen que saber la intensidad con la que ardes. No solo por quien eres, sino por la persona en la que te han convertido.

La expresión de Arthur vaciló hasta descomponerse. Bajó la cabeza. Se le sacudían los hombros.

Linus tenía ganas de consolarlo, estrecharlo con fuerza entre sus brazos, pero los pies no le respondían. Estaba confundido, y los pensamientos se le arremolinaban como una tormenta en la cabeza. Se aferró a lo único que pudo.

—Y cuando… cuando regrese a la ciudad, cuando me marche de aquí, me aseguraré de que Altísima Dirección lo sepa. Que la isla…

Arthur irguió la cabeza de golpe.

—¿Cuándo regreses a la ciudad?

Linus apartó la mirada.

—Sabíamos desde el principio que mi estancia aquí sería breve, que algún día terminaría. Y aunque ese día ha llegado mucho antes de lo que esperaba, tengo un hogar, una vida, un trabajo. Y creo que ese trabajo es más

importante que nunca. Me has abierto los ojos, Arthur. Me los habéis abierto todos. Siempre os estaré agradecido.

—Agradecido —murmuró Arthur con apatía—. Por supuesto. Perdona, no sé en qué estaría yo pensando. —Cuando Linus alzó la vista, lo vio esbozar una sonrisa, aunque parecía temblarle en los labios—. Cualquier cosa que puedas hacer para ayudarnos será estupenda. Eres… eres un buen hombre, Linus Baker. Es un honor para mí haberte conocido. Tenemos que hacer lo posible porque tu última semana aquí resulte inolvidable. —Se dispuso a dar media vuelta, pero se detuvo—. Y te aseguro que en ningún momento se me ha pasado por la cabeza la idea de utilizarte. Lo que tú vales no puede expresarse con palabras. Creo… que es como lo que sucede con los botones de Theodore. Si le preguntas por qué los valora tanto, te dirá que es simplemente porque existen.

Acto seguido, subió la escalera y desapareció en la noche.

Linus se quedó en el sótano, contemplando el espacio vacío que había dejado Arthur. Aún hacía calor ahí dentro, y Linus habría jurado que oía el crepitar de las llamas.

Dieciséis

Si la vida de Linus hubiera sido una película dramática, su última semana en Marsyas habría sido fría y lluviosa, con nubes negras como su estado de ánimo deslizándose en lo alto.

Pero hacía sol, por supuesto. Tanto el cielo como el mar estaban cerúleos.

El lunes, Linus asistió como oyente a las clases de los niños y escuchó sus discusiones sobre la Carta Magna por la mañana y sobre *Los cuentos de Canterbury* por la tarde. Como a Sal le irritó que los relatos estuvieran inacabados, Arthur les habló de *El misterio de Edwin Drood*. Sal prometió leerlo e inventarse su propio final. A Linus le pareció una idea maravillosa y se preguntó si llegaría a leerlo algún día.

El martes, de cinco a siete de la tarde, estuvo sentado con Talia en su jardín. Ella estaba un poco nerviosa por lo que pensaría Helen cuando la visitara la semana siguiente. Tenía miedo de que no le gustara lo que había plantado.

—¿Y si no es lo bastante bonito? —murmuró Talia en gnómico, y Linus apenas se percató de que la había entendido.

—Creo que descubrirás que es más que aceptable —contestó él.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—Más que aceptable. Caray, Linus, gracias. Ya me siento mucho mejor.

Él le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Más vale no alimentar demasiado ese ego. No tienes nada que temer.

Ella paseó la vista por su jardín con aire escéptico.

—¿Seguro?

—Seguro. Es el jardín más hermoso que he visto jamás.

Talia se puso colorada bajo la barba.

El miércoles, pasó un rato sentado con Phee y Zoe en el bosque. Había renunciado a ponerse corbata y llevaba abierto el cuello de la camisa. Iba descalzo y notaba la suavidad de la hierba bajo los pies. El sol se colaba entre el follaje, y Zoe le explicaba a Phee que lo importante no era solo lo que podía hacer crecer ahí, sino también cuidar de lo que ya había.

—No es solo cuestión de crear —dijo Zoe mientras unas flores se abrían bajo sus manos—, sino del amor y los cuidados que le dispensas a la tierra. Es cuestión de voluntad. La tierra percibe tus intenciones y, si son buenas y puras, no habrá nada que esté fuera de tu alcance.

Esa tarde, se encontraba en la habitación de Chauncey.

—¡Bienvenido al hotel Everland, señor! —decía el muchacho—. ¿Me permite su equipaje?

—Gracias, amigo mío, sería todo un detalle —respondió Linus y le entregó una cartera de estudiante vacía. Chauncey, con la gorra de botones torcida sobre la cabeza, se la echó al hombro. Después, Linus se aseguró de darle una generosa propina. Al fin y al cabo, es lo que había que hacer cuando uno recibía un servicio de primera. El agua salada del suelo estaba tibia.

A última hora de la tarde del miércoles, Linus empezó a entrar en pánico. Le pesaba sobre los hombros como una capa gruesa la sensación de que aquello no estaba bien, de que estaba cometiendo un error.

Había colocado su maleta sobre la cama con la intención de hacer el equipaje. Aunque faltaban dos días para su partida, pensó que no perdía nada con empezar a prepararse. Sin embargo, ahí estaba, de pie en su habitación, mirando la maleta. Su ejemplar de *Normas y reglamentos* se encontraba en el suelo, junto a la cama. Linus no recordaba cuándo le había echado un vistazo por última vez. Se preguntaba por qué antes le parecía tan importante.

No sabía cuánto rato más se habría quedado así si no hubiera oído unos golpecitos en la ventana de la habitación.

Alzó la mirada.

Theodore estaba posado al otro lado, con las alas plegadas a los costados y la cabeza ladeada. Dio otro golpecito en el cristal con el morro.

Linus se acercó a la ventana y la abrió.

—Hola, Theodore.

Este respondió al saludo de Linus con un gorjeo mientras entraba de un brinco. Extendió las alas y se dirigió hacia la cama medio volando, medio saltando, hasta aterrizar junto a *Calíope*. La miró con ojos entornados y entrechocó las mandíbulas. La gata se levantó despacio y se estiró, arqueando el lomo. A continuación, se acercó a Theodore, alzó la pata delantera y le arreó un cachete antes de bostezar y bajar de la cama de un salto.

Theodore sacudió la cabeza, algo aturdido.

—Te lo has ganado —lo reprendió Linus con delicadeza—. Ya te he dicho que no debes hacerla enfadar.

Theodore le soltó un gruñido. Luego gorjeó una pregunta.

Linus pestañeó.

—¿Que te acompañe? ¿Adónde?

Theodore lanzó otro gorjeo.

—¿Una sorpresa? No me gustan mucho las sorpresas.

Theodore no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta. Se elevó hasta posarse sobre el hombro de Linus y le mordisqueó la oreja para reducirlo a obedecer.

—Menudo morro tienes, pequeño gilipuertas —farfulló Linus—. No puedes morder a la gente hasta que… ¡Ay! ¡Está bien, iré!

Notó el calor del sol del atardecer en el rostro cuando salieron de la casa de invitados. Iba escuchando a Theodore, que le balbuceaba al oído; los chillidos de las gaviotas en lo alto y el rumor de las olas que rompían contra los acantilados, más abajo. Estos sonidos le provocaban un dolor agudo y agridulce en el corazón.

Entraron en el edificio principal. Estaba en silencio, lo que significaba que, o bien todos estaban fuera ocupándose de sus cosas, o Lucy se traía entre manos algo terrible que desembocaría en muerte.

Theodore se dejó caer de su hombro con las alas desplegadas y aterrizó en el suelo. Cuando echó a correr hacia el sofá, tropezó con ellas y rodó un trecho. Acabó tumbado boca arriba, mirando a Linus y parpadeando.

Este reprimió una sonrisa.

—Ya te acostumbrarás a ellas cuando crezcas. Y crecerás mucho, creo.

Theodore se dio la vuelta y se puso de pie. Se sacudió desde la cabeza hasta la punta de la cola. Volvió a levantar la vista hacia Linus, gorjeó y se metió bajo el sofá.

Linus se quedó contemplando el lugar por donde había desaparecido, incapaz de creer lo que acababa de oír. Había visto parte del tesoro de Theodore —la que guardaba en la torrecilla—, pero aquello era más importante.

Se oyó otro gorjeo procedente de debajo del sofá.

—¿Estás seguro? —preguntó Linus por lo bajo.

Theodore respondió afirmativamente.

Linus se agachó despacio hasta ponerse a cuatro patas y avanzó hacia el sofá. Evidentemente, no cabría debajo, pero si levantaba la falda de la funda, podría ver qué había allí.

Y eso fue justo lo que hizo.

Tendido cuerpo a tierra, con la mejilla pegada al suelo, echó una ojeada debajo del sofá a la guarida de Theodore.

A su derecha, había una manta suave dispuesta en forma de nido. Un cojín pequeño —del tamaño de la mano de Linus— descansaba encima. El tesoro de Theodore estaba disperso alrededor. Había monedas, piedras con vetas de cuarzo (muy parecidas a las que Lucy tenía en su habitación) y una bonita concha roja y blanca con una grieta en el medio.

Pero eso no era todo.

Había un papel con unas palabras escritas. Linus alcanzó a distinguir algunas. «Fino y frágil. Si me sujetan…»

Había una flor seca similar a las que Linus había visto en el jardín.

Había una hoja tan verde que solo un espíritu del bosque podía haberla cultivado.

Había un fragmento de un disco roto.

Había una fotografía que parecía arrancada de una revista que mostraba a un botones risueño ayudando a una mujer con sus maletas.

Había un retrato de Arthur de cuando era más joven, con los bordes curvados por el paso del tiempo.

Y, al lado, apilados con cariño, había botones.

Una gran cantidad de botones.

«Cosas insignificantes, esos pequeños tesoros que descubrimos sin saber de dónde provienen. Y aparecen cuando menos nos lo esperamos. Bien pensado, es hermoso».

Linus parpadeó para combatir el repentino ardor que sintió en los ojos.

—Es maravilloso —musitó.

Theodore gorjeó que claro que lo era. Se acercó a los botones y removió la pila con la nariz como si buscara algo. De pronto, irguió la cabeza, golpeteando el suelo con el rabo.

Tenía en la boca un botón de latón que le resultaba familiar a Linus.

Theodore se dio la vuelta y se dirigió hacia él.

Ante la mirada de Linus, el guiverno apretó la mandíbula e hincó los dientes en el botón antes de dejarlo caer al suelo.

Linus vio las marcas de los colmillos de Theodore en el metal.

Theodore empujó el botón hacia él. Alzó la vista para mirarlo y gorjeó.

—¿Para mí? —preguntó Linus—. ¿Quieres que me lo quede?

El guiverno asintió.

—Pero si es… —suspiró Linus—. Es tuyo.

Theodore le dio otro empujoncito al botón.

A Linus no le quedó más remedio que cogerlo.

Se incorporó en el suelo y se recostó contra el sofá. Contempló el botón que sostenía en la mano, acariciando con el dedo las hendiduras que habían dejado los colmillos de Theodore. Este se asomó por debajo del mueble y soltó un gorjeo.

—Gracias —dijo Linus en voz baja—. Es lo más bonito que me han regalado jamás. Lo guardaré toda la vida.

Theodore le apoyó la cabecita en el muslo.

Se quedaron así mientras el resplandor del crepúsculo se desplazaba por la pared.



Fue el jueves por la mañana cuando la ira de los hombres llegó a un punto crítico.

Linus estaba en la cocina con Zoe y Lucy, que bramaba a pleno pulmón acompañando la dulce voz de Bobby Darin. Linus sonreía y se le escapaba alguna que otra carcajada, aunque sentía que las esquirlas de su corazón destrozado se le clavaban en el pecho. Había unos bollos de miel cociéndose en el horno y, si aguzaba el oído (aunque Lucy se esforzaba al máximo por impedírselo), percibía los sonidos que hacían los demás en otras partes de la casa.

—Han sobrado muchas pacanas —se quejaba Zoe—. Estoy segura de que no hacía falta…

Linus se sobresaltó cuando ella dejó caer el cuenco que estaba lavando en el fregadero y salpicó el suelo con agua jabonosa.

Se quedó rígida. Crispó los dedos, desplegó las alas y empezó a batirlas a toda velocidad, como un colibrí.

—¿Te encuentras bien, Zoe? —preguntó Linus—. ¿Qué te pasa?

—No —susurró ella mientras Lucy seguía cantando sin enterarse de nada—. No, ahora no. No pueden. No *pueden*.

—¿Qué? —dijo Lucy—. ¿De quién estás…?

Zoe giró en redondo, mientras pompas de jabón diminutas se le desprendían de los dedos y descendían flotando hasta el suelo. Linus nunca había visto brillar tanto sus ojos; despedían un brillo sobrenatural, y sus iris relumbraban como vidrios rotos. Desde que la había conocido, Linus nunca le había tenido miedo, y esto seguía siendo cierto, pero habría sido imprudente no tener en cuenta que era un espíritu antiguo y poderoso, o que él no era más que un invitado en su isla.

Empezó a acercársele despacio para no sorprenderla, por si se había olvidado de su presencia. Antes de que llegara a su lado, Arthur irrumpió en la cocina con los ojos achicados. La temperatura aumentó ahí dentro y, por un momento, a Linus le pareció ver una llamarada, aunque tal vez solo había sido un efecto óptico del sol matinal.

—¿Qué ocurre? —preguntó, inquieto—. ¿Qué ha pasado?

—Los del pueblo —dijo Zoe con voz suave, como si soñara, de modo que sus palabras casi sonaban como notas musicales—. Se están reuniendo en la costa de la tierra firme.

—¿Qué? —inquirió Lucy—. ¿Por qué? ¿Quieren venir aquí? —Miró las pecanas que había en la encimera con el ceño fruncido—. No pienso darles un solo bollo de miel. Los he preparado tal como me gustan. Sé que compartir es una muestra de amabilidad, pero hoy no me siento muy amable. —Miró a Linus—. ¿Tengo que compartir mis bollos de miel?

—Claro que no —contestó Linus, impertérrito—. Si eso es lo que quieren, que se los preparen ellos mismos.

Lucy le dedicó una sonrisa, aunque más bien parecía un rictus de nerviosismo.

—Le he preparado dos a usted, señor Baker. No quiero que se quede en los huesos.

—Lucy —le dijo Arthur—, ¿podrías reunir a los demás en el aula? Es casi la hora de empezar las clases.

El chico suspiró.

—Pero…

—Lucy.

Refunfuñando, el muchacho bajó de un salto de su taburete. Se detuvo frente a la puerta de la cocina para volver la mirada hacia los otros tres.

—¿Algo va mal?

—Por supuesto que no —respondió el director—. Todo va estupendamente. Y ahora, haz el favor, Lucy.

El chico vaciló solo un instante más antes de abandonar la cocina, llamando a los demás a voces y avisándoles que por lo visto los rollos de miel no los salvarían de las clases como ellos creían.

Arthur se aproximó a Zoe y la aferró por los hombros. A ella se le aclaró la mirada y parpadeó con rapidez.

—Tú también lo has sentido.

Arthur asintió.

—¿Han iniciado la travesía?

—No. Se han… detenido. En el muelle. No sé por qué. Pero el transbordador no ha zarpado del pueblo. —Endureció el tono—. Sería una insensatez que lo intentaran.

Un escalofrío le bajó por la espalda a Linus.

—¿Quiénes?

—No lo sé —dijo ella—, pero son unos cuantos. —Dirigió la vista hacia un punto situado detrás de Arthur donde no había nada—. Están enfadados. Es como una tormenta.

El director bajó las manos y retrocedió un paso.

—Quédate aquí, con los niños. Sigue la rutina normal. Diles que no ocurre nada malo. Me encargaré de esto en persona. Regresaré en cuanto me sea posible.

Ella alargó los brazos hacia él y le rodeó la muñeca con las manos.

—No deberías, Arthur, y menos aún después de… Deja que vaya yo. Yo me…

Arthur se apartó de ella lentamente.

—No. En el caso de que desembarquen en la isla de todos modos, los niños te necesitarán todavía más. Puedes protegerlos mejor que yo. Si las cosas se ponen feas, llévatelos a tu casa. Cierra el bosque detrás de ti de modo que nada pueda atravesarlo. Cubre la isla entera si hace falta. Ya hemos hablado de esto, Zoe. Siempre hemos sabido que era una posibilidad real.

Ella hizo ademán de discutir, pero se contuvo al ver la expresión de Arthur.

—No quiero que vayas solo.

—No estará solo —repuso Linus.

Se volvieron hacia él, sorprendidos, como si no se acordaran siquiera de que estaba allí.

Metió barriga y sacó pecho, con las manos en la cintura.

—No sé muy bien qué está ocurriendo, pero creo que tengo una idea bastante aproximada. Y si es algo relacionado con los vecinos del pueblo, ya va siendo hora de que les diga cuatro verdades. —Pensó que probablemente ofrecía un aspecto ridículo y que sus palabras no resultaban tan imponentes como él pretendía, pero aun así les aguantó la mirada.

—No consentiré que te pongas en peligro, Linus —contestó Arthur—. Lo mejor será que te…

—Sé cuidar de mí mismo —afirmó Linus sorbiéndose la nariz—. Puede que no parezca gran cosa, pero os aseguro que soy duro de pelar. Puedo ponerme serio en caso necesario. Además, soy un representante del gobierno.

Por lo que he visto, la gente hace caso a las autoridades. —Aunque esto era cierto solo en parte, Linus se guardó el pequeño detalle.

Arthur se encorvó.

—Qué hombre tan valiente y tan bobo. Sé muy bien lo que eres, pero si al menos…

—Pues no se hable más —dijo Linus—. En marcha. No me gustan los bollos de miel fríos, así que cuanto antes regresemos, mejor. —Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo cuando un pensamiento le pasó por la cabeza—. ¿Cómo vamos a cruzar el estrecho si el transbordador está en la otra orilla?

—Cógelo.

Se volvió a tiempo para ver a Zoe lanzarle un llavero. Lo atrapó con torpeza, pero consiguió evitar que cayera al suelo. Arrugó el entrecejo al percatarse de que eran las llaves del ridículo coche de Zoe.

—Aunque te agradezco la intención, no creo que esto nos sirva. Hay bastante agua entre nosotros y el pueblo y no sé qué utilidad puede tener para nosotros tu coche, a menos que sea sumergible.

—Será mejor que no te lo diga, o te preocuparás —declaró ella.

—Ay, madre —dijo Linus con un hilillo de voz—. No sé si me gusta cómo ha sonado eso.

Ella se puso de puntillas y besó a Arthur en la mejilla.

—Si te ven…

El director sacudió la cabeza.

—Pues que me vean. Es hora de que salga de las sombras a la luz. Debí hacerlo hace tiempo, creo. —Miró a Linus—. Una persona muy sabia me lo hizo ver.

Dejaron a Zoe de pie en la cocina iluminada por el sol, y los bollos de miel calentándose en el horno.



El coche avanzaba por la carretera dando botes, con Linus pisando el acelerador tan a fondo como se atrevía. El corazón le latía a toda velocidad y tenía la boca seca, pero lo veía todo con una claridad nítida. Los árboles parecían más verdes, las flores que crecían al borde del asfalto, más brillantes. Echó un vistazo al retrovisor lateral a tiempo para ver cómo el bosque se cerraba tras ellos con un quejido bajo, cubriendo la carretera de ramas gruesas. A alguien que no supiera qué buscar le parecería que no había manera de cruzar la espesura.

Arthur iba en el asiento del acompañante, con las manos entrelazadas sobre el regazo y los ojos cerrados. Inspiraba despacio por la nariz y espiraba por la boca.

Llegaron al muelle de la isla sin contratiempos. El mar estaba tranquilo, y las pequeñas olas se deshacían en espuma al llegar a la orilla. A lo lejos, al otro lado del estrecho, Linus divisó el transbordador, que seguía en el pueblo. Detuvo el coche con un chirrido de frenos.

Arthur abrió los ojos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Linus, nervioso, apretando el volante con las manos sudorosas—. A no ser que el coche sea, en efecto, sumergible, no sé cómo vamos a cruzar. Y, si lo es, he de decirte que carezco de experiencia en el manejo de esa clase de vehículos, y lo más probable es que acabemos ahogados en el fondo del mar.

Arthur soltó una risita.

—No creo que eso deba preocuparnos. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió Linus—. Por supuesto. ¿Cómo no iba a confiar?

Arthur fijó la vista en él.

—Pues entonces arranca, mi querido Linus. Arranca y recoge la recompensa a esa confianza.

Linos miró al frente a través del parabrisas.

Respiró hondo.

Levantó el pie del freno.

El coche empezó a deslizarse hacia delante.

Pisó el acelerador.

El coche cobró velocidad.

Los nudillos se le pusieron blancos cuando dejaron atrás el último tramo de asfalto y comenzaron a avanzar sobre la blanca arena de la playa. Se le cerró la garganta cuando el mar llenó el parabrisas.

—¡Arthur…!

—Ten fe —dijo Arthur—. Jamás permitiría que te pasara nada. —Extendió el brazo, posó la mano sobre la pierna de Linus y le dio un apretón suave.

Linus no redujo la velocidad.

Siguió adelante.

El rugido del océano le inundó los oídos al tiempo que la arena seca cedía el paso a la húmeda y las primeras gotitas de agua salada le salpicaban el rostro. Antes de que pudiera lanzar un grito de advertencia, el mar restalló ante ellos, oscilante y movedizo, como si algo que estaba justo por debajo de

la superficie se elevara. Cerró los ojos con fuerza, convencido de que los arrollaría una ola tras otra y se verían arrastrados hacia el fondo.

El coche vibraba en torno a ellos y el volante se sacudía bajo su mano. Le rezó a quienquiera que lo estuviera escuchando para que lo guiara.

—Abre los ojos —susurró Arthur.

—Prefiero mantenerlos cerrados —masculló Linus apretando los dientes—. Mirar a la muerte a la cara está muy sobrevalorado.

—Pues menos mal que no vamos a morir. Al menos hoy.

Linus abrió los ojos.

Para su sorpresa, no estaban en el mar. Cuando volvió la cabeza hacia atrás, vio que la playa se hacía cada vez más pequeña tras ellos. Jadeó, luchando por respirar.

—Pero ¿qué narices…?

Dirigió la vista de nuevo al frente. Un cristalino camino blanco surgido del océano se extendía ante ellos. Echó un vistazo hacia abajo por el lado de su puerta. La carretera por la que avanzaban era casi el doble de ancha que el coche y, aunque crepitaba y crujía, se sostenía por encima del agua.

—Sal —dijo Arthur, y Linus percibió un deje de socarronería en su voz—. Es sal del mar. Aguantará.

—¿Cómo es posible? —preguntó Linus, maravillado. La respuesta le vino a la mente enseguida—. Zoe.

Arthur asintió.

—Es capaz de hacer un montón de cosas, y muchas de ellas ni siquiera las sé. Solo la había visto hacer esto una vez. Hace mucho tiempo decidimos hacer uso del transbordador para tranquilizar a los vecinos del pueblo. Más vale lidiar con Merle de vez en cuando que sembrar el miedo cruzando el estrecho en un coche.

Linus estuvo a punto de ahogarse con una carcajada histérica.

—Ah, claro. Una carretera hecha con sal marina. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—No sabías que era una posibilidad —dijo Arthur con voz suave—. Pero los que soñamos con cosas imposibles sabemos hasta dónde podemos llegar cuando nos presionan.

—Bueno —dijo Linus por lo bajo—. Demostrémosles lo presionados que estamos.

Dio gas a fondo.

Con un rugido, el coche aceleró por el camino de sal.

* * *

Divisaron a un grupo de personas en el muelle, cerca del transbordador. Algunos blandían el puño cerrado en el aire. Aunque el rumor del mar y del coche ahogaba sus gritos, tenían la boca torcida y los ojos entornados. Algunos llevaban pancartas improvisadas a toda prisa, con frases como HE VISTO ALGO, ESTOY AVISANDO, SOY EL ANTI- ANTICRISTO o incluso algo tan absurdo como NO SE ME HA OCURRIDO NADA INGENIOSO QUE ESCRIBIR.

El griterío se extinguió cuando advirtieron que el coche se aproximaba. A Linus no le extrañó ver sus expresiones conmocionadas. No le cabía duda de que, si hubiera estado en el embarcadero y hubiera avistado un coche que avanzaba sobre la superficie del mar, seguramente habría puesto la misma cara.

El camino de sal desembocaba en la playa, cerca de los muelles. Linus paró en la arena y cerró el contacto. El motor apagado emitía unos chasquidos leves.

Se impuso el silencio.

De pronto, el hombre de la heladería («Norman», pensó Linus con un ligero desdén), que estaba unos metros más adelante, bramó:

—¡Están usando magia!

La multitud estalló de nuevo en un vocerío ensordecedor.

Helen estaba plantada delante de la muchedumbre en el muelle, como para impedirles que embarcaran en el transbordador. Se la veía furiosa y tenía el rostro manchado de tierra. A su lado se encontraba Merle, con los brazos cruzados y una expresión ceñuda.

Linus y Arthur se apearon del vehículo y cerraron con sendos portazos. Linus comprobó aliviado que el gentío no era tan numeroso como le había parecido al principio. Había cerca de una docena de personas, contando a Helen y Merle. A Linus no le sorprendió que Marty, el de la tienda de discos, se hallara entre ellos, con un collarín. Sostenía una pancarta que decía SÍ, EL ENGENDRO DEL DEMONIO ME LESIONÓ. ¡PREGÚNTEME CÓMO! Junto a él estaba el empleado de la oficina de Correos. Esto tampoco sorprendió a Linus. El tipo nunca le había caído bien.

Los gritos se atenuaron otra vez cuando Linus y Arthur subieron los escalones del embarcadero, pero no cesaron por completo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Linus en tono imperioso cuando llegó a lo alto del muelle—. Me llamo Linus Baker y trabajo para el Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. Sí, han oído bien. Soy funcionario del gobierno. Y cuando un funcionario del gobierno quiere respuestas, más vale dárselas lo antes posible.

—Han intentado subir en tropel a mi barco —dijo Merle, observando la turba y a Arthur con el mismo grado de antipatía—. Decían que querían que los llevara a la isla. Me he negado.

—Gracias, Merle —dijo Linus, sorprendido por esta muestra de consideración por parte del barquero—. No habría esperado esto…

—No querían pagarme —espetó Merle—. Yo no trabajo por la cara.

Linus se mordió la lengua.

—No hacía falta que vinierais —le dijo Helen a Arthur—. Puedo encargarme de esto sola. No dejaré que os pase nada a los niños ni a ti. —Fulminó con la mirada a su sobrino, que intentó escabullirse entre la multitud—. Hay personas que no saben tener la boca cerrada. Ah, por más que intentes esconderte, te veo, Martin Smythe. Te veo perfectamente. Os estoy viendo a todos. Y tengo una memoria excelente.

—No me cabe duda de que lo tienes todo controlado —dijo Arthur—, pero el apoyo de otras personas nunca viene mal.

Linus dio un paso al frente. El sol radiante le estaba haciendo sudar a mares. Lanzó una mirada de pocos amigos al grupo que tenía delante. Aunque, para su consternación, nunca había tenido una presencia intimidante, no pensaba permitir que esa gente siguiera adelante con lo que fuera que se les había metido entre ceja y ceja.

—¿Qué está pasando aquí? —Lo invadió una alegría salvaje cuando la muchedumbre reculó como un solo hombre—. ¿Y bien? Las cuerdas vocales les funcionaban perfectamente hasta que hemos llegado. ¿Nadie se anima? Alguien habrá que quiera hablar.

Norman fue el primero, lo que no sorprendió a Linus.

—Queremos que se larguen —gruñó—. Los niños. El orfanato. La isla. Todos.

Linus clavó los ojos en él.

—¿Y cómo piensan deshacerse de una isla entera?

Norman enrojeció de ira.

—Eso… Esa no es la cuestión.

Linus alzó las manos en un gesto de exasperación.

—Entonces, ¿cuál es la cuestión, si no es indiscreción?

Norman barbotó por unos instantes antes de poder hablar.

—El hijo del Anticristo. ¡Por poco mata a Marty!

El gentío que tenía detrás respondió con un murmullo de aprobación.

Norman asintió furiosamente.

—Sí, así es. ¡Ahí estaba Marty, ocupándose de sus asuntos, cuando ese… esa *cosa* llegó al pueblo y puso en peligro su vida! Arrojó al pobre desgraciado contra la pared como si fuera un pelele. Ha quedado lesionado de por vida. ¡El mero hecho de que pueda andar ya es un milagro!

—Lesionado de por vida, y un cuerno —se mofó Helen.

—¡Fíjate en el collarín! —exclamó el empleado de Correos—. ¡Nadie lleva un collarín a menos que haya sufrido una lesión grave!

—¿Ah, sí? —dijo Helen—. Pues resulta que ese collarín es idéntico al que guardaba yo en un armario en casa. Me lo dieron a causa de un accidente de coche que tuve hace años.

—¡Pues no es el mismo! —alegó Marty—. ¡Fui al médico, y él me lo puso después de decirme que tenía la columna vertebral casi hecha polvo y puedo darme con un canto en los dientes por no haber palmado!

—Eso me lo creo —murmuró Linus—. Un poco invertebrado sí que parece.

Helen puso cara de circunstancias.

—Martin, hay una etiqueta en la parte de atrás. Lleva mis iniciales. Se te ha olvidado arrancarla. La estamos viendo todos.

—Ah —dijo Martin—. Bueno, eso es… ¿pura casualidad?

—Da igual —dijo Norman con vehemencia—. Hemos decidido que los niños constituyen una amenaza. Representan un peligro para todos nosotros. Ya hemos tolerado bastante su maldad. ¿Qué ocurrirá cuando vengan a por los demás, como hicieron con Marty?

—¿Les ha contado que intentó encerrarse en una habitación a solas con un niño pequeño para intentar exorcizarlo? —inquirió Linus—. Porque estoy seguro de que la ley prohíbe el secuestro y el intento de agresión contra un menor, sea este quien sea.

Los presentes volvieron lentamente la mirada hacia Marty.

Al parecer, el aludido descubrió justo en ese momento algo curiosísimo en el suelo, bajo sus pies.

Norman sacudió la cabeza.

—Él no obró bien, pero eso no cambia nada. ¿Acaso no tenemos derecho a protegernos? Decís que son niños. De acuerdo. Pero nosotros también tenemos niños de los que preocuparnos.

—Qué raro —comentó Helen colocándose junto a Linus—. Yo diría que ninguno de vosotros tiene hijos.

Norman empezaba a alterarse de nuevo.

—¡Eso es porque les daba demasiado miedo vivir aquí!

—Dime el nombre de uno solo —lo retó Helen.

—No intentes liarme —repuso Norman—. Sé que no te das cuenta, Helen, pero eso es cosa tuya. No consentiremos que nuestra vida se vea amenazada cuando…

Linus soltó una risotada amarga.

—¿Amenazada por *quién*? ¿Quién narices os ha amenazado, aparte de mí?

—¡Ellos! —gritó una mujer desde el fondo de la muchedumbre—. ¡Su mera existencia supone una amenaza!

—No le creo —dijo Linus—. He convivido con ellos durante un mes, y no he oído nada remotamente parecido a una amenaza. De hecho, el único peligro que he percibido aquí, aparte de la desafortunada tentativa de agresión a un niño por parte de Marty, ha sido el que destilan ustedes. Supongamos que desembarcaran en la isla. ¿Qué harían? ¿Les pondrían las manos encima? ¿Los golpearían? ¿Les harían daño? ¿Los matarían?

Norman palideció.

—Tampoco es eso…

—Entonces, ¿qué están haciendo? Porque alguna idea tendrán. Se han arracimado y se han enardecido hasta el delirio. Su pensamiento de grupo les ha envenenado el cerebro y detesto imaginar lo que habría pasado si hubieran conseguido llegar a la isla. Creía que nunca diría esto, pero menos mal que Christ Merle estaba aquí para impedir que subieran a bordo de su barco.

—Sí —terció Merle—. ¡Os he avisado de que teníais que pagar el pasaje, pero no habéis querido!

—Disuélvanse —dijo Linus— o haré cuanto esté en mi mano para asegurarme de que…

No alcanzó a ver de dónde vino. Fue alguien que se hallaba en medio de la multitud. Linus no creía que se tratara de Marty, pero todo sucedió muy deprisa. Una mano se elevó, con una piedra grande entre los dedos. Tomó impulso antes de moverse con violencia hacia delante de modo que la piedra salió despedida hacia ellos. Linus no tuvo tiempo de determinar a quién iba dirigida, pero Helen se encontraba en su trayectoria. Se colocó delante de ella, de espaldas al gentío, para protegerla con su cuerpo. Cerró los ojos y aguardó el impacto.

Que no se produjo.

En vez de ello, fue como si el sol hubiera chocado con la Tierra. El aire se fue calentando hasta que parecía estar ardiendo. Linus abrió los ojos, con el rostro a pocos centímetros del de Helen. Pero ella no lo miraba. Asombrada,

tenía la vista fija en un punto situado por encima de él, y grandes llamaradas se reflejaban en sus ojos.

Linus se volvió despacio.

Entre ellos y la muchedumbre estaba Arthur Parnassus, aunque no el mismo de hacía un minuto.

El fénix había surgido.

Tenía los brazos estirados a los costados. Las alas que Linus había vislumbrado fugazmente en la penumbra del sótano se extendían al menos tres metros a cada lado. El fuego iba y venía lentamente por sus brazos y hombros. Por encima de él, la cabeza del fénix se inclinó hacia atrás, sujetando la piedra en el pico. De un mordisco, la trituró en trocitos diminutos que cayeron como lluvia frente a Arthur.

Las personas que tenían delante irradiaban miedo, sí, un miedo que ni siquiera un espectáculo tan majestuoso como aquel podía desterrar. Sin embargo, estaba mitigado por el mismo asombro que él había visto en Helen y que sin duda estaba dibujado en su propio rostro.

Las llamas crepitaron cuando el fénix batió las alas.

Echó la cabeza atrás y lanzó un chillido penetrante que hizo que una sensación cálida inundara a Linus.

Este dejó a Helen en el muelle.

Rodeó a Arthur despacio y, cuando se agachó para pasar por debajo de una de las alas, notó su calor en la espalda.

Arthur se encontraba de pie justo delante, con los ojos encendidos. El fénix agitó las alas, mientras unos pequeños rizos de fuego se desprendían de ellas y caían dando vueltas. Ladeando la cabeza, bajó la mirada hacia Linus y parpadeó con lentitud.

Sin pensarlo dos veces, este levantó las manos y tomó el rostro de Arthur entre ellas. Aunque tenía la piel caliente, a Linus no le daba miedo chamuscarse o tiznarse. Arthur nunca permitiría que eso ocurriera.

Las llamas le hacían cosquillas en el dorso de las manos.

—Ya está, ya está —dijo con suavidad—. Creo que ya es suficiente. Has dejado claro tu punto de vista.

El fuego en los ojos de Arthur se debilitó.

Las alas se plegaron hacia atrás.

El fénix bajó la cabeza hacia ellos. Al levantar la vista, Linus soltó un grito ahogado cuando el ave gigantesca le posó el pico sobre la frente unos instantes antes de deshacerse en una densa nube de humo negro.

—Por fin lo has hecho —susurró Linus.

—Ya era hora —dijo Arthur, con la frente perlada de sudor y la cara pálida—. ¿Estás bien?

—Ya lo creo. Evitar una pedrada en la cabeza siempre es una buena noticia, así que te lo agradezco mucho. —Bajó las manos al cobrar conciencia de que tenía público. Estaba enfadado, más de lo que lo había estado en mucho tiempo. Arrancó a correr para cantarles las cuarenta, para amenazarlos hasta que no les llegara la camisa al cuerpo, pero se detuvo al ver que Arthur sacudía la cabeza.

—Ya te has despachado. Ahora déjame a mí.

Linus asintió con movimientos cortos, pero no se apartó de su lado. Fulminó a la multitud con la mirada, como desafiándolos a arrojar otra piedra.

Pero se les habían pasado las ganas de gresca. Tenían los ojos como platos y se habían puesto blancos como el papel. Las pancartas estaban tiradas en el suelo, olvidadas. Marty se había quitado el collarín, seguramente para mirar hacia arriba y contemplar al fénix desencadenado.

—No os conozco tan bien como me gustaría —dijo Arthur—. Y vosotros tampoco me conocéis a mí. De lo contrario, habríais sabido que intentar hacerme daño a mí o a los míos no es una buena idea.

La calidez invadió de nuevo a Linus, aunque el fénix había desaparecido.

El gentío reculó otro paso.

Arthur encorvó la espalda, suspirando.

—No… no sé qué hacer ahora. No sé qué decir. Tengo la impresión de que las palabras por sí solas no servirán para cambiar vuestros sentimientos ni vuestra forma de pensar, y menos aún si esas palabras salen de mi boca. Teméis aquello que no entendéis. Nos veis como agentes del caos en el mundo ordenado que conocéis. Y yo no he ayudado mucho a corregir esta visión, pues he mantenido a los niños apartados en la isla. A lo mejor si hubiera… —Sacudió la cabeza—. Todos cometemos errores. Continuamente. Es lo que nos hace humanos, aunque seamos distintos unos de otros. Nos veis como seres temibles. Y, durante mucho tiempo, yo os he visto como meros fantasmas de un pasado que daría cualquier cosa por olvidar. Pero este es nuestro hogar, y lo compartimos con vosotros. No voy a rogar. No voy a suplicar. Y, si las circunstancias lo exigen, haré lo necesario para garantizar la seguridad de mis internos. Pero me gustaría evitar que llegáramos a eso, en la medida de lo posible. Por eso os pido que escuchéis en vez de juzgar lo que no comprendéis. —Clavó los ojos en Marty, que se encogió, asustado—. Lucy no quería hacerte daño de verdad —aseguró sin acritud—. De lo contrario, tendrías las entrañas por fuera.

—No nos pasemos —murmuró Linus cuando la muchedumbre soltó un grito ahogado al unísono.

—Tienes toda la razón —musitó Arthur. Luego, en voz más alta, prosiguió—: Aunque en realidad él nunca haría algo así. Solo quería sus discos. Le encantan. Con independencia de quién sea su padre, no deja de ser un niño, como todos los demás. ¿Y acaso un niño no merece protección, cariño y educación para que el día de mañana pueda cambiar el mundo y convertirlo en un lugar mejor? En ese aspecto, no son distintos de ningún crío del pueblo o de cualquier otra parte. Pero hay gente que les dice que lo son, gente como vosotros o como los que rigen su destino y el de nuestro mundo. Gente que promulga normas y reglamentos para mantenerlos separados y aislados. No sé cómo solucionaremos eso, si es que existe alguna solución. Pero sé que el cambio no empezará en las altas esferas, sino con nosotros.

La multitud lo observaba con recelo.

Arthur exhaló un suspiro.

—No sé qué más decir.

—Yo sí —declaró Helen dirigiéndose al frente. Estaba furiosa y tenía los puños apretados—. Tenéis derecho a reuniros de forma pacífica y a expresar vuestras opiniones. Pero en el momento en que crucéis la línea de la violencia, pasará a ser un asunto de orden legal. Los jóvenes mágicos están protegidos por la ley, como todos los niños. Si sufren el menor daño, las consecuencias serán inmediatas. Me aseguraré de ello. No escatimaré esfuerzos para que todo aquel que le ponga la mano encima a un niño, mágico o no, desee no haberlo hecho. Tal vez penséis que podéis hacer oídos sordos a lo que os digan Linus o Arthur, pero, como vuelva a captar el más mínimo tufillo a conflicto, os demostraré por qué conmigo no se juega.

Norman fue el primero en reaccionar.

Se marchó echando humo por las orejas, abriéndose paso entre la muchedumbre y rezongando para sí.

Lo siguió el empleado de Correos, no sin antes echar una mirada hacia atrás con expresión de pasmo.

Unos pocos más se marcharon tras ellos. Marty intentó irse también, pero Helen no se lo permitió.

—¡Martin Smythe! —gritó—. Quieto parado. Tú y yo vamos a tener una larga charla sobre los buenos modales en entornos grupales y los castigos por decir mentiras. Y como hayas sido tú el que ha tirado esa piedra, donaré todo el dinero de tu fondo fiduciario a la beneficencia.

—¡No puedes! —lloriqueó Marty.

—Y tanto que puedo —repuso Helen con altanería—. Yo soy la administradora. Sería coser y cantar para mí.

El gentío se dispersó. A Linus le sorprendió que algunas personas le pidieran disculpas a Arthur, aunque con la boca pequeña y guardando las distancias. Suponía que la noticia de lo que habían presenciado correría como la pólvora. No le extrañaría que la gente acabara diciendo que Arthur se había transformado en un pájaro monstruoso y había amenazado con chamuscarles la carne hasta que se les desprendiera de los huesos y luego destruir el pueblo.

—Os llevo de vuelta a la isla, si queréis —se ofreció Merle—. A mitad de precio.

Linus soltó una risita.

—Creo que no hará falta, Merle. Pero gracias por tu generosidad. —Hizo una pausa, meditabundo—. Y lo digo en serio.

Merle refunfuñó entre dientes algo acerca de una carretera de sal que iba a arruinarle el negocio mientras caminaba por el muelle hacia el transbordador.

Arthur observaba a la gente que se alejaba en dirección al pueblo.

—¿Crees que entrarán en razón? —le preguntó a Helen.

Ella frunció el entrecejo.

—No lo sé. Eso espero, aunque mis esperanzas no siempre se hacen realidad. —Lo miró casi con timidez—. Tienes un bonito plumaje.

Él sonrió.

—Gracias, Helen. Por todo lo que has hecho.

Ella sacudió la cabeza.

—Dame tiempo, Arthur. Danos tiempo a todos. Haré lo que pueda. —Le dio un apretón en la mano antes de volverse hacia Linus—. Así que se marcha, ¿no? El sábado, ¿verdad?

Él la miró pestañeando. Con todo aquel revuelo, se había olvidado de que su estancia ahí tocaba a su fin.

—Sí —respondió—. El sábado.

—Ya. —Alternó la vista entre Arthur y Linus—. Espero de verdad que encuentre la manera de volver algún día, señor Baker. Las cosas desde luego se ponen más… movidas cuando anda usted por aquí. Buen viaje.

Dicho esto, se alejó por el embarcadero, llevándose de la oreja a Martin, que protestaba con farisaica indignación.

Linus se acercó a Arthur. Sus manos se rozaron por el dorso.

—¿Qué has sentido? —preguntó.

—¿Cuándo?

—Al estirar las alas.

Arthur alzó el rostro hacia el sol, curvando ligeramente los labios.

—Que por fin era libre después de mucho tiempo. Vamos, mi querido Linus. Volvamos a casa. Zoe debe de estar agobiada ya. Conduzco yo.

—A casa —repitió Linus, preguntándose dónde estaba eso en realidad.

Se encaminaron de regreso hacia el coche. Momentos después, circulaban por la carretera de sal, con el cabello ondeando al viento, y el cerúleo mar besando los neumáticos.

Diecisiete

El viernes por la tarde, se oyeron unos golpecitos en la puerta de la casa de invitados.

Linus alzó la vista de su informe final. Llevaba casi todo el día trabajando en él. Solo había escrito una frase después de la introducción de rigor.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

Le sorprendió encontrarse a los niños del orfanato de Marsyas de pie en el porche, vestidos como para una aventura.

—¡He vuelto! —cacareó el comandante Lucy—. Para encabezar una última expedición. Señor Baker, le pido que nos acompañe. Correremos grandes peligros, y no puedo prometerle que saldremos con vida de esta. He recibido noticias de que hay serpientes antropófagas e insectos que penetran en la piel y roen los globos oculares desde dentro. Pero la recompensa (¡si consigue sobrevivir!) superará sus mejores sueños. ¿Acepta?

—No sé —dijo Linus pausadamente—. ¿Serpientes antropófagas, dices? Parece peligroso.

Lucy miró a los demás antes de inclinarse hacia delante.

—En realidad no existen —susurró—. Solo estoy jugando. Pero no se lo diga a los otros.

—Ah —dijo Linus—. Entiendo. Bueno, pues resulta que soy experto en serpientes antropófagas y, sobre todo, en los métodos para evitarlas. Creo que será mejor que vaya con vosotros para asegurarme de que no os pase nada.

—Ay, menos mal —suspiró Chauncey—. No quería que me devoraran hoy.

—¡Ve a cambiarte! —lo apremió Talia, propinándole a Linus un empujón hacia el interior de la casa—. ¡No puedes ir vestido así!

—¿Cómo que no? ¿Qué tiene de malo lo que…? —Se quedó inmóvil y se encorvó—. ¡Oh, no! ¡Las piernas no me responden! ¿Será por los insectos que penetran en la piel?

—¿Por qué es usted así? —gruñó Talia—. ¡Phee! ¡Échame una mano!

Profiriendo un bramido, la aludida se abalanzó hacia delante y embistió a Linus con todo su insignificante peso. Él soltó un leve bufido y dio otro paso hacia la habitación.

—Mucho mejor, gracias. Enseguida salgo.

Mientras se dirigía hacia el dormitorio, escuchó el parloteo entusiasmado de los niños sobre la aventura que iban a emprender. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—Ánimo, tú puedes —susurró—. Vamos, muchacho. Una última aventura.

Tras apartarse de la puerta haciendo fuerza con los brazos, se acercó al armario.

Encontró la ropa de aventurero.

Se la puso.

Seguía teniendo una pinta ridícula.

Y descubrió que, por una vez, le importaba un bledo.



Los aventureros avanzaban penosamente por la jungla. Luchaban contra los caníbales que los atacaban con lanzas, flechas y amenazas apenas veladas de comerles el bazo. Pasaron furtivamente junto a serpientes antropófagas que colgaban de los árboles como gruesas lianas. Al comandante Lucy lo pillaron desprevenido unos insectos que querían roerle los ojos desde atrás. Jadeó, se atragantó y agitó los brazos hasta que, agotado, se dejó caer con la espalda contra un árbol y la lengua colgando. Sus soldados lograron reanimarlo en el último momento y, gracias a ellos, vivió para contarlo.

Cuando al fin consiguieron llegar a terreno conocido, Linus divisó a lo lejos un bosquecillo tras el que se ocultaba la casa de un espíritu isleño. Cuando salieron de la espesura a la playa, la voz de la moradora retumbó en torno a ellos:

—¡Veo que habéis regresado! No cabe duda de que sois unos insensatos. La última vez volvisteis con vida de milagro.

—¡Escúchame bien! —rugió el comandante Lucy—. ¡No nos vencerás! Te exigimos que nos entregues tus tesoros. ¡No aceptaremos una negativa!

—¿Ah, no?

—¡No! —gritaron los niños.

—No —coreó Linus en voz baja.

—Ah, bueno. Pues nada. Supongo que será mejor que me rinda. Sois demasiado fuertes para alguien como yo.

—Lo sabía —musitó Lucy, enardecido. Levantó las manos por encima de la cabeza—. ¡Atención, mis hombres! —Se fijó en Talia y Phee—. Y mujeres también. ¡Seguidme para cobrar vuestra justa recompensa!

Así lo hicieron. Por supuesto que lo hicieron. Lo habrían seguido hasta el fin del mundo.

También Linus.

Se lanzaron a la carga a través de la playa y se internaron en el bosquecillo.

Linus suspiró. No le apetecía unirse a la carga. Sus días de cargar habían terminado. Secándose la frente, echó a andar hacia los árboles con paso cansino.

Arrugó el entrecejo cuando llegó a la orilla de la arboleda. Reinaba un silencio extraño. Seis niños habrían debido hacer mucho más ruido. Sobre todo *aquellos* seis niños. Vaciló unos instantes, pero se adentró entre los árboles.

Unos farolillos de papel pendían de las ramas. Eran los mismos que antes adornaban el cenador. Alargó el brazo hacia arriba para inclinar uno con la mano. La luz del interior brillaba con fuerza, y no le pareció que procediera de una bombilla o una vela.

Cuando llegó a la casa en medio de la espesura, lo estaban esperando. Talia, y Phee, Sal, Theodore, Chauncey y Lucy. Zoe, con flores verdes y doradas en el cabello.

Y Arthur, por supuesto. Siempre Arthur.

Sujetaban una pancarta, una larga tira de papel con letras pintadas que rezaban: ¡¡¡LO ECHAREMOS DE MENOS, SEÑOR BAKER!!!, al lado de varias huellas de manos, unas pequeñitas (de Lucy y Phee), una más grande (de Sal), una raya que Linus supuso que era la marca de un tentáculo de Chauncey y unas gotas de pintura que, sin duda, procedían de las garras de Theodore.

Linus, estremecido, respiró hondo.

—No… no me lo esperaba. Habéis hecho algo maravilloso. Me deja patidifuso. Vosotros me dejáis patidifuso.

—Ha sido idea mía —presumió Lucy.

Talia le propinó un pisotón en el pie.

El chico torció el gesto.

—Bueno, casi todo ha sido idea mía. Los demás han colaborado un poquito. —Se le iluminó el rostro—. Pero ¿sabe una cosa?

—¿Qué?

—¡En realidad no hay ningún tesoro! ¡Era una mentira para atraerlo hasta el lugar de su fiesta!

—Ah. Ya veo. O sea que el auténtico tesoro son los amigos que hacemos por el camino, ¿no?

—Sois lo peor, chicos —masculló Lucy—. Literalmente lo peor.

* * *

Y menuda fiesta fue. Había comida, tanta que Linus creyó que la mesa se hundiría bajo su peso. Había asado, panecillos calientes y ensalada con pepinos que crujían al morderlos. Había pastel, tartas y cuencos de frambuesas ácidas que podían comerse con nata.

¡Y música! Música de todos los estilos. Había un tocadiscos sobre la encimera, y el día que murió la música cobró vida con Ritchie, Buddy y Big Bopper cantando a todo volumen desde el más allá. Lucy era el pinchadiscos, y, como siempre, no dejaba de defraudar.

Hubo risas ese día. Muchas muchas risas. Incluso Linus, aunque estaba destrozado por dentro, se rio hasta que se le saltaron las lágrimas, hasta que creyó que se le iba a partir el pecho. Mientras el sol descendía y la luz de los farolillos se intensificaba, ellos reían y reían y reían.

Linus estaba enjugándose las lágrimas (que prefería pensar que eran de hilaridad) cuando empezó a sonar una canción distinta.

La reconoció incluso antes de que Nat King Cole se pusiera a cantar.

Alzó la mirada hacia Arthur Parnassus, que estaba de pie ante él, con la mano tendida.

«Gracias».

«No paras de decírmelo, pero no sé si lo merezco».

«Sé que tú no crees merecerlo, pero yo no hablo por hablar. La vida es demasiado corta para eso. ¿Te gusta bailar?»

«No… no lo sé. Para serte sincero, creo que soy un pato mareado».

«Lo dudo mucho».

Entonces Linus Baker se permitió el lujo de ser egoísta. Solo por una vez.

Tomó la mano de Arthur y se puso de pie despacio mientras Nat le canturreaba que sonriera, aunque tuviera roto el corazón.

Arthur lo atrajo hacia sí, y comenzaron a dar pasitos adelante y atrás.

—Sonríe —le susurró Arthur al oído—, y quizá mañana el sol brillará por ti.

Linus descansó la cabeza sobre su pecho. Notó el calor que irradiaba desde el interior.

Bailaron.

El momento se prolongó durante lo que se le antojaron siglos, aunque Linus sabía que la canción no era muy larga. Oyó a Arthur recitarle la letra en voz muy baja. Se sorprendió a sí mismo. Resultó que no era un pato mareado, después de todo.

Sin embargo, como todas las cosas mágicas, la canción terminó.

Cayó el silencio en torno a ellos. Linus parpadeó, como si hubiera despertado de un sueño. Irguió la cabeza. Arthur bajó hacia él ojos centelleantes como el fuego. Linus retrocedió un paso.

Zoe estaba sentada, con Phee y Talia en el regazo. Theodore se había posado sobre el hombro de Sal. Lucy y Chauncey yacían acurrucados contra sus piernas. Todos parecían cansados. Contentos pero cansados. Lucy le dedicó a Linus una sonrisa que cedió el paso a un bostezo.

—¿Le ha gustado su tesoro, señor Baker?

Linus miró de nuevo a Arthur.

—Sí —musitó—. Más que nada en el mundo.

⁂

Zoe se encaminó de vuelta hacia el edificio principal, cargada con Phee y Talia. La gnoma emitía sonoros ronquidos.

Sal se había metido bajo la camisa a Theodore, que tenía la cabeza apoyada contra su cuello.

Arthur caminaba cogido del tentáculo de Chauncey.

Linus cerraba la marcha, con un Lucy soñoliento en brazos.

Deseó que ese momento durara para siempre.

Pasó en lo que le pareció un abrir y cerrar de ojos.

Les dio las buenas noches a Talia, a Phee, a Sal y a Theodore. Sostuvo a Lucy con un solo brazo para despedirse de Chauncey con unas palmaditas en la cabeza.

Arthur le formuló una pregunta con los ojos.

Linus sacudió la cabeza.

—Yo me encargo de él.

Asintiendo, Arthur se volvió para recordarles a los demás que se lavaran los dientes.

Linus llevó a Lucy a la habitación del director y lo depositó en el suelo.

—Anda, ve a ponerte el pijama —le dijo en voz baja.

El muchacho hizo un gesto afirmativo, se volvió hacia la puerta del vestidor y cerró la puerta tras de sí.

Linus se quedó solo en medio del dormitorio, lleno de dudas. Había creído saber qué mecanismos regían las cosas, cómo funcionaba el mundo, qué lugar ocupaba en él.

Ya no estaba tan seguro.

Lucy reapareció, vestido con pantalón de pijama y una camiseta blanca. Tenía el cabello de punta, como si se hubiera pasado la mano por la cabeza. Sus piececitos descalzos parecían diminutos.

—Lávate los dientes —le indicó Linus con suavidad.

Lucy alzó la vista hacia él con recelo.

—¿Seguirás aquí cuando vuelva?

Linus asintió.

—Te lo prometo.

El mocoso salió al pasillo. Se oyó a Chauncey gritar que Theodore se estaba comiendo otra vez el dentífrico, y al guiverno gorjear que no era verdad.

Linus se llevó las manos al rostro.

Había recuperado la compostura cuando regresó Lucy, con la cara recién lavada. Bostezó de nuevo.

—Me caigo de cansancio —dijo.

—Las aventuras son agotadoras, supongo.

—Pero la de hoy ha estado bien.

—Ha sido la mejor —convino Linus.

Tomó a Lucy de la mano y lo guio hasta su habitación. Los discos que habían pegado con pegamento adornaban la pared (aunque al de Buddy Holly aún le faltaba un trozo que no habían encontrado; al parecer Theodore había actuado deprisa). Cuando Linus retiró un poco la ropa de cama, Lucy se metió debajo y acurrucó la cabeza en la almohada.

Linus lo tapó con las mantas hasta los hombros. Lucy se colocó de costado y lo miró.

—No quiero que se vaya.

Linus tragó en seco mientras se ponía en cuclillas junto a la cama.

—Lo sé. Y lo siento mucho. Pero no puedo quedarme.

—¿Por qué?

—Porque tengo responsabilidades.

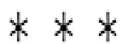
—¿Por qué?

—Porque soy un adulto. Y los adultos tenemos que trabajar.

Lucy hizo una mueca.

—No quiero ser adulto nunca. Parece un rollo.

Linus alargó el brazo para apartarle un mechón de la frente.
—Creo que serás un adulto estupendo, aunque todavía falta mucho tiempo para eso.
—No dejará que nos lleven, ¿verdad?
Linus negó con la cabeza.
—No. Haré todo lo que pueda para impedir que eso ocurra.
—¿De verdad?
—Sí, Lucy.
—Ah. Es muy amable por su parte. —Hizo una pausa—. Cuando me despierte, ya no estará aquí.
Linus desvió la mirada, pero no respondió.
Notó que la mano de Lucy le rozaba la mejilla.
—Los demás no lo saben, pero yo sí. En ocasiones, veo cosas. No sé por qué. Usted. Arthur. Él está en llamas. ¿Usted lo sabía?
Linus inspiró con brusquedad.
—¿Te lo ha contado él?
—No. Creo que lo tiene prohibido. Pero lo sé. Todos lo sabemos. También sabemos lo que hicieron ustedes dos el otro día, después de que usted se marchara. Es uno de los nuestros. Y usted también.
—Me temo que no tengo poderes mágicos.
—Sí que los tiene, señor Baker. Arthur dice que puede haber magia en las cosas comunes y corrientes.
Miró de nuevo a Lucy.
Tenía los ojos cerrados.
Respiraba profundamente.
Linus se enderezó.
—Gracias —susurró.
Al marcharse se aseguró de dejar la puerta entornada lo justo para dejar entrar un haz de luz que ahuyentara las pesadillas que acecharan al muchacho dormido.



Las otras puertas estaban cerradas. Fue tocándolas todas mientras avanzaba por el pasillo con paso lento.
Solo había luz bajo la puerta de Sal.
Linus pensó en llamar.
No lo hizo.
Se detuvo un momento en lo alto de la escalera.

Respiró hondo.

Entonces descendió.

En la planta baja estaba teniendo lugar una discusión entre susurros. Linus vaciló, dudando si revelar o no su presencia. No alcanzaba a distinguir las palabras, pero sabía que no iban dirigidas a él.

Zoe, frente a la puerta principal, le clavaba el dedo en el pecho a Arthur, con el entrecejo arrugado y los ojos entornados. Parecía disgustada, no tanto enfadada como… otra cosa. Se interrumpió cuando el último escalón crujió bajo el pie de Linus.

Los dos posaron los ojos en él.

—Lucy se ha dormido —anunció rascándose el cogote.

—Hombres —gruñó Zoe—. No servís para nada. —Se apartó de Arthur y, tensando el rostro, fulminó a Linus con la mirada—. Así que mañana toca levantarse como las gallinas, ¿no?

Linus asintió.

—El tren sale a las siete en punto. Merle nos espera a las seis y cuarto.

—Y es absolutamente imprescindible que cojas ese tren, ¿no?

Él se quedó callado.

—Vale —masculló ella—. Ahí estaré. No me hagas esperar. —Tras girar sobre los talones, se marchó sin decir una palabra más. Dejó la puerta abierta de par en par.

Arthur la siguió con los ojos, apretando con fuerza las mandíbulas.

—¿Va todo bien?

—No, creo que no.

A Linus le dolía la cabeza.

—Si estáis preocupados por mi informe final, te aseguro que…

—No se trata del informe de mierda.

—Entiendo —dijo Linus pausadamente. No recordaba haber oído a Arthur soltar una palabrota antes—. Entonces, ¿de qué se trata?

Arthur sacudió la cabeza.

—Qué cabezota —murmuró Linus en un tono afectuoso que no pudo evitar. Como no sabía qué hacer, hizo lo único que se le ocurrió.

Se encaminó hacia la puerta.

Creyó que sucedería algo en el momento en que su hombro se rozara con el de Arthur, aunque no sabía qué. Nada sucedió. Era un cobarde.

—Pues buenas noches —consiguió decir y siguió andando hacia la puerta.

—Quédate —le pidió Arthur de pronto.

Linus se paró en seco, con los ojos cerrados.

—¿Qué? —preguntó con voz temblorosa.

—Quédate. Aquí. Con nosotros. Quédate aquí conmigo.

Linus negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo.

—No, no es verdad. No lo sé.

Linus se volvió hacia él y abrió los ojos.

Arthur estaba pálido y tenía los labios reducidos a una línea fina. A Linus le pareció entrever el perfil desdibujado de unas alas en llamas tras él, pero quizá era solo un efecto de la penumbra.

—Sabíamos desde el principio que era algo temporal —alegó Linus—. Este no es mi sitio.

—Si este no puede ser tu sitio, ya me dirás cuál podría serlo.

—Tengo una vida —dijo Linus—. Tengo un hogar. Tengo…

«Nuestro hogar no es siempre la casa donde residimos. Son también las personas con las que elegimos convivir. Aunque no resida usted en la isla, no me venga con que no es su hogar. Su burbuja, señor Baker, ha estallado. ¿Por qué quiere que se forme otra en torno a usted?»

—Tengo un trabajo que hacer —concluyó sin convicción—. Hay personas que cuentan conmigo. Es posible que haya otros niños que me necesitan, que se encuentran en la misma situación en la que estuviste tú. ¿No debería hacer todo lo posible por ayudarlos?

Arthur asintió con rigidez, desviando la mirada.

—Por supuesto. Claro que eso es lo que importa. Perdóname, por favor. No quería dar a entender que no lo fuera. —Miró de nuevo a Linus, con cara serena, casi inexpresiva. Ejecutó una ligera reverencia—. Gracias, Linus. Gracias por todo. Por vernos como somos en realidad. Siempre serás bienvenido en esta isla. Sé que los niños te echarán mucho de menos. —Su expresión se alteró ligeramente—. Sé que yo te echaré de menos.

Linus abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Ahí estaba aquel hombre, un hombre maravilloso, abriéndole su corazón. Linus tenía que corresponder de alguna manera, por pequeña que fuera.

Volvió a intentarlo.

—Si las cosas fueran… Si esto fuera distinto, yo… Seguro que lo sabes, Arthur. Tienes que saberlo. Este lugar. Estos niños. Tú. Ojalá pudiera…

Arthur sonrió con languidez.

—Lo sé. Buenas noches, Linus. Y buen viaje. Cuídate mucho.

Cerró la puerta, dejando a Linus de pie en el porche, a oscuras.

* * *

Linus estaba sentado en el porche. Un resplandor tenue asomaba por el este. Las estrellas brillaban con fuerza. Tenía su equipaje detrás. *Calíope*, en su transportín, no estaba muy contenta con el madrugón. Linus la comprendía bien, sobre todo porque él no había pegado ojo.

Respiró profundamente. Al exhalar, el aliento se condensó en el aire.

—Creo que ha llegado la hora.

Se puso de pie. Tras recoger la maleta y la jaula, bajó del porche.

Tal como había prometido, Zoe lo esperaba junto a su cochecito. Sin abrir la boca, agarró la maleta y la metió en el portaequipajes.

Él se acomodó en el asiento del acompañante, con el transportín de *Calíope* sobre las rodillas.

Zoe se sentó al volante y arrancó el motor.

Se pusieron en marcha.

Linus observó por el retrovisor lateral cómo la casa se hacía cada vez más pequeña a sus espaldas.

* * *

Merle los aguardaba en el embarcadero. Los faros del vehículo iluminaron su expresión ceñuda. Bajó la compuerta.

—La tarifa a estas horas es el doble de la normal.

—Cierra el pico, Merle —dijo Linus, sorprendiéndose a sí mismo.

A Merle se le pusieron los ojos como platos.

Linus no apartó la mirada.

Merle fue el primero en romper la tensión. Regresó a la timonera, refunfuñando.

* * *

La travesía transcurrió sin incidentes. La mar estaba casi en calma chicha. El cielo clareaba. Zoe seguía sin hablar. Cuando llegaron al pueblo, Merle ni siquiera los miró cuando bajó la compuerta.

—Espero que no tarde mucho en volver —dijo Merle cuando desembarcaron del transbordador—. Tengo mucho que hacer hoy, y…

Zoe revolucionó el motor, y el ruido ahogó el resto de la frase de Merle.

* * *

El tren aún no estaba ahí cuando llegaron a la estación. Las estrellas se desvanecían conforme el sol empezaba a despuntar. Linus oyó el rumor lejano de las olas cuando Zoe cerró el contacto. Entrelazó las manos sobre las rodillas.

—Zoe, yo…

Ella se apeó y rodeó el coche hacia la parte de atrás. Él la oyó levantar el portón del maletero. Con un suspiro, abrió la puerta de su lado. Batalló un poco con la jaula de *Calíope*, pero consiguió bajar sin que se le cayera al suelo. Zoe depositó el equipaje al lado del andén antes de acercarse de nuevo al maletero y cerrarlo de un portazo.

—Ya lo pillo —dijo él.

Ella soltó una carcajada desprovista de humor.

—¿De veras? Pues yo no lo tengo tan claro.

—No espero que lo entiendas.

Ella sacudió la cabeza.

—Menos mal, porque no lo entiendo.

—No puedo quedarme aquí sin más. Tengo que obedecer ciertas normas y reglamentos que…

—¡A la porra tus normas y reglamentos!

Linus se quedó mirándola boquiabierto. A continuación, respondió lo único que se le ocurrió.

—La vida no… no funciona así.

—¿Y por qué no? —espetó ella—. ¿Por qué no puede funcionar la vida como nos dé la gana? ¿Qué sentido tiene la vida si la vivimos al dictado de otros?

—Es lo mejor que podemos hacer.

—¿Esto es lo mejor que puedes hacer? —se mofó ella—. ¿Esto?

Linus se quedó callado mientras llegaba hasta sus oídos el pitido de un tren que se acercaba por las vías.

—Déjame que te diga una cosa, Linus Baker —saltó ella, con las manos crispadas sobre la puerta del conductor—. Hay momentos en la vida en que hay que correr riesgos. Da miedo, porque siempre cabe la posibilidad del fracaso. Lo sé. Lo sé muy bien, pues, en cierta ocasión, hice una apuesta arriesgada por un hombre a quien ya le había fallado antes. Estaba asustada. Aterrorizada. Pero eso no era vivir. La vida que había llevado hasta entonces no era vida. Era ir tirando. Y nunca lamentaré los riesgos que corrí, porque me llevó hasta ellos. Hasta todos ellos. Tomé mi decisión. Y tú estás tomando la tuya. —Abrió la puerta y subió al coche. Encendió el motor. Le lanzó una

última mirada mientras añadía—: ¿No desearías que las cosas fueran distintas?

—¿No desearías estar aquí? —susurró él, pero era imposible que ella lo oyera. Cuando terminó la frase, ya estaba lejos, con los neumáticos escupiendo arena.

* * *

Mientras esperaba el tren, se quedó contemplando el teléfono anaranjado del andén, pensando qué fácil sería cogerlo y hacer una llamada. Decirle a quien contestara que quería regresar a casa.

* * *

—¿Así que es usted el único viajero? —preguntó el revisor al bajar del tren—. Muy poca gente se marcha estando tan avanzada la temporada.

—Me voy a casa —murmuró Linus al entregarle el billete.

—Ah —dijo el revisor—. Como en casa no se está en ningún sitio. O eso dicen. A mí me gusta la vida en las vías. Se ven muchas maravillas, ¿sabe? —Bajó la vista hacia el billete—. ¡De vuelta a la ciudad! Me dicen que está cayendo una tormenta tremenda. ¡Hace siglos que no para de llover! —Sonriente, le devolvió el billete—. ¿Le ayudo con el equipaje, señor?

Linus parpadeó para mitigar el escozor que sentía en los ojos.

—Sí, está bien. Gracias. Me quedo con el transportín. La mayoría de la gente no le cae bien.

El revisor miró hacia abajo.

—Ah, ya veo. Sí. Yo le llevo la maleta. Su vagón está por aquí, señor. Por fortuna para usted, lo encontrará vacío. No hay ni un alma. Podrá dormir un poco, si lo necesita.

Silbando, alzó la maleta y la subió al tren.

Linus bajó los ojos hacia la jaula.

—¿Lista para volver a casa?

Calíope se dio la vuelta y le mostró el trasero.

Linus suspiró.

* * *

Dos horas después, comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Dieciocho

Llovía a mares en la ciudad cuando Linus se apeó del tren.

Se arrebujó bien en su chaqueta, alzando hacia el cielo gris metálico los ojos entornados.

Calíope pegó un bufido cuando comenzó a colarse agua entre los listones del techo de su jaula.

Recogió su maleta y se encaminó hacia la parada de autobús.

* * *

El autobús no llegó a la hora estipulada.

Como no podía ser de otra manera.

Se quitó la chaqueta y tapó con ella el transportín de *Calíope*.

El apaño dio resultado, por el momento.

Estornudó.

Esperaba no estar incubando algo. Ya sería mala suerte, ¿no?

* * *

Veinte minutos después, apareció el autobús, con las ruedas chorreando.

Las puertas se abrieron.

Cuando Linus subió, estaba empapado.

—Hola —le dijo al conductor.

Este respondió con un gruñido mientras Linus pugnaba por sacar su abono de transporte.

El bus iba casi vacío. Había un hombre en un asiento de atrás, con la cabeza contra la ventana, y una mujer que observó a Linus con suspicacia.

Se sentó lejos de ambos.

—Ya casi estamos en casa —le musitó a la gata.

Ella no respondió.

Cuando el vehículo arrancó, Linus miró por la ventana.

Un anuncio en una valla situada al lado de la estación de tren le llamó la atención.

Mostraba a una familia de pícnic en el parque en un día soleado. Estaban sentados sobre una manta de cuadros, y entre ellos había una cesta de mimbre abierta, rebosante de quesos, uvas y sándwiches sin corteza. La madre reía. El padre sonreía. El niño y la niña contemplaban con adoración a sus progenitores.

Encima de ellos, unas letras rezaban: ¡VELA POR LA SEGURIDAD DE TU FAMILIA! ¡SI VES ALGO, AVISA!

Linus apartó la vista.

* * *

Tuvo que hacer transbordo una vez y, cuando bajó del segundo autobús, eran casi las cinco de la tarde. El viento había arreciado, y hacía un día frío y deprimente. Se encontraba a tres manzanas de su casa. Habría supuesto que sentiría alivio en ese momento.

Pero la verdad es que apenas lo sentía.

Con un resoplido, levantó el transportín y la maleta.

Ya faltaba muy poco.

* * *

Dobló la esquina de su calle, que estaba tranquila.

Las farolas estaban encendidas, y las gotas de agua se aferraban a los cristales de las ventanas.

El 86 de Hermes Way estaba a oscuras. Ah, el camino de baldosas que conducía hasta la casa era el mismo de siempre, y también el césped, pero aun así el conjunto le producía una sensación de… oscuridad. Tardó unos instantes en percatarse de que la única nota de color que había habido ahí —sus girasoles— ya no estaba.

Se quedó un momento mirando la fachada de su casa.

Sacudió la cabeza.

Ya se preocuparía por eso al día siguiente.

Recorrió el sendero hasta el porche. Dejó la maleta en el suelo mientras se hurgaba en el bolsillo en busca de las llaves. Se le cayeron y, refunfuñando, se agachó para recogerlas.

Por encima del fragor de la lluvia, oyó una voz.

—¿Es usted, señor Baker?

Suspirando, se enderezó.

—Sí, señora Klapper. He vuelto. ¿Qué tal está?

—Se le han muerto las flores. Ahogadas, aunque parezca mentira. Le pedí a un chico que viniera a arrancarlas porque se estaban pudriendo. Una casa con aspecto tan descuidado desvaloriza el metro cuadrado en el barrio. Tengo el recibo de lo que le pagué al chico. Confío en que me lo reembolse usted.

—Por supuesto, señora Klapper. Gracias.

Llevaba el mismo albornoz, fumaba en la misma pipa, lucía el mismo cardado de siempre. Todo era lo mismo de siempre. Hasta el más mínimo detalle.

Se disponía a introducir la llave en la cerradura cuando ella habló de nuevo.

—¿Ha vuelto para quedarse?

A Linus le entraron ganas de gritar «Sí, señora Klapper».

Ella lo miró achicando los ojos desde el otro lado del camino.

—Parece que ha tomado un poco el sol. No está tan pálido como antes. Y ha perdido unos kilos. Menudas vacaciones se ha pegado.

Era verdad que la ropa le venía un poco más holgada, pero, por primera vez en mucho tiempo, descubrió que eso no le importaba en absoluto.

—No eran vacaciones. Le dije que me marchaba por trabajo.

—Ajá. Eso dijo. Pero supongo que no tiene nada de malo perder la chaveta en la oficina, amenazar con asesinar a todo el mundo y luego pasarse una temporada en un centro de rehabilitación.

—¡Eso no es lo que ha pasado!

Ella agitó la mano.

—No es asunto mío. Aunque debería saber que se ha convertido en la comidilla del barrio. —Frunció el ceño—. Estas cosas devalúan el precio del metro cuadrado.

Él asió el pomo de la puerta con fuerza.

—¿Está pensando en vender su casa?

La mujer clavó la vista en él, parpadeando, mientras el humo se arremolinaba en torno a su arrugado rostro.

—No, claro que no. ¿Adónde quiere que me vaya?

—Entonces, ¿por qué narices le preocupa tanto el precio del puñetero metro cuadrado?

Ella lo miró con fijeza.

Él correspondió con una mirada feroz.

La anciana le dio una calada a la pipa.

—Tengo su correo. Casi todo es propaganda. Al parecer no recibe muchas cartas personales. He utilizado los cupones. Supuse que no le importaría.

—Ya iré a buscarlo mañana.

Creyó que la conversación había llegado a su fin, pero, naturalmente, ella continuó.

—¡Le comunico que ha perdido su oportunidad! Mi nieto ha conocido a un señor muy agradable durante su ausencia. Es pediatra. Preveo que habrá boda en primavera. Por la iglesia, por supuesto, pues los dos son muy devotos.

—Me alegro por ellos.

Asintiendo, ella volvió a meterse la boquilla de la pipa entre los dientes.

—Bienvenido a casa, señor Baker.

Él no se molestó en despedirse. Fue una grosería, pero estaba cansado. Entró en la casa y, de propina, cerró de un portazo.

* * *

Dentro se respiraba un denso olor a cerrado, a una casa en la que no ha vivido nadie durante una temporada. Dejó en el suelo la maleta y el transportín antes de encender la luz.

El salón estaba igual. Tal vez un poco polvoriento.

Su butaca estaba ahí. Su Victrola. Sus libros.

Todo estaba como siempre.

Se agachó y abrió la puerta del transportín.

Calíope salió disparada, con la cola enhiesta tras ella. Estaba húmeda y no parecía muy contenta. Se alejó por el pasillo hacia el cuarto de la colada, donde estaba su cajón de arena.

—Qué bien se está en casa —susurró Linus.

Se preguntó cuántas veces tendría que repetirlo para llegar a creérselo.

* * *

Dejó la maleta al pie de la cama.

Se cambió la ropa mojada.

Se puso el pijama de repuesto.

Dio de comer a *Calíope*.

Intentó comer algo también, pero no tenía mucha hambre.

Se sentó en su butaca.

Se levantó de su butaca.

—Un poco de música —decidió—. A lo mejor me vendría bien escuchar un poco de música.

Se decantó por el viejo ojos azules. Frank siempre lo ponía de buen humor.

Tras extraer el vinilo de la funda, levantó la tapa de la Victrola. Lo colocó sobre el giradiscos. Encendió el aparato, y los altavoces crepitaron. Bajó la aguja y cerró los ojos.

Pero lo que salió de la Victrola no fue el barítono de Frank Sinatra.

Seguramente había intercambiado sin querer las carátulas antes de marcharse.

Se oyó el timbre brillante de unas trompetas, que dieron paso a una dulce voz masculina.

Era Bobby Darin, que canturreaba sobre un lugar al otro lado del mar.

Le vino a la mente la imagen de Lucy dando botes por la cocina mientras coreaba la letra a pleno pulmón.

Se llevó las manos a la cara.

Mientras Bobby seguía desgranando el tema, a Linus le temblaron los hombros.

* * *

Se fue a la cama.

Las mantas y almohadas olían un poco a humedad, pero estaba demasiado cansado para preocuparse por eso.

Se quedó un buen rato contemplando el techo.

Al final, se durmió.

Soñó con una isla en medio del mar.

* * *

Dedicó el domingo a hacer la limpieza. Aunque llovía, abrió las ventanas para que se aireara la casa. Fregó el suelo. Les pasó un trapo a las paredes. Limpió las encimeras. Cambió las sábanas. Restregó la lechada entre los azulejos del baño con un cepillo de dientes. Barrió. Pasó la mopa.

Cuando terminó, le dolía la espalda. Era primera hora de la tarde, así que pensó en almorzar, pero notaba como un peso muerto en el estómago.

La colada. Tenía que hacer la colada.

Y aún no había terminado su informe final.

Se acercó a la maleta que estaba en la punta de la cama. La tumbó de costado y abrió los cierres. Cuando levantó la parte superior, se le heló la sangre.

Encima de su ropa doblada, de las carpetas y del ejemplar de *Normas y reglamentos*, había un sobre marrón.

Él no lo había puesto ahí.

Al menos, eso creía.

Cogió el sobre. Contenía algo rígido.

En el anverso había tres palabras, escritas con letras negras y gruesas: NO TE OLVIDES.

Abrió el sobre.

Dentro había una fotografía.

Le ardían los ojos cuando los bajó hacia ella.

Supuso que Zoe había tomado la foto. Ni siquiera recordaba haberla visto con una cámara. Era de la primera aventura que habían emprendido por el bosque para llegar a casa de ella. En la imagen aparecían Lucy y Talia, riendo; Sal sentado con Theodore sobre las rodillas; Chauncey y Phee forcejeando por el último panecillo; Arthur y Linus sentados juntos. Linus miraba a los niños, divertido.

Y Arthur observaba a Linus, con aquella sonrisa serena en los labios.

En ese momento, la tristeza embargó a Linus en su casita de Hermes Way. Una tristeza transparente y cristalina, distinta de todo lo que había sentido hasta entonces. No era más que un papel, fino y frágil. Apretó la fotografía contra su pecho, abrazándola con fuerza.



Luego, mucho rato después, se sentó en su silla, con el informe final sobre el regazo. Después de la introducción, había escrito una sola frase.

Le pareció que no hacía falta más.

Lo dejó a un lado.

Escuchó a Big Bopper cantar a ritmo de *bop*. Al final, se quedó dormido y se perdió en un océano, mecido por las olas, y se sintió como en casa.

Fuera, la lluvia no cesaba.



El despertador sonó muy temprano el lunes por la mañana.

Linus se levantó.

Le dio de comer a la gata.
Se duchó.
Se puso traje y corbata.
Cogió su maletín.
Se acordó del paraguas.

* * *

El autobús iba lleno. Apenas había espacio para ir de pie, y mucho menos para sentarse.

Los pasajeros no lo miraban, excepto para poner mala cara cuando chocaba con ellos sin querer. Cuando él pedía disculpas, volvían a posar la vista en sus periódicos.

* * *

Nadie lo saludó cuando entró en las oficinas del DEJOMA.

Avanzó entre las mesas sin que nadie le dijera «Bienvenido, Linus. Te hemos echado de menos».

No había serpentinas en la mesa siete de la fila L. Tampoco globos. Ni farolillos de papel.

Se sentó y depositó el maletín a su lado.

El señor Tremblay le dirigió una mirada desde la mesa seis de la fila L.

—Creía que te habían despedido.

—No —contestó Linus en el tono más neutro de que fue capaz—. Estaba fuera en una misión.

El señor Tremblay arrugó el entrecejo.

—¿Seguro? Habría jurado que te habían dado la patada.

—Seguro.

—¡Ah! —exclamó, aliviado, y Linus se sintió un poco mejor. A lo mejor sí que lo habían echado de menos, después de todo—. Eso significa que puedes volver a hacerte cargo de tus casos. Menos mal. No he tenido tiempo para trabajar en ellos, así que tardarás un poco en ponerte al día. En cuanto pueda, desentierro de la pila los papeles para devolvértelos.

—Muy amable de tu parte —dijo Linus con voz tensa.

—Lo sé, señor Barkly.

—Soy el señor Baker, gilipuertas —contestó—. Que no tenga que corregirte otra vez.

El señor Tremblay clavó los ojos en él, boquiabierto.

Linus abrió el maletín. Sacó las carpetas que le habían dado y su informe final. Vaciló antes de sacar lo único que quedaba dentro.

Colocó la fotografía enmarcada sobre el escritorio, junto al ordenador.

—¿Y eso? —preguntó el señor Tremblay estirando el cuello para ver mejor—. ¿Es un objeto personal? ¡Sabes que no puedes traer eso aquí!

—Tal vez deberías ocuparte de tus asuntos, para variar —espetó Linus sin siquiera mirarlo.

—Tú mismo —mascculló el señor Tremblay—. Eso me pasa por ser amable contigo.

Sin hacerle el menor caso, Linus enderezó la fotografía hasta que quedó en la posición perfecta.

Encendió el ordenador y se puso a trabajar.



—¡Señor Baker!

Gruñó para sus adentros. Hasta ese momento, el día había transcurrido bastante… Bueno, había empezado. No alzó la vista al oír el repiqueteo de unos tacones en el suelo que se acercaban.

Una sombra se cernió sobre su escritorio.

El tecleo que sonaba a su alrededor cesó cuando sus colegas pararon para escuchar. Seguramente era lo más emocionante que había pasado en el último mes.

La señorita Jenkins se erguía ante él con la expresión adusta de siempre en el rostro. Gunther estaba justo detrás de ella, por supuesto, con su eterna tabla sujetapapeles. Le dirigió una sonrisa empalagosa a Linus.

—Hola, señorita Jenkins —dijo este diligentemente—. Me alegro de verla.

—Sí, ya me imagino —respondió ella sorbiéndose la nariz—. Ha vuelto.

—Sus dotes de observación siguen sin tener parangón.

Ella entornó los párpados.

—¿Disculpe?

Él tosió y se aclaró la garganta.

—He dicho: «Sí, he vuelto».

—De su misión.

—Sí.

—De su misión *secreta*.

—Supongo.

A la mujer le tembló el párpado inferior.

—Que Altísima Dirección nos haya hecho a todos el favor de librarnos de usted durante un mes no significa que las cosas hayan cambiado aquí.

—Ya lo veo.

—Espero que recupere todo el trabajo atrasado antes de que acabe la semana.

Eso era imposible, por supuesto, pero ella lo sabía.

—Sí, señorita Jenkins.

—Se le devolverán los expedientes de sus casos antes de la hora del almuerzo.

—Sí, señorita Jenkins.

Ella se inclinó hacia delante, apoyando las manos en su mesa. Llevaba las uñas pintadas de negro.

—Va a la caza de un ascenso, ¿a que sí? ¿Cree que tiene lo que hay que tener para trabajar en Supervisión?

Él se rio. No era su intención, pero se le escapó.

Esto pareció escandalizar a la señorita Jenkins.

A Gunther se le borró la sonrisa de la cara y cedió el paso a una expresión de espanto.

—No —consiguió balbucear Linus—. No intento conseguir un ascenso. Creo que no tengo madera de supervisor.

—Por una vez, estamos de acuerdo —comentó la señorita Jenkins con rabia—. No se me ocurre nadie menos apto que usted para ese puesto. Puede darse con un canto en los dientes por seguir teniendo un escritorio. Si de mí dependiera, le… habría… asignado… ¡Señor Baker! ¿Qué es eso?

Apuntó con una uña negra a la fotografía.

—Es mía —dijo él—. Es mía y me gusta.

—Está prohibido —declaró ella con voz estridente—. ¡En *Normas y reglamentos* se establece que los trabajadores sociales no tienen permitido tener en la oficina efectos personales salvo autorización expresa de Supervisión!

Linus alzó la mirada hacia ella.

—Pues autorícelo.

La mujer reculó un paso, llevándose la mano a la garganta. Gunther escribía a toda prisa en su tabla sujetapapeles.

—¿Qué ha dicho? —inquirió ella en tono amenazador.

—Que lo autorice —repitió Linus.

—Ni hablar. ¡Esto constará en su expediente personal! ¿Cómo se atreve a hablarme así? ¡Gunther! ¡Puntos negativos! ¡Puntos negativos para el señor

Baker!

La sonrisa afloró de nuevo a los labios de Gunther.

—Por supuesto. ¿Cuántos?

—¡Cinco! No, diez. ¡Diez puntos negativos!

Los empleados que los rodeaban prorrumpieron en un murmullo vehemente.

—Diez puntos negativos —dijo Gunther, casi eufórico—. Marchando. Es usted tan sensata, señorita Jenkins, tan sagaz…

—Quiero que retire esa… esa *cosa* antes del final de la jornada —dijo la señorita Jenkins—. Escúcheme bien, señor Baker: como no lo haga, me aseguraré de que no tenga un empleo al que volver.

Linus guardó silencio.

Esto no le sentó bien a la supervisora.

—¿Ha quedado claro?

—Sí —respondió él con los dientes apretados.

—¿Sí qué?

—Sí, señorita Jenkins.

Ella volvió a sorberse la nariz.

—Así me gusta. No tolero la insolencia. Sé que se ha pasado un mes en… no sé dónde, pero las normas no han cambiado. Haría bien en no olvidarlo.

—Claro que sí, señorita Jenkins. ¿Puedo ayudarla en algo más?

—Sí —contestó ella, destilando veneno con cada palabra—. Sí, hay algo más. Altísima Dirección quiere verle. Otra vez. Mañana. A las ocho en punto. No llegue tarde. O mejor aún: llegue tarde, y así me ahorra la molestia. —Volvió rápidamente la vista en derredor—. ¿Qué están mirando? ¡Sigan trabajando!

Los empleados reanudaron el tecleo de inmediato.

La señorita Jenkins le lanzó una mirada airada a Linus por encima del hombro antes de alejarse con paso furioso, seguida por Gunther.

—Me preguntó a quién me pondrán de vecino de mesa —comentó el señor Tremblay.

Linus lo ignoró.

Contempló la fotografía.

Justo debajo, había una alfombrilla de ratón con la imagen desvaída de una playa de arenas blancas y el mar más azul del mundo.

La leyenda, claro está, decía: ¿NO DESEARÍAS ESTAR AQUÍ?

* * *

Cuando llegó la hora del almuerzo, había varias carpetas apiladas sobre su mesa. Decenas de ellas. Abrió la de arriba del todo. Las notas más recientes eran las que había escrito él. Nadie había tocado esos documentos en el último mes. Exhalando un suspiro, cerró la carpeta.

* * *

Se marchó poco antes de las nueve de la noche, cuando no quedaba nadie más en la oficina. Guardó la fotografía en el maletín y emprendió el camino de vuelta a casa.

* * *

Llovía.

El autobús llegó tarde.

* * *

En el porche se encontró una bolsa de plástico llena de correo dirigido a él. Solo había facturas. Encima de todo había un papelito. Era un recibo de la señora Klapper, que exigía que le abonara el dinero que había gastado para destrozarle sus flores.

* * *

Sacó la fotografía del maletín y la colocó en la mesilla de noche, junto a su cama.

La contempló hasta que lo venció el sueño.

* * *

A las ocho menos cuarto de la mañana siguiente, Linus pulsó el botón dorado marcado con un cuatro en el ascensor.

Todos los demás ocupantes se quedaron mirándolo.

Él les sostuvo la mirada.

Ellos fueron los primeros en desviar la vista.

El ascensor se fue vaciando poco a poco hasta que solo quedaba él.

ALTÍSIMA DIRECCIÓN

Oprimió el botón situado junto a la persiana metálica.

Esta se elevó despacio, traqueteando en sus rieles.

Doña Goma de Mascar infló una burbuja rosa que estalló no sin cierta gracia antes de que la sorbiera entre los dientes.

—¿Quería algo?

—Tengo una cita.

—¿Con quién?

Tenía que preguntarlo.

—Con Altísima Dirección. Me llamo Linus Baker.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Me acuerdo de usted.

—¿Ah, sí?

—Creía que se había muerto o algo así.

—No, todavía no.

Ella pulsó un par de teclas de su ordenador antes de posar de nuevo la vista en él.

—¿Ha traído su informe final?

Linus abrió su maletín. Sus dedos rozaron el marco de una fotografía que estaba dentro antes de encontrar lo que buscaban. Extrajo el dosier y lo deslizó por debajo del cristal.

Ella lo cogió, con el entrecejo fruncido.

—¿Es esto?

—En efecto.

—Espere un segundo.

La persiana de metal bajó de golpe.

—Tú puedes, muchacho —susurró él.

* * *

Esta vez doña Goma de Mascar tardó más en volver. Tanto, de hecho, que Linus tuvo la seguridad de que se había olvidado de él. Pensó en marcharse, pero no conseguía que los pies le respondieran. Parecían haber echado raíces.

Transcurrieron varios minutos. Por lo menos veinte.

Estaba a punto de sucumbir a la tentación de echar un vistazo a la fotografía que llevaba en el maletín cuando la persiana metálica se abrió con un repiqueteo.

Doña Goma de Mascar tenía una expresión ceñuda.

—Quieren verlo ahora.

Linus asintió.

—No están… muy contentos.

—No, ya me lo imaginaba.

La mujer hizo otra pompa, que reventó con un sonoro chasquido.

—Es usted un hombre raro raro.

Sonó un timbre, y las puertas de madera se abrieron.



Sin decir una palabra, doña Goma de Mascar lo guio más allá de la fuente en dirección a la puerta negra con una placa dorada. La abrió y se hizo a un lado.

Él entró sin siquiera mirarla. La puerta se cerró tras él. Un camino luminoso se encendió en el suelo. Lo siguió hasta donde las luces formaban un círculo. En el centro había un atril. En él estaba su informe. Tragó en seco.

Unos focos cobraron vida por encima de su cabeza.

Y ahí, mirándolo desde lo alto del muro de piedra, estaba Altísima Dirección.

La mujer. Carrillos Caídos. El de las gafas.

Y Charles Werner.

—Señor Baker —dijo este con voz aterciopelada—. Bienvenido a casa.

—Gracias —dijo Linus removiéndose inquieto.

—Sus informes han sido… En fin. Han dado mucho que hablar.

—¿Ah, sí?

Carrillos soltó una tos húmeda.

—Es una manera de expresarlo.

—Ya sabéis lo que opino de los eufemismos —dijo el de las gafas con cara de pocos amigos.

—Señor Baker —dijo la mujer—. Eso que tiene delante ¿es el informe final?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

Ella se sentó de nuevo en su silla.

—Me desconcierta usted. Lo encuentro bastante deficiente en comparación con sus informes anteriores. Sumamente deficiente, de hecho.

—Creo que va directo al grano —replicó Linus—. Que es lo que ustedes me pidieron, al fin y al cabo. He formulado mi recomendación tras un mes de observaciones. ¿No es por eso por lo que estoy aquí?

—Cuidado, señor Baker —dijo Carrillos fijando en él los ojos achicados—. No me gusta su tono.

Linus se mordió la lengua para no contestar con una impertinencia, algo que hasta un par de semanas atrás no habría tenido que hacer.

—Mis disculpas. Es solo que… creo que he cumplido con la tarea que se me encomendó.

Charles se inclinó hacia delante.

—¿Por qué no nos lo lee? Quizá si lo escuchamos de viva voz, captemos cualquier significado oculto que se nos haya escapado.

Vale. Les seguiría el juego. Llevaba años haciéndolo, en su eterno papel de fiel empleado. Abrió la carpeta y bajó la vista.

—«Juro solemnemente que los datos contenidos en este informe son precisos y…»

—Eso ya lo sabemos, señor Baker —dijo el de las gafas con aire impaciente—. Todos los informes empiezan así. La introducción es la misma para todos los empleados. La parte que nos interesa es la que sigue.

Levantó la mirada hacia ellos.

—Ya saben lo que dice.

Charles le sonrió de oreja a oreja.

—Léala, señor Baker.

Linus obedeció.

—«Mi recomendación es que el orfanato de Marsyas permanezca abierto y que los niños que ahí residen sigan bajo la tutela de Arthur Parnassus».

Eso era todo. No había escrito más.

Cerró la carpeta.

—Mmm —dijo Charles—. No me ha aportado nada nuevo. ¿Alguien más puede iluminarnos?

Carrillos sacudió la cabeza.

El de las gafas se retrepó en su silla.

La mujer entrelazó las manos ante sí.

—Lo suponía —dijo Charles—. Señor Baker, quisiera pedirle una explicación más a fondo. ¿Qué le ha llevado a sacar esa conclusión?

—Mi observación de los niños y de su forma de interactuar entre ellos y con Arthur Parnassus.

—Eso es muy vago —dijo Carrillos—. Exijo más.

—¿Por qué? —preguntó Linus—. ¿Qué es lo que buscan?

—No estamos aquí para responder a sus preguntas, señor Baker —repuso la mujer en tono cortante—. Usted está aquí para responder a las nuestras. No

olvide cuál es su…

—¿Mi lugar? —Linus sacudió la cabeza—. ¿Cómo voy a olvidarlo, si no paran de recordármelo? Llevo diecisiete años desempeñando este trabajo. Nunca he pedido nada más. Ni siquiera he deseado nada más. He hecho todo lo que se me ha pedido sin rechistar. Y aquí estoy, rindiendo cuentas ante ustedes, y ustedes me exigen más. ¿Qué más quieren de mí?

—La verdad —dijo el de las gafas—. La verdad sobre lo que usted…

Linus asestó una palmada al atril con ambas manos. El golpe seco y rotundo resonó en la sala.

—Les he proporcionado la verdad. En cada uno de mis informes semanales, no han leído nada más que la verdad. Tras cada misión a la que me han enviado, siempre he sido sincero, incluso cuando resultaba doloroso para mí.

—La objetividad —dijo Carrillos—. Tal como se estipula en *Normas y reglamentos*, el trabajador social debe ser obje…

—Ya lo sé. Y he sido objetivo. Me acuerdo de ellos, de todos y cada uno. De sus nombres. De los cientos que he investigado. Y he guardado las distancias. He erigido ese muro. ¿Podría usted decir lo mismo? ¿Cómo se llaman los niños de la isla? Sin consultar esas notas que tiene, ¿podría decirme sus nombres?

Carrillos tosió.

—Esto es absurdo. Claro que sabemos cómo se llaman. Está el hijo del Anticristo…

—No lo llame así —gruñó Linus—. Es mucho más que eso.

Charles esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Se llama Lucy. Un nombre bastante ridículo para semejante ser.

—¿Y los otros cinco? —inquirió Linus.

Silencio.

—Talia —espetó Linus—. Una gnoma a la que le encanta la jardinería. Es de armas tomar, divertida y valiente. Un poco quisquillosa, pero, más allá de esa fachada, hay una lealtad a toda prueba. Y, a pesar de todo aquello por lo que ha pasado, de todo lo que le han arrebatado, siempre encuentra motivos de alegría hasta en los más pequeños detalles.

—Señor Baker —dijo la mujer—, debería usted…

—¡Phee! El espíritu del bosque. Va de dura y fría, pero lo único que ha deseado en la vida es un hogar. La encontraron viviendo en la miseria porque habían dejado aislados a los suyos sin proporcionarles ayuda. ¿Lo sabían? ¿Han leído siquiera el informe sobre ella? Porque yo sí. Su madre falleció de

hambre delante de ella. Y la propia Phee estuvo a punto de morir también, pero cuando unos hombres llegaron al campamento para intentar apartarla del cuerpo de su madre, consiguió transformarlos en árboles con las pocas fuerzas que le quedaban. Los bosques de la isla son frondosos gracias a ella, y sería capaz de todo por proteger a sus seres queridos. Me enseñó que las raíces a veces permanecen ocultas, aguardando el momento idóneo para emerger de la tierra y cambiar el paisaje. —Altísima Dirección guardó silencio mientras Linus echaba a andar de un lado a otro—. ¡Theodore! Un guiverno, uno de los pocos que quedan. ¿Sabían ustedes que puede hablar? ¿Estaba alguno de ustedes enterado de eso? Porque yo no. Nadie me lo había dicho. No nos lo habían dicho a ninguno de nosotros. Pero el caso es que habla. Bueno, no en nuestro idioma, pero habla. Y si uno lo escucha con atención, si le dedica tiempo, empieza a entender lo que dice. No es un animal. No es un depredador. Posee pensamientos complejos, sentimientos y botones. ¡Muchísimos botones! —Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y palpó el botón de latón que había dentro, con las marcas de unos dientes afilados—. ¡Chauncey! Un… Bueno, nadie sabe qué es, ¡pero da igual! No tiene importancia, porque quizá sea más humano que todos nosotros. Lleva toda su vida oyendo que es un monstruo. Que es una de aquellas cosas que se ocultan bajo las camas. Que es una pesadilla. Nada más lejos de la realidad. Es un niño lleno de curiosidad que tiene un sueño. Y qué sueño tan simple, Dios mío. Tan abrumadoramente hermoso. Quiere ser botones. Quiere trabajar en un hotel, recibir a los huéspedes y llevarles el equipaje. Ya está. Pero ¿lo permitirían ustedes? ¿Le concedería alguno de ustedes esa oportunidad?

Nadie respondió.

—Sal —prosiguió Linus—. Maltratado y desatendido. Lo han pasado de mano en mano sin la menor preocupación por su bienestar debido a lo que es capaz de hacer. Sí, mordió a una mujer y la transformó, pero ella le había pegado. Había golpeado a un niño. Si alguien levanta la mano más de la cuenta, ellos se encogen de miedo. Pero de vez en cuando devuelven el golpe, porque es lo único que les queda. Él es tímido y callado. Se preocupa por los demás más que por sí mismo. Y escribe. Dios, qué palabras tan bellas escribe. Pura poesía. Son como una sinfonía. Nunca había oído algo que me conmoviera tanto.

—¿Y qué hay del Anti… del niño que falta? —preguntó la mujer en voz baja.

—Lucy —dijo Linus—. Se llama Lucy. Y tiene arañas en el cerebro. Sueña con la muerte, llamas y destrucción, y eso lo desgarra por dentro. Pero

¿saben lo que he descubierto en él? A un muchacho, un niño de seis años a quien le encanta emprender aventuras. Tiene una imaginación desbordante. Baila. Canta. Vive para la música, que le corre por las venas como la sangre.

—Tanto si quiere oírlo como si no —declaró Carrillos—, él no deja de ser lo que es. Eso nunca va a cambiar.

—¿Ah, no? —replicó Linus—. Me niego a creerlo. Lo que nos convierte en quienes somos no es nuestra ascendencia, sino lo que decidimos hacer en esta vida. No todo se reduce a blanco y negro. A veces hay muchos tonos de grises entremedio. No se puede afirmar que algo es moral o inmoral sin entender los matices que hay detrás.

—Él es inmoral —aseveró el de las gafas—. Puede que no sea culpa suya, pero es lo que es. Su linaje así lo exige. Lleva dentro la semilla de la maldad. Esa es la definición misma de inmoralidad.

—¿Y quiénes son ustedes para decidir eso? —preguntó Linus con los dientes apretados—. ¿Quiénes son? No lo conocen en persona. La moralidad es relativa. Que a ustedes algo les parezca abominable no significa que lo sea.

La mujer frunció el ceño.

—Hay muchas cosas comúnmente consideradas abominables. ¿Con qué decía usted que soñaba? ¿Con muerte, fuego y destrucción? Si no recuerdo mal lo que se describía en su informe anterior, sus pesadillas tenían la capacidad de materializarse. Alguien podría haber resultado herido.

—Podría —convino Linus—. Pero no ocurrió. Y esto se debe a que él no quería hacerle daño a nadie. Es un niño nacido de las tinieblas. Esto no tiene por qué determinar la persona en la que va a convertirse. Y no lo determinará. Gracias a su entorno.

—¿Lo dejaría usted a solas con los otros niños? —preguntó Carrillos—. ¿Encerrado en una habitación, sin nadie que los supervisara?

—Sí —respondió Linus de inmediato—. Sin dudarlo. Yo mismo me quedaría encerrado a solas con él en una habitación. Porque confío en él. Porque sé que, con independencia de su origen, él es mucho más que el título que ustedes le han colgado.

—¿Y qué ocurrirá cuando crezca? —preguntó Charles—. ¿Cuándo sea un hombre? ¿Y si decide que este mundo no es como a él le gustaría? No olvide quién es su padre.

—No lo olvido —dijo Linus—. Su padre es Arthur Parnassus. Es el mejor puñetero padre que tiene Lucy y, por lo que a mí respecta, el único.

Los miembros de Altísima Dirección soltaron un grito ahogado al unísono.

Linus no les hizo caso. No había hecho más que empezar.

—¿Y qué hay de Arthur? Porque intuyo que ese es el auténtico motivo por el que estoy aquí, ¿me equivoco? Lo que él es. Han clasificado a todos estos niños como amenazas de nivel cuatro cuando en realidad poseen los mismos derechos que los demás niños del mundo, mágicos o no. Pero en realidad esto nunca tuvo que ver con los niños, ¿verdad? Quien les importa de verdad es Arthur.

—Cuidado, señor Baker —le advirtió Charles—. Ya le dije una vez que no me gusta que me decepcionen, y usted está a punto de decepcionarme.

—No —contestó Linus—. No pienso andar con cuidado. Puede que no fueran ustedes los causantes de sus sufrimientos, pero sus ideales sí. Los ideales del DEJOMA. La obsesión por registrarlos en un censo. Los prejuicios contra ellos. Ustedes y las personas que ocuparon esos asientos antes que ustedes han permitido que la situación se encone. Los han mantenido segregados del resto del mundo porque son diferentes de nosotros. La gente los teme porque le enseñan a temerlos. «SI VES ALGO, AVISA». Eso fomenta el odio. —Entornando los párpados, levantó la mirada hacia Charles Werner—. Cree que puede controlarlos. Que puede controlarlo a él. Utilizarlo para sus fines. Mantenerlo escondido junto con sus otros sucios secretillos. Pero se equivoca. Todos ustedes se equivocan.

—Ya basta —saltó el de las gafas—. Está pisando terreno resbaladizo, señor Baker, y no parece darse cuenta.

—En efecto —terció la mujer—. Y tampoco dice mucho en su favor la denuncia que hemos recibido de un ciudadano preocupado por un enfrentamiento entre Arthur Parnassus y…

A Linus le rechinaron los dientes.

—Ah, así que estaban preocupados, ¿no? A propósito de esa «preocupación», ¿los denunciantes explicaron qué estaban haciendo exactamente en el muelle, para empezar? ¿Qué planes tenían? Porque, por lo que yo vi, los agresores eran ellos. De no ser por la intervención de Arthur Parnassus, no quiero ni imaginar qué habría pasado. Con independencia de su origen y de lo que sean capaces de hacer él y los niños, nadie tiene derecho a ponerles un dedo encima. ¿O alguno de los presentes opina lo contrario?

Solo obtuvo la callada por respuesta.

—Lo suponía —continuó Linus posando la mano sobre su informe final—. Me reafirmo en mi recomendación. El orfanato debe permanecer abierto. Por el bien de esos niños. Y por el de ustedes. Les prometo que haré cuanto esté en mi mano para asegurarme de que esto se cumpla. Pueden

despedirme. Pueden tratar de censurarme. Pero no cejaré en mi empeño. El cambio comienza cuando unos pocos hacen oír su voz. Yo seré uno de esos pocos, porque ellos me mostraron el camino. Y ahora sé que no estoy solo. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Por cierto, hablando de eufemismos, les ruego por lo que más quieran que dejen de llamarlos orfanatos. El nombre da a entender algo que nunca ha sido cierto. Son hogares. Siempre lo han sido. Algunos no cumplían bien su función, y por eso recomendé su cierre. Pero no es el caso de este. Ni por asomo. Estos niños no necesitan un hogar, porque ya lo tienen, les guste a ustedes o no.

—Ah —dijo Charles—. Ya la noto. La decepción. Qué punzante y profunda.

Linus sacudió la cabeza.

—Me comentó que tenía un interés personal en lo que yo pudiera descubrir. En ese entonces le creí, supongo que más por miedo que por otra cosa. Ahora lo pongo en duda, pues solo quiere oír lo que cree que quiere oír. Cualquier otra cosa le parece insatisfactoria. No tengo remedio para eso. Lo único que puedo hacer es demostrarle que el mundo se ha desviado del rumbo que usted ha contribuido a fijarle y esperar que algún día abra los ojos. —Lanzó una mirada desafiante a Charles—. Que no haya salido como usted esperaba no significa que esté mal. Las cosas han cambiado, señor Werner, y sé que a mejor. Yo también he cambiado. Y no tiene nada que ver con usted. No sé qué esperaba que encontrara entre los escombros que dejó usted en esa isla al marcharse, pero me da igual. Sé en qué se han convertido. He visto el corazón de cada uno de ellos, que late con una fuerza extraordinaria a pesar de todo lo que han sufrido, ya sea a manos de ustedes o de otros. —Cuando finalizó, respiraba con dificultad, pero pensaba con toda claridad.

—Creo que hemos terminado, señor Baker —dijo Charles con serenidad—. Me parece que nos ha quedado claro su punto de vista. Tenía usted razón; su informe lo dice todo.

Linus sintió frío, aunque sudaba a mares. El espíritu combativo lo abandonó de golpe, cediendo el paso al agotamiento.

—Yo… yo solo…

—Basta —dijo la mujer—. Usted ha… Basta por hoy. Reflexionaremos sobre su recomendación y tomaremos una decisión durante las semanas siguientes. Márchese, señor Baker. Ahora mismo.

Cuando Linus cogió su maletín, oyó que el marco de la foto danzaba en el interior. Dirigió una última mirada a Altísima Dirección antes de dar media vuelta y huir.

* * *

Doña Goma de Mascar lo esperaba fuera de la sala, con los ojos desorbitados y la lengua colgando.

—¿Qué pasa? —preguntó Linus, malhumorado.

—Nada —consiguió decir ella—. Pero que nada de nada. Se ha expresado usted, esto… alto y claro.

—Ya, bueno, a veces hay que subir el volumen para que los duros de mollera lo escuchen a uno.

—Guau —susurró ella—. Tengo que ir a hacer unas llamadas… No se preocupe, a nadie importante. Sabrá encontrar la salida solo, ¿verdad?

Se alejó a toda prisa antes de desaparecer tras la puerta de su ventanilla.

Él reanudó la marcha, a paso lento. Cuando salió de los despachos de Altísima dirección, oyó a la chica hablar muy agitada, aunque no alcanzó a distinguir las palabras.

* * *

Pensó en marcharse. En… dejarlo todo atrás, sin más.

No lo hizo.

Bajó para regresar a su mesa.

Los cuchicheos excitados cesaron en cuanto entró en la oficina.

Todos los ojos se posaron en él.

Hizo caso omiso de ellos mientras se abría paso hacia la mesa siete de la fila L. Ni siquiera pedía perdón cuando sus anchas caderas chocaban con algo.

Notó las miradas de decenas de empleados pendientes de cada uno de sus pasos, pero mantenía la frente en alto. Después de todas las experiencias que había vivido, todo lo que había visto y hecho, lo que sus colegas pensaran de él le importaba un rábano.

Cuando llegó a su escritorio, se sentó y abrió su maletín. Sacó la fotografía y la acomodó sobre la mesa.

Nadie dijo ni pío.

La señorita Jenkins, de pie frente a su despacho, lo miraba con mala cara. Gunther garabateaba frenéticamente en su tabla sujetapapeles. Linus pensó que podía meterse los puntos negativos por el culo.

Cogió el dosier colocado en lo alto de la pila y reanudó el trabajo.

Diecinueve

Tres semanas después, casi nada había cambiado.

Ah, sí, soñaba con el mar, con una isla de blancas playas. Soñaba con un jardín y un bosquecillo en cuyo interior se ocultaba una casita. Soñaba con la puerta chamuscada de un sótano, con el día en que había muerto la música, con la risa de Lucy. Con los reniegos de Talia en gnómico. Con lo corpulento que era Sal, pero lo pequeñito que le parecía cuando lo sostenía en brazos. Con Chauncey, de pie frente al espejo, diciendo «Buenas tardes, señor, bienvenido, bienvenido, bienvenido» mientras saludaba levantándose la gorra de botones. Con el modo en que relucían las alas de Phee bajo el sol. Con botones y un guiverno llamado Theodore. Con Zoe, con el cabello al viento mientras recorría carreteras arenosas a toda velocidad.

Y, por supuesto, soñaba con Arthur. Siempre Arthur. Soñaba con el fuego, con las alas desplegadas entre destellos naranjas y dorados. Con su sonrisa discreta, la socarrona inclinación de la cabeza.

Vaya si soñaba.

Cada mañana le costaba más reunir fuerzas para levantarse de la cama. Llovía a todas horas. El cielo era siempre de color gris metálico. Linus se sentía como un papel, fino y frágil. Se vestía. Cogía el autobús para ir a la oficina. Se sentaba a su mesa a revisar un dosier tras otro. Comía lechuga rancia para el almuerzo. Retomaba el trabajo. Cogía el autobús para regresar a casa. Se sentaba en su butaca y escuchaba a Bobby Darin cantar sobre aquel lugar al otro lado del mar que lo esperaba.

Pensaba en la existencia que llevaba. Se preguntaba cómo había podido parecerle satisfactoria alguna vez.

Todos sus pensamientos eran cerúleos.

Cada día, en la oficina, se tomaba un momento para tocar la fotografía que tenía sobre la mesa, la fotografía sobre la que nadie se atrevía a decir nada. Incluso la señorita Jenkins se guardaba sus objeciones y, aunque Linus recibía un punto negativo tras otro (que Gunther anotaba alegremente en su tablilla), ella no decía esta boca es mía. De hecho, nadie le dirigía la palabra. A Linus

ya le estaba bien. Sospechaba que doña Goma de Mascar, con lo cotilla que era, tenía algo que ver.

No todo era lluvia y nubarrones. Se tomaba su tiempo para repasar con detenimiento sus expedientes, a releer los informes que había redactado sobre todos los orfanatos que había visitado, tomar notas y prepararse para un futuro rutilante que no sabía si estaba a su alcance. Torcía el gesto ante algunas cosas que había escrito (ante casi todas, para ser sinceros), pero le parecía importante. Se recordaba a sí mismo que el cambio comenzaba con las voces de unos pocos. Quizá no le serviría de nada, pero nunca lo sabría si no lo intentaba. Y, como mínimo, le permitiría hacer un seguimiento de algunos de los niños que había conocido y averiguar qué había sido de ellos. Si todo salía como esperaba, no dejaría que quedaran desatendidos u olvidados.

Por eso había empezado a llevarse los informes a escondidas. Todos los días sacaba unos cuantos de la oficina. Se convertía en una masa de carne sudorosa cada vez que metía una carpeta en su maletín, convencido de que en cualquier momento alguien gritaría su nombre y le exigiría explicaciones, sobre todo cuando empezó a llevarse dosieres que pertenecían a otros empleados.

Pero nadie le llamaba nunca la atención.

No habría debido experimentar esa sensación de vértigo por infringir la ley. Habría debido tener el estómago revuelto y sufrir acidez, y quizá, hasta cierto punto, así era. Pero su determinación era mucho más fuerte. Mantenía los ojos bien abiertos, y los breves momentos de euforia ayudaban mucho a su espíritu rebelde a medida que los días se sucedían.

El vigésimo tercer día tras su regreso de la isla, el repiqueteo de los teclados y el murmullo de voces se interrumpieron cuando una figura apareció en la puerta de la oficina de los trabajadores sociales.

Era doña Goma de Mascar, que masticaba su chicle mientras sujetaba una carpeta contra el pecho.

Desplazó la vista por las filas de mesas que tenía delante.

Linus se encorvó en su silla. Sabía que estaban a punto de echarlo a la calle.

Siguió a la chica con la mirada mientras se encaminaba hacia el despacho de la señorita Jenkins. Esta no parecía muy contenta de verla, y la arruga en su entrecejo se hacía aún más profunda con cada pregunta que le formulaba doña Goma de Mascar.

Doña Goma de Mascar se dio la vuelta y avanzó entre las hileras de escritorios, contoneando las caderas deliciosamente. Los hombres no le

quitaban ojo. Tampoco algunas mujeres. Ella pasaba de todos.

Linus pensó en esconderse bajo su mesa.

No lo hizo, pero le faltó poco.

—Señor Baker —dijo ella con toda tranquilidad—. Ahí está.

—Hola —saludó él, con las manos sobre las rodillas para que ella no viera cómo le temblaban.

La chica frunció el ceño.

—¿Alguna vez le he dicho mi nombre?

Él negó con la cabeza.

—Me llamo Doreen.

—Encantado de conocerla, Doreen.

Ella hizo chasquear el chicle.

—Casi me lo creo. Le he traído algo, señor Baker.

—¿Ah, sí?

Ella depositó la carpeta sobre su escritorio y la empujó para colocársela delante.

—Ha llegado justo esta mañana.

Linus se quedó contemplándola.

Doreen se agachó casi hasta rozarle el oído con los labios. Olía a canela. Dio unos golpecitos con la uña en la alfombrilla de ratón. «¿No desearías estar aquí?» Ante la mirada de Linus, levantó el dedo hasta la fotografía y lo deslizó por el marco.

—Vaya, ¿qué te parece? —Le plantó un beso empalagoso y cálido en la mejilla.

Acto seguido, se marchó.

Linus apenas podía respirar.

Abrió la carpeta.

Dentro estaba su último informe.

En la parte inferior aparecían cuatro firmas.

CHARLES WERNER

AGNES GEORGE

JASPER PLUMB

MARTIN ROGERS

Y, debajo, había estampado un sello rojo.

RECOMENDACIÓN APROBADA

Lo leyó de nuevo.

Aprobada.
Aprobada.
Aprobada.
Aquello era…
Podía…
¿Contaba con todo lo necesario para llevar a término su plan?
Creía que sí.
Cuando se levantó de su mesa, las patas de la silla chirriaron contra el frío suelo de cemento.
Todos se volvieron hacia él.
Aprobada.
El orfanato seguiría funcionando igual.
Oyó el rumor del mar.
«¿No desearías estar aquí?», le susurraba.
Sí.
Lo deseaba.
Pero lo gracioso de los deseos era que, en ocasiones, para hacerlos realidad, bastaba con dar un primer paso.
Irguió la cabeza.
Miró a su alrededor.
—¿Qué estamos haciendo? —La pregunta retumbó por toda la sala.
Nadie respondió, pero no le importó. Ya contaba con ello.
—¿Por qué hacemos esto? ¿Qué sentido tiene?
Silencio.
—Lo estamos haciendo mal —agregó alzando la voz—. Todo esto está mal. Estamos engrasando una máquina que nos devorará a todos. No puede ser que yo sea el único que se dé cuenta.
Por lo visto, lo era.
Si hubiera tenido más agallas, seguramente habría continuado hablando. Tal vez habría cogido su ejemplar de *Normas y reglamentos* y lo habría tirado a la basura, proclamando a los cuatro vientos que había llegado el momento de desechar todas las reglas. En un sentido literal, pero también simbólico.
Para entonces, la señorita Jenkins estaría exigiéndole que guardara silencio. Y, si él hubiera tenido muchas más agallas, se habría negado. Habría explicado a gritos, para que todos lo oyeran, que había visto cómo era el mundo con un toque de color. De alegría. De felicidad. Difería mucho del mundo en el que ellos vivían, y cualquiera que pensara lo contrario era un necio.

Si hubiera tenido agallas, se habría encaramado a un escritorio bramando que era el comandante Linus y que había llegado la hora de emprender una aventura.

Intentarían bajarlo, pero él saltaría de mesa en mesa. Gunther graznaría cuando tratara de agarrarlo por las piernas pero fallaría.

El hombre con agallas aterrizaría cerca de la puerta. La señorita Jenkins le gritaría que estaba despedido, pero él se reiría de ella y gritaría que no podía despedirlo porque era él quien dimitía.

Pero Linus Baker era un hombre bonachón con añoranza de su hogar.

Así que se marchó tan discretamente como había llegado.

Cogió su maletín y lo abrió encima de su mesa. Metió en él la fotografía con el mayor cuidado antes de cerrarlo. Ya no quedaban más dosieres del DEJOMA que sacar de extranjis. Tenía todos los que necesitaba.

Respiró hondo.

Y echó a andar por los pasillos en dirección a la salida.

Los otros empleados estallaron en un frenesí de bisbiseos.

Él los ignoró, manteniendo la cabeza bien alta. Casi no topó con ningún mueble.

Y cuando estaba a punto de alcanzar la salida, la señorita Jenkins lo llamó en voz muy alta.

Él se paró en seco y miró hacia atrás.

La mujer lucía una expresión aterradora.

—¿Adónde cree que va?

—A casa —respondió con sencillez—. Me voy a casa.

Y salió del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos para no volver.

* * *

Llovía.

Se había dejado el paraguas en la oficina.

Volvió el rostro hacia el cielo gris y rompió a reír. Y rio y rio sin parar.

* * *

Calíope se mostró sorprendida de verlo cuando irrumpió por la puerta principal. Y con razón; ni siquiera era mediodía.

—Puede que haya perdido la cabeza —le informó—. ¿A que es maravilloso?

Ella soltó un maullido inquisitivo. Era la primera vez que hablaba desde que habían abandonado la isla.

—Sí —respondió él—. Sí. Sí.

* * *

Linus Baker sabía que la esencia de la existencia radica en lo que hacemos con ella, en nuestras decisiones, desde las más insignificantes hasta las más transcendentales.

A primera hora de la mañana —de un miércoles, por más señas—, Linus le cerró la puerta a una vida y salió en busca de otra.

—Qué, ¿otra vez de viaje? —le preguntó la señora Klapper desde el otro lado del camino.

—Otra vez de viaje —asintió Linus.

—¿Cuánto tiempo estará fuera esta vez?

—Para siempre, espero. Si ellos me aceptan.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Cómo dice?

—Me voy —declaró él con más seguridad de la que había sentido en todos sus años de vida.

—Pero… pero —barbotó ella—. ¿Y su casa? ¿Y su trabajo?

Él le dedicó una ancha sonrisa.

—He dejado mi trabajo. En cuanto a la casa…, bueno, a lo mejor su nieto y su encantador prometido quieran ser sus vecinos. Considérelo un regalo de boda. Pero ahora mismo eso es lo de menos. Ya me ocuparé de todas esas cosas más tarde. Tengo que volver a casa.

—¡Ya está en casa, cretino!

Sacudiendo la cabeza, él recogió el transportín de *Calíope* y su maleta.

—Aún no. Pero pronto estaré allí.

—¿Será posible? Pero ¿se ha vuelto loco? ¿Y qué narices lleva puesto?

Linus se fijó en su propio atuendo. Camisa de color canela, pantalón corto a juego, calcetines marrones. Sobre su cabeza descansaba un salacot. Se rio de nuevo.

—Se supone que es la ropa apropiada para correr una aventura. ¿A que estoy ridículo? Pero podría haber caníbales, serpientes antropófagas y bichos que penetran bajo la piel y devoran los globos oculares desde dentro. Cuando uno va a enfrentarse con cosas así, debe ir vestido para la ocasión. Chaíto, señora Klapper. No sé si volveremos a vernos. Sus ardillas solo conocerán la paz a partir de ahora. Le perdono lo de los girasoles.

Bajó del porche a la lluvia y dejó atrás el 86 de Hermes Way.

* * *

—¿Se va de viaje? —preguntó el revisor del tren mientras echaba un vistazo a su billete—. Ah, hasta la estación final, por lo que veo. No es precisamente temporada alta, ¿no?

Linus miraba la lluvia que goteaba por la ventana del vagón.

—No —contestó—. Vuelvo a mi lugar en el mundo.

* * *

Cuatro horas después, el tren se detuvo.

Una hora más tarde, vislumbró los primeros retazos de azul entre las nubes. Al cabo de dos horas, le pareció oler la sal en el aire.

* * *

Fue el único que se apeó del tren. Lo cual era lógico, pues no quedaba ningún otro viajero.

—Ay, madre —dijo al contemplar la calle vacía frente a la estación—. A lo mejor debería haberlo pensado más a fondo. —Sacudió la cabeza—. Da igual. El tiempo no espera a nadie.

Tras coger la maleta y el transportín, echó a andar hacia el pueblo mientras el tren arrancaba y se alejaba.

* * *

Estaba empapado en sudor cuando avistó los primeros edificios. Tenía la cara colorada, y la maleta le pesaba como si estuviera llena de piedras.

Estaba convencido de que se iba a desplomar en cuanto llegara a la acera de la calle principal. Empezaba a considerar la posibilidad de echarse un rato (o tal vez para siempre) cuando oyó que una voz sorprendida pronunciaba su nombre.

Alzó la vista, entrecerrando los ojos.

De pie frente a su tienda, regadera en mano, estaba Helen.

—Hola —consiguió decir él—. Cuánto me alegro de verla de nuevo.

A la mujer se le cayó la regadera, que derramó su contenido sobre el hormigón. Se dirigió a toda prisa hacia Linus mientras este se sentaba

pesadamente sobre su maleta.

—¿¡Ha venido a pie!? —inquirió ella con una mueca, retirando las manos que le habían quedado húmedas después de posarlas sobre sus hombros.

—La espontaneidad nunca ha sido mi fuerte —reconoció él.

—Qué tonto es —comentó ella—. Qué tonto tan maravilloso. Al final ha entrado en razón, ¿verdad?

Él asintió.

—Eso creo. O quizá la he perdido del todo. Aún no estoy seguro.

—¿Saben ellos que ha venido?

—No. De ahí la espontaneidad. Todavía no se me da muy bien, pero espero mejorar con la práctica —resolló mientras ella le daba unos golpecitos cariñosos en la espalda con la punta de los dedos.

—Creo que no ha empezado del todo mal. Aunque supongo que eso significa que Merle tampoco estará enterado de su llegada.

Él crispó el rostro.

—Ah, ya. El transbordador. Eso es importante, ¿verdad? Como es una isla y tal…

Ella puso cara de exasperación.

—Es un milagro que haya llegado tan lejos.

—He reventado mi burbuja —explicó él, pues necesitaba que ella lo comprendiera—. Me mantenía a salvo, pero también me impedía vivir la vida. No debí marcharme de aquí, para empezar.

Helen suavizó la expresión.

—Lo sé. —Enderezó los hombros—. Pero lo que importa es que está aquí ahora. Por suerte para usted, resulta que soy la alcaldesa, o sea que, si quiero algo, solo tengo que pedirlo. Espere aquí. Voy a hacer una llamada.

Regresó a paso veloz a su tienda.

Linus cerró los ojos durante lo que creyó que era solo un momento, pero un bocinazo frente a sus narices lo despertó de una cabezada.

Abrió los ojos.

Una vieja camioneta verde lo aguardaba junto al bordillo, con el motor encendido. Estaba salpicada de herrumbre, y los neumáticos de banda blanca parecían muy gastados. Helen estaba sentada al volante.

—¿Y bien? —preguntó asomándose a la ventana—. ¿Piensa quedarse ahí toda la noche?

No, no pensaba quedarse ahí.

Cargó la maleta en la plataforma de la camioneta. *Calíope* ronroneó cuando la depositó sobre el asiento trasero. Se sentó delante y cerró su puerta

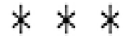
con un chirrido.

—Es usted muy amable.

Ella soltó un resoplido.

—Me parece que le debía un par de favores. Ahora estamos en paz.

La camioneta se apartó del bordillo entre crujidos. En la radio, Doris Day cantaba pidiéndole a alguien que soñara un poquito con ella.



Merle los esperaba en el muelle, con su cara de pocos amigos habitual.

—No puedo dejar todo lo que estoy haciendo cada vez que usted me lo exija —protestó con expresión ceñuda—. Tengo… ¿¡Señor Baker!?

—Hola, Merle. Me alegro de verte. —Sorprendentemente, era casi cierto.

Merle abrió la boca de par en par.

—No te quedes ahí como un pasmarote —dijo Helen—. Baja la compuerta.

El barquero recuperó la compostura.

—Le comunico que mis tarifas se han cuadruplicado…

Helen sonrió.

—Pues lo dudo mucho. Eso sería absurdo. Abre la compuerta antes de que la embista.

—No se atrevería.

Ella revolucionó el motor.

Merle corrió hacia el barco.

—Qué horror de hombre —comentó ella—. No me importaría si un día cayera por la borda y se lo llevara el mar.

—Qué barbaridad —dijo Linus, antes de añadir—: Podríamos hacerla realidad.

A Helen se le escapó una carcajada teñida de sorpresa.

—Vaya, señor Baker, no me esperaba oírle decir algo así. Me gusta. Vamos a llevarle a casa, ¿le parece? Supongo que tendrá cosas que decir.

Él se hundió en su asiento.

* * *

La isla presentaba el mismo aspecto que cuando se había marchado. Solo habían transcurrido unas semanas, aunque se le antojaba toda una vida.

Merle farfulló que esperaba que Helen se diera prisa en volver, y ella replicó que se tomarían todo el tiempo que necesitaran y que no quería oír ni

una palabra más. Él se quedó mirándola, pero asintió despacio.

Mientras el sol se ponía, avanzaron por el camino de tierra que Linus conocía bien y que serpenteaba hacia el otro extremo de la isla.

—He venido un par de veces desde su partida —dijo Helen.

Linus se volvió hacia ella.

—¿Por el jardín?

La mujer se encogió de hombros.

—Y para ver cómo había quedado todo tras su marcha.

Él desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Cómo… cómo fue?

Ella alargó el brazo por encima para darle un apretón suave en el brazo.

—Estaban bien. Tristes, claro, pero bien. La primera vez me quedé a cenar. Pusieron música. Fue estupendo. Hablaron bastante de usted.

Él tragó con dificultad por el nudo que se le había formado en la garganta.

—Ah.

—Dejó usted una impresión profunda en estas personas durante su estancia en la isla.

—Y ellos en mí.

—Es curioso cómo funciona eso, ¿no? Descubrimos las cosas más insospechadas cuando ni siquiera las estamos buscando.

Él solo pudo asentir con un gesto.

* * *

Había luces encendidas en la planta superior del edificio principal.

Los farolillos de papel en el cenador del jardín también brillaban.

Eran las cinco y media, lo que significaba que los niños estarían enfrascados en sus actividades personales. Linus supuso que Sal estaría en su cuarto, escribiendo; Chauncey, practicando frente al espejo; Phee, con Zoe, en la espesura. Theodore seguramente estaría debajo del sofá, y Talia en su jardín. Lucy y Arthur estarían en el primer piso, hablando de filosofía y las arañas del cerebro.

Por primera vez en semanas, Linus podía respirar.

Helen detuvo la camioneta frente a la casa. Le sonrió.

—Creo que aquí se separan nuestros caminos, por ahora. Dígale a Arthur que vendré el sábado, como habíamos acordado. Por lo visto, se organizará algún tipo de aventura.

—Es lo que toca todos los sábados —musitó Linus.

—No se olvide de su maleta.

Él la miró.

—Yo… se lo agradezco.

Ella asintió.

—Soy yo quien debería darle las gracias. Usted ha cambiado las cosas, señor Baker, tanto si era su intención como si no. Es un comienzo modesto, pero creo que irá a más. Y no lo olvidaré. Y ahora, váyase. Creo que ahí dentro hay personas que se alegrarán de verle.

Linus se removió, nervioso.

—Tal vez deberíamos…

Ella se rio.

—Fuera de mi camioneta, señor Baker.

—Linus. Llámame Linus, a secas.

Ella sonrió con dulzura.

—Que se largue de mi camioneta, Linus.

Él obedeció, llevándose a *Calíope* consigo. Se dirigió hacia la plataforma del vehículo y cogió su maleta. La grava crujió bajo las ruedas de la camioneta cuando Helen la puso en marcha, despidiéndose con la mano.

Linus la siguió con la vista hasta que las luces traseras desaparecieron tras los árboles.

—Ánimo, muchacho —murmuró—. Tú puedes.

Calíope maulló desde el interior del transportín.

Él se agachó y lo abrió.

—No te vayas lejos…

La gata salió disparada hacia el jardín.

Linus suspiró.

—Claro.

La siguió.

Los arbustos estaban en flor, y los colores eran más vivos de lo que recordaba. Caminó por el sendero hasta que oyó refunfuños en una lengua extraña. Al doblar un seto, vio a una pequeña gnoma barbuda escarbando en la tierra.

Se detuvo.

—Hola —dijo en voz baja.

Ella tensó los hombros antes de seguir cavando, con *Calíope* sentada a su lado.

Linus dio otro paso hacia ella.

—Así que las herramientas nuevas van bien, ¿no?

Ella no respondió, pero la tierra salía despedida a su alrededor.

—Helen me ha dicho que quedó impresionada con tu jardín. Según ella, es uno de los mejores que ha visto.

—Ya, bueno —dijo Talia, irritada—. Soy una gnoma. Se supone que eso se me da bien.

Él soltó una risita.

—Claro que se te da bien.

—¿Qué hace usted aquí?

Linus titubeó, pero solo unos instantes.

—Este es mi lugar en el mundo. Y no debería haberme marchado. Solo me fui para asegurarme de que estuvierais todos a salvo. Y ahora…

Con un suspiro, la gnoma dejó la pala en el suelo antes de alzar la vista hacia él.

Estaba llorando.

Sin dudarlo, Linus la levantó en brazos.

Ella le hundió el rostro el cuello, de modo que le hacía cosquillas con la barba.

—Voy a enterrarle aquí mismo —sollozó—. Estoy cavando su tumba, para que lo sepa.

—Lo sé —dijo él acariciándole la espalda—. No esperaba menos de ti.

—¡Nadie encontraría nunca su cadáver! ¡Y, aunque lo encontraran, sería demasiado tarde, porque no quedaría más que el esqueleto!

—Tal vez podríamos posponer eso, al menos un poquito. Hay algo importante que quiero deciros.

Ella se sorbió la nariz.

—Tal vez. Pero si no me gusta lo que oigo, volvemos aquí y usted se mete en el agujero sin rechistar.

Esto le provocó a Linus una risa descontrolada y exultante.

—Trato hecho.



Ella se adelantó corriendo, con *Calíope* a la zaga. Linus se tomó un momento para aspirar los aromas del jardín y escuchar las olas. Cualquier duda que hubiese podido tener hasta ese momento se disipó. Solo esperaba que los demás sintieran lo mismo que él.

Había llegado el momento.

Dejó atrás el jardín y rodeó la casa por un costado. Se detuvo al ver lo que le esperaba.

Se habían apiñado frente al edificio. Zoe parecía exasperada por su presencia, pero sacudía la cabeza con gesto afectuoso. Phee lo miraba con ojos furiosos. Linus esperaba que no lo transformara en árbol, o por lo menos no en un manzano. No le gustaba la idea de que se lo comieran cuando diera fruto.

Chauncey no paraba de moverse, inquieto, como si quisiera abalanzarse hacia Linus, pero supiera que debía lealtad a quienes lo rodeaban. Sal permanecía quieto, con los brazos cruzados. Theodore, sentado sobre el hombro del muchacho, tenía la cabeza ladeada.

Talia se enjugaba los ojos y mascullaba algo en gnómico. A Linus le pareció oírla decir que tendría que ensanchar su tumba, porque aún estaba rellenito.

Y luego estaba Lucy, por supuesto, al frente de los demás, con una expresión extraña. Linus no tenía muy claro si el chico se disponía a abrazarlo o a abrasarle la sangre y de rebote todos los órganos. Ambas cosas eran igual de probables.

Arthur se encontraba tras ellos y, aunque tenía el rostro inexpresivo y las manos enlazadas tras la espalda, Linus sabía que en el fondo estaba en guardia. Se lo notaba en la posición rígida de los hombros. Saberse responsable en parte de aquello hizo que Linus se sintiera fatal. Arthur nunca habría debido estar tan inseguro, y menos aún respecto a eso.

Mientras que Linus mantenía las distancias, *Calíope* no parecía tener el mismo problema. Emitía sonoros maullidos mientras se restregaba contra las piernas de Sal. No había estado tan parlanchina desde que se habían marchado de la isla.

¿Cómo había podido estar tan ciego? ¿Cómo había podido pensar que sería capaz de abandonar ese lugar? Era colorido, soleado y cálido, y le producía la sensación de que su corazón volvía a latir. No era consciente de que se lo había dejado ahí. Tendría que haberlo sabido. Tendría que haberse dado cuenta.

—Hola —dijo en voz baja—. Me alegro de volver a veros a todos.

Se quedaron callados, pero Chauncey se removió, con los ojos botando de entusiasmo.

Linus se aclaró la garganta.

—No espero que lo entendáis. Me parece que ni yo mismo lo entiendo. He cometido errores, algunos más graves que otros. Pero el caso es que… —Respiró hondo—. En cierta ocasión alguien me dijo una cosa. Una cosa importante, aunque creo que en ese momento no me percaté de lo importante

que era. Una persona muy sabia tenía que hablar delante de otros y, aunque estaba muy nervioso, pronunció las palabras más profundas y hermosas que he oído nunca. —Linus intentó esbozar una sonrisa, pero se le resquebrajó por la mitad—. «No soy más que un papel. Fino y frágil. Si me sujetan a contraluz, el sol brilla a través de mí. Si escriben en mí, ya no pueden volver a utilizarme. Estos arañazos componen una historia. Un relato. Cuentan cosas que otros pueden leer, pero ellos solo ven las palabras, y no el soporte en el que están escritas. No soy más que un papel y, aunque hay muchos otros como yo, ninguno es idéntico a mí. Soy pergamino reseco. Tengo pliegues, tengo agujeros. Si me mojan, me deshago. Si me prenden fuego, ardo. Si me cogen unas manos curtidas, me arrugo. Me desgarro. No soy más que un papel. Fino y frágil».

Sal abrió mucho los ojos.

—Este discurso se me quedó grabado —continuó Linus—, por lo importante que es. Lo importantes que sois vosotros. —Se le entrecortó la voz y sacudió la cabeza—. No tenéis nada que temer del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. Este lugar es vuestro hogar, y seguirá siéndolo. Podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis. Y, si consigo lo que me propongo, otros niños como vosotros podrán gozar de la misma tranquilidad.

A Talia y a Phee se les escapó un jadeo. Chauncey abrió la boca de par en par. Lucy sonrió de oreja a oreja, mientras Theodore desplegaba las alas y soltaba un leve rugido de alegría. Sal dejó caer los brazos, relajado y aliviado.

Zoe inclinó la cabeza a un lado.

Arthur se quedó como estaba.

No bastaba con eso. Linus lo sabía.

Así que puso sobre la mesa todas las cartas que le quedaban.

—Creo que sois estupendos. Todos. Y aunque he pasado gran parte de mi vida en un mundo donde no existíais, creo que no es un mundo en el que pueda seguir viviendo. Todo comenzó con el sol, tan calentito. Luego vino el mar, tan distinto de todo lo que había visto antes. Después este lugar, esta isla tan llena de misterios y maravillas. Pero fuisteis vosotros quienes me regalasteis una tranquilidad y una felicidad que nunca había conocido. Me disteis voz y un propósito. Nada habría cambiado de no ser por vosotros. Creo que ellos me han hecho caso, pero si supe lo que debía decirles fue solo porque vosotros me lo enseñasteis. No estamos solos. Nunca lo hemos estado. Nos tenemos unos a otros. Si volviera a irme, desearía estar aquí. No quiero seguir deseando. Si me aceptáis, me gustaría quedarme. Para siempre.

Silencio.

Se frotó el cogote, nervioso, preguntándose si debía añadir algo.

—Discúlpenos un momento, señor Baker —dijo Lucy. Se dio la vuelta hacia los demás y les indicó por señas que se acercaran. Los niños agacharon la cabeza y se entregaron a un cuchicheo animado. Zoe ahogó una carcajada con el dorso de la mano.

Arthur no apartó la vista de Linus en ningún momento.

Él sabía que habría sido de mala educación intentar escuchar lo que se decía en una reunión a la que no había sido invitado. Se limitó a observar mientras ellos celebraban su conciliábulo. En cierto momento, Lucy se deslizó el dedo por la garganta, con los ojos en blanco y la lengua fuera. Talia asintió en señal de conformidad. A Linus le pareció que Chauncey decía algo sobre alimentar a los caníbales, pero tal vez oyó mal. Theodore entrechocaba las mandíbulas. Phee lanzaba miradas asesinas a Linus por encima del hombro antes de devolver su atención a los otros. Sal murmuró algo por lo bajo, y los niños alzaron la vista hacia él con adoración.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó Lucy.

Los niños asintieron.

Se volvieron de nuevo hacia Linus.

Fue Lucy quien habló en nombre de todos.

—¿Sabe alguien más que está usted aquí?

Linus negó con un gesto.

—O sea que, si nos lo cargáramos, nadie se enteraría.

—En efecto, aunque os agradecería que evitáramos llegar a ese extremo, si es posible.

—Ya lo suponíamos —dijo Lucy—. Pero deberá cumplir ciertas condiciones.

—Faltaría más.

—En primavera tendrá que ayudarme con mi jardín y hacer exactamente lo que le diga —terció Talia.

—Sí —respondió él sin la menor vacilación.

—Tendrá que pasar un día al mes en el bosque con Zoe y conmigo —dijo Phee.

—Sí.

—¡Tiene que dejar que yo le haga la colada! —exclamó Chauncey.

Ay, qué poco faltó para que se le derritiera el corazón.

—Si insistes…

—¡Y tiene que darme propina!

—Por descontado.

Theodore desgranó una serie de gorjeos y chasquidos, subiendo y bajando la cabeza.

—Todos y cada uno de los botones que encuentre —convino Linus.

—Tienes que dejar que te llamemos Linus —dijo Sal.

Empezaron a escocerle los ojos.

—Nada me gustaría más.

Lucy desplegó una sonrisa diabólica.

—Y deberás bailar conmigo, y, cuando tenga pesadillas, vendrás a decirme que todo irá bien.

—Sí. Sí. Sí a todo. A cualquier condición que me pongáis. Haría cualquier cosa por vosotros.

La sonrisa de Lucy se desvaneció. Parecía tan joven…

—¿Por qué te marchaste?

Linus agachó la cabeza.

—A veces uno no es consciente de lo que ha tenido hasta que ya no lo tiene. Además, necesitaba convertirme en vuestra voz, para que quienes están lejos sepan cómo sois en realidad.

—Niños —dijo Arthur, que abría la boca por primera vez—. ¿Por qué no entráis y ayudáis a Zoe con la cena? He de hablar a solas con el señor Baker.

La chiquillería prorrumpió en protestas de inmediato.

—Ya habéis oído.

Lucy alzó las manos con desesperación.

—No sé por qué no lo besas de una vez. Los adultos son más tontos…

Zoe reprimió una risotada.

—Vamos, chicos. Dejemos que estos adultos tontos arreglen sus cosas. Entraremos, prepararemos la cena y por nada del mundo los espiaremos a través de las ventanas.

—Aah —dijo Talia—. Ya lo pillo. Sí, vayamos a espiar…, digo, a preparar la cena.

Subieron corriendo los escalones de la entrada. Sal les echó un último vistazo antes de cerrar la puerta a su espalda.

Y apareció de inmediato al otro lado de la ventana, con los demás, en un infructuoso intento de esconderse tras las cortinas. Incluso Zoe estaba ahí.

Linus los quería un montón.

Empezaban a brillar estrellas en lo alto. El cielo estaba surcado por vetas de tonos naranja, rosa y azul, azul, azul. Se oían los chillidos de las aves marinas. Las olas se estrellaban contra las rocas.

Pero lo único que le importaba a Linus en aquel momento era el hombre que tenía enfrente. Ese hombre tan extraordinario.

Esperó a que rompiera el silencio.

—¿Por qué ahora? —preguntó Arthur al fin, en tono cansado.

—Había llegado el momento —explicó Linus—. Yo… regresé allí, creyendo que era lo correcto. Expuse los resultados de mi investigación a Altísima Dirección. —Hizo una pausa, pensativo—. A lo mejor «exponer» es un eufemismo. Les di un buen repaso, si te soy sincero.

A Arthur se le torcieron los labios.

—¿Ah, sí?

—Nunca creí que tendría el valor.

—¿Y por qué lo hiciste?

Linus abrió las manos ante sí.

—Porque… he visto cosas. Aquí. He aprendido cosas que no sabía. Este lugar me ha cambiado. No fui consciente de cuánto hasta que ya no estaba aquí. Cuando por las mañanas ya no podía caminar hasta la casa para desayunar. Ni escuchar tus clases. Ni discutirte tus absurdas ideas sobre filosofía. Ni emprender aventuras los sábados con atuendos ridículos para exponernos a una muerte truculenta.

—No sé —repuso Arthur—. Ahora esa ropa no parece suponer un problema para ti.

Linus se estiró la camisa.

—Le estoy cogiendo el gusto. Lo que intento decirte es que me marché porque tenía miedo de cómo podían ser las cosas, no de cómo eran en realidad. Ya no tengo miedo.

Arthur asintió y dirigió la mirada a la lejanía, con las mandíbulas apretadas.

—¿Y el orfanato?

Linus sacudió la cabeza.

—No es… ¿Sabes? Una vez me comentaste que el término «orfanato» se prestaba a error. Que nadie venía aquí con la intención de adoptar.

—Sí que lo dije, ¿verdad?

—Lo dijiste. Y, como le expliqué a Altísima Dirección, esto no es un orfanato, sino un hogar. Y es lo que seguirá siendo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y qué hay de los demás? Dijiste que creías que podías ayudar a todos los demás.

Linus se rascó la nuca.

—Puede que haya hecho algo… ¿ilegal? Robé un par de expedientes. Tal vez más que un par. Tengo una idea, pero me llevará tiempo.

—Vaya, Linus Baker. Me dejas sin palabras. Robar, nada menos. No es apropiado.

—Ya, bueno —murmuró—. Yo creo que vosotros tenéis toda la culpa. Me habéis corrompido.

A Linus le pareció percibir una chispa en los ojos de Arthur.

—¿De verdad has hecho todo eso?

—Sí. Tenía miedo, pero era lo correcto. —Tras un titubeo, agregó—: Además, he dimitido.

Arthur lo miró, sorprendido.

—¿Por qué?

Linus se encogió de hombros.

—Porque ese no era mi lugar en el mundo.

—¿Y cuál es tu lugar en el mundo, Linus?

Y, con la última brizna de valor que le quedaba, Linus respondió:

—Aquí. Contigo. Si me aceptas. Pídemelo otra vez. Por favor, te lo ruego. Vuelve a pedirme que me quede.

Arthur asintió con el cuello tenso. Se aclaró la garganta.

—Linus —dijo con voz ronca.

—¿Sí, Arthur?

—Quédate. Aquí. Con nosotros. Conmigo.

Linus apenas podía respirar.

—Sí. Siempre. Sí. Por ellos. Por ti. Por…

Alguien le cerró la boca de un beso. Ni siquiera había visto a Arthur moverse. En un momento, creyó que estaba a punto de venirse abajo, y al momento siguiente, unas manos cálidas le sujetaban el rostro, y unos labios se apretaban contra los suyos. Sintió como si estuviera en llamas, ardiendo desde dentro. Alzó las manos y las posó encima de las de Arthur, para evitar que las retirara. No quería que ese momento terminara nunca. Pese a todas las baladas de amor que había escuchado en su vida, no estaba preparado para sentir algo como aquello.

Arthur se apartó y se echó a reír cuando Linus comenzó a besarle con frenesí la barbilla, las mejillas, la nariz y la frente. El director dejó caer las manos, rodeó a Linus con los brazos y lo estrechó con fuerza. Este oyó los gritos de alegría de los niños en el interior de la casa mientras ellos se mecían bajo el último resplandor del crepúsculo.

—Lo siento —susurró Linus el cuello de Arthur, deseando que el momento se prolongara para siempre.

Arthur lo abrazó más fuerte.

—Pero qué hombre tan bobo y tan delicioso. No tienes por qué disculparte. Has luchado por nosotros. Jamás me enfadaría contigo por eso. Me encantas.

Linus sintió que el corazón se le asentaba en el pecho.

Mientras se balanceaban al ritmo de una canción que solo ellos oían, el sol se ocultó al fin tras el horizonte, y todo iba como la seda en aquel diminuto rincón del mundo.

¿No desearías estar ahí?

Epílogo

Una cálida y primaveral tarde de jueves, el rumor de una vieja camioneta que se acercaba por el camino de acceso a la casa inundó el aire.

Linus alzó la vista de los hierbajos que estaba arrancando y se enjugó el sudor con la mano, manchándose la frente de lodo.

—Por el ruido, debe de ser Helen —dijo—. ¿Esperabas su visita?

Sin levantar la mirada, Talia compactó la tierra que rodeaba el arriate de petunias con unos golpecitos cariñosos.

—La verdad es que no. Me comentó que otra revista quería ver mis flores, pero dijo que no sería hasta el mes que viene. Cuando fuimos al pueblo el fin de semana pasado, no mencionó nada.

Linus se enderezó con un quejido.

—Será mejor que vaya a ver qué quiere.

—Si se trata de mi devoto público, diles que ahora mismo no estoy preparada para recibir visitas y que es de mala educación presentarse sin avisar.

Él soltó un resoplido.

—Se lo dejaré bien claro.

Talia lo miró, entrecerrando los ojos.

—No vayas a pensar que esto te libra de tus tareas de deshierbe.

Él le dio unas palmaditas sobre el gorro.

—Ni se me pasaría por la cabeza. Tú sigue. Enseguida vuelvo.

Talia refunfuñó entre dientes en gnómico.

Él sacudió la cabeza, sonriendo para sus adentros. Talia se estaba volviendo cada vez más creativa con sus amenazas. No le cabía duda de que Lucy era el responsable.

Limpiándose las manos en la camisa, salió del jardín y se encaminó hacia la parte delantera de la casa. El Linus de hacía un año no habría reconocido al actual. La piel se le había quemado y pelado tantas veces que ahora lucía lo que podría describirse como un bronceado suave. Llevaba pantalón corto (¡por gusto!) y tenía las rodillas sucias de haberse pasado la última hora de

hinojos en el jardín. Seguía estando rellenito y lo había reconocido a regañadientes cuando Arthur había expresado su satisfacción al respecto. El cabello le había clareado aún más, pero no tenía tiempo que perder en banalidades como esas. Se sentía cómodo en su propia piel por primera vez en la vida. Quizá seguía teniendo la presión un poco alta, pero la vida era demasiado valiosa para preocuparse por un michelín nuevo o un pelo en la almohada.

Estaba tarareando una canción de Buddy Holly cuando la camioneta se aproximó y se detuvo con una sacudida. El motor petardeó y chisporroteó antes de apagarse.

—Por cómo suena, parece que está en las últimas —observó Linus cuando Helen se apeó. Llevaba un pantalón de peto con manchas de hierba.

—Eeeh. Aún va tirando. —Le sonrió—. Estás sucio. Talia te está obligando a cumplir tu parte del trato, ¿a que sí?

Linus suspiró.

—He conseguido que me lo rebaje a tres días por semana. No me atrevo a negociar más. Aún no ha rellenado el agujero que se supone que es mi tumba. Es una amenaza bastante persuasiva para una persona tan pequeña.

—Te queda bien —dijo ella dándole unas palmaditas en el hombro—. ¿Está Arthur en casa? Necesito hablar con los dos. Y K-Nuto me ha pedido que le recuerde a Lucy que ya han llegado los discos que pidió.

—¿Va todo bien?

La sonrisa se desvaneció.

—Creo que sí. Pero prefiero contároslo a los dos juntos.

A Linus esto le dio mala espina.

—¿Tiene algo que ver con los vecinos del pueblo? Creía que las cosas estaban mejorando. El fin de semana pasado, cuando estuvimos ahí, solo algunas personas nos miraron un poco mal.

Ella negó con la cabeza.

—No, no tiene nada que ver con el pueblo. ¿Quiénes dices que os miraron mal?

Él se encogió de hombros.

—Los sospechosos habituales. Pero cada vez cuesta menos ignorarlos. Los niños demuestran una notable capacidad de recuperación cuando hace falta.

Ella arrugó el entrecejo.

—No debería hacer falta. Prometí que me esforzaría al máximo por evitar que volvieran a ocurrir cosas así.

—Y has conseguido maravillas —le aseguró él—. Pero estas cosas llevan su tiempo.

Además, no todos querían que las cosas cambiaran, aunque él sabía que no necesitaba decírselo. Desde que Helen había visitado la isla para ver las cosas por sí misma, se había autoimpuesto la misión de hacer del pueblo un lugar acogedor para todos. Primero se retiraron todos los carteles de SI VES ALGO, AVISA que había por las calles. Eso había topado con una resistencia mínima. Se habían levantado más voces de protesta cuando ella había anunciado su intención de convertir Marsyas en un destino vacacional para todos, tanto humanos como seres mágicos. Las protestas no amainaron hasta que la alcaldesa les recordó a los dueños de los comercios que más turistas significaba más dinero para el pueblo. A Linus se le escapó una sonrisa sombría al comprobar que los prejuicios no podían competir con los beneficios, sobre todo desde que se había cerrado el grifo de los pagos que recibía el pueblo a cambio de su silencio sobre la isla. Cuando el pleno municipal votó a favor, se lo tomó como una victoria, por insignificante que fuera.

Era un comienzo.

Luego, pasada la Navidad, llegó el sorprendente anuncio por parte del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos de que Altísima Dirección había dimitido en bloque después de que una investigación externa revelara que los colegios a su cargo discriminaban a los alumnos. El detonante había sido una denuncia anónima sobre prácticas poco éticas relacionadas con jóvenes mágicos, que incluía ejemplos concretos de niños tutelados por el DEJOMA a quienes trataban como a ciudadanos de segunda. Se había elegido un nuevo consejo directivo y, aunque prometía cambios profundos y radicales, la maquinaria de la burocracia era muy lenta, sobre todo cuando topaba con una oposición ruidosa. Superar décadas de ideas preconcebidas requeriría mucha paciencia. Pero si lo conseguían con el DEJOMA, esto podía impulsar a otros departamentos que se ocupaban de los seres mágicos a introducir reformas más acordes con los tiempos.

Por algún sitio había que empezar.

Una periodista había desembarcado en la isla en febrero, al parecer siguiendo la pista de Linus tras enterarse de su teatral salida del DEJOMA. Le había preguntado si sabía algo de la denuncia anónima que había sacudido los cimientos del gobierno.

—Un filtrador —dijo—. Alguien que conocía desde dentro el funcionamiento del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos.

Él soltó una risita nerviosa.

—¿Tengo pinta de ser capaz de armar follones?

Ella no se dejó engañar.

—He aprendido a no juzgar nunca aquello de lo que una persona es capaz basándome solo en las apariencias. Además, estoy dispuesta a preservar su anonimato.

—¿De veras?

—Le doy mi palabra. Protejo a mis fuentes como una leona.

Linus pensó en los niños de todo el mundo que vivían en lugares como Marsyas; los que había conocido y los miles que no había tenido el placer de conocer, aunque se había informado sobre muchos de ellos leyendo los expedientes que se había llevado a escondidas. Tal vez eso contribuiría a que el fuego continuara ardiendo con la máxima fuerza posible. Era un hombre tranquilo, sí, con el corazón tranquilo, pero pensó en el fénix con las alas extendidas en un sótano oscuro, y luego en un muelle, a la vista de todo el mundo. Si la periodista lo había localizado, seguramente otros podrían dar con él también. Pero Linus suponía que estaba harto de ocultarse en las sombras.

—Pues preste atención, porque la historia que voy a relatarle no se parece a nada que haya oído.

Ella sonrió.

Cuando se marchó cinco horas más tarde, tenía los ojos brillantes y parecía muerta de hambre. Dijo que tenía material suficiente para escribir toda una serie de artículos y que ya les avisaría cuando estuvieran preparados para publicarse. Calculaba que saldrían a principios de verano.

—¿Saben la polvareda que levantará esto? —les preguntó de pie frente a la casa—. ¿Tienen idea de las consecuencias que tendrá?

—Más de lo que se imagina —respondió Arthur.

Ella lo observó durante un momento largo antes de asentir. Se dirigió hacia su coche, pero se detuvo con la mano en el tirador de la puerta. Volvió la vista hacia ellos.

—Una última pregunta.

—Puñeteros periodistas —farfulló Linus.

Ella no le hizo el menor caso, pues solo tenía ojos para Arthur.

—Según una de mis fuentes, un hombre distinto de todos los demás ha accedido a prestar declaraciones sobre sus experiencias al servicio del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. ¿No sabrá usted algo al respecto, por casualidad?

—Un hombre distinto de todos los demás —dijo Arthur—. Qué curioso.

—¿Es verdad?

—Supongo que el tiempo lo dirá.

La periodista sacudió la cabeza. Le cruzó el rostro una expresión que Linus no acertó a descifrar.

—Debo mantener la objetividad —aseveró ella—. Mi deber es informar sobre los hechos, ni más ni menos.

—¿Pero…? —preguntó Arthur.

—Pero, como ser humano que ha visto destellos de luz en todas las sombras, me gustaría que ese hombre supiera que hay mucha mucha gente que cree que sus palabras pueden traer consigo los cambios que el mundo necesita con urgencia. Que pasen un buen día.

Dicho esto, se marchó en dirección al embarcadero.

Arthur y Linus se quedaron en el porche mientras el coche se alejaba por el camino de tierra, tomados de la mano.

—Te lo dije —comentó Linus.

Arthur sonrió.

—Sí, ¿verdad? Tal vez tenías razón, después de todo. ¿De verdad crees que harán caso?

Linus no era tonto; sabía que, sin duda, el DEJOMA lo observaba tan de cerca como a los otros residentes de la isla. Si bien no era un ser mágico ni mucho menos, había dejado el departamento para trasladarse a un lugar que, oficialmente, seguía clasificado como secreto, aunque a esas alturas parecía más bien una broma. Los niños no ocultaban lo que eran. Y aunque seguían topándose con cierto rechazo, en general eran bien recibidos en el pueblo. Helen había tenido buen cuidado de ello.

Oh, no era tan ingenuo como para pensar que la situación era la misma en todas partes. Era consciente de la ira y la hostilidad con que aún se trataba a los seres mágicos en las ciudades grandes. Se celebraban manifestaciones y marchas a favor del registro obligatorio, pero lo que le infundía esperanzas en el futuro era que los contramanifestantes se reunían cada vez en mayor número. En su mayoría eran jóvenes, tanto seres mágicos como humanos, por lo que Linus sabía que la vieja guardia pronto daría sus últimos coletazos.

Solo era cuestión de tiempo.

—Sí —dijo—. Tarde o temprano.

Arthur asintió.

—Crees en mí.

Linus parpadeó.

—Claro que creo en ti. Creo en todos vosotros. Pero eres un fénix, Arthur. Conoces bien el fuego. Ha llegado el momento de quemarlo todo y ver qué surge de las cenizas.

—Un follón —dijo Arthur con una risita suave—. Ojalá supieran de qué somos capaces.

Linus sonrió.

—Lo sabrán.

* * *

Estaba a la expectativa de si el DEJOMA enviaría a otro trabajador social a la isla, sobre todo después de la solicitud que Arthur había presentado recientemente. Por el momento, no había recibido noticia de que así fuera, pero Helen se había presentado de improviso. Tal vez había averiguado algo y quería avisarles.

—Seguiré trabajando en ello —le aseguró ella.

Él le sonrió con afabilidad.

—Ya lo sabemos. Y te estamos agradecidos.

La guio al interior de la casa. Los rodearon los sonidos de un hogar colmado de felicidad. Se percibían los crujidos y chirridos de una casa antigua, pero habitada con cariño. La punta de una cola que asomaba por debajo del sofá golpeteaba el suelo alegremente. Al subir la escalera, oyeron el tecleo frenético de una máquina de escribir, y un animado «¿Cómo está usted?» procedente de la habitación de Chauncey. Estaba practicando más que antes, sobre todo desde que el encargado del hotel le había ofrecido la oportunidad de trabajar con el botones un día al mes. Al parecer el hombre que le había regalado su gorra a Chauncey estaba entrado en años y pronto empezaría a pensar en la jubilación. El muchacho se había deshecho en un charco tembloroso, cosa que ni Linus ni Arthur sabían que fuera capaz de hacer. Cuando, más tarde, había recuperado su forma normal, había aceptado la oferta entre sollozos. El sábado sería su primer día.

Cuando llegaron frente a la puerta del dormitorio, Linus oyó vociferar a Lucy. Miró a Helen, que arqueó una ceja.

—Lucy fue el primero en decirle algo a Arthur acerca de su verdadera naturaleza —explicó Linus—. Todos los demás ya lo sabían más o menos, pero Lucy decidió ser más comunicativo al respecto. Lleva ya varias semanas pidiéndole a Arthur que prenda fuego a cosas.

—Caray —dijo Helen.

Linus abrió la puerta.

—¡… Piénsalo bien, Arthur! ¡Piensa en todas las cosas que arden! ¡El papel! ¡El cartón! ¡Los árboles! No, espera. Los árboles no. Si quemamos árboles, Phee me mata. Pero podríamos, si quisiéramos. Entre los dos podríamos prender fuego a tantas cosas… ¡Hola, Linus!

El aludido sacudió la cabeza.

—Lucy, ya hemos hablado de esto.

El chico frunció el ceño.

—Ya, pero también dijiste que la única manera de aprender cosas nuevas es preguntando sobre ellas.

Arthur sonrió.

—Sí que lo dijiste, ¿no?

—Me arrepiento de todo —masculló Linus.

—Mentirosillo —señaló Lucy—. En el fondo me quieres. —La sonrisa se curvó de forma siniestra—. Del mismo modo que quieeeeres a Arthur.

Linus notó que se ruborizaba, pero optó por no negarlo. Todos los presentes se habrían dado cuenta de que mentía.

—Sea como fuere, creo que en la cocina hay un plato con galletas que lleva tu nombre. ¿Por qué no vas a preguntarles a Sal y a Chauncey si quieren acompañarte?

Lucy lo observó con suspicacia.

—¿Me estás echando para hablar de mí a mis espaldas? Porque, si es así, yo no he hecho lo que crees que he hecho.

Linus entornó los ojos.

—¿Has hecho algo de lo que debería estar enterado?

—¡Galletas! —gritó el chico mientras salía corriendo de la habitación—. ¡Hola, Helen! ¡Adiós, Helen! —Llamando a sus hermanos a gritos, cerró de un portazo. El golpe ocasionó que un cuadro— de un lémur en una postura lasciva que por algún motivo Arthur encontraba deliciosa —se torciera en la pared.

—Menudo diablillo está hecho, ¿no? —comentó Helen contemplando estupefacta la puerta cerrada.

—En un sentido bastante literal —respondió Arthur—. Helen, tu visita nos pilla un poco por sorpresa.

—Lo siento —se disculpó ella—. Yo… El asunto no podía esperar. Tenía que veros. —Se volvió hacia Linus—. A los dos. Es importante.

—Para eso estamos —dijo Arthur señalando con una inclinación de cabeza la silla que Lucy acababa de desocupar. Ella se sentó mientras Linus

se situaba al lado de Arthur. Se puso aún más colorado cuando este lo tomó de la mano y le besó el dorso. No se apartó.

—Veo que os lleváis bien —declaró Helen con una chispa en los ojos que no le gustó a Linus.

—Nos lo estamos tomando con calma —dijo Linus, rígido.

—Ah, claro. Lo entiendo. Talia me dijo el fin de semana pasado que no has dormido en la casa de invitados desde Navidad. Y que los niños han pasado varias noches en casa de Zoe, aunque me imagino que no tiene muy claro el porqué.

Arthur se rio al tiempo que Linus soltaba un gemido.

—Criaturitas entrometidas.

—Se os ve bien —dijo ella con voz queda—. Juntos. Me alegro de que os hayáis encontrado el uno al otro. —Se puso seria—. He tardado un poco en venir a daros la noticia. Quería confirmarla antes, pero creo que casi ha llegado el momento.

Linus, desconcertado, volvió la vista hacia Arthur por un momento antes de posarla de nuevo en Helen.

—¿De qué hablas?

—De un niño, ¿verdad? —dijo Arthur—. Has encontrado a un niño nuevo.

A Linus se le erizó el vello de la nuca.

Helen asintió.

—No está registrado, pero no tiene a nadie más. Se aloja en casa de… unos amigos. Son personas de las que me fío, pero no tienen espacio suficiente, y además se trataba de un arreglo temporal. Por otro lado, considerando… su naturaleza, necesitará más de lo que lo que ellos podrían proporcionarle jamás. —Esbozó una sonrisa temblorosa—. Sé que es pedir mucho, y tal vez atraerá más atención de la que quisierais, pero no tiene adónde ir. La búsqueda de parientes ha sido infructuosa. Creo que está solo. Es tímido y está asustado. Me recuerda un poco a Sal, de hecho. O, mejor dicho, al Sal de antes. Creo que nunca lo había oído hablar tanto como en los últimos meses.

—Hasta por los codos habla —dijo Linus con voz débil—. ¿Cómo se llama?

—Por eso sé que este es el lugar idóneo para él —dijo Helen ensanchando la sonrisa—. Porque no me habéis preguntado qué es, sino quién es. Que yo sepa, nadie más ha hecho eso por él. —Se llevó la mano a un bolsillo del peto

y sacó una fotografía. Le echó un vistazo antes de tendérsela—. Se llama David. Tiene once años. Y es un…

—Un yeti —dijo Linus, asombrado. Estudió la foto que sujetaba Arthur. En ella aparecía un muchacho sonriente recubierto de un grueso pelaje blanco. Pero lo que más le llamó la atención a Linus fueron sus ojos.

Eran cerúleos.

—Nos lo quedamos —dijo de inmediato—. En cuanto esté listo. ¿Podemos recibirlo hoy mismo? ¿Dónde está? ¿Tiene muchas pertenencias? Ah, tenemos que pensar dónde dormirá. La casa de invitados podría servir, pero… Un momento. ¿Estará a gusto aquí? ¿No preferirá el frío? Supongo que ya se nos ocurrirá alguna solución. Cualquier cosa que podamos hacer para que se encuentre cómodo……

Notó que Arthur le apretaba la mano.

Bajó la vista.

—Me he embalado, ¿verdad?

—Mi querido, querido Linus. Cuánto te adoro.

Linus tosió.

—Eh…, sí. Y yo. Lo mismo.

Helen los observaba, risueña.

—Lo sabía. Sabía que hacía lo correcto. Y sí, le gusta el frío, aunque ha sobrevivido más tiempo en climas más cálidos.

—No deberíamos conformarnos con que «sobreviva» —repuso Linus, irritado—. Deberíamos ayudarlo a que *viva*.

—La bodega —dijo Arthur, y Linus lo miró boquiabierto—. Podríamos convertir la bodega en una cámara frigorífica. Para él solo.

—¿Estás seguro?

Arthur asintió.

—Sí. Creo que ha llegado la hora de dejar atrás el pasado. De transformar ese lugar que destila rabia y tristeza en algo mejor.

Linus Baker sintió por Arthur Parnassus un amor más profundo del que habría podido expresar con palabras.

—¿Podría afectar esto a vuestra solicitud de adoptar a los demás? —preguntó Helen, preocupada—. No quisiera poner eso en peligro.

Arthur sacudió la cabeza.

—No veo por qué. Aún nos consideran un orfanato, aunque el DEJOMA está revisando sus directrices, o al menos eso dicen. Y él es… diferente, como lo somos todos los demás. Si resulta que le gusta este lugar y decide que

quiere quedarse, haremos lo que esté en nuestra mano a través de los canales adecuados. Y si no, le encontraremos un sitio donde encaje.

Esto pareció aliviar a Helen.

—Hay más, ¿sabéis? Muchos más.

—Lo sabemos —dijo Linus—. Y aunque tal vez no podamos ayudarlos a todos, haremos todo lo posible por apoyar a aquellos cuyo camino se cruce con el nuestro.

* * *

Helen se despidió poco después, tras prometer que pronto se pondría en contacto con ellos. Había que concretar los planes, y ella opinaba que sería conveniente que Arthur y Linus visitaran a David primero para que no lo apabullaran los otros niños.

Se mostraron de acuerdo.

Linus contempló la camioneta desde la ventana de su habitación. Helen hablaba con Zoe a través de la ventanilla abierta. Ambas sonreían. Linus no había visto florecer su relación, pero al parecer era el único. No fue sino hasta que las pilló besándose que comprendió por qué Helen viajaba a la isla cada vez más a menudo.

Zoe le estampó un beso a Helen en el dorso de la mano antes de alejarse. La camioneta giró en redondo y, con un rugido del motor, enfiló el camino de vuelta hacia el muelle. Linus dio un respingo cuando unos brazos le rodearon la cintura. Volvió ligeramente la cabeza y le rozó la mejilla a Arthur con la nariz.

—Tú puedes —susurró—. Tráelo aquí. Hazlo feliz.

—Nosotros podemos —lo corrigió Arthur con suavidad—. Porque te necesitará a ti tanto como a mí. Nos necesitará a todos, creo.

Linus se dio la vuelta y le besó la punta de la nariz.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por esto. Por todo. Por este despliegue de color.

Arthur entendió a qué se refería.

—Han sido sus ojos, ¿a que sí? Es lo primero en lo que te has fijado.

Linus asintió.

—Me han recordado el mar. Es una señal. Este es su lugar en el mundo. Y haremos todo lo posible para que se dé cuenta.

—¿Crees que deberíamos contárselo a los niños?

—¿Lo de David? Por supuesto. Tienen que…

Arthur sacudió la cabeza.

—Lo de la solicitud de adopción. Y que tu nombre también consta en ella.

Linus vaciló unos instantes.

—Aún no. No hasta que estemos seguros de que nos la concederán a los dos. Detestaría decirles algo y luego tener que rectificar si el DEJOMA la rechaza porque somos… —Soltó una tos áspera—. Ya sabes. —Linus deseó que se lo tragara la tierra. Esperaba que Arthur pasara por alto el comentario.

Pero no lo hizo.

—Porque no estamos casados.

—Sí, por eso. —Pero no, Linus no había estado pensando en eso. Para nada. Vamos, que la idea en sí era ridícula. No solo era demasiado pronto, sino que…

—Entonces quizá debamos poner remedio a eso.

Linus contempló boquiabierto a Arthur mientras este se encaminaba hacia la puerta.

—¿Perdona?

El director le dirigió una mirada por encima del hombro.

—¿Vienes, mi querido Linus?

—¡Oye, para el carro! No deberías… No puedes decir algo así y quedarte tan… Pero ¿qué narices…?

Arthur abrió la puerta del dormitorio. Le tendió la mano a Linus.

Y Linus, que, por supuesto, seguía barboteando, aceptó lo que se le ofrecía.



Resultó que no tenían por qué preocuparse. Cuando llegaron al pie de la escalera, se encontraron con que los niños y Zoe estaban reunidos en la cocina, y Lucy les explicaba con un entusiasmo salvaje que Linus iba a ser su padre también y que se iba a casar con Arthur. Tendrían que mantener otra charla con él sobre lo de escuchar conversaciones a escondidas.

Mientras la chiquillería se abalanzaba sobre los dos entre gritos de alegría y no pocas lágrimas, Linus cayó en la cuenta de que no estaba molesto en absoluto.

A veces, pensó, dentro de aquella casa en medio de un mar cerúleo, podías elegir la vida que querías vivir.

Y, si eras una persona con suerte, a veces esa vida te elegía a ti.

Agradecimientos

Escribir puede ser una empresa individual y solitaria. Los escritores a menudo nos encerramos en nosotros mismos mientras plasmamos nuestros pensamientos en palabras con empeño febril. No es sino cuando estamos listos para dar a conocer nuestros relatos al mundo que descubrimos que no tenemos que realizar solos ese viaje tan aterrador como estimulante.

A mis lectoras beta, Lynn y Mia, las primeras en leer esta historia: vuestros comentarios me han sido de enorme utilidad, como siempre. Vosotras habéis conseguido que *La casa en el mar más azul* sea mejor de lo que yo esperaba, y siempre os estaré agradecido por ello. Soy afortunado por contar con vosotras.

A Deidre Knight, mi agente: fuiste y sigues siendo una bendición del cielo. ¿Recuerdas cuando me contactaste después de leer mi libro sobre lobos? Yo sí. Fue una experiencia que me cambió la vida, me tomaste bajo tu protección y me impulsaste a ir más allá de lo que me creía capaz. Gracias a tus arduos esfuerzos, este libro y los que vendrán después han encontrado su hogar en una editorial que me entiende, que es consciente de la importancia de la experiencia *queer*. Tú eres la bomba punto com, y no dejes que nadie te diga lo contrario.

A mi editor, Ali Fisher: te quiero, tío. Estaba de los nervios la primera vez que hablé contigo por teléfono. Me sentía como un pulpo en un garaje, y aunque Deidre estaba ahí, cogiéndome la mano, creí que se me iba a desprender la piel por el tembleque. Pero tú escuchaste con calma mis balbuceos y, después de nuestra conversación, supe que no había mejor lugar donde contar mis historias que Tor, contigo. Gracias por los momentos más emocionantes de mi vida. Tu trabajo en *La casa* lo elevó a su máximo potencial como relato, y eres el mejor editor que podría desear. Lo vamos a petar.

A los demás:

Gracias a Tor por demostrarme que existe una editorial que cree en las historias *queer* sinceras (con el Anticristo de por medio).

Gracias a Saraciea Fennell, mi publicista, que contó con el apoyo de Anneliese Merz y Lauren Levite, por tunearme (en el buen sentido).

Gracias a Peter Lutjen, el director artístico, y a Red Nose Studio por crear una de las portadas más bonitas que he tenido. Cuando el lector llegue al final del texto, le recomiendo que dedique un rato a admirarla. Es puro arte.

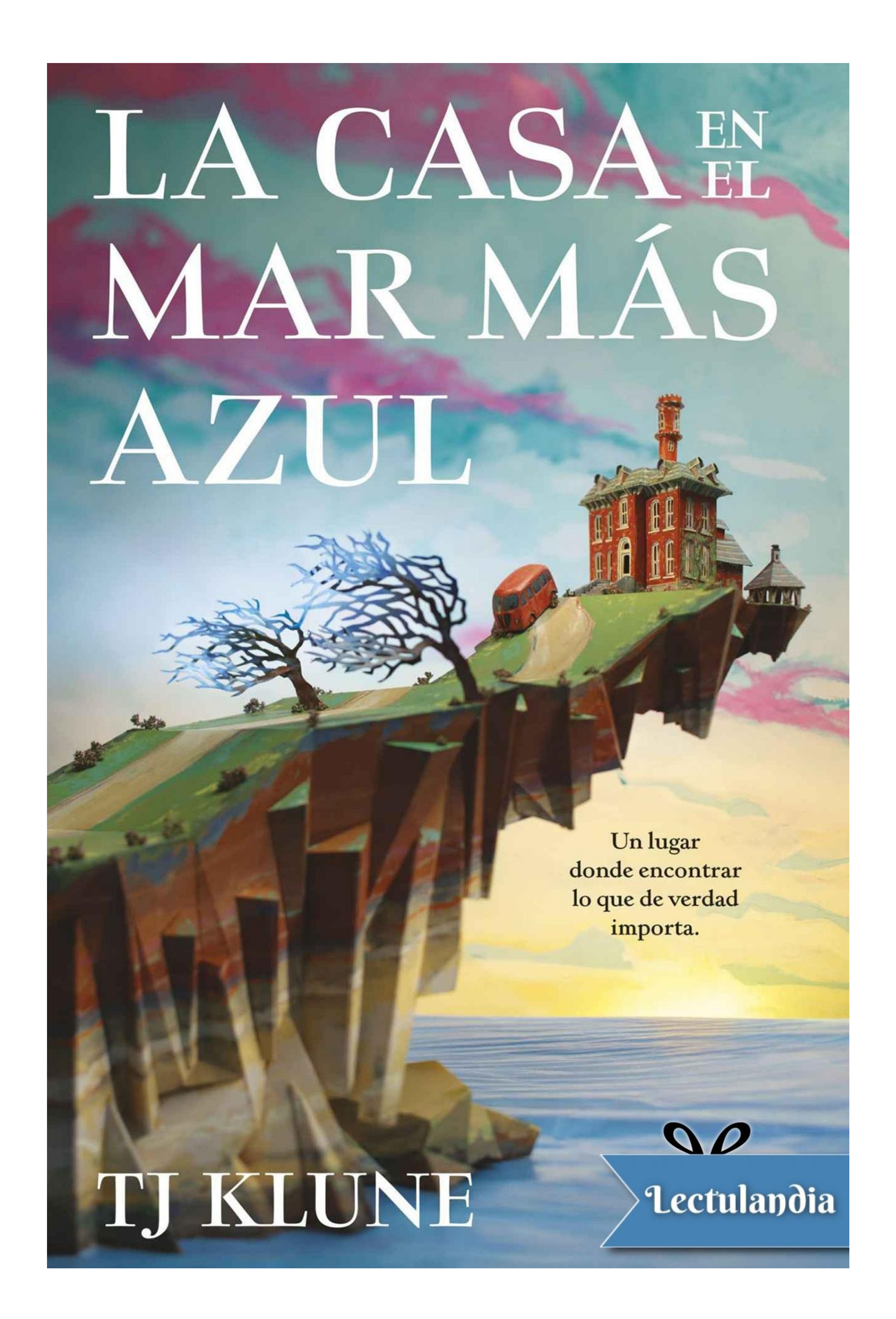
Además de Ali, Kristin Temple, la asistente editorial, se aseguró de que no me descarriara, cosa que acostumbro a hacer. Gracias, Kristin.

Gracias a Melanie Sanders y Jim Kapp, de producción, al equipo de ventas de Macmillan, al equipo de *marketing* de Tor (Rebecca Yeager, eres una auténtica *crack*) y al equipo de *marketing* digital.

En resumen: sí, aunque escribir una novela es una empresa individual y solitaria, como veis, no estoy solo. Tengo a muy buena gente detrás. Eso es algo por lo que siempre estaré agradecido. Hacen de mí un mejor escritor.

Por último, a ti, lector: si has llegado hasta aquí, espero que hayas disfrutado del viaje. Para algunos de vosotros, quizá sea la primera vez que leéis algo mío. Otros lleváis conmigo desde el principio. Os valoro a todos y cada uno, porque, sin vosotros, no tendría a nadie a quien contar mis historias. Gracias por permitirme hacer lo que más me gusta.

T. J. Klune
22 de agosto de 2019


LA CASA EN EL MAR MÁS AZUL
Un lugar
donde encontrar
lo que de verdad
importa.
TJ KLUNE
Lectulandia